BAO

NINH

EL DOLOR DE LA GUERRA



«Un magnífico logro... a la altura de la mejor novela bélica del siglo: *Sin novedad en el frente*.»
The Independent

Annotation

No son pocas las películas y los libros sobre la guerra de Vietnam, pero seguramente la de Bao Ninh sea la primera voz vietnamita que llega a nuestros oídos contando lo que sucedió desde un punto de vista distinto del que estamos acostumbrados. El autor, uno de los pocos soldados norvietnamitas que sobrevivieron a una contienda en la que perdieron la vida millones de sus compatriotas, ha escrito esta maravillosa novela en la que evoca sus experiencias y elabora una obra maestra llena de lirismo, audacia estilística y nostalgia abrumadora. A través de saltos temporales que plasman las huellas indelebles del pasado en el presente y en la visión del futuro, Bao Ninh nos presenta una historia de amor, de sueños y de juventud, al tiempo que cuestiona el precio de los ideales y el valor de la vida humana. Una novela de breve extensión pero de sobrecogedora profundidad, cuya lectura resulta imprescindible en los tiempos que corren.

Hay muchos americanos que han escrito líneas similares recordando y evocando el horror de la guerra y la decepcionante paz que la siguió, pero seguramente ninguno ha estado tan cerca de la verdad como Bao Ninh. Este libro debería ser de lectura obligatoria para cualquiera que esté en la política amerciana o que se dedique a la política en general. Debería ganar el premio Pulitzer, pero no lo ganará. Es demasiado apasionante. Tim Page en The Guardian.

BAO NINH

El dolor de la guerra

Traducción de Diego Friera Acebal

Ediciones B

Sinopsis

No son pocas las películas y los libros sobre la guerra de Vietnam, pero seguramente la de Bao Ninh sea la primera voz vietnamita que llega a nuestros oídos contando lo que sucedió desde un punto de vista distinto del que estamos acostumbrados. El autor, uno de los pocos soldados norvietnamitas que sobrevivieron a una contienda en la que perdieron la vida millones de sus compatriotas, ha escrito esta maravillosa novela en la que evoca sus experiencias y elabora una obra maestra llena de lirismo, audacia estilística y nostalgia abrumadora. A través de saltos temporales que plasman las huellas indelebles del pasado en el presente y en la visión del futuro, Bao Ninh nos presenta una historia de amor, de sueños y de juventud, al tiempo que cuestiona el precio de los ideales y el valor de la vida humana. Una novela de breve extensión pero de sobrecogedora profundidad, cuya lectura resulta imprescindible en los tiempos que corren.

Hay muchos americanos que han escrito líneas similares recordando y evocando el horror de la guerra y la decepcionante paz que la siguió, pero seguramente ninguno ha estado tan cerca de la verdad como Bao Ninh. Este libro debería ser de lectura obligatoria para cualquiera que esté en la política amerciana o que se dedique a la política en general. Debería ganar el premio Pulitzer, pero no lo ganará. Es demasiado apasionante. Tim Page en The Guardian.

Título Original: *Noi buon chien tranh*
Traductor: Friera Acebal, Diego
Autor: Ninh, Bao

ISBN: 9788466620390
Generado con: QualityEbook v0.84

Bao Ninh

El dolor de la guerra

TÍTULO original: The Sorrow of War
Traducción: María José Diez Y Diego Friera
1.ª edición; mayo 2005
Publicado originalmente como Thon Phan Cua Tinh Yeu
por Nha Xuat Bao Hoi Nha Van (Wríten' Association Publishing House, Hanoi, 1991)

Printed in Spain
ISBN; 84-066-2039-7
Depósito legal B. 13 725-2005
Impreso por UBERDÚPLEX, S.L Barcelona

En las orillas del río Ya Crong Poco, en el flanco norte del campo de batalla B3, en las tierras altas centrales, el equipo de recuperación de cadáveres de desaparecidos en combate aguarda la estación seca de 1976.

Las montañas y la jungla se ven empapadas y sombrías. Árboles mojados. Jungla tranquila. De día y de noche el agua humea. Un mar de vapor verdoso se eleva sobre la alfombra de hojas en descomposición de la selva.

Septiembre y octubre transcurren tediosos, pasa noviembre, pero el tiempo sigue siendo impredecible, y las lluvias nocturnas, incesantes. Días soleados y noches lluviosas.

Incluso a principios de diciembre, semanas después de que finalice la habitual estación de las lluvias, ese año la jungla todavía está completamente enlodada. Olvidados por la paz, dañados o intransitables, los senderos van sucumbiendo, poco a poco, día a día, al abrazo de la maleza y la hierba silvestre.

Viajar en semejantes condiciones es despiadadamente duro. Para llegar del lago de los Cocodrilos, al este del río Sa Thay, a través del Distrito 67, hasta la encrucijada de la Colina del Cruce, en la ribera oeste del río Poco —apenas cincuenta kilómetros—, el potente camión ruso necesita todo un día de pesado avance. Y, así y todo, no llega a su destino.

Ya de noche, el camión Zil de los MIA*[1] recala en la jungla de las Almas que Aúllan, donde se detiene junto a un ancho riachuelo cegado por ramas podridas.

El conductor se queda en la cabina y se duerme en el acto. Kien se sube, cansino, a la parte trasera del camión para descansar en una hamaca tendida en alto entre la cabina y la portezuela. A medianoche empieza de nuevo a llover, esta vez en forma de suave y silenciosa llovizna.

La vieja lona que tapa el camión está rota, llena de agujeros, y deja que se cuelen gotas y más gotas que van a parar a las sábanas de plástico que cubren los restos de los soldados, dispuestos en hileras bajo la hamaca de Kien.

La humedad se condensa, sus dedos, largos, fríos y acuosos, entran y rodean la hamaca en la que Kien tirita, medio despierto, medio dormido, como si fuese a la deriva en un arroyo. Flota triste,

interminablemente, a veces como si estuviese en un camión que avanzara en silencio, como un robot, sonámbulo por los solitarios senderos de la jungla. El arroyo gime, deja escapar un lamento desesperado que se mezcla con los distantes y débiles sonidos de la espesura, como un eco procedente de otro mundo. Los estremecedores sonidos vienen de algún lugar en un pasado lejano y llegan de manera sutil, como hojas ligeras o plumas que cayesen en la hierba de hace ya mucho, mucho tiempo.

Kien conoce bien la zona. Allí fue donde, al final de la estación seca de 1969, su batallón, el 27.°, fue rodeado y prácticamente aniquilado. Del funesto batallón sobrevivieron diez hombres, tras una lucha encarnizada, horrible, brutal.

En aquella estación seca el sol calentaba despiadado, el viento soplaba con fiereza, y el enemigo roció la jungla de napalm y un mar de fuego los envolvió, extendiéndose como las llamas del infierno.

Los soldados de las fragmentadas compañías trataban de reagruparse, sólo para que otra explosión los arrancara de nuevo de sus refugios mientras enloquecían, se desorientaban y arrojaban a la lluvia de balas, para morir en aquel averno llameante. Por encima de sus cabezas, los helicópteros volaban a la altura de las copas de los árboles y los iban matando casi uno a uno: la sangre salpicaba, brotaba de la espalda, fluía como barro rojo.

En el claro de hierba romboidal se amontonaban los cuerpos acribillados por los helicópteros de combate. Cuerpos desmembrados, cuerpos reventados, cuerpos volatilizados.

En aquel claro no volvió a crecer la jungla. Ni la hierba. Ni las plantas.

«¡Antes morir que entregar a mis compañeros! ¡Antes morir!», chillaba como un loco el comandante del batallón, y blandiendo su pistola ante Kien, se la llevó a la oreja y se voló la tapa de los sesos. Al verlo, Kien lanzó un grito ahogado, justo cuando los americanos atacaban con ametralladoras; las balas que éstas escupían zumbaban a su alrededor igual que abejas mortíferas. Kien bajó su fusil, se asió el costado y cayó al suelo. Rodó lentamente por la orilla de un arroyo poco profundo, dejando tras de sí un reguero de sangre caliente.

En los días que siguieron, cuervos y águilas oscurecieron el cielo. Después de que los americanos se retiraran, llegó la estación de las lluvias, inundando la jungla, convirtiendo el campo de batalla en un cenagal cuya superficie se tiñó de orín a causa de la sangre. Cadáveres hinchados flotaban junto a los cuerpos de animales carbonizados, mezclados con ramas y troncos que la artillería había derribado, todo a la deriva en un pestilente cenagal. Cuando las aguas cedieron, el sol lo secó todo y no quedó más que barro espeso y hedionda carne podrida. Kien se arrastró por la orilla, arroyo abajo, sangrando por la boca y las heridas que cubrían su cuerpo. La sangre era fría y pegajosa, como la de un cadáver. Sintió serpientes y ciempiés reptar por su cuerpo, y el roce de la mano de la Muerte. Tras esa batalla nadie volvió a mencionar al Batallón 27.°, aunque fueron muchos los fantasmas y demonios que nacieron en aquella derrota mortal. Seguían allí, deambulando por cada rincón y cada arbusto de la jungla, bajando a la deriva por el arroyo, negándose a partir hacia el otro mundo.

Desde ese momento se la llamó la jungla de las Almas que Aúllan. Sólo oír el nombre susurrado producía escalofríos. Tal vez las almas aulladoras se reuniesen en festividades especiales: miembros del Batallón Perdido alineados en la herbosa parcela romboidal, efectuando el recuento de oficiales y tropa. Por la noche, en el corazón de la jungla, se oían los sollozantes susurros, los gritos arrastrados por el viento. Quizá fueran realmente las voces de las almas en pena de los soldados muertos.

A Kien le habían dicho que si se atravesaba ese territorio por la noche, se oían aves que chillaban como seres humanos. Nunca volaban, sólo chillaban entre las ramas. Y en ninguna otra parte de las tierras altas centrales se hallaban brotes de bambú de un color tan horrible, con verdugones infectados similares a trozos de carne sanguinolenta. En cuanto a las luciérnagas, eran enormes. Algunos aseguraban haber visto alzarse ante sus ojos luces de luciérnaga tan grandes como un casco de acero; había quien afirmaba que más grandes incluso.

Allí, cuando oscurece, los árboles y las plantas gimen en espantosa armonía. Es una música espectral que desquicia el alma, y todo el bosque parece igual, se encuentre uno donde se encuentre. No es lugar para los apocados. Vivir allí podría resultar enloquecedor o aterrador. Razón por la cual en la estación de las lluvias de 1974, cuando mandaron al regimiento de vuelta a esa zona, Kien y su pelotón de reconocimiento levantaron un altar ante el que rezaban en secreto, honrando y recordando a las almas en pena del Batallón 27.° que aún seguían en la jungla de las Almas que Aúllan.

Desde ese día en el altar siempre había encendidas barritas de incienso.

Por el bosque rondaban también las almas de civiles. Bastante cerca de donde se detuvo el camión Zil esa noche lluviosa, antiguamente había una minúscula senda que conducía a la Aldea de los Leprosos. Mucho tiempo atrás, cuando llegó el 3er Regimiento, la aldea estaba desierta. La enfermedad y varias hambrunas sucesivas habían borrado cualquier rastro de vida.

Con todo, parecía que las almas desnudas, retorcidas y desgarradas seguían reuniéndose, despidiendo un hedor que penetraba en la imaginación. El regimiento roció la aldea con gasolina y le prendió fuego para limpiarla, pero después del incendio los soldados aún estaban aterrados y ninguno se atrevía a acercarse de nuevo al lugar por miedo a los fantasmas y a los leprosos.

Un día Thinh *el Arrogante*, del 1er Pelotón, fue valientemente a la aldea y allí, entre las cenizas, abatió de un disparo a un gran orangután. Llamó a otros tres para que lo ayudaran a llevarlo hasta las chozas del pelotón. Pero, oh, Dios, cuando lo remataron y afeitaron, el animal parecía una mujer gorda con la piel cubierta de úlceras y aún movía los ojos, medio blancos, medio grises. El pelotón entero quedó horrorizado y salió corriendo y gritando, dejando atrás los pertrechos. En su actual regimiento no había un solo hombre que creyese la historia, y sin embargo era cierta. Kien y sus camaradas la enterraron e hicieron una pequeña lápida para su tumba.

Sin embargo, nadie escapó a su alma vengativa, omnipresente.

A Thinh *el Arrogante* no tardaron en matarlo. Poco a poco fueron aniquilando a todo el regimiento. Sólo quedó Kien.

Aquello ocurrió durante la estación de las lluvias. Antes de partir hacia la sección sur para atacar Buon Me Thuot, el regimiento de Kien estuvo destacado en ese mismo lugar durante casi dos meses.

El paisaje era prácticamente el mismo, y la vegetación no había engullido las carreteras por las

que pasaban.

En aquella ocasión el pelotón de reconocimiento levantó sus cabañas a la orilla del mismo arroyo junto al que se habían detenido ahora, pero algo más lejos, allí donde el arroyo topa con la falda de la montaña y se divide para luego continuar como dos arroyos distintos. Tal vez en esa bifurcación siguieran sus viejas chozas de hierba. Techados de paja, uno al lado del otro, cerca de los juncos que crecían junto al agua.

Antes la zona se utilizaba para alojar a los soldados de primera línea que eran llamados a la retaguardia a fin de recibir adoctrinamiento político. Siempre la política. Política por la mañana, política por la tarde, política de nuevo por la noche. «Hemos ganado, el enemigo ha perdido. Sin duda el enemigo perderá. El norte ha ‘tenido una buena cosecha, una cosecha abundante. La gente se levantará y os dará la bienvenida. Los que no carezcan de conciencia. El mundo está dividido en tres bandos.» Más política. Así y todo, las patrullas de reconocimiento recibían un trato más indulgente, a sus miembros no los presionaban tanto como a otros para que asistieran a las sesiones de adoctrinamiento.

Disponían de mucho tiempo para relajarse y divertirse antes de volver a los campos de batalla. Cazaban, tendían trampas, pescaban y jugaban a las cartas.

A Kien nunca le habían apasionado tanto las cartas como llegaron a apasionarle allí. Jugaban todo el tiempo. Por la noche, en cuanto acababan de cenar, comenzaba la partida. En aquel aire cálido que olía a sudor y a repelente de mosquitos, los jugadores se reunían con entusiasmo, concentrados en los naipes. Solían apostar malolientes cigarrillos Compatriota, elaborados con hojas silvestres. O, si se jugaba fuerte, rapé, trozos de pedernal o raíces de *Rosa canina*, que se fumaban como si fuesen marihuana. O alimentos desecados o fotos. Fotos de mujeres de toda clase, extranjeras o vietnamitas, feas o guapas, o la novia de alguien. Cualquier foto era válida como moneda de cambio. Cuando la banca se agotaba, solían coger negro de humo y pintarse bigote. Unos jugaban, otros miraban, alegre, ruidosamente, a veces toda la noche. Parecía un momento de dicha y calma. Un tiempo de esparcimiento, de despreocupación.

Fueron días realmente felices, ya que durante la mayor parte de esa estación lluviosa no tuvieron que entrar en combate. Los trece de la patrulla estaban a salvo. Incluso Thinh *el Arrogante* pasó un mes dichoso allí antes de que lo mataran. Can aún no había desertado. Sus compañeros, Vinh, Thinh *el Grande*, Cu, Oanh y Tac *el Elefante* todavía estaban vivos. Ahora sólo quedaba la baraja rota y sucia, que conservaba las huellas de los muertos.

Nueve, diez, jota.

Thinh el Arrogante, Thinh el Grande y Can.

¡Reina, rey, as!

¡Cu, Oanh y Tac!

Esas cartas aún aparecen a veces en sus sueños. Kien quita sus nombres y juega un solitario. «Corazones, diamantes, picas...» Habían envilecido la canción de marcha del regimiento conviniéndola en un cómico canto de tahúres:

Seremos comodines, en la partida, hay que apostar más, en la acometida.
La mano me gusta, es entretenida, disfruta el juego, no seas suicida.

Pero a los jugadores se los fueron llevando uno a uno de la aciaga mesa. La última vez que usaron los naipes fue cuando la patrulla ya había quedado reducida a cuatro soldados. Cu, Thanh, Van y Kien.

Fue temprano al amanecer, media hora antes de que la descarga de artillería iniciara la campaña contra Saigón. Al otro lado de un campo cubierto de maleza se hallaba la línea de defensa de Cu Chi.

Las fuerzas defensivas de Saigón replicaron con fuego de artillería y ametralladoras e hicieron algunos blancos afortunados. En las trincheras y en los refugios la infantería intentaba disfrutar de los últimos instantes de sueño. Pero para la patrulla de reconocimiento de Kien, que sería la avanzadilla del ataque, todo iba demasiado deprisa. Les asustaron las cartas, no les gustó nada el modo en que se sucedían las manos mientras jugaban una partida de Avance.

—Frenad un poco —sugirió Kien—. Si dejamos este juego sin terminar, el Cielo nos concederá su favor y nos mantendrá convida para que volvamos a finalizarlo. Así que id más despacio*, sobreviviremos a esta batalla y seguiremos con la partida más tarde.

—Muy astuto —dijo Thanh con una sonrisa—. Pero el Cielo no es tonto. No conseguirás engañarlo. Si juegas sólo la mitad de Va partida, el de ahí arriba nos mandará a buscar a los cuatro y no dejaremos de atormentarnos.

—¿Para qué molestarse en mandamos allí a los cuatro? —terció Tu—, Yo iré con la baraja. Eso bastará. Jugaré al póquer o les echaré las cartas a los demonios que se encargan de las urnas de aceite. Sería divertido.

El rocío se evaporó deprisa. Las bengalas de señales se elevaron en el aire. La infantería cobró vida ruidosamente y empezó a moverse. Los carros blindados avanzaron hasta la primera línea; las orugas desgarraban la tierra, el rugido de los motores resonaba en la brisa de la mañana.

—¡Entonces parad! —Kien tiró las cartas y añadió, enfurruñado—: Sólo quería que frenáramos un poco para tener buena suerte, pero habéis hecho que la partida terminara deprisa y corriendo.

—Oye, Thanh. —Van se dio una palmada en el muslo alegremente—. Acabo de darme cuenta de lo mucho que me gusta jugar a las cartas. Tendré que aprender a jugar mejor. Si muero, no olvides arrojar una baraja en mi tumba.

—Sólo tenemos una baraja y Van la quiere para él solito. ¡Cabrón egoísta! —gritó Thanh al marcharse. Antes de que pasase una hora, Van ardió vivo en un tanque T54. Su cuerpo se tornó ceniza. Ni sepultura ni tumba donde arrojar las cartas.

Thanh murió cerca del puente Bong, también ardió dentro de un tanque con la dotación del mismo. Un gran ataúd de acero incandescente.

Sólo Tu combatió, junto con Kien, hasta llegar a la puerta de embarque n.° 5 del aeropuerto Tan Son Nhat de Saigón. Luego lo mataron. Fue en la mañana del 30 de abril, a sólo tres horas de que finalizara una guerra que había durado once años.

Bien entrada la noche del 29 de abril, en la madrugada del 30, cuando los dos se vieron por última vez en el aeropuerto, Tu sacó la baraja de la mochila y se la dio a Kien. «Yo caeré en esta batalla. Guárdala tú. Si no mueres, juega con la vida. Los doses, los treses y los cuatros conservan el espíritu sagrado de toda nuestra patrulla. Siempre te traeremos suerte.»

Kien se sume en el recuerdo.

¿El alma de quién llama a quién mientras él se balancea suave, silenciosamente en la hamaca

sobre las hileras de soldados muertos?

En los fríos contornos de la jungla de las Almas que Aúllan resuenan gritos procedentes del corazón de la espesura. Ruidos solitarios, errantes. ¿El alma de quién llama a quién esta noche?

Para el que acaba de volver, las montañas aún parecen las mismas. El bosque parece el mismo. El arroyo y el río también parecen los mismos. Un año no es mucho tiempo. No, lo que marca la diferencia es la guerra. Antes había guerra, ahora hay paz. Dos eras distintas, dos mundos, escritos, sin embargo, en la misma página de la vida. Ésa es la diferencia.

Kien recuerda: Cuando estuvimos aquí por vez primera era finales de agosto. Entre la jungla y el bosque, a lo largo de este arroyo, la *Rosa canina* florecía con la lluvia, tiñéndolo todo de blanco, inundando el aire con su perfume, especialmente de noche. La estela del perfume invadía nuestro descanso, avivando unos sueños eróticos, obsesivos, y cuando despertábamos aquel olor se había esfumado, pero nos quedaba una sensación de pasión consuntiva, a un tiempo dolorosa y extática. Tardamos meses en descubrir que esos sueños nocturnos de desenfrenada pasión los provocaba el perfume de la *canina*. ¡Esas flores diabólicas! Kien las había visto en la jungla que festoneaba la parte occidental de la cadena montañosa de Ngoc Linh, e incluso en el interior de Camboya, alrededor de Ta Ret, pero en ninguna parte crecían como allí, ni despedían aquella fragancia tan intensa.

Allí la *canina* crece cerca de las orillas de los riachuelos, al alcance de la carpa de montaña, que mordisquea sus raíces, de forma que al pescarla resulta exquisita, pero de efectos narcotizadores. Los lugareños afirman que la *canina* se da muy bien en los cementerios o en cualquier parte en la que flote el olor de la muerte. Es una flor que ama la sangre. Su olor es tan dulce que nos cuesta creerlo.

Más tarde fue la patrulla de reconocimiento de Kien, mientras se tomaba un respiro, la que decidió probar a secar la *canina* para fumarla, cortando las flores y las raíces y, a continuación, mezclándolas con tabaco. Tras unas pocas caladas se sintieron flotar, levitar serenamente como una voluta de humo arrastrada por el viento. La sabrosa *canina* poseía multitud de atributos maravillosos. Podían decidir con qué soñar, o incluso combinar los sueños, como quien prepara un cóctel fantástico. Con la *Rosa* uno fumaba para olvidar el infierno diario que suponía la vida de un soldado, fumaba para olvidar el hambre y el sufrimiento. Para olvidar la muerte. Y, sin duda, sin ninguna duda, para olvidar el mañana.

Cuando fumaba *Rosa canina*, Kien se sumergía en un mundo de sueños míticos y maravillosos en los que, en circunstancias normales, su alma jamás se habría adentrado. En esos sueños embriagadores que concebía su imaginación, el aire era tan límpido, el cielo tan alto, las nubes y el sol tan hermosos que rozaban la perfección de los sueños de su infancia. Y en esos sueños el bello cielo reflejaba imágenes de su Hanoi particular, su precioso Hanoi. El lago Oeste en una tarde de verano, los árboles del fuego alrededor del lago. En una ocasión, en una de esas ensoñaciones, sintió las olas lamiendo el costado de su minúsculo sampán; y cuando alzó la vista vio a Phuong, joven, inocentemente hermosa, y su cabello ondeando en la brisa de Hanoi.

Cada soldado tenía su propia forma de fumar *canina* y de evadirse de la dura realidad compartida. En el caso de Cu, el alcohol de mandioca o la *Rosa canina* evocaban imágenes de su vuelta a casa. Cu era capaz de relatar las escenas vívidamente, de hacer que sonaran tan dichosas que a todos se les llenaban los ojos de lágrimas a medida que desgranaba una escena con suaves

palabras. Vinh sólo soñaba con mujeres, y describía sus aventuras amorosas, las imaginadas y las planeadas, con juvenil entusiasmo. Según iba avanzando, las mujeres se volvían mis voluptuosas; las aventuras, más complicadas; y las descripciones, más eróticas y explícitas. En cuanto a Tac *el Elefante*, soñaba sobre todo con comida. Hablaba de largas mesas cubiertas de platos deliciosos y exóticos y de sentarse a saborear los momentos, bocado a bocado, plato a plato.

El aletargamiento que producía la *Rosa canina* se fue extendiendo desde las cabañas de la patrulla de reconocimiento de Kien a todo el regimiento. El comisario político no tardó en ordenar a las unidades que dejaran de fumar *Rosa canina*, declarándola sustancia prohibida.

A continuación el comisario ordenó a las tropas que localizaran todas las plantas, cortaran las flores y luego arrancaran de raíz todos los árboles de la zona de las Almas que Aúllan para asegurarse de que no volvían a crecer.

El juego y la *canina* iban acompañados de toda clase de rumores y profecías. Quizá se debiera a que los soldados, en sus alucinaciones, habían visto demasiados monstruos peludos con alas y mamíferos con cola de reptil, o habían creído percibir el hedor de su propia sangre. Se imaginaban que los monstruosos animales se precipitaban sangrando en las cuevas oscuras y los hoyos que había al pie del desfiladero de la Ascensión, al otro lado del valle visto desde la jungla.

Muchos afirmaban haber avistado grupos de soldados americanos negros sin cabeza que avanzaban en fila india enarbolando faroles. Otros palidecían de terror cuando gritos horribles, salvajes, primitivos, resonaban en sus cabezas en las mañanas lluviosas o llenas de rocío al creer que eran los aullidos de dolor del último grupo de orangutanes que supuestamente había vivido en las tierras altas centrales tiempo atrás.

Los rumores y las predicciones se consideraban augurios de un desastre inminente, horrible y sangriento, y los que tendían al misticismo o creían en los horóscopos les confiaban secretamente esos miedos a sus amigos. Pronto surgieron diminutos altares en cada cabaña y en cada tienda del pelotón, dedicados a los compañeros de armas caídos. Y, entre el humo acre del incienso, los soldados se inclinaban y rezaban, musitando plegarias:

> *... sufrimiento en la vida, dolor en la muerte, el destino común de los soldados.*
>
> *Rogamos a las sagradas almas que nos bendigan, que consigamos vencer el fuego enemigo y vengar a los camaradas perdidos...*

La lluvia seguía golpeteando, día tras día. La lucha parecía envuelta en un inmenso y apagado mar de lluvia; si uno miraba fija y detenidamente el cielo oscuro y gris de la estación lluviosa o escuchaba caer la lluvia sobre las cubiertas de lona, sólo pensaba en guerra y lucha, lucha y guerra.

La lluvia traía consigo tristeza, monotonía y hambre. En las tierras altas centrales el inmenso, infinito paisaje se veía invadido por un silencio sepulcral, o por disparos aislados, esporádicos. La vida de los soldados de infantería del B3 tras los Acuerdos de París se componia de una serie de largos días de sufrimiento seguidos de meses de retirada y meses de contraataque, retirada y contraataque. Victoria tras victoria, retirada tras retirada. El sendero de la guerra parecía interminable, desesperado, y no conducía a ninguna parte.

Cuando finalizó la estación de las lluvias, el eco del fuego de artillería podía oírse a cien kilómetros de distancia: presagiaba una mala estación seca en Con Roe, Mang Den y Mang But.

Ese septiembre las fuerzas del NVA[2] atacaron las líneas defensivas del distrito de Kontum. El combate fue tan ruidoso que hizo temblar el suelo como si cada metro cuadrado fuera a alzarse en una ola y reventar. En el 3^er Regimiento, que se ocultaba en la jungla de las Almas que Aúllan, los soldados aguardaban atemorizados, esperando que no se les ordenara intervenir como fuerzas de apoyo, pues equivaldría a lanzarse a una muerte casi segura.

En su espera, algunos de ellos descubrieron que oían una música en su cabeza, el sonido de unas guitarras que subía y bajaba con el de la carnicería de Kontum. Los soldados de ese año, 1974, cantaban:

Ay, ésta es una guerra sin fin, una guerra sin fin.
Mañana u hoy, hoy o mañana.
Dime cuál será mi destino, cuándo moriré...

A última hora de la tarde en que Can huyó, una tarde de otoño húmeda y aburrida, Kien estaba sentado junto al arroyo, pescando. La llovizna caía implacable, el día era gris y sombrío. El arroyo bajaba crecido; las aguas, turbulentas y ruidosas, parecían querer llevarse consigo las riberas. Pero allí donde Kien pescaba había un remolino silencioso en tomo a las raíces desnudas de un árbol, que habían quedado al descubierto donde las aguas de la riada arrancaran la tierra.

Kien estaba arrebujado en su impermeable de yute, abrazándose las rodillas, con la mirada perdida en las agitadas aguas del arroyo, sin pensar en nada, sin desear nada. Desde que la *Rosa canina* había desaparecido por completo, su alma no tenía nada a qué agarrarse, de manera que vagaba, deambulaba libremente. Cada día, Kien se pasaba horas sentado a la orilla del arroyo, inmóvil, dejándose arrastrar por su afligido susurro.

Ese otoño fue triste, y la lluvia lo prolongó. Recibieron orden de reducir drásticamente las raciones de comida. Hambrienta, víctima de varios brotes seguidos de malaria, la tropa estaba anémica, y el cuerpo de los hombres se cubrió de úlceras, que se veían a través de la ropa, gastada y rota. Parecían leprosos, en lugar de la heroica vanguardia. Tenían el rostro musgoso, apagado y afligido, desesperanzado. Era una vida asquerosa.

Para animarse, a veces Kien trataba de concentrarse en recuerdos edificantes. Pero, por más que intentaba revivirlas, aquellas escenas jamás perduraban. Era inútil. Toda su vida, desde el principio mismo, de la infancia al ejército, parecía escindida y lejos de él, flotando en el vacío.

Desde el momento en que lo reclutaron, lo apodaron Espíritu Triste, lo cual encajaba a la perfección con su imagen y su personalidad, igual que la lluvia y la penumbra encajaban con la naturaleza de la jungla de las Almas que Aúllan.

Kien aguardaba la muerte, y reconocía con serenidad que sería fea y poco elegante. La idea de su esperado final se le antojaba irónica.

Justo la semana anterior, en el transcurso de una batalla con un comando de Saigón al otro lado

de la montaña, se había reído abiertamente de la muerte. Cuando el ARVN[3] se enfrentó a sus tropas, las del NVA, ambos bandos se dispersaron a toda prisa, corrieron a ponerse a cubierto tras los troncos de los árboles para, acto seguido, abrir fuego a ciegas. Pero Kien había echado a andar con toda tranquilidad. El enemigo disparaba continuamente desde detrás de los árboles situados ante él, que ni siquiera se molestó en agacharse. Caminaba despacio, en apariencia ajeno a las balas. Un soldado del sur guarecido tras un árbol empezó a disparar sin cesar, y los treinta proyectiles del cargador de su AK explotaron ruidosamente alrededor de Kien, pero éste siguió andando sin sufrir un solo rasguño. No respondió a los disparos ni siquiera cuando se hallaba a sólo unos pasos de su presa, como si quisiera darle al enemigo la oportunidad de sobrevivir, concederle más tiempo para reemplazar el cargador o para que afinara la puntería y lo matase.

En vista de la audacia y la frialdad de Kien, el hombre acabó por perder el valor y bajó el fusil temblando.

—¡Mierda! —espetó Kien, asqueado. Y, a continuación, apretó el gatillo desde cerca, arrancando al soldado del ARVN del árbol y haciéndolo picadillo.

—¡Ma... aaaaaa! —gritó el moribundo—. ¡Aaaa!

Kien se estremeció, pero se acercó de un salto a él mientras las balas le llovían desde todas las direcciones. No hizo caso, se mantuvo firme y continuó disparando al cuerpo caliente, agonizante de aquel hombre.

La sangre le salpicó los pantalones. Por fin, prosiguió con su lento avance, dejando tras de sí sobre la hierba unas huellas color rojo sangre, en dirección a otros dos soldados que estaban a cubierto y le disparaban; llevaba el fusil bajo el brazo, con despreocupación, y la camisa abierta. Mostraba serenidad y fría indiferencia, no traslucía miedo ni ira. Sólo aletargamiento y depresión.

El enemigo retrocedió y se batió en retirada.

Pese a tan imprudente y arriesgada conducta, al volver le ordenaron que se presentara en la sección de personal militar y le comunicaron que se encontraba en la lista de oficiales seleccionados para asistir a un largo curso de formación en la Academia de Infantería, cerca de Hanoi. La orden del comandante de la división no tardaría en llegar, y Kien volvería al norte.

—Esta lucha no tiene fin. Nadie sabe cuándo acabará —le dijo a Kien el ronco, lúgubre oficial al mando de la sección de personal—. Hemos de reservar nuestras mejores semillas, de lo contrario todas serán destruidas. Después de perder una cosecha, hay que reservar las mejores semillas para la siguiente, aunque la gente esté hambrienta. Cuando termines el curso y vuelvas con nosotros, todos los oficiales actuales habrán desaparecido, y con ellos el regimiento. La guerra continuará sin ti.

Kien guardó silencio. Unos años antes se habría sentido orgulloso y afortunado, pero ya no era así. No quería ir al norte para hacer el curso, y tenía la certeza de que jamás se uniría a ellos ni sería una semilla para otras cosechas de guerra. Sólo quería estar a salvo, morir discretamente, compartir el destino de un insecto o una hormiga en la guerra. No le importaría morir con la tropa, esos soldados cuyas características especiales habían creado una fuerza de combate casi invencible gracias a su origen campesino, al ofrecerse para sacrificar sus vidas. Su actitud ante la vida era sencilla, mansa, ética. Estaba claro que esos mismos combatientes campesinos sencillos y cordiales eran los que estaban dispuestos a cargar con las catastróficas consecuencias de la guerra, y sin embargo nunca habían tenido ni voz ni voto a la hora de decidir el rumbo del conflicto.

Alguien se acercaba a él por detrás, pero Kien no se volvió. Quienquiera que fuese continuó acercándose y luego se sentó en silencio a sus espaldas, mientras Kien pescaba junto al arroyo. A aquella hora tardía el bosque de bambú de la orilla opuesta parecía volver más denso el crepúsculo. El día había sido breve, lluvioso, y se iba apagando deprisa.

—¿Pescando? —le preguntó el recién llegado.

—Está claro —repuso Kien con frialdad. Era Can, jefe del Segundo Pelotón. Un muchacho menudo y delgado al que apodaban Sonajero.

—¿Qué cebo usas?

—Lombrices —contestó Kien, y añadió—: Creía que tenías fiebre. ¿Qué estás haciendo aquí con esta humedad?

—¿Pican?

—No. Sólo estoy matando el tiempo.

Kien hablaba entre dientes. Detestaba cualquier confidencia, cualquier intento de compartir problemas personales. Demonios, si todos los del regimiento acudieran a él con sus problemas personales después de aquellos horribles tiroteos, le entrarían ganas de arrojarse desde lo alto de la cascada. Sabía que Can iba a contarle algún problema personal.

—Está lloviendo mucho en el norte. —Can seguía con su cantinela, en tono sombrío y desalentado—. La radio dice que nunca ha llovido tanto. A estas alturas mi distrito ya estará inundado.

Kien se limitó a carraspear. La lluvia arreciaba. El aire se estaba volviendo más frío, y había oscurecido bastante.

—He oído que estás a punto de irte al norte.

—¿Y?

—Sólo era un comentario. Enhorabuena.

—¿Enhorabuena? ¿Enhorabuena?

—Por favor. No estoy celoso, Kien. De verdad. Sé que no te caigo bien, pero ¿es que no entiendes a qué me refiero? Acepta lo que el cielo te da. Has sobrevivido aquí y ahora te irás al norte y sobrevivirás igualmente. Has sufrido mucho. Provienes de una familia de intelectuales, así que de todos modos no está bien que mueras. Vete tranquilo y deja que los acontecimientos sigan su curso aquí. Sentimos una envidia sana. Te lo mereces.

—No voy a ninguna parte para hacer felices a los demás. Sé que tienes miedo de que te maten, pero has de vencer tu miedo tú solo. No puedes cargar a otro con esa responsabilidad.

Can pareció pasar por alto aquella pulla.

—En cuanto a mí, siempre he deseado tener la oportunidad de entrar en un curso de formación de oficiales. Ése era mi sueño, de veras. Soy más joven que tú. En la escuela era el primero de la clase. He intentado imponerme disciplina, cumplir con todas mis obligaciones. Ni desobediencia ni juego ni alcohol ni droga ni mujeres ni vocabulario soez. Y ¿para qué? ¡Para nada! No estoy celoso, sólo deprimido.

A Kien le inquietaba lo que se le venía encima. Lo temía, y sin embargo lo esperaba.

—Aún no he vivido y quiero vivir con todas mis fuerzas —prosiguió Can.

Kien seguía callado.

—Por una semana en el norte, sólo una, estoy dispuesto a perderlo todo. Todo.

—Pues entonces les diré a los de Personal que pongan tu nombre en lugar del mío —contestó Kien sarcástico—. ¡No te quejes! Por favor, vuelve a tu cabaña a acostarte.

—¡No seas condescendiente conmigo! Te estoy diciendo la verdad, no trato de cambiar las cosas. Sé cuidar de mí mismo. No tengo miedo de morir, pero esta matanza y este tiroteo siguen sin más, nunca acaban. Estoy muriendo por dentro, poco a poco. Cada noche sueño con lo mismo, conmigo muerto. Abandono mi cuerpo y me convierto en un vampiro que sale a chupar sangre humana. ¿Recuerdas el combate de Playean de 1972? ¿Recuerdas el montón de cadáveres de los barracones masculinos? La sangre nos llegaba hasta los tobillos, chapoteábamos en sangre. Yo solía hacer cualquier cosa para evitar clavarle a alguien la bayoneta o abrirle la cabeza con la culata del fusil, pero ya me he acostumbrado. ¡Y pensar que de pequeño quería recibir las órdenes y entrar en un seminario!

Kien se volvió y miró a Can con curiosidad. En el ejército, de vez en cuando uno se encontraba a inadaptados traumatizados como aquél. Su mente caótica, su discurso inquieto revelaban la crueldad con que la guerra los retorcía y atormentaba. Se derrumbaban, tanto espiritual como físicamente. Pero era curioso que, después de haber luchado junto a Can durante tanto tiempo, Kien nunca lo hubiese oído hablar así. Sólo había considerado a Can un agricultor leal que poco a poco se adaptaba al infierno del campo de batalla.

—Eres un soldado de primera línea experimentado, pero estás empezando a quejarte y gimotear. Así te amargarás aún más, Can. Será mejor que te saquen del grupo de reconocimiento. Somos los primeros en entrar en combate.

Can continuó con sus sombrías confesiones como si no hubiese oído una palabra.

—A menudo me pregunto qué hago yo aquí abajo mientras mi anciana y sufriente madre está en casa, desvalida, llorando día y noche por su hijo ausente. Cuando me alisté, mi aldea estaba inundada y a mi madre le costaba salir adelante. ¿Quién había para ayudarla? Mi hermano ya estaba en el ejército. Yo podría haberme librado por ser el único hijo que quedaba, pero el jefe de la aldea no accedió a ello. Ahí arriba, en el norte, hay muchos malditos idiotas que se benefician de la guerra, pero son los hijos de los campesinos los que han de dejar su hogar, dejar a una madre anciana y desvalida, expuesta a las privaciones. Así que, Kien... —De pronto, Can rompió a llorar, enterrando el rostro en las rodillas; sus hombros subían y bajaban temblorosos, la flaca y húmeda espalda temblaba.

Kien se puso en pie, cogió su caña y miró ceñudo a Can.

—Has estado leyendo demasiados panfletos del enemigo. Si alguien informase acerca de ti a los de arriba, serías hombre muerto. ¿Vas a desertar?

Can seguía sentado, con la cabeza entre las rodillas. Su voz se oyó atenuada, mezclada con los sonidos del arroyo y de la lluvia.

—Sí, voy a desertar. Sé que eres un amigo de verdad. Lo entenderás. Despídeme de mis compañeros.

—Estás chiflado, Can. En primer lugar, no tienes derecho a huir. En segundo lugar, no puedes hacerlo. Te cogerán y te traerán de vuelta. Te formarán un consejo de guerra. Te pegarán un tiro. Estarás peor que ahora. Escúchame. ¡Cálmate! No me chivaré.

—Demasiado tarde. Ya he escondido mi mochila en la jungla.

—No voy a dejar que desertes. Vuelve a las cabañas. Intenta aguantar un poco más. La guerra terminará más tarde o más temprano.

—No. Me voy. Ganar o perder, más tarde o más temprano, todo eso no significa nada para mí. Mi vida se desvanece poco a poco, y aún he de ver a mi madre una vez más, y mi aldea. No irás a impedírmelo, ¿no? ¿Para qué? ¿Por qué ibas a hacerlo?

—Escucha, Can, marcharse así es suicida. Y vergonzoso.

—¿Suicida? ¿Matarme? He matado tantas veces que matarme no significaría nada. En cuanto a la vergüenza... —Can se levantó despacio, mirando a Kien a los ojos—. En todo el tiempo que llevo de soldado aún no he visto nada honroso. Es posible que en casa me sienta aún más humillado. No me dejarán vivir. Así y todo, últimamente sólo sueño con que mi madre me llama. Quizá mi hermano ya haya muerto y ella esté enferma y sufriendo. No puedo esperar más. Has sido tú, no yo, el elegido para asistir al curso de oficiales y ser enviado de vuelta. Yo tendré que arreglármelas para regresar a casa por mi cuenta. Espero que mis compañeros se apiaden de mí. No me cogerán, al menos si la patrulla de reconocimiento no va tras de mí. Y ahí entras tú, Kien: tú estás al cargo, tú eres el que puede garantizar mi seguridad. Déjame marchar. —Hizo una pausa y continuó quedamente—: Cuando todo esto termine..., en fin, conoces mi aldea, en el distrito de Binh Luc, de la provincia de Ha Nam. Pásate por allí cuando tengas ocasión.

En la oscuridad, Can cogió la muñeca de Kien con su fría y delgada mano. Kien apartó la suya despacio y dio media vuelta sin pronunciar palabra, dejando a Can junto al arroyo.

Cerca de su cabaña Kien pareció despertar y cambió de opinión. Dejó en el suelo el equipo de pesca y volvió corriendo hacia el arroyo, gritando:

—¡Can! ¡Caaaaaaan! —Y de nuevo—: ¡Caaan, espera!

Siguió a la carrera, bajo la intensa lluvia, por el oscuro sendero que conducía a la orilla del arroyo. Can se había ido. En el pequeño claro, Kien se sintió aprisionado por el agua que caía y la densa barrera de bambú del otro lado de la corriente. La reducida visibilidad comprimía el espacio. El único movimiento era el del arroyo, que borboteaba.

Kien se quedó mirando a la nada y rompió a llorar, la lluvia le bañaba el rostro mientras brotaban las lágrimas.

Por entonces la deserción hacía estragos en el regimiento, como si los soldados fueran vomitados, vaciando las tripas de secciones enteras. Las autoridades parecían incapaces de impedirlo. No obstante, los oficiales al mando dieron orden de ir en busca de Can. Temían que se pasara al enemigo y revelase los secretos y la estrategia del regimiento.

Tras muchos días dando palos de ciego, finalmente la policía militar encontró a Can el desertor. Sólo había conseguido llegar a una pequeña senda sin salida encajonada entre colinas, a dos horas de las cabañas. Le quedaban meses de viaje, numerosos obstáculos entre él y su hogar en Binh Luc.

A finales de septiembre, justo antes de que el regimiento abandonara la jungla de las Almas que Aúllan, los hombres recibieron el correo de sus familias, la única entrega en toda la estación de las lluvias. La patrulla de reconocimiento de Kien sólo recibió una carta: era para Can, de su madre.

[...] Toda la aldea comparte mi alegría por tu carta, y te escribo de inmediato con la esperanza de que los amables funcionarios de correos militares se apiaden de mí y te la entreguen lo antes posible.

Yo ya podría haber muerto, pero gracias a tu carta continúo viviendo y albergo esperanzas, querido hijo.

[...] Ay, hijo mío, desde que me enteré de la muerte de tu hermano por su unidad y celebramos la ceremonia conmemorativa en la aldea y recibimos el Certificado Patriótico, querido hijo, he trabajado noche y día en el arrozal, arando la tierra y trasplantando. Y siempre ruego al cielo y a los antepasados, a tus difuntos padre y hermano, que te bendigan en ese lejano campo de batalla, y rezo para que tú y tus camaradas volváis sanos y salvos [_].

Kien leyó y releyó la carta. Le temblaban las manos, las lágrimas le nublaban la vista. Can ya no estaba. La policía militar había encontrado su cuerpo descompuesto. Sólo su esqueleto seguía íntegro, como el de una rana arrojada a un charco fangoso. Los cuervos habían acabado a picotazos con el rostro del muchacho; su boca estaba llena de barro y hojas podridas.

«Cómo apestaba ese maldito renegado», dijo el policía militar que enterró a Can.

Tenía las cuencas de los ojos vacías, como trincheras. A pesar de que había transcurrido poco tiempo, estaba cubierto de musgo y cieno. Al PM le entraron arcadas, y escupió al recordarlo.

Nadie volvió a hablar de Can. Nadie se molestó en averiguar los motivos de su muerte, si lo habían matado o si sencillamente había muerto de agotamiento en la jungla o si se había suicidado. Tampoco nadie lo acusó.

El nombre, la edad y la imagen de alguien que había sido exactamente igual de valiente que sus camaradas bajo el fuego enemigo, que había dado un magnífico ejemplo, desaparecieron de repente sin dejar rastro.

Salvo en la mente de Kien. La imagen de Can lo acechaba por las noches, regresaba en mitad del sueño para susurrarle al oído en la hamaca, repitiendo las tristes últimas palabras que había pronunciado junto al arroyo. El susurro se tornaba un jadeo sofocante, como el sonido del agua obstruyendo la garganta a un hombre a punto de ahogarse.

«... El alma se me escapa del cuerpo...»

Kien recordaba la voz de Can. Y cada vez que se arrodillaba ante el altar de la patrulla para rezar a los mártires de la guerra, intercedía en voz queda por el alma de Can, el alma de un compañero que había muerto humillado, desamparado e incomprendido, incluso por él mismo.

En los últimos meses de la estación de las lluvias, Kien había sido destinado al equipo de los MIA encargado de reunir los restos de los muertos en los peores campos de batalla. Había recorrido casi todo el sector norte de las tierras altas centrales, volviendo a lugares en que se libraran innumerables combates. El equipo de los MIA había descubierto a una enorme familia de miembros olvidados de su regimiento, ocultos bajo el manto de la cálida jungla. Los soldados caídos compartían un mismo destino: ya no había combatientes honorables o deshonrados, heroicos o cobardes, dignos o despreciables. Ya no eran más que nombres y restos.

En el caso de algunos de los otros muertos, ni siquiera eso. Algunos se habían volatilizado por completo o habían saltado en pedazos por los aires, hasta el punto de que sus restos se habían fundido con el barro hacía tiempo.

Tras unos últimos toques con la pala las tumbas quedaban listas, los restos amortajados. Luego, con el postrer aliento, sus almas se liberaban, volaban alto, libres. La ascensión de tantas almas iba

haciendo mella en la mente de Kien, le corroía la conciencia, hasta tornarse una sombra oscura que se cernía sobre su propia alma. Durante mucho tiempo, a lo largo de muchas, muchas tumbas, las almas de los queridos camaradas muertos fueron volcando en su vida, callada, tristemente, el dolor de la guerra.

Esa noche, de vuelta en el campamento, qué extraño que tal vez fuese la más mística de los cientos de noches oscuras de su vida, con el alma de Can susurrándole. Y ahora toda su vida de combatiente desfila ante él, tropas de soldados muertos a los que conoció en los campos de batalla regresando a través de un arco borroso en un sueño interminable. El eco de los días y los meses pasados semeja el estruendo de un trueno lejano, hace sufrir a su propia alma alborotada para después adormecerla.

Ya casi al alba, Kien tiembla de pronto y despierta a medias al oír un aullido desgarrador, horrible, afligido que se eleva desde los riscos igual que un eco. Se dispone a levantarse, pero acto seguido se detiene y se deja caer de nuevo en la hamaca, cerrando los ojos, escuchando todavía el aullido.

Ese aullido, el que escuchó por vez primera en esa maldita jungla de las Almas que Aúllan, junto a ese mismo arroyo, en la estación de Las lluvias del año anterior, la última estación lluviosa de la guerra. El aullido procedente del valle que hay al otro lado de la montaña y tuvo eco llega hasta nosotros. Algunos decían que se trataba de los espíritus de la montaña, pero Kien sabía que era el lamento del amor.

Por aquel entonces, allí mismo, en la triste y húmeda jungla, la patrulla de reconocimiento del B3 de Kien vivió un momento de amor extraño y fascinante, alimentado por una pasión desenfrenada y única, nacida de un encuentro mágico.

Por desgracia, Kien no se vio incluido en semejante clima amoroso. Recordaba que su unidad había llegado y decidido levantar las chozas al pie de esa misma montaña. Transcurridas las dos primeras noches, todo el mundo sintió que a la patrulla le estaba ocurriendo algo poco común. Kien había hecho algo más que sentir tan misteriosa atmósfera. La había escuchado y había visto pasar fugazmente unas siluetas vagas. La tercera noche, una lluviosa noche de agosto, Kien, inquieto tras tres días con fiebre, estaba angustiado y no conseguía dormir. Intranquilo, justo antes de que amaneciera se puso el impermeable y se fue a echar un vistazo a las cabañas, fusil en mano. El suelo del bosque estaba embarrado y resbaladizo, y los relámpagos encendían el aire, iluminando la jungla intermitentemente.

Kien iba dando patinazos, avanzaba a tientas bajo la lluvia, mientras su fusil se balanceaba. Cerca de la cabaña del 1er Pelotón, se detuvo. ¿Risas? Sí, carcajadas. Pero ¿quién reía así en tan lamentable pelotón? ¿E imitando una voz de chica? Sonaba fantasmal. Kien se aproximó y miró en el interior. Estaba oscuro, pero no se oían ronquidos. Sólo un silencio pesado.

Empezó a recelar.

—¿Quién se estaba riendo ahí dentro?

—¿Por qué, Kien? —Era la voz de Thanh. Alerta.

—¿Quién? Quizás un ángel —repuso otro.

—No me toméis el pelo. Alguien se estaba riendo. No tengo tanta fiebre, idiota.

—Pues entonces entra, jefe. Compruébalo tú mismo.

Kien se sentía confuso. ¡Mierda! ¿Acaso había otro fantasma en aquella jungla de las Almas que Aúllan? Soltó la lona y se fue. Sin embargo la risa le había parecido clara, aguda, verdadera. La risa de una muchacha, no la de un fantasma. No eran imaginaciones suyas.

Cuando regresaba, despacio, percibió un movimiento y se detuvo, tenso, inmóvil y alerta. Oyó su propio corazón a punto de pararse. En el reflejo del arroyo vio a una muchachita encantadora. Iba con la barriga al aire, su piel brillaba como la luz que bailoteaba en el agua, y el cabello, largo y suelto, le llegaba hasta los muslos. Fue desapareciendo lentamente de su vista, hasta dejar tan sólo su reflejo danzando entre los juncos que festoneaban la orilla.

Kien la siguió con la mirada hasta la jungla, luego sacudió la cabeza para librarse de aquella visión y gritó:

—¡Alto! ¿Quién anda ahí? —Dio un paso adelante con la mano en el gatillo—. ¡Código cinco! —exclamó. Nada.

La lluvia, los truenos y los rayos parecieron parar bruscamente.

—¡Alto o disparo! —chilló furioso.

—Soy yo, compañero, Thinh.

—¿Qué?

—Soy yo. Estoy de guardia —contestó Thinh *el Arrogante* con claridad—. ¿Qué pasa?

—¿Quién estaba ahí contigo?

—Nadie.

—¿Es que no has visto a nadie?

—No. ¿Qué ocurre?

Kien masculló una maldición. En ese preciso instante los rayos y los truenos estallaron de nuevo. Kien clavó la vista en los árboles que se balanceaban, miró una vez más el remolino del arroyo, y luego se volvió hacia Thinh.

Thinh se hallaba ante él, con aire inocente. Llevaba pantalones cortos, el vientre desnudo refulgía con la lluvia.

Kien dejó escapar un débil gruñido e inició el penoso y lento camino de vuelta a su tienda. Se tendió en la hamaca, abrumado por una sensación de autocompasión e inminente fatalidad.

¿Qué había visto? ¿Un fantasma o una muchacha?

A la mañana siguiente no se mencionó el asunto. Ni Thanh ni Thinh dijeron nada, pero Kien creía que ellos y los demás compartían un secreto, si bien fingían que no estaba pasando nada fuera de lo normal. Fue la primera vez que se sintió excluido entre sus compañeros.

Poco a poco fue desechando los temores de que se trataba de imaginaciones suyas. Algo extraño estaba ocurriendo. Ninguna hermosa chica-fantasma volvió a pasar por delante de las cabañas próximas al arroyo. Sin embargo él barruntaba otros movimientos misteriosos.

A medianoche, unas sombras negras se bajaban en silencio de las hamacas. Tras alcanzar sigilosamente la puerta de las cabañas y hacer señas a la guardia, se adentraban en fila india en la jungla. Las sombras se metían calladamente en el arroyo y se dirigían, bajo una lluvia torrencial, hacia la gran montaña oscura.

Noche tras noche las sombras iban de acá para allá, hasta que una noche también Kien despertó. Se quedó tumbado, inmóvil, fingiendo que dormía y aguzando el oído. Al principio oyó susurros,

luego que las hamacas se movían, después el sonido de pies descalzos pisando el barro. Y conversaciones en voz baja con la guardia. Alguien resbaló. Risas sordas.

Unas noches eran sombras de su propia cabaña; la noche siguiente, de otra; en una ocasión, de las hamacas próximas a él. Salían todas las noches y volvían horas más tarde, justo antes del alba. Kien las oía, sin aliento, embarradas y tiritando a causa de la llovizna y el aire frío.

Al cabo de varias noches Kien empezó a preocuparse por ellas, a inquietarse por el bienestar de las sombras. Yacía despierto hasta que todas y cada una de ellas estaba de regreso. Cuando llegaba la última, oía una llamada larga y lastimera desde el pie de la montaña, como una despedida. Entonces Kien suspiraba aliviado y daba una cabezada.

Los trece del pelotón no participaban en aquello. Estaba seguro de que había tres asiduos que hacían el peligroso viaje nocturno hasta la montaña oscura a través de un valle agreste y sombrío. De pronto recordó que antes de que la guerra se extendiera hacia el interior, allí había una próspera granja junto a una cascada.

La casa había sido abandonada, luego requisada por los oficiales de aquel distrito para que hiciera las veces de cuartel general, y abandonada de nuevo hacía muchos años. Había tres muchachas muy jóvenes pertenecientes a la familia de agricultores que la habitaba en un principio. Se le ocurrió que tal vez las chicas, que ya debían de tener unos dieciocho o diecinueve años, hubieran decidido regresar a pesar de la vulnerabilidad de la granja.

Kien pensó que ya sabía lo que estaba ocurriendo, y comprendía los sentimientos de los chicos. Por ello, aun estando al mando, en lugar de poner fin a las indisciplinadas y peligrosas relaciones, decidió no hacer nada. Recordó las órdenes del comisario político: «Es preciso reajustar, rectificar y restablecer las normas, la moralidad y la conducta de los hombres cuando se producen infracciones.» Ni que decir tiene que ello habría significado sacar de allí a los soldados, privarlos de sus momentos románticos. A Kien su corazón jamás le permitiría castigar debidamente a sus hombres. Antes bien, le rogaba que guardara silencio y se compadeciese de los jóvenes amantes. ¿Qué otra cosa iban a hacer? No podían luchar contra la fuerza desenfrenada del tierno amor que ahora controlaba su cuerpo.

Kien se sintió viejo. Sólo él y Can pasaban de la veintena. Los demás eran aún adolescentes, poco más que niños.

Fue entonces cuando empezaron los sueños melosos, y mientras dormía veía aparecer ante él a su hermosa chica de Hanoi. Durante esas noches lluviosas ella acudía a él por la puerta trasera de la memoria, avanzando ligera como un duendecillo. Kien se estremecía, temblaba, hambriento y sediento de deseo, ansioso por saborear la agudizada sensación del contacto con un cuerpo suave. «Puede que tú y yo muramos vírgenes, nuestro amor es tan puro... Suspiramos el uno por el otro al no poder estar juntos», decía Phuong, haciendo que sus corazones de diecisiete años parecieran a punto de partirse.

En el sueño, Kien sabía que soñaba, y se retorcía intentando cambiar las imágenes, alejarse del dolor y la desolación que experimentaba al saber que todo aquello no era más que un sueño.

Al despertar, oía los pasos de sus compañeros a lo lejos. Ya no hacía falta que esperara su regreso. Lo sabía desde mucho antes. En su cabaña, jumo con el dulce perfume de la droga, había una fragancia nueva, inconfundiblemente suave, delicada y etérea, que persistía vagamente en el viento.

Kien volvió mentalmente a la fuente de su propio amor, cuando era joven. Le costaba imaginarlo, le costaba recordar el tiempo en que toda su personalidad y su carácter se hallaban intactos, un tiempo anterior al momento en que la crueldad y la destrucción de la guerra corrompieron su alma. Un tiempo en que se sentía profundamente enamorado, apasionado, muerto de deseo, increíblemente frívolo y desenfadado o en que el amor y el sufrimiento lo deprimían rápidamente. O en el que la vergüenza lo hacía sonrojarse. Cuando también él era digno de amar y ser amado, como sus tropas ahora.

Sin embargo, la guerra era un mundo sin hogar ni techo ni comodidades. Un viaje desgraciado, un interminable ir a la deriva. La guerra era un mundo sin hombres de verdad, sin mujeres de verdad, sin sentimientos.

La guerra también era un mundo sin romanticismo. No podía evitar la sangría de su alma, la perdición de la que escapaban sus jóvenes hombres mientras exprimían las últimas gotas del amor en sus nocturnas aventuras. Al día siguiente tal vez estuvieran muertos. Tal vez todos nosotros estuviéramos muertos.

Pero en ese momento el amor que sabía que había albergado en su interior parecía haberse agotado. Le desesperaba pensar que ya nunca compartiría las frivolidades y el júbilo de un amor normal

Kien cerraba los ojos, volvía la vista atrás y recordaba el dolor de esas semanas. Esas muchachas y los chicos de su pelotón ahora estaban muertos. El miedo constante que sentía por ellos le había desgarrado el corazón. Cierto, había guerra y eran tiempos anómalos. Las grandes cuestiones, el importante deber de la lucha y sus sagrados cometidos, habían pasado a ser lo más trascendental de su vida. Mientras que las cuestiones minúsculas, esas penas y alegrías exquisitamente afiligranadas del destino humano, como los devaneos de los muchachos con las tres chicas de la granja, parecían menos importantes. Se daban con tan poca frecuencia que había quien las consideraba un mal augurio, como si forzosamente la felicidad tuviese que invocar su propia forma de castigo en la guerra.

Y lo cierto es que era verdad: esos pequeños actos de amor fueron un presagio de los terribles acontecimientos que se avecinaban.

Kien recordaba la escena como si hubiese ocurrido el día anterior. Se hallaba bajo el aguacero en el patio, húmedo y herboso, de la

pequeña granja situada en un valle aislado que se extendía al pie de una enorme montaña, donde cada noche sus hombres se reunían a escondidas con sus recién halladas amantes.

Tenía el rostro, la ropa y el cabello empapados. El fusil estaba a punto de resbalársele del hombro. Alrededor de la casa, las cabañas y los almacenes de los días en que había sido cuartel general del distrito parecían despedir vapor mientras la lluvia torrencial rebotaba en los tejados. Comenzó a clarear poco a poco y unos cuantos rayos de sol iluminaron el cielo, aunque seguía cayendo algo de lluvia.

«¡Ho Biaaaaaa!», se puso a gritar Thinh *el Arrogante*.

Kien se limitó a seguir buscando. Tras la llamada de Thinh, los demás se dispersaron por la granja llamando a las chicas por sus* nombres: «Ho Biaaaaa, May, Maaaay, Thom, Tho-oom.»

No hubo respuesta. De la alta cascada que se precipitaba desde el risco situado entre la granja y

la base de la montaña manaba un enorme chorro de agua blanca que retumbaba, espumeaba y resonaba como un trueno perpetuo.

Pero nadie respondía.

Los otros sonidos eran producto de la lluvia. El agua que corría por los tejados, formaba charcos. Kien entró. Era una bonita casa de tres habitaciones con techo de bambú que olía a lirio silvestre. Los muebles se hallaban en buen estado, y cuidados. Un juego de sillas de rota con su mesa, una maceta, té y tazas para el té. Un libro abierto. Camas, almohadas, mantas. Espejos y peines.

En la parte trasera descubrió ropa en el tendal, una colada que ya debería estar recogida.

Las alacenas se veían bien surtidas de arroz, tanto desgranado como sin desgranar, y mandioca. El olor a champiñones secos, miel y otros alimentos y especias aromáticas inundaba la pequeña cocina. Todo parecía en perfecto orden. La mesa había sido puesta con esmero, como si hubiesen preparado una cena completa, pero la familia hubiera tenido que marcharse. El centro de la mesa estaba ocupado por cuencos de pescado desecado, berenjenas y arroz, tapados con una malla para protegerlos de los insectos. Había pabilos, cuencos, sal, pimienta y un platito para cada persona. La olla de arroz que constituía el plato principal seguía en el hornillo, bajo el cual el carbón y la ceniza resplandecían débilmente, todavía calientes.

Kien y sus hombres salieron y echaron a andar entre cacahuetes, berenjenas, tomillo y orégano. Recorrieron con cuidado el recinto hasta llegar a una zona de plataneros y calabazas. Más allá de ese huerto, una sencilla portezuela de madera daba a un angosto sendero que llevaba hasta un arroyo, el cual desembocaba en el río principal un poco más abajo. Se quedaron mirando hacia la orilla opuesta del arroyo y corriente arriba, en dirección a las tenues sombras de la montaña bajo la que se alzaba la casita.

Aunque llovía de día y de noche, las muchachas de la granja utilizaban el agua del arroyo, reservando prudentemente la del pozo para la estación seca. Kien se acercó al brocal. El pozo parecía estar en buenas condiciones: la tapa encajaba a la perfección y alrededor de la base habían cavado un desagüe para que se llevara el agua enlodada durante los fuertes chubascos. El silencio resultaba desconcertante.

Kien dejó al resto y, siguiendo una corazonada, volvió al arroyo y reparó en el minúsculo retrete de las chicas, construido sobre la misma corriente, oculto casi por completo entre bambú. La estrecha senda que iba del pozo al arroyo estaba cubierta de gravilla y limpia de hierbajos.

Kien se aproximó, pero no por el sendero, sino dando un rodeo, metiéndose tranquilamente en el agua y remontando la corriente.

La puerta del retrete estaba abierta. Se arrodilló y se descolgó el fusil. Estaba seguro de que había alguien dentro...

Hacía tanto tiempo de aquello, y sin embargo seguía con toda claridad en su memoria. No abrieron la puerta del retrete, sino que la arrancaron de los goznes y la arrojaron a la orilla. Dentro había dos cubos medio llenos, un cazo, unas chanclas de goma y jabón. De una cuerdecita colgaban una bata fina y gastada y una toalla bordada. Junto a la pared del retrete se veía una prenda de ropa cubierta de barro, cerca de un impermeable de lona verde.

Algo en las lisas rocas llamó su atención. Era un sujetador blanco rasgado. A la débil luz parecía una flor grande y rara de pétalos suaves, delicados. En uno de los pétalos había restos de sangre.

Kien se estremeció, como si le hubiesen atado el corazón bien fuerte con bramante. Luego se imaginó varias siluetas enemigas, verdosas y fantasmagóricas, que avanzaban en silencio al abrigo de la jungla, llegaban sin hacer ruido hasta la linde de ésta y encontraban la granja, después entraban..., hallaban a las tres muchachas. Una de ellas estaba en el dormitorio; otra, en la cocina, cerca de la mesa; la tercera, en el retrete. No hubo tiempo de reaccionar. Ni gritos. Ni tiros. Ni escapatoria.

—¡Un comando! ¡Lo ha hecho un comando! —chilló alguien.

—Oh, Kien —dijo Thinh en un susurro, con voz ronca y temblorosa.

Más allá, las ramas de bambú arañaban inquietantes las paredes de bambú. Kien suspiró, apretando los labios.

—¿Oísteis algo esta mañana? —quiso saber.

—No. Nada —contestaron.

Kien trató de reconstruir los hechos. Entonces ¿qué había pasado? Los hombres habían estado allí con las chicas la noche anterior, divirtiéndose.

Era 1974, no la aciaga época de 1968 y 1969, los peores años de la guerra. Aquello estaba ahora a una jornada de camino del frente. Sin embargo, esa mañana los jóvenes amantes del pelotón habían tenido la sensación de que algo iba mal. Convencieron a Kien de ir a echar un vistazo, y éste no tuvo más remedio que admitir que el presentimiento era acertado.

—¿Cómo sabéis que es un comando? —preguntó Kien, consciente de que fueran quienes fueren los visitantes, seguían con vida y no debían de estar muy lejos.

—Encontramos la colilla de un Rubi. Y huellas —repuso Thinh.

—¿Qué os hizo pensar que algo iba mal esta mañana? Cuando volvisteis, estabais felices y contentos —inquirió Kien, dando a entender que se hallaba al corriente de sus visitas nocturnas.

—Nada concreto. De pronto sentimos una preocupación insoportable, eso es todo.

—Y ahora decidme: ¿alguno de vosotros fue en su busca esta mañana?

—Sí. Pero no encontramos ni rastro.

—Se os pasó eso —dijo, señalando el sujetador ensangrentado.

Thinh dio un paso al frente y se arrodilló despacio. El fusil AK se le resbaló del hombro y golpeó ruidosamente contra las piedras.

—¡Es el de Ho Bia! ¡Es el sujetador de Ho Bia! —musitó, llevándose el sostén a los labios—. Ay, mi amor, ¿adónde te han llevado? ¿Por qué? ¡Eras tan inocente! ¿Por qué iban a querer hacerte daño? ¿Qué podemos hacer? —Empezó a gimotear, elevando insistentes plegarias con voz desesperada.

Más tarde, muchos años más tarde, mientras veía una pantomima en la que un artista se doblaba y retorcía con angustiosa desesperación, Kien recordó, por una milagrosa asociación de ideas, los momentos en que Thinh se agazapó de manera similar, rezando entre sollozos por Ho Bia.

La gente que tenía a su alrededor en el teatro vio que Kien se incorporaba de golpe, rememorando con meridiana claridad la escena acaecida en la guerra. Su atención al espectáculo fue decayendo conforme los nítidos detalles de la trágica historia de amor de sus hombres y las tres muchachas de la granja se abrían paso en su mente. Quedó ensimismado, soñando con ese día, ajeno a la pantomima que se representaba ante sus ojos.

Cuán conmovido estaba, cómo temblaba al revivir la dicha y el dolor que le producían los

recuerdos. Quería grabarlos en su corazón, y se preguntaba cómo era posible que hubiese olvidado esa tragedia durante tantos años.

Ya casi había oscurecido, ese mismo día, cuando encontraron el escondrijo del comando. No habían matado a las tres muchachas en la granja, sino que habían decidido llevarlas valle abajo, lejos de allí. La lluvia había borrado sus huellas, y el pelotón de Kien descubrió a los siete miembros del comando al pie de una colina por pura casualidad.

Les tendieron una emboscada, matando a tres de ellos en el primer ataque y capturando a los cuatro restantes a punta de pistola.

Thvnh *el Arrogante*, uno de los amantes, resultó muerto en la lucha cuerpo a cuerpo: una bala le atravesó el corazón. No hubo tiempo de lágrimas ni de venganza. Cayó de bruces sin volver a ver a Ho Bia.

Kien se plantó ante los hombres que habían capturado. No los habían atado, pero se encontraban agotados tras la batalla perdida, con la ropa rota, cubierta de barro y sangre, y no opusieron resistencia. Permanecían quietos y callados, moviendo los pies, indiferentes a las preguntas.

—¿Dónde están las tres muchachas? —preguntó Kien con calma.

No hubo respuesta.

—Y bien, ¿dónde están? Si siguen con vida, es posible que vosotros viváis.

El mayor de los cuatro, que tenía el ojo izquierdo destrozado por una bala, miró a Kien con el ojo bueno. La sangre y el barro le surcaban las mejillas. Rió desdeñoso, dejando a la vista sus blancos dientes.

—¿Las muchachas? Las sacrificamos al espíritu del agua, señor. Utilizamos sus cuerpos a modo de ofrenda. Gritaron como locas y armaron una buena.

Los hombres de Kien sacaron la bayoneta, pero él los contuvo.

—¡Alto! No. Tal vez a estos tipos también les apetezca gritar como locos, como hicieron las muchachas antes de morir. No querrán morir de inmediato, ¿no?

—¡Hijo de puta! ¡Matadnos si queréis! —exclamó otro—. Mirad mis manos, mirad, rojas por la sangre de esas putas.

—¡Calla! —ordenó Kien—. No te preocupes, cumpliremos tus deseos. Sólo quiero saber una cosa. Vinisteis aquí para seguirnos la pista a nosotros, al ejército profesional, ¿no? Entonces ¿por qué atacarlas? ¿Por qué matar a tres muchachas con tanta brutalidad?

No hubo respuesta.

Kien se maldijo por malgastar el tiempo con ellos. Peor aún, incluso había sido educado.

Les ordenó que cavasen sus propias tumbas. Los cuatro abrieron una fosa común, deprisa, con entusiasmo, como si les pagaran por ello.

—No hace falta que sea tan profunda, sólo es para que entréis de manera que no se vean los brazos ni las piernas —aclaró Kien—. Y ¡daos prisa! Pronto oscurecerá.

Cada uno tenía una pala, las habituales herramientas multiusos, afiladas y plegables. Todos eran tipos sanos, musculosos. Cavaban con violencia, hundiendo la pala, cargando, arrojando. El agujero era cada vez más ancho y hondo, y empezaba a llenarse de agua rojiza.

—¡Basta! ¡Salid! —mandó Kien. Y acto seguido explicó—: Tenéis que salir para arrojar dentro los cuerpos de vuestros tres amigos. No querréis dejarlos ahí fuera para que apeste todo el bosque,

¿no?

Pidieron permiso para lavarse y fumar un último cigarrillo. Kien accedió, si bien sus hombres no estaban conformes.

—¿Por qué prolongarlo? Démosles unos caramelos de bronce —espetó uno de ellos.

Balas, en la jerga de los soldados.

—Yo tampoco soporto a estos gilipollas —dijo Kien—. Antes de morir serán tratados como perros, pero hay una cosa que debo saber.

Los cuatro soldados del sur bajaron al arroyo y se lavaron las manos lenta, cuidadosamente. También se limpiaron la sangre del uniforme; luego volvieron.

—Por favor, acepte este cigarrillo, señor —ofreció el más joven, un muchacho de cara redonda y tez pálida que hablaba con un dulce acento norteño. Le ofreció cortésmente un cigarrillo Rubi a Kien con ambas manos.

—Quédatelo —rehusó Kien—. Ofréceselo a tus compañeros cuando estéis bajo tierra.

El joven suspiró, luego miró suplicante a Kien y le dijo, bajando la voz:

—Señor, el que ha sido descortés con usted es nuestro jefe. Sí, es teniente.

—¿Ah, sí? Bien, bajo tierra no será más que un soldado raso. Dejará de ser tu jefe, así que olvídalo, no te preocupes.

—Por favor, no me mate —pidió el joven—. Yo no viole a ninguna de las muchachas. No les di ni una sola puñalada. Lo juro. Soy católico.

—A mí no tienes que jurarme nada. ¡Vuelve a tu sitio! —replicó Kien.

Pero el joven, con las mejillas bañadas en lágrimas, se puso de rodillas delante de él.

—Por favor, apiádese de mí, señor, aún soy muy joven, señor.

Mi madre es mayor. Voy a casarme. Nos amamos. ¡Se lo suplico!

Temblando, se sacó del bolsillo una cartera de piel de la que extrajo una pequeña fotografía en color que le entregó a Kien. Éste levantó la foto y la miró. En ella, una muchacha con traje de baño negro aparecía de espaldas al mar. Sonreía feliz, el ondulado cabello enmarcaba su rostro y tapaba sus hombros. Sostenía un helado en una mano y con la otra saludaba. Era el breve y elegante saludo de una chica tan hermosa que uno podría pasarse la vida mirándola. Kien secó las gotas de lluvia de la foto y se la devolvió al muchacho.

—Muy guapa. Bonita foto. Guárdala o se mojará.

El chico soltó un grito ahogado, tenía la boca seca. Un brillo de esperanza iluminó sus ojos.

—¿Quiere decir que me dejará vivir? ¿De veras? Oh, gracias a Dios,

—¡Vuelve al agujero! —chilló Kien—. ¡Hijo de puta! Enciende tu último cigarrillo o se te acabará el tiempo. Y vosotros, daos prisa.

El joven se unió a los otros tres, que estaban sentados en el borde de la tumba, balanceando los pies sobre los cuerpos de sus compañeros, a los que habían arrojado al hoyo. Envolviendo la escena, el humo azul claro de los cigarrillos, cálido y agradable, Botaba a la deriva en la llovizna. La oscuridad descendía por las laderas, y el arroyo borboteaba en derredor.

—¡Vamos! —dijo Kien, descolgándose el AK del hombro—

¡Enfila!

Los cuatro pálidos rostros alzaron la vista, temerosos y atentos.

—¡Arriba, en fila de a uno! —repitió Kien con despreocupación, apoyando el pulgar en el guardamonte del fusil—. ¡Moveos!

—Señor, déjenos terminar el cigarrillo —pidió el mismo muchacho del acento norteño.

—¡Arriba! —exclamó Kien de nuevo.

—Déjalos terminar, Kien —le susurró al oído uno de sus hombres con voz bronca.

Los condenados se levantaron, apoyándose los irnos en los otros. La inminente muerte los había vuelto intrépidos y había endurecido su semblante. Miraban con odio a Kien, que se enfureció al verlos despreciar la muerte.

—Así que no os importa morir, ¿eh? Os voy a dar esa satisfacción, con toda la sangre que queráis. Como hicisteis con las muchachas.—Kien empezó gritando y terminó riendo forzadamente.

Abrió fuego. Por encima de sus cabezas.

El joven católico del norte rompió a llorar. Se arrojó a los pies de Kien y apoyó el rostro sobre éstos. Gimoteando, rezando, sollozando, se retorcía casi pegado al suelo, pero sin pronunciar palabra alguna.

—¿Te ofreces voluntario para ser el primero? —le preguntó Kien, apoyando el cañón de su arma en la frente del muchacho.

—No, por favor, dejadme vivir, ¡os lo suplico! Déjeme vivir, ¡se lo ruego, señor, se lo ruego!

Kien le dio un buen empujón con el cañón en la cabeza, y el joven cayó hacia atrás. El golpe pareció hacerlo entrar en razón, y dejó de llorar. Aún arrodillado, se incorporó un tanto, mirando alrededor con desaliento, primero a Kien, luego al resto. Se llevó las manos a la herida. Tenía un corte en la frente y la sangre le corría por la nariz.

—Me ofrezco voluntario para rellenar la tumba —afirmó—. No es preciso que se canse usted con ello. También le diré todo lo que sé. La política de su Partido consiste en castigar a los que escapan y perdonar a los que vuelven, así que no tiene derecho a matarme. ¡Ningún derecho! Por favor, ¡se lo suplico, se lo suplico!

Alguien situado detrás de Kien le tocó el brazo y le susurró con voz temblorosa:

—Kien, ¿por qué no los perdonamos por ahora y los enviamos a nuestros superiores para que ellos decidan?

Kien se volvió. Era Cu. Kien ardía de rabia, y espetó furioso, metiéndole el arma en la boca a Cu:

—Si quieres demostrarles tu amor, ve a la fila con ellos. Te mataré a ti también. ¡A ti también!

—Kien, Kien, ¿por qué demonios gritas de ese modo?

El conductor del camión tocó a Kien en el hombro con su mano regordeta, a través de la hamaca, y lo sacudió hasta despertarlo.

—¡Arriba! ¡Venga, deprisa!

Kien abrió los ojos despacio. Los oscuros cercos que los rodeaban revelaban un profundo agotamiento. El doloroso recuerdo del sueño le latía en las sienes. Al cabo de unos minutos se incorporó, se bajó lentamente de la hamaca y saltó al suelo desde la trasera del camión.

Al ver la parsimonia con que comía, el conductor suspiró y dijo: —Eso es porque has dormido ahí atrás, con casi cincuenta cuerpos. Habrás tenido pesadillas, ¿no?

—Sí. Increíblemente horribles. He tenido pesadillas desde que me uní a este equipo, pero la de

anoche fue la peor.

—No me extraña —repuso el conductor, describiendo un amplio arco con la mano—. Ésta es la jungla de las Almas que Aúllan. Parece desierta e inocente, pero en realidad está abarrotada. ¡Hay tantos fantasmas y demonios en este campo de batalla! Llevo conduciendo para este equipo de recuperación de cadáveres desde principios del año 73, y sigo sin acostumbrarme a los pasajeros que salen de las tumbas para hablarme. No pasa una sola noche sin que me despierten para charlar. Me aterroriza. Toda clase de fantasmas, soldados novatos, soldados veteranos, soldados de la 10.ª División, de 2S División, soldados de las fuerzas armadas provinciales, de la 320.ª Fuerza Móvil, del 559.° Cuerpo, en ocasiones mujeres, y de vez en cuando algunas almas del sur, de Saigón. —Hablaba como si todo aquello fuese del dominio público.

—¿Has visto a algún viejo amigo? —quiso saber Kien.

—¡Claro! Incluso a algunos de mi aldea. Tipos de mi primera unidad. Una vez vi a un primo mío que murió allá por el 65.

—¿Hablas con ellos?

—Sí, pero..., bueno, de forma distinta. Como se habla en el infierno. No hay sonidos ni palabras. Es difícil describirlo. Es como cuando se sueña, ya sabes a qué me refiero.

—¿No hay nada que podáis hacer para ayudaros? —inquirió Kien—. ¿Habláis de cosas interesantes?

—No mucho. La verdad es que sólo de cosas tristes y penosas. Bajo tierra, en la tumba, los seres humanos no son los mismos. Puedes mirar al otro, entenderlo, pero no puedes hacer nada por él.

—Si encontráramos la forma de contarles que hemos salido victoriosos, ¿serían más felices? —preguntó Kien.

—¡Venga ya! Aunque pudiéramos, ¿qué sentido tendría? En el infierno, a la gente le importan un bledo las guerras. No recuerdan haber matado. Matar es cosa de los vivos, no de los muertos.

—Así y todo, ¿acaso los tiempos de paz no serían un momento ideal para la resurrección de todos los muertos?

—¿Qué? ¿La paz? Maldita sea, la paz es un árbol que sólo crece sobre la sangre y los huesos de los camaradas caídos. Los que quedaron atrás en los campos de batalla de las Almas que Aúllan fueron los más honorables. Sin ellos no habría paz —repuso el conductor.

—¡Vaya una manera de ver las cosas! Hay mucha gente buena, mucha aún por nacer, muchos supervivientes que intentan llevar una vida decente. De lo contrario no habría valido la pena. Quiero decir, ¿para qué serviría la paz? O ¿para qué sirve la lucha? —preguntó Kien.

—De acuerdo, no te discuto que no hemos de perder la esperanza. Pero ni siquiera sabemos si la siguiente generación tendrá la oportunidad de crecer; o si lo hace, cómo crecerá. Lo que sí sabemos es que ha muerto mucha gente buena. Los que hemos sobrevivido tratamos de hacer algo con nuestra vida, sin lograrlo. Pero mira la caótica situación de las ciudades en la posguerra, con el mercado negro. La vida es tremendamente frustrante, para todos. Y mira los cadáveres y las tumbas de nuestros camaradas. Los que trajeron la paz. Es vergonzoso, amigo mío, vergonzoso.

—Pero ¿no es mejor la paz que la guerra?

El conductor parecía asombrado.

—¿Esta paz? Con esta paz es como si la gente se hubiese desenmascarado y mostrase su

verdadera, horrible personalidad. Tanta sangre, tantas vidas sacrificadas ¿para qué?

—Maldita sea, ¿adónde quieres ir a parar? —inquirió Kien.

—No quiero ir a parar a ninguna parte. No soy más que un soldado, igual que tú, que a partir de ahora tendrá que vivir con unos sueños rotos y con el dolor. Pero, amigo mío, nuestra era ha terminado. Después de esta victoria conseguida a duras penas, los combatientes como tú, Kien, jamás volverán a ser los de antes. Ni siquiera hablarás con tu voz de antes, como antes.

—Eres tan condenadamente pesimista... ¡Qué fatalismo!

—Soy Tran Son, soldado. Por eso soy un poco filósofo. ¿Es que tú nunca maldices tu suerte? ¿Nunca te sientes eufórico? ¿Qué te dijeron los muertos en sueños la otra noche? ¿Dirías que es normal?

—quiso saber.

A la salida el camión Zil avanza con movimientos lentos, bruscos.

El camino es accidentado, está lleno de baches y embarrado. Son va en primera, el motor acelera ruidosamente como si estuviera a punto de explotar. Kien mira por la ventanilla, intentando animarse.

La lluvia cesa, pero el aire es pesado; el cielo, de un gris plomizo. Poco a poco se van alejando de la jungla de las Almas que Aúllan y de toda la zona boscosa. A sus espaldas las montañas y los arroyos se van perdiendo de vista.

Resulta extraño, pero de pronto Kien siente otra presencia, como si alguien lo observara. Es la escena final, el sangriento sueño inacabado de la mañana, a punto de inmiscuirse en su vigilia. ¿Aparecerán las imágenes en contra de sus deseos mientras mira el camino?

Kien le preguntó a Son a gritos, para hacerse oír por encima del rugido del motor, si dejaría el MIA después de ese servicio.

—No estoy seguro. Queda un montón de papeleo por hacer. Y tú, ¿qué planes tienes?

—Primero, terminar el bachillerato, lo cual significa ciases nocturnas. Luego probar con los exámenes de ingreso en la universidad. Ahora mismo todo lo que sé hacer es manejar ametralladoras y recuperar cadáveres. Y tú, ¿vas a seguir conduciendo?

El camión llegó a un tramo más seco, y Son consiguió meter segunda, rebajando así las ruidosas revoluciones del motor.

—Cuando nos desmovilicen, dejaré de conducir. Iré con mi guitarra a todas partes y seré cantante. Cantaré y contaré historias. «Caballeros, compañeros y compañeras, escuchad mi dolorosa historia y os cantaré una pavorosa canción sobre nuestros tiempos.»

—Muy gracioso —dijo Kien—. Si quieres saber mi opinión, haríamos mejor en aconsejarles que se olvidaran de la guerra.

—Pero ¿cómo vamos a olvidarla nosotros? Jamás olvidaremos nada, jamás. Admítelo. Vamos, admítelo.

Claro que es difícil olvidar, piensa Kien. ¿Cuándo me calmaré? ¿Cuándo se liberará mi corazón de la férrea garra de la guerra? Ya sean agradables o inquietantes, los recuerdos perdurarán durante diez, veinte años, tal vez para siempre.

A partir de ahora mi vida será oscura, estará llena de sufrimiento, con breves instantes de dicha. Vivir entre un mundo de sueños y la realidad, en el filo entre ambos.

He vivido todos estos años perdidos. Nadie tiene la culpa. Ni yo ni nadie. Sólo sé que sigo vivo

después de veintinueve años, y a partir de ahora he de valerme por mí mismo.

Tengo una vida por delante, y para Vietnam se abre una nueva era. He de sobrevivir.

Sin embargo, mi alma aún está confusa. Los años transcurridos ahí fuera me aprisionan. Mi pasado parece envolverme y acompañarme allá donde vaya. De noche, cuando duermo, oigo el eco de unos pasos que resuenan en el pavimento procedentes de una lejana época de paz. No tengo más que cerrar los ojos para evocar esos tiempos y borrar por completo el presente.

Tantos recuerdos trágicos, tanto dolor de antaño que me he ordenado olvidar; sin embargo, es muy fácil volver a ellos. Mis recuerdos de la guerra siempre andan cerca, saltan por cualquier cosa, caprichosamente, en estos días que son poco más que una sucesión de semanas aburridas, previsibles, embotadoras.

No hace mucho, en un sueño, estaba de vuelta en la jungla de las Almas que Aúllan. El arroyo, la pista de tierra, los claros entre la maleza, la linde del bosque de días pasados centelleaban al sol. Me hallaba en medio de una escena tan vivida como apacible, mirando hacia el suroeste, en dirección a los cuatro picos verde oliva del monte Ngoc Bo Ray, cuando comenzó mi nueva aventura onírica.

Estuve toda la noche repasando la vida de mi patrulla de reconocimiento. Cada día, cada recuerdo, cada persona aparecían en una página distinta del sueño. Al final llegó la escena que tuvo lugar junto al arroyo, cuando toda la patrulla estaba reunida alrededor de la tumba de Thinh *el Arrogante*, la tarde anterior a que partiéramos rumbo a una importante batalla que se libraría en las tierras altas centrales.

—Thinh, tú quédate aquí, en el bosque. Nosotros nos vamos a librar una batalla —oí el eco de mi voz esa tarde. Me despedí del alma de Thinh en nombre del pelotón—. Desde las entrañas de la tierra, querido amigo, escucha a tus compañeros y danos tu bendición, pues ahora hemos de luchar y atravesar las líneas enemigas. Te rogamos que escuches los sonidos de nuestras armas. Tus compañeros harán temblar el cielo y la tierra con sus armas para vengar tu muerte —concluyó la plegaria.

¡Ay, mis años y meses y días perdidos! ¡Mi era perdida! ¡Mi generación perdida!

Otra noche de amargas lágrimas humedeciendo la almohada.

Otra noche, también en un sueño, vi a la bella Hoa en la jungla de las Almas que Aúllan. Había nacido en Hai Hau en 1949, pero la mataron muy lejos de su casa en 1968, antes de que cumpliese los veinte. La historia de Hoa formaba parte de mis películas de guerra mentales, pero de algún modo, hasta ahora había estado enterrada junto con muchas otras.

En mi sueño sólo pudimos reunimos un instante, dirigirnos una rápida mirada. En la densa neblina del sueño veía a Hoa vagamente, lejana. No obstante, me asaltó un amor apasionado y una afligida intimidad que no sentí en el momento de nuestra traumática y violenta separación después del segundo Tet, en 1968. Durante el breve periodo que estuvimos juntos, sólo experimenté una impotencia ignominiosa, una sensación de derrota y desesperado agotamiento.

Me pasé la noche entera flotando en aquel mar de sufrimiento llamado Mau Than, el trágico año de 1968. Aunque cuando desperté casi había amanecido, las ensoñaciones continuaron en las horas de vigilia: Hoa tendida en una zona herbosa de la jungla, las tropas americanas abalanzándose hacia ella, rodeándola como monos con el pecho al descubierto, resoplando y jadeando, agarrándola, respirando pesadamente sobre su cuerpo. Aún me dolía la garganta de chillar durante la pesadilla,

me sangraban los labios, me había arrancado los botones de la chaqueta del pijama, tenía en el pecho profundos arañazos y el corazón me latía dolorosamente, como si fuese yo quien corriera peligro y no nuestra valerosa Hoa.

Desde que volví a Hanoi he tenido que vivir con este desfile de horrendos recuerdos, día tras día, larga noche tras larga noche. ¿Durante cuántos años ya?

¿Durante cuántos años más?

A menudo, en mitad de una calle concurrida, a plena luz del día, me he perdido de pronto soñando despierto. Al percibir el hedor de carne podrida, me he imaginado de repente que volvía a cruzar la colina de la Hamburguesa en 1972, caminando sobre cadáveres desperdigados. El hedor de la muerte con frecuencia es tan intenso que me veo obligado a detenerme en mitad de la acera y taparme la nariz, mientras la gente, sorprendida, recelosa, me esquiva y evita mi mirada enajenada.

En el dormitorio, muchas noches los helicópteros atacan desde lo alto. El temido *paf, paf* de las palas del rotor desatando el horror en el campo de batalla. Me hago un ovillo para defenderme de la esperada estela de vapor y del rugido de sus misiles.

Pero el *paf, paf, paf* continua sin ataque, y la imagen del helicóptero se desvanece, y en su lugar veo un ventilador de techo. *Paf, paf, paf.*

En la pantalla del televisor estoy viendo una película de guerra norteamericana, con escenas de soldados americanos que chillan mientras se lanzan al combate, y de nuevo estoy listo para intervenir y batirme en la exaltada escena de sangre, matanza demencial y brutalidad que deforma la personalidad y el alma. La sed de muerte, la crueldad, la psicología animal, la funesta desesperación. Me quedo aturdido, impresionado por la bárbara conmoción de revivir el combate cuerpo a cuerpo a bayonetazos y culatazos. Se me acelera el pulso mientras fijo la vista en los rincones oscuros de la habitación, de los que surgen fantasmas de soldados, destrozados por heridas abiertas.

Mi vida no parece muy distinta de la de un sampán impulsado contra la corriente hacia el pasado. El futuro nos mintió hace tiempo, en el pasado. No hay una nueva vida ni una nueva era, ni tampoco es la esperanza de un bello futuro lo que me mueve, sino más bien al contrario. La esperanza reside en el bello pasado anterior a la guerra.

Las tragedias de los años de guerra han legado a mi alma la fortaleza espiritual que me permite escapar del infinito presente. La escasa confianza y las pocas ganas de vivir que aún perviven no son producto de mis ilusiones, sino del poder de la memoria.

Con todo, incluso en medio de mis recuerdos no puedo evitar admitir que ya no tengo gran cosa que esperar. Por desgracia, de mi vida anterior al ejército no queda mucho. Ese maravilloso periodo se ha extinguido despiadadamente. La buena estrella que tuve una vez también parece haber desaparecido para siempre. Una vez brilló con intensidad, pero no tardó en apagarse. El halo de esperanza de los primeros días posteriores al conflicto se esfumó deprisa.

Los que sobrevivieron continúan viviendo. Pero la voluntad, esa voluntad ardiente que una vez fue la salvación de Vietnam, ya no existe. ¿Dónde está la recompensa de progresismo que nos corresponde en pago de la consecución de los sagrados objetivos de la guerra? Nuestros esfuerzos por hacer historia para las grandes generaciones no han servido de nada. ¿En qué se diferencia el aquí y ahora de la vida vulgar y cruel que vivimos durante la guerra?

Mírame a mí, tengo casi cuarenta años. Tenía dieciocho cuando empezó la guerra, en 1965, y

veintiocho cuando cayó Saigón, en 1975. Entonces ¿cuántos largos años han pasado? ¿Diez u once? Doce. No. ¿Trece? Otro año con el equipo del MIA. ¿O fueron más? Por no hablar del tiempo en que deambulé como veterano. Cerca de catorce años perdidos debido a la guerra.

Y casi tengo cuarenta. Una edad que un día creí remota, extraña, de algún modo inalcanzable.

Desde el horizonte del pasado lejano, un inmenso viento triste, semejante a un dolor interminable, sopla y recorre las ciudades, las aldeas, mi vida.

Kien deja la pluma sobre la mesa. Apaga la lámpara, aparta la silla, se levanta y se acerca en silencio a la ventana. Hace mucho frío en la habitación, y sin embargo él tiene calor, y le falta el aliento. Está inquieto, como si presintiera que se avecina una violenta tormenta de verano, anunciada por ráfagas de aire caliente y frío.

Su frustración es tan amarga que tiene la sensación de que la pluma lo acerca a lo que quiere decir para alejarlo después.

Todas las noches, antes de sentarse al escritorio y abrir su manuscrito, trata de crear la atmósfera adecuada, las sensaciones apropiadas. Trata de diferenciar cada uno de los problemas, el problema de los párrafos y las páginas, con el deseo de terminarlos de un modo y en un momento concretos. Planifica mentalmente las secuencias. Qué harán sus héroes y qué dirán en determinadas circunstancias. Cómo se conocerán, cómo se separarán. Traza el plan en su cabeza antes de coger la pluma.

Pero el acto de escribir desdibuja sus cuidadosos planes y acaba borrándolos del todo, o bien los difumina de tal forma que las líneas se entremezclan y las secuencias pierden su orden.

Relee el manuscrito y queda estupefacto, aterrorizado al comprobar que el héroe de hace una página se desintegra en la siguiente.

Peor, que sus héroes son inconsecuentes y contradictorios y lo incomodan. Cuanto mayor es su incomodidad, más deprisa se le va de la cabeza la tarea que lo ocupa.

Algunas noches sigue enérgicamente una línea concreta, la mantiene frase a frase, página a página, desarrollándola hasta obtener algo sólido. Lucha con ella, se consume, advierte de repente que todo es irrelevante. Al distanciarse, observa que tan frenético trabajo no sirve de nada, pues el argumento está fuera del recinto cercado de su alma, esa pequeña zona secreta que, como todos sabemos intuitivamente, alberga nuestras reservas espirituales.

Kien parece escribir únicamente para librarse de sus demonios. Ni el tormento del pesar producido por las inútiles tentativas de escribir ni la pérdida de la salud pueden vencer su apremiante afán perfeccionista. Asimismo, tampoco le preocupa la amenaza de pasarse mucho tiempo clavado al escritorio. Continúa con su búsqueda de la perfección, tachando, borrando, volviendo a tachar, corrigiendo, rompiendo unas páginas, rompiéndolo y destruyéndolo todo. Luego empieza otra vez, plasmando cada sílaba como un principiante que intentara escribir una palabra nueva.

Así y todo, todavía cree en su trabajo y en su talento. Es otra cosa la que es preciso abordar, algo intangible, distinto del puro hecho de escribir. De modo que vuelve a empezar, escribe y espera, escribe y espera, a veces nervioso, sobreexcitado.

Parece madurar a medida que trabaja, y esa certeza le aporta mayor seguridad en sí mismo, y sigue adelante con renovada confianza, pese a todos los fracasos anteriores, saboreando pacientemente el resultado final que espera obtener de su esfuerzo artístico y su creatividad.

A pesar de esa renovada confianza, sufre frecuentes recaídas y vuelve a sentirse como un hombre que se hallara al borde de un abismo.

A pesar de su convicción, su dedicación, en ocasiones también sospecha de su memoria acerca de determinados acontecimientos. ¿Acaso hay una fuerza en su interior que genera esa sospecha?

No se atreve a abandonarse a las emociones, y sin embargo en

cada capítulo escribe sobre la guerra de un modo profundamente personal, como si hubiese sido su propia guerra. Y así, poco a poco, escribiendo frenéticamente, Kien vuelve a librar todas sus batallas, revive los tiempos en que su vida era amarga, solitaria, surrealista, y estaba llena de obstáculos y errores horribles. Hay una fuerza en su interior a la que no se puede resistir, como si se opusiera a cualquier actitud ortodoxa que hubiesen inculcado en él y ahora su deber consistiera en desenmascarar las realidades de la guerra y echar por tierra imágenes convencionales.

Se halla en una espiral peligrosa, escapando por la tangente, alejándose de los descriptivos estilos tradicionales, donde todo resulta metódico. Los héroes de Kien no son los habituales personajes previsibles, encorsetados, sino gente real cuya vida toma distintas e inesperadas direcciones.

Después de todos sus ensayos, relatos y novelas cortas de prueba viene esta novela, que, comprende de pronto, es su última aventura como soldado. Curioso, pues representa al mismo tiempo el desafío más importante de su vida; escribir esta obra lo ha conducido al borde de la demencia. No hay escapatoria ni salvador que lo ayude. Debe hacer frente al desafío de la escritura él solo, es su último deber como soldado.

Ensimismado, una extraña idea arraiga en su mente..., ¿o acaso llevaba años ahí? En el fondo de su corazón cree que su presencia en la Tierra responde al cumplimiento de un deber celestial incierto. Un deber sagrado y noble, pero secreto. Empieza a pensar que ese deber celestial es el responsable de su corta infancia y adolescencia, de que madurara en época de guerra. Ese deber le impuso, en sus primeros cuarenta años de vida, una sucesión de sufrimientos con escasas alegrías. Los que escogieron a Kien para que cumpliera con ese deber sagrado también dispusieron que sobreviviese a la guerra, incluso a batallas en las que parecía imposible escapar de la muerte. Ese brillo celestial que apareció de pronto, centelleó y se esfumó como una estrella fugaz lo bañó en una luz serena durante unos instantes y luego desapareció tan repentinamente que no tuvo tiempo de comprender su importancia.

La primera vez que sintió esa fuerza secreta no fue en el campo de batalla, sino en tiempos de paz, en las misiones posbélicas del MIA, reuniendo los restos de los muertos. La sagrada fuerza lo alimentaba, lo protegía y lo ayudaba a continuar, renovando su sed de vivir y de amar. Nunca antes había reconocido ese sagrado deber celestial, y sin embargo siempre había sabido que existía en su interior, que formaba parte integrante de él, que se fundía con su alma.

Desde el momento en que lo comprendió, sintió que día a día su alma iba madurando poco a poco, preparándose para la tarea de cumplir con ese sagrado deber celestial del cual la novela sería la manifestación terrenal.

Fue hace cinco años cuando, en un día de verano deliciosamente cálido, se dejó caer por pura casualidad por la ciudad de Nha Nam. Desde allí volvió a visitar Doi Mo, una antigua y pequeña aldea en la que veinte años antes había establecido su base y llevado a cabo su instrucción, durante

tres meses, su recientemente formado batallón, mientras aguardaba la llegada del transporte que lo conduciría al frente, llamado la Larga B.

A Kien le pareció que aquel paisaje había sido olvidado por el tiempo. Los pinares, los mirtos, las laderas herbosas y los eucaliptos, que formaban desoladas y sombrías hileras entre los campos, seguían exactamente igual a como los recordaba de cuando era un joven recluta. Las casas se hallaban desperdigadas, tal y como las recordaba, una en cada pequeña cima, y todas ellas igual de sombrías y poco imaginativas que antaño. Sin tener en mente nada concreto, Kien dejó el único camino que atravesaba la aldea y tomó una pista de tierra casi cubierta por la hierba.

Sabía que aquella pista llevaba a la casa de Mamá Lanh, que había sido la madrina de numerosos jóvenes reclutas, en particular de su equipo especial de tres hombres.

La casa seguía allí, exactamente igual a como la había visto el día de su marcha: paredes de barro, techado de paja y, en la parte trasera, una cocina que daba a un jardincito abandonado. Cerca de unos escalones, casi oculto entre flores silvestres y arbustos, se hallaba el mismo viejo pozo, con su torno. La madrina Lanh había muerto, así que debía de ser Lan, su hija menor, la que vivía allí.

Cuando ésta abrió la puerta y salió, reconoció a Kien en el acto. Incluso se acordaba del mote que le había puesto la patrulla: Espíritu Triste. Kien había olvidado todo lo concerniente a ella.

—Entonces yo sólo tenía trece años. Seguía llamándote tío. Las chicas de campo siempre hemos sido tímidas y poco atractivas —añadió menospreciándose. Pero lo que Kien veía ante él veinte años después era una mujer inteligente, de atractivo sereno y ojos empañados y tristes.

Las lágrimas brotaron de aquellos ojos tristes cuando Kien le contó que los otros dos de la patrulla de tres que se quedaba en casa de la madre de Lan habían muerto en el campo de batalla.

—Qué tiempos más crueles —dijo ella—, y más largos. La guerra se ha llevado a tantos... Eran tantos los nuevos reclutas que solían quedarse en mi casa... Acostumbraban llamar a mi madre «mamá»; y a mí, «hermanita». Pero de todos ellos sólo tú has vuelto. Mis dos hermanos, mis compañeros de clase y también mi esposo eran más jóvenes que tú y se alistaron años después. Pero ninguno ha vuelto. De todos ellos sólo quedas tú, Kien. Sólo tú.

La chica lo acompañó a rendir homenaje a su madre. Kien encendió unas barritas de incienso y estuvo un rato rezando con la cabeza baja, dejando que el doloroso recuerdo de esos días latiera en sus sienes mientras trataba en vano de evocar la imagen del rostro de la madrina. Los últimos rayos de sol caían sesgados sobre la alta hierba, que el crepúsculo teñía de rosa.

Ella empezó a hablar en voz baja.

—Si la gente hubiera sido paciente esos días y hubiese informado a los padres de la muerte de sus hijos de uno en uno, mi madre aún viviría. Pero en las primeras semanas de paz los burócratas querían acelerar la comunicación de malas noticias, para quitarse la tarea de encima cuanto antes. Mi madre estaba aquí la aciaga mañana en que llegó un funcionario con el certificado de defunción de mi hermano, su primogénito. Se tomó mal la nueva, aunque se la temía y esperaba. Sólo la animaba la esperanza de que su segundo hijo volviera pronto a casa. Pero a las pocas horas llegó otro mensajero con un segundo certificado de defunción que confirmaba que a mí otro hermano, su segundo hijo, también lo habían matado. Mi madre se desmayó y luego entró en coma. Aguantó tres días, sin pronunciar palabra, y murió.

Kien clavó la vista en la lápida de Lanh, y reparó por vez primera en una segunda tumba, mucho

más pequeña, que había al lado. La muchacha dijo en voz queda:

—Mi hijo. Pesaba casi cuatro kilos cuando nació, pero sólo vivió dos días. Se llamaba Viet. Mi marido pertenecía a la tribu Tay, y se encontraba lejos de su provincia, Ha Giang. Pasó destinado aquí menos de un mes, así que ni siquiera hubo tiempo de celebrar una boda formal. A los seis meses de su partida recibí una carta, pero no de su puño y letra. Era de uno de sus compañeros, que escribía para decirme que lo habían matado al entrar en Laos. Estoy segura de que ésa es la razón de que nuestro hijo se fuera apagando tan deprisa y muriera. No tenía ganas de vivir.

Se levantaron y echaron a andar hacia la casa lentamente.

—Y ésa es la breve historia de mi vida. Primero mis hermanos, luego mi madre, después mi esposo y finalmente mi hijo. No es de extrañar que cada año me sienta un poco más débil. Vivo en este reducto de soledad, yendo de la casa a la colina, de la colina a la casa y por la aldea, sin que nadie me preste atención y sin que yo me fije en nadie. Por un extraño capricho del destino, la de mi marido fue la última unidad que estableció su base aquí. Después de que su grupo se fuera, nadie más vino a Doi Mo. Ahora, después de muchos años de paz, eres el único que vuelve. Sólo tú. Ninguno de los otros.

La chica le pidió que se quedara a pasar la noche, y él accedió en silencio. La corta noche estival los fue envolviendo suavemente, y todo lo que se oía era la llamada de un ave nocturna desde la linde del bosque y el murmullo lejano del pausado arroyo de la aldea.

Kien y Lan salieron por la mañana temprano. Ella lo acompañó hasta el otro lado de la primera colina; ninguno de los dos pronunció palabra. El sol calentaba y el rocío, que empezaba a evaporarse, se elevaba en derredor. Lan estaba pálida y demacrada.

—Hace unos años decidí marcharme de aquí —dijo de pronto—. Tenía la intención de ir al sur y rehacer mi vida. Pero cambié de opinión. No podía dejar a mi madre y a mi hijo aquí. Ya sólo espero y espero, sin saber el qué. O a quién. Tal vez te estuviera esperando a tí.

Kien permaneció callado, evitando la mirada de Lan.

—Supe quién eras nada más verte —prosiguió ella—, aunque has cambiado mucho. Por entonces yo era muy pequeña. Pero lo supe. Quizá fueras mi primer amor y yo haya tardado todo este tiempo en darme cuenta.

Kien intentó sonreír, pero tenía el corazón oprimido. Se llevó la mano de Lan a los labios con delicadeza, bajó la cabeza y la besó largamente.

—Vive en paz, mi vida. Procura no estar triste y no tengas un mal concepto de mí. —Lan se inclinó y acarició los hombros de Kien y su cabello cano—. Olvídame. Tu vida es una senda abierta, sal a disfrutarla. Adoptaré a un niño y viviremos tranquilos juntos. Ojalá hubiese podido tener un hijo tuyo, Kien, pero es imposible. No me aflige. Imaginemos por un instante que ambos hemos vuelto del pasado, cuando nuestros seres queridos seguían vivos. Te pediré un pequeño favor: si llegaras al final de tu deambular y creyeras que ya no te queda ningún lugar adonde ir y nadie a quien regresar, recuerda que siempre tendrás un sitio aquí, a mi lado. Un hogar, una mujer, una amiga. En la aldea de Doi Mo empezaste esta guerra. Puedes convertirla en tu punto de retomo, si quieres.

Kien la abrazó, estrechándola contra su pecho.

—Por favor, ahora vete —dijo Lan con voz apagada—. Nunca te olvidaré. Por favor, no me olvides del todo, mi inesperado amante.

Kien se fue, bajando la cabeza ante el sol de aquella mañana estival, que iluminaba el herboso borde del camino. Al volverse vio tras él su sombra alargada, que señalaba a Lan a lo lejos. Ésta no se había movido.

Lo siguió con la mirada mientras se iba alejando despacio, y aún miraba cuando Kien desapareció de su vista tras una colina lejana.

Unos años después de ese encuentro, también en una tarde de verano, Kien y unos colegas periodistas, que regresaban de la frontera en jeep, pasaron de nuevo por el mismo valle. La visión de las colinas y los arroyos, y el olor de la tierra que transportaba un viento agradable, le trajeron poderosos recuerdos. Sólo él y el conductor seguían despiertos. Kien rememoraba en silencio, con cierto pesar. Había sido allí, en ese mismo lugar, donde Lan le había prometido un refugio final. «Aquí siempre habrá un lugar y una mujer para ti», le había dicho.

Le llegaba el eco de aquel triste encuentro condenado al fracaso, recordándole aquel acto final de generosidad.

Kien no se había molestado en mantenerse en contacto con algunos de sus seres queridos. Otros habían desaparecido. Sin embargo él había dejado a varios en el camino. Había vivido de un modo egoísta esos últimos años, sin volver la vista atrás. El tiempo y el trabajo ocupaban toda su vida. No buscaba oportunidades ni responsabilidades. Esa tarde la memoria volvió a despertar en él el sentido del deber sagrado. Sintió que tenía que continuar y cumplir con sus obligaciones, con su responsabilidad como escritor.

Era necesario escribir acerca de la guerra, tocar el corazón de los lectores, conmoverlos con palabras de amor y dolor, resucitar los momentos electrizantes, hacerles sentir —en la lectura y la narración— que estaban allí, en el pasado, con el autor.

¿Por qué escoger la guerra? ¿Por qué escribir acerca de la guerra? Su vida y la de tantos otros fue tan horrible que difícilmente se la podría llamar vida. ¿Cómo es posible hallar reconocimiento artístico en esa clase de vida? Chismorrean de mí, el autor que desea escribir acerca de la guerra. Dicen de mí que el autor que escribe sobre la guerra ni siquiera es capaz de entrar en un cine donde haya gente disparándose en la pantalla.

¿Es ése el autor que evita leer cualquier cosa sobre cualquier guerra, la de Vietnam u otra gran guerra? ¿Ese al que le asustan los relatos de guerra? ¿El que sin embargo no puede dejar de escribir relatos de guerra, relatos de fusiles disparando, bombas cayendo, enemigos y camaradas, estaciones secas y lluviosas en el campo de batalla; en definitiva, ese que es incapaz de escribir sobre ningún otro tema?

¿El autor que más tarde tendrá que atribuir todo el mérito de su estilo único y su fama de narrador a esos relatos de guerra?

Al empezar esta novela, la primera de su vida, tenía en mente un argumento centrado en la posguerra. Empezó escribiendo sobre el equipo de recuperación de restos del MIA, esos soldados a punto de ser desmovilizados, a punto de volver a la vida normal de civil.

Pero su pluma, implacable, le desobedecía. En cada página revivía una historia de muerte tras otra, y poco a poco las historias fueron volviendo al corazón de la primitiva jungla donde se desarrollaba la contienda, reavivando calladamente el horrible fuego de los recuerdos de ésta.

Podía haber escrito sobre lo macabro o sobre la brutalidad y la crueldad sin escribir acerca de la

guerra. También podía haber escrito sobre su infancia, que había sido a un tiempo dolorosa y feliz.

Podía haber escrito: «Nací y me crié... Mis difuntos padres...», y demás. Y ¿por qué no escribir sobre la vida de su padre y su generación? Fue una generación grande y trágica a la vez, una generación llena de ambiciosos utopistas, gente con elegantes cualidades espirituales y afectivas, ahora tristemente olvidada hace ya tiempo por 1a generación de Kien.

Sin embargo, cuando piensa en su infancia o en su padre, Kien se deprime. Tiene la sensación de que, como hijo, no amaba ni respetaba a su padre lo suficiente. No entendía su vida, y no recuerda prácticamente nada de la tragedia de su familia. Todavía no sabe por qué se separaron sus padres, y aún sabe menos de su madre. Así pues, resulta extraño que se acuerde perfectamente del segundo marido de ésta.

El segundo marido de su madre era un poeta de antes de la guerra que tuvo que ocultarse para escapar del ambiente antiintelectual impuesto por la ideología estatal que apareció con el comunismo.

Kien sólo fue a verlo una vez, a una vieja casa en Chem, un barrio de Hanoi que se hallaba a orillas del río Rojo. Había una pequeña ventana que daba al dique norte. Kien recordaba la escena con claridad. Su verdadero padre acababa de morir, cinco años después que su madre, que lo había abandonado y se había casado en segundas nupcias con el poeta, que pasó a ser su padrastro. Kien pensó que debía visitar a éste para despedirse antes de partir con el ejército. Tenía diecisiete años, y la visita le dejó una huella indeleble.

La casa era vieja y gris, y estaba rodeada por un jardín de invierno triste y descuidado, circundado a su vez por ralos eucaliptos que susurraban con la leve brisa.

La escena en su conjunto era un reflejo de la extrema pobreza de su padrastro. Sobre un polvoriento altar familiar descansaba una foto de su madre en un marco con el cristal roto. En la misma habitación había una cama coja y desaliñada. El escritorio era un batiburrillo de libros, papeles y vasos. La atmósfera resultaba deprimente. Con todo, el aspecto que presentaba el anciano desmentía sus circunstancias. Llevaba el escaso cabello cano pulcramente peinado hacia atrás, disimulando así unas cicatrices; la barba, bien afeitada y arreglada; y la ropa, planchada y limpia.

Trató a Kien cálida y cortésmente, con la correcta familiaridad que requería la ocasión, le preparó té caliente y lo invitó a que fumase y se sintiera como en su propia casa.

Kien se percató de que tenía los ojos empañados, y de que le temblaban las flacas y frágiles manos, ya ancianas.

Le echó un vistazo a Kien y le dijo con suavidad:

—Así que te vas a la guerra, ¿eh? No es que vaya a impedírtelo. Yo soy viejo, y tú eres joven. Aunque quisiera, no podría detenerte. Sólo quiero que me entiendas cuando te digo que el deber de un ser humano en la tierra no es matar, sino vivir. Disfruta cuanto puedas de la vida. Pruébalo todo. Sé curioso y averigua las cosas por ti mismo. No le des la espalda a la vida.

A Kien le sorprendió la integridad de sus palabras, y escuchó con atención.

—Quiero que tengas cuidado con quienes te exijan que mueras sólo para demostrar algo. Eso no significa que respetes tu vida más que cualquier otra cosa, sino que no mueras inútilmente por las necesidades de otros. Tú eres cuanto nos queda, a tu madre, a tu padre y a mí. Espero que sobrevivas a la guerra y vuelvas a casa, a Hanoi, pues aún tienes muchos años por delante. Muchos años de

dicha y felicidad que vivir. ¿Quién, salvo tú mismo, puede vivir tu vida?

Kien, lejos de estar de acuerdo con él, se sorprendió, si bien creyó en sus palabras y comprendió sus sentimientos. Vio en el anciano una sabia y polifacética inteligencia y un corazón cálido, romántico, que parecía pertenecer a otra época, una época más sentimental, con sus sueños dulces y su conciencia elevada, una época ajena a Kien, y sin embargo atractiva.

Entonces entendió por qué su madre había abandonado a su padre para irse a vivir con aquel hombre sabio y bondadoso.

Se pasó la tarde sentado con su padrastro en la habitación en la que su madre había vivido sus últimos años, en la que había fallecido. Y esa tarde de invierno se convirtió para Kien en el único recuerdo de su madre, un recuerdo de calidez y del singular ambiente que evocó su padrastro al leerle viejos poemas de amor compuestos para ella cuando era joven.

Bajó una guitarra de la pared y se puso a cantar con voz profunda una canción de Van Cao que su madre adoraba. Era una melodía lenta, melancólica, que recordaba a los seres queridos que se habían ido para no volver; denunciaba la infelicidad de la vida, pero con cierta esperanza:

No te lamentes, no te ahogues en las penas, levanta la cabeza y sigue adelante...

Después de unirse al ejército, Kien había escrito a su padrastro, pero no había obtenido respuesta. Finalizada la guerra, diez años después de la visita de aquella tarde, volvió para buscarlo.

Cuando llegó los vecinos le dijeron que su padrastro había muerto hacía muchos años. Ni siquiera la casa existía ya. La habían destruido tiempo atrás. Nadie recordaba cómo, ni de qué había muerto el anciano.

Qué hombre, qué historia, reflexionó Kien. Pero ahora había muchos románticos de ese estilo; algunos cercanos a él, otros próximos a su círculo más inmediato.

Una vez, estando ante el escritorio en la redacción de su revista, se le acercó un hombre extraño que deseaba permanecer en el anonimato y le pidió que publicase su historia. Se trataba de una historia de amor. Los personajes principales eran él y su mujer. «Cambiando los nombres, podemos contar toda la verdad de esta bellísima, pero trágica historia», le dijo a Kien. Sería un extraordinario regalo para su esposa enferma, un modo de conmemorar su trigésimo aniversario de boda. ¿No era sensacional?

En opinión de Kien, la historia no valía nada y resultaba muy aburrida. Sin embargo, el valor y la determinación del hombre, y su poderoso deseo de ofrecerle a su esposa tan insólito regalo, lo impresionaron, le hicieron pensar.

Podía, por ejemplo, escribir una novela acerca de sus vecinos, los de arriba, los de abajo y los de su misma planta. Sería un relato sinfónico. No un relato de guerra.

Historias humorísticas, estremecedoras, sucedían a diario. Por todas partes había gente apretujada que se veía obligada a compartir la vida. En las tardes de verano, cuando había apagones y dentro hacía demasiado calor, todo el mundo salía a sentarse a la puerta, cerca del único grifo que abastecía aquel edificio de tres plantas.

Del grifo salía un hilillo de agua, y gota a gota se iban contando las historias. Nada permanecía en secreto. La gente decía que la señora Thuy, la maestra que se había quedado viuda en la veintena y estaba a punto de jubilarse y ser abuela, se había enamorado de pronto del señor Tu, el librero que vivía en la esquina de la misma calle. Los dos ancianos habían tratado de ocultar su amor, pero sin éxito. Era un amor verdadero, y por lo tanto difícil de ocultar.

O el señor Cuong, el del tercero, que una vez, estando borracho, atacó a su mujer con un enorme palo, pero le dio por error a su propia madre. El último cotilleo tenía por protagonista al señor Thanh, el capitán de la marina jubilado cuya familia siempre tenía problemas. Eran tan pobres que se peleaban hasta por un cuenco de arroz. El pobre Thanh estaba harto, así que decidió suicidarse. Lo intentó una vez con una cuerda, y luego con insecticida, pero en ambas ocasiones lo descubrieron y lo salvaron.

Así y todo, a Thanh le iba mejor que a la anciana señora Sen, ciega y sola, que había perdido a sus dos hijos en combate. El sobrino de la señora Sen y su esposa se hicieron con la habitación de la pobre vieja, a la que enviaron a morir a un manicomio. El sobrino no sólo había recibido una buena educación, sino que era adinerado. Había estudiado en la facultad de Ciencias Económicas, viajaba al extranjero con frecuencia, hablaba dos idiomas y llevaba una vida fácil. Cuando volvía por la tarde, tomaba una opípara comida y luego salía a descansar al balcón, sin parar de eructar y bostezar. Su esposa, una mujer seria, aburrida y hermética, trabajaba en los juzgados. No se la había visto sonreír a los vecinos ni una sola vez.

Luego estaba el señor Bao, también en el tercero, que vivía con sus padres, el doctor Binh y su esposa. Había salido de la cárcel con la reciente amnistía del año nuevo y no había tardado en granjearse las simpatías de todos los moradores del edificio. En un principio lo habían condenado a muerte, luego le conmutaron la pena por cadena perpetua, y después se la redujeron a veinte años. Bao no tenía pinta de criminal. Los muchos años que había pasado encerrado habían hecho de él un hombre religioso, muy devoto. Al poco tiempo de recuperar la libertad, el otrora peligroso recluso sorprendió a sus convecinos con numerosos actos de bondad y amables y útiles palabras. La única pega era su melancolía, que delataban unos ojos profundos, tristes. Cuando se lo veía decaído, todo el mundo se compadecía de él.

Incluso ese diminuto río de vida que corría por aquel edificio de apartamentos poseía tantas cascadas, tantos peñascos, tantos remolinos y torbellinos... Los niños nacían a la vida, brotaban como los hongos tras un chaparrón, crecían, se hacían adultos. Los adultos envejecían, cada año desaparecía alguno. Generación tras generación, como las olas del mar.

El verano anterior, el anciano Du —el gran barbero de Hanoi— había muerto a los noventa y siete años. Era el último superviviente de la generación anterior a la guerra que Kien había conocido.

«Nadie, ni el Genio de Jade ni el Rey del Infierno, permitirá que viva los tres últimos años de mi propio siglo», anunció su vozarrón. Cuando Kien fue a verlo, intentó bromear acerca de ello.

—Por favor, escríbeme una obra de teatro que se titule: *El barbero de Hanoi*. Vendré desde el infierno para la primera representación.

Era barbero desde los tiempos en que los caballeros de Hanoi seguían la antigua costumbre china de llevar el cabello trenzado en una coleta.

—Hoy en día la llaman «rabo de cerdo», pero antaño habría sido un insulto. La coleta denotaba

autoridad y cultura —le contó—. Mis manos han embellecido trescientas mil cabezas y rostros, de despeinadas y sucias han pasado a arregladas y fragantes. Mis manos de escultor convierten la basta piedra en bellas estatuas.

Antes de la guerra, sus hijos, sus nietos y sus bisnietos formaban una gran familia a su alrededor, y aunque ni uno solo había seguido sus pasos en el oficio, todos habían heredado algo de él y de su gracia contando anécdotas. Había trabajado duro y sacado adelante a una familia numerosa y amable, todos ellos gente agradable y amiga de la diversión. En los recuerdos de su infancia, Kien ve las tijeras de Du y oye el *cías, cías, cías* mientras el anciano cuenta sus divertidas historias, entremezcladas con compases desafinados de *La Marsellesa.*

Para Kien, el eco más atractivo y persistente del pasado es el susurro de la vida cotidiana, no el retumbar de la guerra, aun cuando los sonidos de la vida cotidiana fueran totalmente barridos durante las largas tormentas del combate. La paz de antes de la guerra y la paz de la posguerra son muy distintas...

Lo más horrible son los susurros de amigos y gente corriente que ahora se afanan en empresas vulgares, propias de tiempos de paz. Como el caso del padre Du, que presidía una numerosísima y felizmente ruidosa familia. En la actualidad es el único varón que queda vivo. Y Huynh, el maquinista, cuyos tres hijos murieron en el campo de batalla. Como Sinh, herido en la columna, más muerto que vivo hasta que finalmente expiró allí donde yaciera tanto tiempo.

Los espíritus de todos los que murieron en la guerra seguirán con Edén al margen de las consecuencias políticas de ésta.

Son muchos los amigos de su misma edad que se han ido hace tiempo para no volver. Sus casas siguen en Hanoi, su imagen forma parte de ellas, y perdura también en los rostros de la nueva genera.

Kien recuerda a Hanh, una muchacha soltera que, en los días anteriores a la guerra, vivía en la pequeña habitación contigua a las escaleras, que ahora pertenece al señor Su. Casi nadie sabe ya por qué se fue Hanh ni cuándo.

Hanh era mayor que Edén, que de muy pequeño veía a los hombres temblar de deseo cuando ella pasaba. Se peleaban por acercarse a su puerta. Los que vivían en su misma acera reñían con los de la acera de enfrente para impedir que invadieran su territorio, refiriéndose a las puertas del lado impar, por delante de las que Hanh pasaba al menos dos veces al día. Cada vez que aparecía, caminando con aire despreocupado, meciendo su larga cabellera, irradiaba un encanto juvenil que excitaba a los hombres. Éstos se ponían tiesos, dejaban lo que estuvieran haciendo y la miraban con un deseo febril y descarado.

Las muchachas del vecindario la odiaban, la llamaban zorra, puta o bruja, debido al inocente influjo que ejercía, el cual le era o bien indiferente o bien por completo desconocido. Kien tenía la sensación de que ese odio enconado se debía a la envidia y las mentiras. Para él Hanh era una chica normal y corriente, amable.

—Buenos días, hermana —le decía educadamente.

—Buenos días, hermanito, eres una ricura —respondía ella, des— peinándolo.

En las celebraciones del año nuevo lunar, Hanh le regalaba dinero, y lo mismo hacía con los demás chicos del edificio. Billetes nuevecitos, con el deseo de que tuvieran un buen año en la escuela. «Estudia mucho. ¡Anda, si ya casi pareces un hombre! Pero procura no tener el cuerpo grande y el cerebro diminuto, hermanito», reía.

Sin embargo, ella no tardó en cambiar su forma de dirigirse a Kien. Éste era ya un apuesto y fornido muchacho de diecisiete años a punto de acabar el bachillerato. Pero él y Phuong, su compañera de clase y el amor de su infancia, se hallaban tan volcados el uno en el otro que ninguno pareció darse cuenta *de* lo que Hanh sí había notado: que Kien se había convertido en un joven extraordinariamente atractivo.

Se avecinaba la guerra. Hanoi se consideraba a salvo de las hostilidades, pero las autoridades ordenaron a la población que hiciera simulacros de evacuación, que excavara refugios, prestara atención a las alarmas antiaéreas y llevara ropa oscura. Un día, al volver a casa del instituto a la hora del almuerzo, Kien quedó sorprendido al descubrir que Hanh se había colado en su habitación sin hacer ruido.

—Oye, hermanito, ¿por qué no me echas una mano después? Quiero excavar un refugio antiaéreo bajo la cama para no tener que correr a la calle cada vez que suena esa sirena.

—De acuerdo, hermana, te ayudaré.

Esa tarde fue la primera vez que estuvo en una habitación a solas con una chica. La estancia era pequeña, pero estaba decorada con sensibilidad. A Kien le entraron ganas de pedirle que no destruyera la armonía de la habitación, pero ella ya había empezado a cavar.

Kien se puso manos a la obra en el rincón, junto a la pequeña cama, a unas diez baldosas de la pared. Utilizó una palanca para horadar los cimientos, y luego una azada y una pala. Poco a poco fue abriéndose paso entre los ladrillos y los escombros de los cimientos.

Hanh preparó una agradable cena y compró cerveza para Kien. Después de cenar, éste empezó a sentirse algo a disgusto, pero no dijo nada, y se puso a cavar de nuevo. En mitad de la faena se produjo un apagón y se quedaron sin luz eléctrica. Hanh trajo una pequeña lámpara de queroseno y continuaron, Kien cavando y Hanh llevándose la tierra en cubos. Ambos estuvieron trabajando en silencio, pacientemente, durante largo rato.

—Ya debe de ser bastante hondo —dijo Kien, jadeante—. Me llega por encima del pecho, lo que significa que a ti te llegará por el mentón. No lo hagas demasiado profundo.

—Sí. Dejémoslo así. Pero permite que lo pruebe. Quizá necesitemos unos escalones para que baje con facilidad —comentó ella, extendiendo los brazos para entrar en el refugio.

Hanh no parecía mucho más baja que Kien, pero una vez dentro, a la débil luz de aquella estancia, sólo le llegaba a la barbilla. Cuando Kien la ayudó a bajar, el cuerpo de Hanh se pegó al alto y musculoso cuerpo de él.

La muchacha sintió la proximidad y pareció cambiar de opinión: le entraron ganas de salir, pero el refugio era demasiado angosto y profundo. Contagió su urgencia a Kien, cuyo cuerpo empezó a palpitar de forma incontrolable con una excitación viril y ardiente que nunca antes había experimentado. Respiraba agitadamente, tratando de hacer frente a la situación, pero las sensaciones que le producían la cercanía de Hanh, su perfume, su cabello, sus hombros, sus pechos clavándosele bajo la fina camisa se fueron apoderando de él poco a poco.

Aturdido y temblando, incapaz de controlarse, Kien la abrazó con fuerza y se inclinó para besarle el cuello y los hombros mientras ella se revolvía para zafarse. Kien la colocó toscamente contra el muro de tierra; tenía los músculos tan tensos que hicieron saltar un botón de la camisa, que se abrió casi por completo. Eso lo hizo entrar de pronto en razón.

Echó la cabeza hacia atrás, se apartó, soltó a Hanh y acto seguido abandonó a toda prisa el pequeño refugio, dispuesto a salir corriendo de la habitación. Pero en su premura derribó la lámpara de queroseno, que se apagó.

—Kien —llamó Hanh en voz queda—. No te vayas, no salgas corriendo. Por favor, ayúdame. No veo nada.

Tembloroso, Kien se agachó y la cogió por las axilas para sacarla, haciendo que la camisa se abriera aún más a causa del esfuerzo. Hanh alzó los brazos y rodeó con ellos el cuello del muchacho mientras le susurraba:

—Ve arriba un momento, pero no tardes mucho. Baja pronto. Hay algo que quiero decirte.

Kien regresó sin hacer ruido a su habitación, se dio un baño y se cambió lentamente de ropa. Sin embargo, no reunió el valor suficiente para bajar de nuevo. Aunque hizo ademán, se detuvo. Se sentó. Se acostó, pero no logró dormir. Sus emociones estaban desmandadas, le pedían que volviera. Pero

su conservador aleccionamiento en el autodominio le impedía moverse del sitio. Las horas fueron pasando, hasta que vio el primer destello del alba. Se incorporó de súbito, salió descalzo al rellano y bajó de puntillas a la habitación de Hanh, donde volvió a faltarle el valor. Pegó el rostro a la puerta, con el corazón desbocado. No se atrevió a llamar, ni siquiera al oír un leve arrastrar de pies al otro lado y un pestillo que se levantaba con suavidad. Con la respiración entrecortada, Kien sintió el cuerpo de Hanh contra la hoja: sólo los separaba un centímetro de madera. Tembloroso, bajó la mano hasta el pomo de cerámica, pero se quedó allí inmóvil unos segundos, luego minutos, sin atreverse a hacerlo girar. Finalmente lo soltó, dio media vuelta ruidosamente y subió corriendo las escaleras hasta su cuarto, donde se arrojó en la cama dándose por vencido.

Desde ese día Kien la evitaba. Si sus caminos se cruzaban por azar, Kien agachaba la cabeza y farfullaba con voz débil: «... Hermana.» Hanh lo miraba tranquila, comprensiva, y le decía: «Buenos días, hermanito.» Parecía dispuesta a seguir hablando, a decirle algo que deseaba transmitirle desde hacía tiempo, pero el que Kien la eludiese, la disuadía. Las palabras que deseaba pronunciar nunca serían articuladas. Quizás en los sueños de ambos, pues ella no tardó en desaparecer.

Cuando Kien se alistó, Hanh ya andaba con la Brigada Juvenil de Voluntarios, que había ido a la Cuarta Zona Militar. Cuando Kien volvió a Hanoi antes de dirigirse al sur, encontró a un nuevo ocupante en la antigua habitación de Hanh. Habían rellenado y embaldosado el profundo refugio, y no quedaba rastro alguno de que una vez hubiesen tocado el suelo.

«Hay algo que quiero decirte.» Esas palabras de ella lo persiguieron durante años.

Tiempo después, al recordar sus actos, las palabras de Hanh, su propia timidez, sufriría y lamentaría aquella pérdida.

La hermosa juventud pasó tan rápido que incluso los periodos normales de angustia y tormento, de amor ciego, profundo e intenso, le fueron arrebatados cuando las nubes de la guerra se cernieron sobre el país. Un instante tan próximo, y sin embargo tan lejano, perdido por completo después para perdurar únicamente, y para siempre, en el recuerdo.

Kien suspiró y apretó el rostro contra el frío cristal de la ventana mientras contemplaba la noche. Veía la copa del árbol que crecía delante de su casa, cuyas mojadas hojas rozaban su ventana.

Abajo, en las calles, unas pocas luces dispersas brillaban mezclándose con la lluvia. La iluminación cesaba al final de la calle, señalando el inicio del gran lago. Volvió la cabeza hacia la derecha y vio la oscura bóveda de nubes bajas sobre los familiares tejados de Hanoi, aunque casi todas las casas estaban a oscuras. No había ningún coche en la calle, ni un solo peatón.

En ese momento la calma en la ciudad era tal que casi se podía oír el paso de las nubes sobre los tejados. Era como si arrastraran consigo parte de su vida: fragmentos ralos y vastas áreas abiertas de desolación absoluta, como en su propia vida.

El espíritu de Hanoi cobra mayor fuerza por la noche, más aún bajo la lluvia. Como en este momento, cuando la ciudad entera parece desierta, húmeda, solitaria, fría y profundamente triste.

Cuando dormían en la jungla y llovía sobre el manto de la selva, Kien soñaba con Hanoi bajo la lluvia y las hojas cayendo de los árboles. Ahora, mientras veía caer las hojas, recordaba las lluvias en la jungla y los sueños de Hanoi. Los sueños cobraban fuerza hasta que escenas pasadas y presentes se transformaban dentro de él en una realidad furiosa, en imágenes del presente y el pasado

que se fundían y duplicaban en aquella habitación el impacto, el olor y el clima de la jungla. Oleadas de recuerdos angustiosos bañaban las costas de su mente.

Un año, en la década de los setenta, Hanoi vivió una falsa primavera. Durante el día el sol brillaba y el aire era suave y límpido como el de abril o principios de mayo. Los árboles, cuyas ramas habían quedado desnudas con la llegada del invierno, echaron de pronto hermosos brotes verdes. En los parques las flores empezaron a abrirse, y las aves migratorias iniciaron su regreso para anidar bajo los aleros de los edificios de la ciudad. Durante esos breves momentos de aquella estación, Hanoi perdió su aire de soledad y desolación.

Un día, después de esa semana de días soleados en pleno invierno, el cielo se oscureció, un viento helado empezó a soplar en las reverdecidas calles y comenzó a caer una triste llovizna. Los recién nacidos brotes se replegaron, las flores se marchitaron, los pájaros se escondieron, y los colores y la nueva esperanza que había llegado como una promesa dorada se desvanecieron en la realidad del cruel y gris invierno.

Phuong, el amor de su infancia, su compañera de clase, su primera actriz en una de las más extrañas noches de estreno del teatro de la guerra y su icono personal para la salvación en tiempos de paz, había vuelto a dejarlo. Se apartó de él cuando se desvaneció la falsa primavera y regresó el verdadero invierno.

Phuong no dejó nota alguna, y desde su partida no le había escrito. Probablemente hubiera decidido no volver jamás. Las puertas y las ventanas de su apartamento estaban cerradas a cal y canto y teman cieno aire de permanencia. Era la primera vez que se separaban desde que él había vuelto de la guerra. Su repentina y cruel partida hirió profundamente a Kien.

Estaba sentado en su apartamento, entristecido, emocionalmente agotado, cuando un destello llamó su atención: se volvió y descubrió su imagen en un pequeño espejo. Lo que observó lo dejó asombrado: su cabello, su barba, sus arrugas, los cercos bajo los ojos. Puso a prueba su voz; hasta eso había cambiado: ahora era honda y triste. Últimamente, su voz y su modo de mirar parecían perturbar a los demás. ¿Era esa mirada vacua, perdida que veía en el espejo? ¿Era de eso de lo que se apartaban, evitando sus ojos?

Empezaba a aburrirse de ir a la universidad. Una mañana decidió sin más que no asistiría a clase. A partir de ese momento puso fin a una cómoda vida estudiantil, tranquilamente y sin motivo aparente. Dejó de leer periódicos, después libros, y por fin lo dejó todo. Perdió el contacto con sus amigos, luego con el mundo exterior en general. Salvo con la bebida. Y con los cigarrillos. Le daba igual estar sin blanca, bebía y fumaba casi sin descanso. Deambulaba por las calles solitarias. Cuando conseguía dormir, se sumía en un pesado y ebrio sopor.

De vez en cuando veía a Phuong en sueños, si bien solía soñar con cosas disparatadas, retorcidas, apariciones distorsionadas de soledad y aflicción. Unas pesadillas horribles y ponzoñosas le devolvían imágenes que lo habían perseguido constantemente durante toda la guerra. En los crepúsculos de esas noches frías, los familiares espíritus solitarios resurgían procedentes de la jungla de las Almas que Aúllan, suspirando y quejándose, susurrando mientras flotaban en tomo a él igual que pálidas nubes de humo, cosidos a balazos. Se movían en sus sueños como si fuesen espejos que lo rodearan.

A menudo despertaba y se descubría retorciéndose en el suelo, con el rostro bañado en lágrimas, temblando de miedo y frío. Tenía el corazón embotado, agarrotado, y las emociones lo abrumaban. Cuando fuera los vientos helados soplaban con fiereza y la lluvia golpeaba sin piedad sus oscuras ventanas, se limitaba a permanecer allí sentado, quieto. No tenía ganas de moverse y lo invadía una autocompasión triste, ridícula.

Había intentado por todos los medios olvidar a Phuong, pero le resultaba imposible. La añoraba en silencio. En este mundo nada era para siempre, lo sabía. Hasta el amor y el dolor en las entrañas de un hombre envejecido acababan desvaneciéndose cuando éste comprendía que su sufrimiento, sus torturados pensamientos eran pequeños, insignificantes en el orden del universo: como tenues volutas de humo hendiendo el cielo, que uno ve fugazmente y al instante han desaparecido.

Esa fría primavera Kien solía andar por las calles hasta bien entrada la noche. Una noche memorable, cerca del parque Thuyen Quang, vio a dos siluetas forcejear en el suelo bajo una ceiba que crecía junto al lago. Una de ellas, correspondiente a un hombre, se levantó deprisa y sacó un cuchillo del cinturón. Kien decidió intervenir, le dio una patada al hombre y a continuación lo arrojó a una acequia antes de ahuyentarlo. Luego se volvió y vio que la segunda silueta era una atractiva jovencita. Kien llamó a un *trishaw* que pasaba por allí, la metió en él como pudo y se fue directo a casa. Una vez allí, comprobó que la chica estaba maquillada con la vulgaridad que habían hecho famosa las chicas de los bares de alterne de la zona. Eran las prostitutas más famosas de Hanoi.

—¿Sabes a quién acabas de salvar la vida y traer a tu casa? ¿Lo sabes? —le preguntó ella.

Se plantó allí, con los pies ligeramente separados, mirándolo a la cara. No había cumplido los diecinueve, pero se la veía segura de sí misma. Un tanto más pálida, menos saludable de lo que Kien había pensado en un principio. Tras una observación más minuciosa, se hizo patente que sus ropas, bonitas y llamativas desde lejos, habían conocido tiempos mejores.

—Ese puñetazo ha significado mucho para mí. Estaba metida en un buen lío. Te debo una —dijo, tomando la iniciativa—. Has estado fantástico —añadió al tiempo que se quitaba lentamente la falda. Siguió desvistiéndose para él, hasta terminar sacándose la blusa por la cabeza con suavidad. La actuación fue delicada, pero algo empezó a ir mal. La chica se puso a temblar, mientras esbozaba una sonrisa tímida, vacilante. Kien se percató de que su tersa piel estaba azul a causa del frío, de que sus costillas dibujaban pronunciadas líneas bajo los pechos. Estaba muerta de hambre.

—Compartamos ese cigarrillo —propuso en un último esfuerzo por recobrar la compostura. Pero tras una única calada, se metió en la cama de Kien, suspiró como un niño adormilado y no tardó en sumirse en un profundo sueño.

Cuando despertó, vio a Kien sentado a la mesa y se dio cuenta, asombrada, de que lo conocía. A la luz de la mañana no tardó en reconocerlo: era el amigo de su hermano mayor, su compañero de patrulla de hacía años. Kien se acercó a ella, encendió otro cigarrillo y se sentó en la cama, a su lado. También él la había reconocido, a pesar del maquillaje.

Mientras la chica dormía, él se había preguntado a qué se debería el que estuviese en la ciudad. ¿Por qué había dejado su aldea? ¿Cómo se había convertido en prostituta?

Al darse cuenta de lo que Kien estaba pensando, ella se sintió violenta. El recuerdo común de su hermano Vinh, que había integrado la misma patrulla que él y combatido en el campo de batalla de M’Drac, los invadió a ambos, así como la evocación de su otro triste encuentro.

Después de la guerra, Kien llevó a la familia de su compañero Vinh, que vivía en una aldea en el extrarradio de Hanoi, las escasas pertenencias de éste. El paisaje era mitad pantanoso, mitad el propio de un vertedero. Los niños estaban esqueléticos y vestían harapos. Unos perros sucios iban de acá para allá. La aldea se hallaba infestada de moscas, mosquitos y ratas. Sus habitantes, que eran prácticamente mendigos, se ganaban la precaria vida que llevaban recogiendo basura, y había montoncitos de cosas a todas luces robadas flanqueando los caminos, donde los ladrones habían montado sus minúsculos puestos.

Alguien le indicó a Kien dónde se encontraba la casa de la familia de Vinh. Era, como todas las demás, una chabola de chapa y madera vieja, rodeada de basura. La hermana pequeña de su compañero apenas contaba quince años. Las lágrimas comenzaron a correr

por sus mejillas en cuanto reconoció la mochila de su hermano y sus pertenencias. No era preciso preguntar por qué había ido a verlos Kien. Allí tenían la prueba palpable de la triste noticia. La madre de Vinh, ciega, se sentó con la niña y empezó a tocar los objetos que su hija le iba pasando. Un sombrero de paño. Una navaja cerrada. Un cuenco de hierro. Una flauta rota. Un cuaderno. Cuando Kien se levantó para marcharse, la anciana alargó la mano y le rozó la mejilla. «Al menos tú has vuelto», dijo con voz débil.

Kien se quedó mirando a la hermana pequeña del amigo, que ahora estaba desnuda en su cama, con una manta sobre los hombros. Había olvidado su nombre y se sentía demasiado avergonzado para preguntárselo.

—Mi madre murió ese mismo año —dijo ella en voz baja—. Yo dejé de recoger basura. Lo cierto es que el vertedero ya ni siquiera existe. Me vine a la ciudad, sola.

Cada uno comenzó a contar su historia, se pasaron toda la mañana hablando. Ella en la cama, él a su lado.

Kien encontró algo de arroz que frió en el hornillo de queroseno, y compartieron una frugal comida. Ella se echó nuevamente a descansar.

Más tarde abrió los ojos y le dirigió a Kien una pequeña sonrisa. Lo cogió del brazo y tiró de él, invitándolo a meterse con ella en la cama. Kien se contuvo.

—Ven, por favor. Tú me salvaste —porfió ella.

Cuando Kien rehusó de nuevo, la muchacha pareció agradecida y no insistió.

—Eres extraño —le dijo—. Raro, vamos.

Kien dio una vuelta por la habitación y fue cogiendo todas las cosas de valor que encontró. Dinero, billetes de lotería, lo que fuera. Ella se vistió y, antes de que se marchara, Kien le entregó el dinero y los billetes.

La muchacha se echó a reír alegremente, pero lo aceptó. Kien la vio salir a la calle y volver al lago Thuyen Quang, donde él había acudido en su auxilio la larga noche anterior.

—Será mejor que me evites —le advirtió—. La gente sacará conclusiones equivocadas si te ve conmigo. De todas formas, nunca te olvidaré. Eres muy bueno, y raro.

La chica retiró la mano y se alejó. Kien se sintió vacío, vulgar, impotente y agotado. Era el resultado de muchos años de guerra.

Se encontraba en un punto en el que ignoraba por completo cómo iba a pasar el resto de su existencia. ¿Estudios? ¿Carrera? ¿Negocios? Todo cuanto en su día había considerado importante y

alcanzable, de pronto se le antojaba insignificante y más allá de sus posibilidades. Seguía vivo, nada más. No tenía ni idea de cómo se ganaría la vida diariamente. Eran momentos de absoluto aislamiento, de vacío espiritual, de rendición.

Con todo, la ciudad cobraba vida de nuevo, esta vez gracias a un febril patriotismo generado de manera artificial. Estaba a punto de estallar otra guerra. Las tropas vietnamitas habían expulsado a Pol Pot de Camboya, y como consecuencia de ello los aliados de Pol Pot, los chinos, amenazaban la frontera septentrional de Vietnam. Eso constituiría otro punto de inflexión en sus vidas. Los amigos de Kien aparecieron para aconsejarle que se reincorporara al ejército. ¡Viva la carrera militar! ¡Viva el ejército de Vietnam! Un buen soldado siempre sería inestimable, aseguraban. Y así durante semanas.

Una vez más, en las calles, en los trenes, en las oficinas, en las tiendas, en las casas de té y en las tabernas las conversaciones giraban en torno a la lucha y las armas. Apasionadas discusiones sobre la situación en la frontera norte, amenazada de invasión por parte de China debido a la humillación que representaba para ésta haber perdido a Pol Pot, destituido del poder en Camboya por el glorioso ejército vietnamita.

Noche tras noche, trenes expresos abarrotados de soldados atravesaban con gran estruendo Hanoi camino del frente norte. Los vagones de mercancías iban atestados de tanques y armas; los compartimentos, llenos de soldados jóvenes, el olor de cuyo sudor salía por las puertas y ventanillas. Kien percibía el familiar efluvio del miedo y los nervios de unos jóvenes que pronto estarían expuestos a las balas y las explosiones, y pasarían penurias, hambre y frio. Esta vez en la frontera norte.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh? —dijo alguien muy cerca, entre el gentío.

—Como en 1965, en los primeros días contra los americanos —comentaban los ricos de la ciudad.

—Al menos somos mucho más fuertes en comparación con esa época —afirmaban otros, confiando en otra victoria.

Ríen escuchaba, pensando que tal vez tuviesen razón. Pero sabía que no era cierto que a los jóvenes vietnamitas les gustase la guerra. No era cierto en absoluto. Si estallaba la guerra, lucharían, y lucharían con valor. Pero ello no significaba que les gustase la lucha.

No. No era a los jóvenes a quienes les gustaba la guerra, sino a los otros, los políticos, hombres de mediana edad barrigudos y paticortos. No a la gente normal y corriente. Los recientes años de contienda habían provocado suficiente sufrimiento y dolor para que les durara mil años.

Kien no se vio envuelto en este nuevo conflicto. Para él sólo había una guerra, aquella en la que habían estado implicados los americanos. Por lo que a él respectaba, ésa había sido la guerra definitiva, la que condicionaba todos los acontecimientos de su vida: la dicha, la desdicha, las alegrías, las penas, los amores, los odios.

Fue entonces, en esa primavera que comenzó tan triste, tan desfavorablemente, con su país una vez más al borde de la guerra, cuando algo conmovió el corazón de Kien, rescatándolo del caos y devolviéndole la paz. Algo poderoso y urgente infundió nueva vida en su desolado espíritu. Se parecía al amor. Tal vez fuese el íntimo reconocimiento de alguna verdad maravillosa.

Esa misma noche fría y oscura de primavera, Kien comenzó a escribir su primera novela.

Kien volvió a casa y encontró a Tran Sinh, un antiguo compañero de clase de él y Phuong, agonizando. Había pasado meses en el hospital. pero lo habían mandado a casa para morir. Le había llegado la

hora. Sinh llevaba ya dos días en su habitación del primer piso, esperando la muerte. Se había alistado en el ejército después de Kien, pero lo hirieron y lo desmovilizaron antes que a éste. Al principio, al regresar a casa, no parecía un inválido, incluso tenía pensado casarse.

Sin embargo, día a día la parálisis fue apoderándose de su cuerpo, primero la pierna izquierda, luego la derecha, después el tronco. Para cuando desmovilizaron a Kien, Sinh ya necesitaba valerse de un bastón para caminar, pero en poco tiempo su salud se deterioró aún más, y se vio postrado en una cama. Los médicos se preguntaban cómo había sobrevivido a tan terrible herida en la columna vertebral, sorprendidos de que no hubiera muerto en el acto. En lugar de eso, Sinh había vivido, alargando así su sufrimiento. «Incurable», sentenciaron los médicos. Cuanto más trataban de ayudarlo, más empeoraban las cosas para él y los parientes que se ocupaban de cuidarlo. Tan desdichada situación se prolongó durante cuatro años.

Los padres de Sinh habían fallecido. Su hermano se marchó tras casarse. Y Sinh se quedó en la habitación que había al final del pasillo del primer piso, una habitación oscura y húmeda, con una única ventana que daba al retrete. Kien empujó la puerta y entró. A la tenue luz distinguió a dos niños y a una mujer delgada, la cuñada de Sinh, que se hallaban sentados en el suelo armando cajas de cartón para la fábrica de galletas local, a fin de ganar algún dinero extra. Ninguno levantó la cabeza.

—¿Cómo está? —preguntó Kien entre susurros.

—Igual —repuso la cuñada con voz cansina, aburrida—. Todos los que vienen a verlo lo admiran por aguantar tanto. —Suspiró.

El moribundo yacía en una cama de bambú en el rincón más alejado de la habitación. Kien se acercó; y de pronto le llegó una vaharada de un hedor insoportable. Provenía de las mugrientas sábanas.

A Sinh se le había caído todo el pelo y su cabeza, cada vez más oscura y seca, semejaba de madera vieja. Se le había achatado la nariz y tenía las mejillas hundidas, lo cual hacía que destacaran enormemente los dientes y los ojos. Kien era incapaz de adivinar si Sinh tenía éstos abiertos o cerrados. Se inclinó sobre él y le preguntó:

—¿Sabes quién soy, Sinh?

—Todavía te reconoce —lo interrumpió su cuñada—, pero no puede hablar porque le fallan los pulmones.

—¿Puede comer?

—Sí. Pero le sale enseguida por el otro lado.

Kien se sentó en el taburete que había junto a la cama, sin saber qué decir. Sinh era capaz de moverse un poco, pero saltaba a la vista que las ganas de vivir lo habían abandonado. Pasaron quince minutos, veinte. Si observaba con atención, Kien apreciaba que las mantas subían y bajaban levemente. En la estancia reinaba el silencio. De vez en cuando la cuñada musitaba algo relativo a lo mal que el destino la había tratado. El hermano de Sinh, que dormía en un altillo por encima de él, se puso a roncar de repente.

Pobre Sinh, el poeta de la clase 10A. ¡Qué lástima!

El verano anterior Kien había ido a verlo al hospital. Por entonces aún se movía, pero cada vez deseaba menos vivir. Se sentaba en la silla de ruedas y hablaba de forma lúcida, pasando por alto la certeza de su destino: que pronto moriría. No se quejaba ni se lamentaba de su suerte. Sobre todo, nunca hacía sentirse incómodas a sus visitas.

A menudo conseguía entusiasmarse y parecer encantado, sonriendo todo el tiempo. Se ponía a charlar con voz débil, hablaba de los años de colegio y de los compañeros de clase, de las chicas guapas y los maestros, y de otras cuestiones que nada tenían que ver con su estado actual. Hacía como si todo lo que Kien le contaba fuera fascinante: «Exacto, estupendo, ¡cómo he podido olvidarlo!» Y: «¡Ahora me acuerdo!»

Empujando la silla de ruedas, Kien sacó a su amigo Sinh al bello jardín del hospital, pasando por delante de unas hermosas mimosas en flor. La tarde era tranquila y el aire límpido... El sol caía sesgado sobre el verde césped.

Se detuvieron bajo la copa de un frondoso árbol de Buda.

—El sol divide en dos la tarde —dijo Sinh—, y los pétalos de las mimosas se cierran... ¿Lo ves?, ahí tienes un poema. —Sonrió— Cuando me alisté en el ejército no me atrevía a considerarme un poeta de verdad —afirmó—. Esperaba ser alguien como Le Anh Xuan, nuestro héroe del sur, cuyas obras resistirán esta guerra y perdurarán hasta el próximo siglo. Bueno, ése era mi sueño. Y, ahora que lo pienso, he de confesar que le escribí muchos poemas románticos a Phuong y me pasé años temiendo que lo descubrieras y me molieras a palos.

No había nada que decir. En la vida de la posguerra la situación de los dos amigos de la infancia era completamente distinta. Tras tantos años de lucha eran capaces de hablar sin palabras, empleando el lenguaje del corazón.

Kien acompañó a Sinh de regreso a su sala y le dijo adiós. Le dio un abrazo y besó sus frías y magras mejillas.

—Ven a verme alguna vez —le pidió Sinh cuando Kien salía—. Por favor —añadió, y rompió a sollozar en un excepcional acceso de autocompasión—. A veces desearía matarme y terminar con esto deprisa. La guerra me ha arrebatado la libertad que merezco y me ha convertido en un esclavo...

Ahora, sentado cerca del moribundo Sinh en la habitación de éste, a Kien lo atenazaba la emoción. Incapaz de soportarla, enterró el rostro en las manos. Al punto se levantó y salió corriendo de aquel cuarto mitad habitación, mitad ataúd, sin siquiera despedirse de la cuñada.

De vuelta en su habitación, con la chaqueta y los zapatos cubiertos de barro aún puestos, se tumbó en la cama y se quedó mirando el agrietado y amarillento techo con las manos tras la cabeza. Unas lágrimas calientes y dolorosas empezaron a rodar en silencio por sus mejillas.

¿Qué debía hacerse? ¿Qué podía hacerse? Tosió y le entraron ganas de llorar a gritos para aliviar el dolor.

En verdad, cuando acabó la guerra se sintió loco de alegría de volver a su casa en Hanoi. Tras la caída de Saigón pasó más de tres días viajando en el expreso transvietnamita *Unificación*. Experimentó una enorme dicha, y para algunos soldados aquéllos fueron sus mejores días en el ejército. Con todo, el dolor estuvo presente, incluso entonces.

HI tren rebosaba de hombres heridos y desmovilizados. Las mochilas iban embutidas unas encima de otras en las rejillas portaequipajes y por los rincones. En los compartimentos había

hamacas colgadas por todas partes, lo cual les daba cierto aire de campamentos en la jungla.

Al principio se apoderó de ellos un sentimiento de amargura. No hubo trompetas para los soldados victoriosos, ni tambores ni música. Eso habría sido tolerable, no así la falta de respeto que les mostraron. La población en general sencillamente hizo caso omiso de ellos, al igual que las propias autoridades.

Las escenas que se vivían en las estaciones de ferrocarril eran propias de mercados vespertinos, caóticos y ruidosos.

Las autoridades registraban a los soldados una y otra vez en busca del botín. Revisaban cada bolsillo de las mochilas como si los soldados fueran los únicos que se hubiesen apropiado de todo cuanto se había saqueado y escondido tras la toma del poder en el sur.

En cada estación los altavoces atronaban, acribillando los oídos de los heridos, los enfermos, los ciegos, los mutilados, las tropas de ojos en blanco y labios grises a causa de la malaria. A sus oídos llegaba una retahíla interminable de las más irónicas doctrinas, instándolos a desoír al espíritu de la reconciliación, a desconfiar de las «balas» recubiertas de azúcar, a no hacer caso del calor y las pasiones que aún subsistían entre lo que quedaba de la lujosa sociedad caída del sur. Y, en particular, a guardarse de pensar que el sur pudiera haber luchado valientemente o haberse conducido de forma meritoria en algún aspecto.

Pero nosotros, soldados «meritorios» y victoriosos, sabíamos cómo defendemos de semejante aluvión de estupideces. Nos reíamos de las advertencias que escupían los altavoces y nos mofábamos de los discursos, ridiculizándolos.

Cuando llegamos a las zonas más septentrionales del delta del río Rojo, donde las carreteras discurrían paralelas a nosotros, mostrándonos el camino de regreso a Hanoi, todos estábamos locos de alegría. Los sueños y deseos tan largamente contenidos se desbordaron de repente.

Hasta los más conservadores expusieron ideas tremendamente entusiastas sobre cómo se enfrentarían a su nueva vida de civiles en tiempos de paz.

Kien trabó amistad con Hien, una soldado del campo de batalla de la Zona 9, en el sur. La muchacha se había trasladado al sur en 1966 y había resultado gravemente herida en combate. Aunque su ciudad natal era Nam Dinh, hablaba con acento de la provincia de Ha Tien. Al anochecer, Kien la llevó a su hamaca y pasaron la noche juntos. El traqueteo del tren mecía la hamaca y, a pesar de las joviales bromas de los soldados que los rodeaban, se abrazaron y durmieron jimios, se despertaron juntos, soñaron juntos y se abrazaron de nuevo. Se besaron atropelladamente, compartiendo los últimos instantes de sus vidas como soldados, los últimos kilómetros del campo de batalla de su juventud, en un apasionado abrazo.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Hien, Kien la ayudó a bajar. Le confesó que deseaba acompañarla a su casa, pero ella se rió y rehusó.

—Basta. Dejemos que nuestras historias se conviertan en ceniza —dijo ella—. Tú también tienes que ir a casa. Ve lo antes posible y ocúpate de tu hogar. Mira a ver si te queda alguien o algo por lo que vivir. Tal vez alguien te esté esperando.

—¿Es que no volveremos a vernos? —preguntó él.

—¿Quién sabe? En tiempos de paz todo es posible. Ahora que no estamos en guerra y hemos dejado de ser soldados, no hace falta que nos hagamos promesas. Quizá volvamos a vemos, por

casualidad.

Sola, Hien fue alejándose de él con ayuda de sus muletas, mientras la maltrecha pierna se balanceaba inútil. Su esbelto cuerpo oscilaba con elegancia mientras avanzaba, con los hombros elevados por culpa de las muletas. Justo antes de cruzar la abarrotada puerta del andén, se volvió para mirar una última vez a Kien. Tenía los ojos tristes y empañados. Se tambaleó un poco y a punto estuvo de perder el equilibrio, pero de inmediato se volvió con aire decidido, franqueó la puerta y se perdió de vista.

Desde allí hasta Hanoi, la bocina del tren pareció oírse sin interrupción, como si dijera: «Buenos tiempos, buenos tiempos, buenos tiempos», y Las ruedas de los vagones, deslizándose veloces sobre los raíles, respondiesen: «Días dichosos, días dichosos, días dichosos.» A medida que se aproximaban a su bella y vieja Hanoi, a Kien lo iba embargando la emoción, como si hubiera sido transportado a una esfera superior en una nube fragante. Ante la perspectiva de volver a casa, sus ojos se anegaron en Lágrimas por un regreso que jamás babea creído posible.

Ya había oscurecido cuando llegó a su vieja casa después de recorrer Las calles tranquilas y oscuras que conducían a ella desde la estación de ferrocarril de Hang Co. Se detuvo a contemplar el vetusto edificio, también el extrañamente oscuro: tal vez las familias estuviesen durmiendo. Entró con cautela en el jardín delantero y se acercó a la puerta principal— Quizás alguien lo aguardara despierto, pensó, pues la puerta no estaba cerrada. «Es imposible que alguien me espere», decidió. ¿Cómo iban a saber que regresaba? Pero cuando empezó a subir Las escaleras, lo invadió una sombría sensación de premura y tuvo un presentimiento que le encogió el corazón.

En el primer rellano, una lámpara amarillenta despedía una luz tenue que iluminaba débilmente el pasillo. La puerta que daba a las habitaciones donde vivían él y su padre seguía siendo la misma, con La placa de bronce en la que se leía el apellido paterno. Empezaron a temblarle las manos, a continuación el cuerpo, y unas lágrimas de dicha brotaron desde lo más profundo de su ser. Se quedó allí clavado, meciéndose suavemente ante la puerta.

De pronto se abrió otra puerta en el pasillo, y salió a éste una mujer alta y delgada en camisón. Lo miró fijamente y en sus ojos apareció un grito mudo. ¡Phuong!

Kien quedó paralizado, perplejo.

—;Kien!

Ella avanzó lentamente y se refugió entre sus brazos.

Por fin Kien reaccionó, volviendo en sí poco a poco, y se inclinó un tanto mientras los suaves brazos de Phuong rodeaban su cuello.

—Phuong, amor mío —musitó mientras la cubría con los besos de diez largos años. Era un abrazo inolvidable para ambos, de un

corazón a otro, un abrazo que los dos recordarían siempre, pues en esos años perdidos que habían pasado separados sus vidas no habían conocido nada can maravilloso.

Phuong rozó con su mejilla los labios de Kien, fuego d cuello de la camisa, después la basta tela del uniforme. Los susurros se hicieron apremiantes.

—Han pasado diez años. Diez años. Estaba segura de que no volvería a verte.

—Los dos hemos sido un fantasma en la mente del otro —reposo él.

—Pero a partir de ahora no volveremos a separarnos, ¿no es así, amor mío? —musitó ella.

Kien se puso ligeramente tenso. Una profunda vergüenza empezó a apoderarse de él, una sombra de preocupación se colaba en su dicha, un desasosiego que parecía proceder del elástico cuerpo que tenía entre sus brazos.

Se puso aún mis tenso. Oyó unos pasos sigilosos. Alguien era testigo de su abrazo.

Ajena a ello, Phuong se desabrochó d botón superior de la blusa y sacó una llave reluciente que llevaba colgada como un collar. Con los ojos nublados, Kien abrió la puerta de su casa y entró. El aíre, estancado durante años, escapó igual que con una boqueada agonizante.

Kien se volvió, cogió a Phuong del brazo y tiró de día para que lo siguiera. Había visto una sombra en la puerta de la habitación *de* la chica, y de pronto actuó con brusquedad: Phuong no estaba sola.

Ella palideció y lo miró a la defensiva. Kien alargó la mano, cogió la mochila y, tras soltar a la chica, se metió en su habitación y le dio con la puerta en las narices.

De modo que así eran la paz y la felicidad. Los gloriosos, brillantes rayos de la victoria, el solemne regreso largamente esperado. Eso valía su ingenua fe en el futuro. Soltó una maldición: «¡Un desgraciado, eso es lo que soy!»

Después de aquello, siempre que recordase la primera noche en casa de su nueva vida en tiempos de paz, la angustia y la amargura desgarrarían su corazón, y él gemiría sin querer.

Una vez en la habitación, tras desembarazarse de la mochila, se puso a caminar arriba y abajo tratando de adivinar quién era el que estaba con Phuong. Así que, en pago de su sufrimiento y sus pérdidas, la divina guerra le recompensaba con más sufrimiento y más pérdidas en casa. Durante todos aquellos años en el frente, apenas había soñado —en las escasas ocasiones en que soñaba con su casa—con nada que no fueran los mágicos momentos del regreso y Phuong, con quien se veía en un sueño utópico. Se sentó. Una sucesión de imágenes se agolpó en su mente.

Phuong fue a verlo esa misma noche, más tarde, para decirle que el hombre con el que vivía, y que le había pedido que se convirtiera en su esposa, se había marchado de inmediato al volver él.

Qué ciegos estuvieron entonces. Aunque ahora solía ahogar las penas en alcohol, aunque cientos de veces se suplicaba a sí mismo que se tranquilizara, el dolor lo laceraba al recordar los tiempos posteriores a la guerra con Phuong. Tras diez destructivos años de contienda, la vida de Kien sufrió las heridas de las agudas espinas del amor.

La nueva vida de Kien con Phuong les rompió el corazón a ambos. Al volver la vista atrás, resultaba claro que se trataba de un amor condenado al fracaso desde el principio, desde el instante mismo en que él había oído las leves pisadas en la habitación de la chica.

Había terminado no hacía mucho, súbitamente, después de una trifulca a la puerta de una taberna en la que Kien le dio una paliza al antiguo amante de Phuong, dejándolo bastante malparado. Llamaron a la policía, y los testigos afirmaron que Kien estaba «loco». Éste volvió a casa de la comisaría y al ver a Phuong quedó estupefacto, consternado.

Mientras se disponía a dejarlo, Phuong le dijo:

—Somos prisioneros de los recuerdos de momentos maravillosos que pasamos juntos. Esos recuerdos nunca nos abandonarán. Pero hemos cometido un grave error: pensé que haríamos frente a unos cuantos obstáculos mínimos, pero no son mínimos, sino gigantescos como montañas.

Y continuó su reflexión:

—Debería haber muerto aquel día, hace diez años, cuando atacaron nuestro tren. Al menos me habrías recordado pura y bella. De esta forma, aunque estoy viva, soy una página negra en tu vida. Tengo razón, ¿no es cierto?

Kien guardó silencio. Ella volvió a salir de su vida, y él no hizo nada por detenerla.

Entonces creyó que era lo mejor, pero mantener esa actitud fue más difícil de lo que imaginaba. Pasó una semana, luego dos, y un mes. Cada vez estaba más inquieto, era incapaz de concentrarse, ni siquiera aparecía por la universidad. Se sentía incómodo, no conseguía relajarse ni organizar sus días de la forma debida.

Vivía pendiente de un hilo. Cada vez que oía unos tacones repiquetear en las escaleras, le daba un vuelco el corazón. Pero nunca era ella.

Empezó a pasarse las horas mirando por la ventana, luego paseando por las oscuras calles, de vez en cuando volviendo la cabeza esperanzado. Las noches malas perdía el control por completo y se derrumbaba, sollozando con el rostro hundido en la almohada. Sin embargo, sabía que si ella volvía a su lado, ambos sufrirían de nuevo.

Su habitación estaba cada vez más fría a medida que arreciaba el invierno. Una noche gélida se hallaba junto a la ventana, echando de menos a Phuong, como de costumbre, mientras contemplaba la lenta llovizna, que caía sesgada por el viento del nordeste. Ante sus ojos comenzaron a tomar forma escenas del frente norte, y vio una vez más el pico Ngoc Bo Ray y el bosque de las Almas que Aúllan. Luego, en la habitación, fueron reapareciendo todos y cada uno de los hombres de su patrulla. ¿Por qué arte de magia le ocurría eso? Tras la horrible matanza que había aniquilado a su batallón, ¿cómo era posible que viese de nuevo a todos sus miembros? En su habitación se palpaba una atmósfera extraña, impregnada de imágenes del pasado. Luego todo tembló y se estremeció bajo las oleadas de cientos de proyectiles de artillería que acribillaron la jungla de las Almas que Aúllan, y las paredes de la habitación vibraron ruidosamente cuando los cazas llegaron rugiendo a bombardear la zona. Asustado, Kien se apartó de la ventana de un salto.

Apabullado, confuso, profundamente inquieto, se puso a dar vueltas por el cuarto, lejos de la ventana. Los recuerdos volvían a visitarlo una y otra vez. Se acercó al escritorio con paso vacilante, cogió la pluma y, casi maquinalmente, empezó a escribir.

Se pasó la noche escribiendo; era una figura solitaria en aquella estancia desordenada, destartalada, cuyas paredes estaban llenas de desconchones, donde libros, periódicos y basura atestaban estantes y rincones, donde había botellas vacías esparcidas por doquier y donde el armario, roto, se encontraba infestado de cucarachas. Hasta la cama, con su desgarrada mosquitera y su manta, estaba patas arriba. En esa abandonada estancia escribía frenéticamente, sin descanso, como tocado por una especie de inspiración divina, a sabiendas de que quizás ésa fuese la única vez que sintiera tal apremio.

Revivía cruelmente las imágenes de sus camaradas, del mortal combate en la jungla que pasaría a ser la de las Almas que Aúllan, donde su batallón había encontrado su trágico final. Escribía con las manos entumecidas por el frío, temblando a causa de la furia de su empeño, con los pulmones ahogados por el humo de los cigarrillos, la boca seca y el aliento hediondo, mientras a su alrededor los hombres luchaban y caían, uno a uno, profiriendo fuertes gritos de dolor, en medio del fragor de los proyectiles, entre la atronadora lluvia de misiles que lanzaban los helicópteros de combate.

Uno a uno fueron sucumbiendo en esa batalla, en esa habitación, hasta que el mayor héroe de todos ellos, un soldado que había permanecido tras las líneas enemigas para hostigar su retirada, saltó por los aires y quedó reducido a un montoncito de restos humanos al borde de una trinchera.

A la mañana siguiente, los rayos del primer día de primavera se colaron por la ventana e iluminaron hasta el rincón más oscuro de la habitación.

Kien se levantó, salió de la casa cansina, penosamente y enfiló la acera; era un alma solitaria deambulando bajo el hermoso sol. Si

bien se había liberado de las tensiones de la tumultuosa noche, aún se sentía trastornado. Era una sensación inquietante, idéntica a la que lo había acosado después de que lo hirieran por primera vez.

Cuando volvió en sí tras perder el conocimiento, se vio en medio del campo de batalla, sangrando profusamente. Pero aquélla era la bella y tranquila calle Nguyen Du, y allí estaba el familiar lago Thuyen Quang de su infancia. Aunque resultaba familiar, distaba de ser el mismo, pues después de aquella larga noche mística todo parecía cambiado. Hasta su propia alma: se sentía un extraño ante sí mismo. Incluso las nubes que llegaban procedentes del nordeste parecían de distinto color, y, justo por debajo de la línea del horizonte, los viejos tejados grises de Hanoi centelleaban al sol como si acabaran de rociarlos con agua.

Kien se pasó el domingo vagando por las calles en trance; experimentaba una alegría melancólica, que semejaba una mezcla de amanecer y crepúsculo. Creía haber vuelto a nacer, y la amargura de los recientes años de posguerra se había desvanecido. Había renacido en los años previos a la guerra, resucitando el pasado oculto en su interior, y ello seguiría así hasta que hubiera revivido su vida y su época; su primera existencia nueva sería la de su pasado lejano. Su juventud perdida, anterior al dolor de la guerra.

Esa tarde fue a un parque, recorrió sin prisa los pedregosos senderos ribeteados de hierba y flores, y rozó al pasar los arbustos, que aún conservaban algo de lluvia. Llegó a un banco vacío cercano a una senda destinada a los amantes, y permaneció horas sentado escuchando el viento sosegado que soplaba sobre el lago mientras miraba a lo lejos, más allá de los horizontes del pensamiento, en dirección a los armoniosos campos de los muertos y los vivos, de la desdicha y la dicha, del pesar y la esperanza. El inmenso cielo, el acre perfume de la bella, nueva primavera y una tristeza melódica que parecía juguetear en las olas del lago se unieron para evocar en su espacio espiritual imágenes de una vida pasada, anteriormente inexplicable.

Se vio a sí mismo en un paisaje lejano, distante también en el tiempo, y de él surgieron otras imágenes y otros recuerdos, y procedió a revisar su pasado en silencio.

Recuerdos de un mediodía durante la estación seca, en que brillaba un sol hermoso y en el pequeño claro del bosque crecían flores radiantes; recuerdos también de un difícil día lluvioso junto al crecido río Sa Thay, cuando había tenido que adentrarse en la jungla para recoger brotes de bambú y nabos silvestres. Recuerdos de orillas de ríos, terrenos herbosos, aldeas desiertas, siluetas de mujeres amadas pero desconocidas, que daban paso a una tierna nostalgia y al dolor del amor. Un cúmulo de viejos recuerdos, de imágenes silentes, nítidas como el perfil de una montaña y densas como la espesa jungla. Esa tarde, insensible al viento vespertino que se levantaba, se sentó y permitió que su alma emprendiera el vuelo hacia su eterno pasado.

Pasaron los meses. La novela parecía poseer una lógica y un curso propios. A partir de ese

instante fue como si ella misma se estructurara, se tomara su tiempo, diera sus propios rodeos. En cuanto a Kien, era sólo el escritor, la novela parecía estar al mando, y él lo aceptó mansamente, fundiendo su propio destino con el de sus protagonistas, dejando pasivamente que la historia fluyese a su manera, siguiendo el hilo de una lógica mística impuesta por su memoria o su imaginación.

A partir de esa noche de invierno en que empezó a escribir, la llama del recuerdo guió a Kien hasta el corazón de un laberinto, a través de senderos tortuosos, para devolverlo después a las junglas primitivas del pasado. Veía de nuevo el río Sa Thay, el desfiladero de la Ascensión, la jungla de las Almas que Aúllan, el lago Cocodrilo, como nombres borrosos salidos del infierno. Luego la novela puso rumbo hacia el equipo del MIA, reuniendo los restos, trazando un largo sendero que unía las tumbas de los soldados desperdigadas por las montañas del norte y las tierras altas centrales; este proceso de rememorar su trabajo reuniendo restos insufló nuevas energías a cada página de la novela.

En sus historias también se colaron la atmósfera de la jungla oscura, con sus efluvios malsanos, sus mitos y leyendas sobre la vida de los combatientes de a pie, cuyas muertes marcaban el ritmo de la narración.

Sin embargo, sólo unos pocos de sus héroes vivirían desde las primeras escenas hasta las páginas finales, pues los vio, y a continuación los describió, atrapados en feroces tiroteos, en combates tan horribles que todo el que tuvo que participar en ellos ruega al cielo no volver a experimentar semejante terror. Combates en los que la muerte los acechaba, los perseguía y les tendía emboscadas. Donde una delgada línea separaba la muerte de la supervivencia: los iban matando uno a uno, o a todos a la vez; morían en el acto, o bien resultaban heridos y se desangraban entre terribles dolores; o es probable que vivieran, pero sufriendo las pesadillas de explosiones blancas que les desgarraban el alma y los despojaban de su personalidad.

Kien tal vez hubiese presenciado más matanzas y visto más cadáveres que ningún otro escritor contemporáneo. Había contemplado hileras de jóvenes soldados americanos con el cuerpo intacto, hombro con hombro en trincheras y refugios subterráneos, durmiendo el sueño eterno, pues la cortina de fuego de la artillería les había bloqueado la salida, sorbiéndoles la vida. Paracaidistas, aún con el uniforme de camuflaje, tendidos cerca de unos arbustos en torno a una pista de aterrizaje en el bosque de Ko Leng, tostándose al abrasador sol del mediodía. Sólo los halcones, en lo alto, y las moscas, más osadas, codiciaban sus cuerpos. Y una lluvia de brazos y piernas cayendo ante sus ojos sobre la hierba, junto al río Sa Thay, durante una incursión nocturna de B52. La colina de la Hamburguesa, al cabo de tres días de sangrienta lucha, parecía una cúpula hecha de cadáveres. Un soldado que pisa una mina, vuela por los aires y va a parar a la copa de un árbol, como si tuviese alas. Las muertes de Kien tenían más formas, colores y realismo que las historias de guerra del resto. Las historias de soldados de Kien procedían de ultratumba y hablaban de la vida más allá de la muerte.

«La muerte no es un infierno terrible —leyó una vez—. La muerte es otra vida, una vida distinta de la que conocemos aquí. En la muerte uno encuentra calma, tranquilidad y auténtica libertad...»

Para Kien los soldados muertos resultaban más borrosos, y sin embargo en ocasiones más importantes, que los vivos. Eran solitarios, serenos y optimistas, como las ilusiones. A veces los muertos se manifestaban como sonidos, en lugar de hacerlo como sombras. Otros del equipo del MIA que reunía cadáveres en la jungla afirmaban haber oído a los muertos tocando instrumentos musicales

y cantando. Decían que al pie del desfiladero de la Ascensión, en el corazón del viejo bosque, los sempiternos árboles susurraban una canción que se fundía armoniosamente con una etérea guitarra, y decía así: «Oh, años y meses victoriosos, oh, sufrimiento y dolor interminables...»

Una canción anónima de ritmo fantasmal, sencilla y misteriosa, que todo el mundo había oído, si bien cada uno aseguraba haber oído una versión distinta. Decían que la escuchaban todas las noches, y finalmente lograron seguir el rastro de la voz y llegar a donde yacía enterrado el cantante. Encontraron un cuerpo envuelto en una lona dentro de un hoyo poco profundo, con los huesos machacados, junto a los cuales había una guitarra hecha a mano, intacta.

¿Cierto o no? Quién sabe. Pero la historia continuaba, y decía que al levantar los huesos para acomodarlos por fin en una tumba, todos los presentes escucharon de nuevo la canción, resonando en el bosque. Después del entierro la canción terminó y ya no volvió a oírse más.

La historia pasó a formar parte del folclore. Para cada soldado desconocido, para cada cadáver recuperado por el MIA, existía una historia.

Kien recordó cuando en el valle de Mo Rai, junto al río Sa Thay, su grupo encontró un ataúd a medio enterrar. Surgió inesperadamente, como un termitero, a la orilla de un curso de agua, tan elevado que las riadas no lo habían alcanzado. Dentro del ataúd había una gruesa bolsa de plástico, similar a las que utilizaban los americanos para sus muertos, sólo que transparente. Era como si el soldado aún respirara, como si estuviese sumido en un sueño profundo. Tan vivo parecía. Su rostro, juvenil y atractivo, tenía cierto aire de seriedad, y su cuerpo se diría aún caliente; el uniforme se conservaba en buen estado.

Entonces, ante sus ojos, la bolsa de plástico cambió de color, volviéndose blanca, tal que si de pronto se llenara de humo. Emitió un resplandor y se desinfló como si algo hubiese salido de ella. Cuando el humo se desvaneció, sólo quedaba una ceniza amarillenta.

Kien y su patrulla se quedaron atónitos y se arrodillaron alrededor del ataúd, alzando las manos al cielo en una plegaria para pedir que el alma del difunto tuviera una ascensión segura. Una bandada de gansos cruzó el cielo batiendo las alas en solemne y tranquila formación.

«Si no consigues identificarlos por el nombre, cargaremos con su muerte durante el resto de nuestra vida», había dicho el jefe del equipo del MIA. Antes era empleado de una compañía de seguros. Ahora toda su vida se reducía a reunir cadáveres. Únicamente le preocupaba su deber, que consistía en localizar, identificar, recuperar y enterrar a los soldados muertos. Solía hablar de su trabajo como si se tratara de un juramento sagrado, y pedía a los demás que le juraran dedicación.

A Kien y al resto del equipo del MIA no les hacía ninguna falta un juramento. Habían salido de la guerra imbuidos de respeto y luto por los desafortunados muertos, con o sin nombre.

Uno de los miembros de la patrulla de Kien era Phan, oriundo de la provincia de Hai Hung. Él le contó a Kien la siguiente historia: —No sé quién era, porque formaba parte de un comando especial del ARVN, del otro bando. Pues bien, en una feroz batalla durante la estación de las lluvias, la compañía de este tipo y la mía se vieron envueltas en un sangriento combate. Corrían ríos de sangre, no había ganador ni perdedor, ambos bandos estaban maltrechos. Los americanos apoyaban a estas unidades del ARVN con artillería desde lo alto de una colina, y cuando el fuego de artillería cesó, llegaron los Phantom y nos bombardearon. Yo me metí en el cráter de una bomba y escapé a las más grandes. Luego les tocó el turno a las pequeñas, que explotaban sin cesar.

»Permanecí allí inmóvil, y al poco este tipo saltó encima de mí, pesado como un tronco. Yo estaba tan asustado que lo apuñalé dos veces en el pecho, atravesando el uniforme de camuflaje, luego otra más en el vientre y una última en el cuello. Él chillaba de dolor y se retorcía entre convulsiones. Entonces me di cuenta de que ya estaba gravemente herido antes de saltar al hoyo. Su propia artillería le había volado un pie, y sangraba por todas partes, hasta por la boca. Se sujetaba el vientre con las manos para retener los intestinos, que se le salían del vientre, humeantes. Yo no sabía qué hacer. Era tan lastimoso... Volví a meterle las tripas en la barriga y me rasgué la camisa para vendarlo, pero me costaba detener la hemorragia.

»Si no hubiese sido un hombre fuerte y sano, habría muerto en el acto. Pero ese tipo se limitaba a gemir cada vez más alto, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Yo estaba horrorizado, y al mismo tiempo sentía una gran lástima por él.

»Así que cuando por fin terminó la incursión aérea, salí del cráter y le dije que aguantara un momento allí. “Voy a buscar tela y vendas", le expliqué. “Volveré pronto."

»El tipo pestañeó, la lluvia le mojaba el rostro, mezclando el agua, las lágrimas y la sangre. Fuera del cráter la jungla estaba asolada, los árboles partidos y el suelo arrasado. Las tropas de ambos bandos se habían retirado, de modo que estuve un rato buscando por todas partes hasta que encontré una bolsa con equipo sanitario de primeros auxilios. Entonces volví para ayudarlo.

»Pero fui un estúpido. Para entonces ya había oscurecido, y no tema ni idea de dónde estaba el cráter. A mi alrededor los árboles estaban destrozados y había ramas esparcidas por todo el lugar. Cientos de cráteres perforaban el suelo. ¿Dónde estaba el que yo había compartido con el saigonés? Cayó la noche, siguió lloviendo con fuerza, y el agua formaba pequeños arroyos al correr. “¡Eh, Saigón, Saigón, oye!”, grité, corriendo de un lado a otro mientras intentaba dar con él. Caí en un cráter; el agua me llegaba hasta las rodillas, lo cual significaba que quien estuviese sentado la tendría por el pecho.

»Cuanto más empeño ponía en encontrarlo, más empeoraba la situación. Lo único que conseguí fue agotarme. Cuando por fin amaneció y la lluvia amainó, no vas a creer lo que vi. Era horripilante; todos los cráteres estaban llenos de agua hasta el borde.

»Me largué de allí. Temí volverme loco. Empecé a imaginar su muerte: el agua subiendo lentamente por su cuerpo, hasta producirle una muerte brutal, atrapado en el fango, indefenso, mientras el agua le cubría el vientre, el pecho, los hombros, el mentón, los labios, luego la nariz..., y empezaba a ahogarse. Murió esperando con todas sus fuerzas que yo volviera a salvarlo, como le había prometido. ¿En qué cráter moriría?

»Todavía hoy, al cabo de tantos años, siempre que veo una crecida siento una aguda punzada en el pecho y pienso en mi cruel estupidez. Ningún ser humano merecía el tormento que él tuvo que sufrir por mi causa.»

Tras muchos años de paz, a Phan aún le atormentaba el recuerdo. ¿Dejaría alguna vez de vagar ese ahogado por su mente?

El dolor de la guerra que atenazaba el corazón de un soldado semejaba de un modo extraño el dolor del amor. Representaba una especie de nostalgia, como la inmensa tristeza de un mundo crepuscular. Una tristeza, una añoranza, una pena capaz de devolverlo a uno al pasado en un instante. Por lo general, el dolor del campo de batalla no podía atribuirse a un acontecimiento concreto, ni

siquiera a una persona concreta. Si uno se concentraba en un acontecimiento cualquiera, éste no tardaba en convertirse en un dolor desgarrador.

Por lo tanto, era de vital importancia evitar, en la medida de lo posible, pensar en los muertos.

Con todo, hasta los últimos instantes de su vida Kien recordaría a su primer comandante, Quang. En la estación seca de 1966, durante la campaña del Sa Thay, Kien era un novato que combatía por primera vez. Durante los tres días y tres noches que duró la batalla contra la caballería aerotransportada, Kien siguió de cerca a Quang, que lo guiaba, ayudaba y, a decir verdad, protegía. De pie, tumbados, reptando, avanzando, corriendo, Kien siempre iba pegado a Quang. Entonces, de pronto, a Quang le segaron la vida: fue alcanzado cuando la compañía cruzaba un bosquecillo de bambú cerca de la colina 300 para tener a tiro a las tropas americanas que habían saltado de los helicópteros.

A Quang lo hirió un proyectil que hizo explosión justo a sus pies, lanzándolo por los aires y devolviéndolo acto seguido a la tierra con enorme furia. Kien se arrodilló torpemente junto a su comandante, pero no sabía cómo ayudarlo. Quang presentaba un tajo en el vientre por el que se le salían los intestinos; sin embargo, lo más espantoso era que parecía tener todos los huesos destrozados.

Los costados de su cuerpo estaban como aplastados, y un brazo desgajado del hombro. Por extraño que parezca, Quang no pasó mucho tiempo inconsciente. Tal vez recobrara el sentido tan deprisa debido al intenso dolor. Había trabajado de pescador en Mong Cai, y era extremadamente fuerte y sano, fornido y duro, así como bondadoso. Por lo general se mostraba valiente y taciturno, pero en ese momento gritó:

—¡No me toques! ¡No! ¡No me vendes más, ahhhh!

Kien estaba intentando vendarle los muslos.

—¡Para! ¡Para, por favor! —pidió entre sollozos; la sangre le manaba por las comisuras de la boca. Permaneció un instante inmóvil, luego sacudió la cabeza y abrió los ojos—. ¡Kien, Kieeen, pégame un tiro! —añadió—. ¡Pégamelo!

La jungla retumbaba bajo el fuego de la artillería. Fuertes gritos resonaban entre el humo. Kien temblaba aterrorizado, pero seguía intentando vendar a Quang, mientras esperaba con toda su alma que éste se desmayara y se librara de aquel dolor tan terrible que incluso Kien parecía sentirlo. Era como si la misma muerte estuviese obligando a Quang a permanecer consciente un poco más, para prolongar su cruel tormento.

El ataque de la artillería enemiga arreció, un obús estalló cerca de ellos y los cubrió de tierra, haciendo que a Kien le resultara aún más difícil ayudar a su superior. Milagrosamente, éste sobrevivió a esa segunda explosión.

Le salía sangre por la boca, y al respirar echaba burbujas sanguinolentas por la nariz. Tenía los ojos muy abiertos, como si quisiera decir algo. Kien se inclinó sobre él para escucharlo.

—Si tienes compasión, no me dejes seguir así. No soporto este dolor. Tengo los huesos machacados, las tripas fuera... —Su voz no era más que un susurro, y sin embargo sonaba clara y firme—. Déjame morir. Sólo un disparo. Por favor...

Entonces, con inesperada rapidez, Quang hizo acopio de las escasas fuerzas que le quedaban, cogió una granada con su único brazo y la sostuvo en alto.

—¡La tengo! —exclamó casi con alegría y un aire un tanto triunfal. Y al punto prorrumpió en una espantosa risotada.

Kien lo miró alarmado cuando gritó:

—Vete. Deprisa, Kien. ¡Vamos! ¡Sal de aquí! ¡Vete!

Cuando se puso en movimiento, Kien oyó la macabra risa de su compañero. Pegó un salto y empezó a retroceder, con la vista fija en el detonador de la granada. Dio media vuelta a toda velocidad y echó a correr mientras la risotada demencial de Quang lo perseguía.

Nueve años más tarde, uno de los hombres del equipo del MIA aseguró haber oído una risotada demencial que procedía de la colina 300, al otro lado del río Sa Thay. Kien escuchó el relato de aquel muchacho asustado.

—Creo que era el monstruo de la jungla del que hablan los Trieng —afirmó el soldado—. En cualquier caso, estoy seguro de que no se trataba de una risa humana, porque sonaba temblorosa y entrecortada. No duró mucho, pero me dejó paralizado. Eché un vistazo alrededor y descubrí un pequeño claro de hierba en el que había una cabañita. Me llegó un olor a quemado, como a mandioca asada, lo que significaba que estaba habitada. Cerca de la cabaña vi una figura peluda, alguien con el cabello muy largo y barba que estaba sentado en un tronco, desnudo, mirando justo hacia donde yo estaba escondido. Luego vi una granada en su mano, ¿te lo puedes creer? Empecé a retroceder a rastras, pero al hacerlo rocé unas hojas, y el hombre debió de oírlo, porque se puso de pie y dio un paso adelante. Me levanté de un salto y salí por piernas, y mientras corría él volvió a soltar esa horrible carcajada y vino tras de mí.

—Quizá fuera el Hombre del Bosque —sugirió alguien, recordando el folclore local.

—¿Por qué iba a tener una granada el Hombre del Bosque?

Además, ¿cómo iba a vivir en una cabaña y a reírse de ese modo? —objetó el joven soldado.

—Tal vez fuera Tung. ¿Tú qué crees, Kien?

—¿Qué Tung? —preguntó éste.

—Tung el Loco. El guarda, ¿no te acuerdas? Perdió la razón y nos dejó en plena jungla cuando estábamos destacados cerca del cruce 90, en 1971. Está bastante cerca de esa zona.

—Ah, ese Tung. Ahora lo recuerdo. Quizá tengas razón. Solía reír sin parar cuando le daba una de sus crisis, y a todos nos entraban escalofríos.

La charla sobre fantasmas continuó. Algunos afirmaban que en la jungla había arroyos fantasmales, y que quienes bebían de sus aguas empezaban a padecer de inmediato toda clase de enfermedades, incluidas las mentales. Pero entonces se acordaron de que la causa del mal de Tung era un trozo de metralla que se le había incrustado en el cerebro. Al menos eso había dicho el médico del regimiento.

Kien recordó que, en una ocasión, su cuartel general había sido bombardeado y muchos soldados habían muerto o habían resultado heridos. Tung había salido ileso, salvo por un terrible dolor de cabeza. El enfermero le había dado aspirina, pero eso no había hecho sino empeorar las cosas.

Una noche la risotada de Tung resonó en todas las cabañas. Sí, no era lejos de allí. Tung se largó, y aunque fueron muchos los que intentaron seguirle la pista y llevarlo de vuelta, él logró eludir hábilmente a sus perseguidores.

Al cabo de varias semanas, seguía sin haber rastro de Tung. Los soldados empezaron a decir que

la esquirla había ido zigzagueando dentro de su cráneo hasta llevar la locura a cada rincón del cerebro, produciendo distintas clases de locura.

Kien escuchaba en silencio la historia de Tung, pero apenas lograba concentrarse. No podía dejar de pensar en la muerte de Quang, en la risa de éste y en la granada, hacía nueve años. Según los soldados que relataban tan místicos sucesos, cuando un dolor físico era muy intenso, en ocasiones se mezclaba con la tierra y crecía con los árboles de la jungla. Existía la posibilidad de que tan desesperadas tragedias fuesen la causa de esos sonidos fantasmagóricos que se oirían siempre recreando los sufrimientos del pasado.

Fue por aquel entonces cuando Kien traspasó los límites de la lógica y empezó a creer en fantasmas. Fantasmas en los vientos procedentes del infierno y en las incidencias místicas de la jungla espesa y sombría.

Finalmente, Kien y su equipo del MIA decidieron inspeccionar la cabaña en la que el muchacho había visto al hombre de largos cabellos. Al acercarse, oyeron una carcajada, toscas risitas y rugidos, como llamadas de advertencia con las que se tratara de impedir que husmeasen.

—¿Quiénes sois? —preguntó Kien—. Somos amigos —añadió con la esperanza de convencerlos de que salieran.

No hubo respuesta. Sólo el ruido de un riachuelo que bajaba por la colina 300.

La jungla permanecía en silencio.

—La guerra ha terminado —gritó Kien—. Hay paz. No hay guerra. ¡Podéis salir! —agregó.

La respuesta fue una larga carcajada histérica que les erizó el vello de la nuca. Pero ¿se trataba de una carcajada o del aullido de un lunático? Aquellos lamentos primitivos estuvieron resonando un buen rato, chocando unos con otros como si hubiese más de una voz.

El equipo del MIA esperó pacientemente y una vez que el ruido hubo cesado avanzó hacia la cabaña. Kien y sus hombres sintieron, más que vieron, que unas sombras salían por la parte trasera de la cabaña y se adentraban en la jungla. Procedente de la copa de un árbol cercano oyeron con nitidez la llamada de un pájaro mientras, al pie, la hierba se abría.

—¡Mirad! —exclamó alguien.

En la linde del bosque de bambú divisaron por un instante una silueta fantasmal. Su larga cabellera ondeaba al viento. Luego vieron otra silueta de contornos vagos que corría encorvada tras la primera. Ilusión y realidad se entremezclaron cuando las siluetas se fundieron con el telón de fondo verde oscuro de la espesura.

El equipo del MIA quedó atónito. Dejaron en la cabaña un bote de arroz, sal y medicamentos con la esperanza de que fueran de ayuda, pero cuando volvieron al cabo de unos días, el arroz y los medicamentos seguían allí, intactos.

—Tal vez crean que es una trampa —razonó uno de los miembros del equipo.

—¿Crean? Eso significa que estás seguro de que son humanos —intervino otro, que tenía la sensación de que se trataba de fantasmas.

—Mirad —terció Kien, cogiendo un peine. Estaba hecho a partir de un trozo de aluminio, probablemente de un avión estrellado. Entre las púas aún había unos cuantos pelos largos.

—Está claro que no son fantasmas. Ni Hombres del Bosque —zanjó otro.

—¿Quiénes son, entonces? ¿De los nuestros? ¿Desertores? ¿Saigoneses?

Nadie conocía la respuesta.

Después de aquello, el equipo se pasó varias semanas vigilando la cabaña a la espera de que regresaran sus moradores, pero no los vieron ni una sola vez. En una ocasión oyeron risas, y en otra uno de ellos descubrió a una mujer bañándose en el río al atardecer. Al acercarse, ella se volvió y soltó una risotada macabra, tras lo cual salió corriendo hacia la maleza o los juncos que bordeaban el arroyo.

—Quizás el otro se haya ido y la haya abandonado —opinó un soldado—. No me sorprendería que estuviese embarazada.

Continuaron elucubrando sobre las misteriosas siluetas. El que sugirió lo del embarazo esperaba que tan incomprensible historia resultara menos trágica añadiéndole un toque de esperanza, tal vez incluso un final feliz. Al incluir a un niño, de algún modo sonaba mejor.

Y prosiguió:

—La enfermedad mental no afectaría al bebé. Crecería y la gente lo encontraría, o quizá fuera él mismo quien encontrase a la gente —conjeturó.

—Eso espero —intervino otro, dando ya por sentado lo del niño.

—Bueno, esperemos que sea así. Por aquí ha de haber muchos como éste, por no hablar de otras historias más horribles. Los muertos que han quedado atrás, por ejemplo —comentó un tercero.

—¡Eso es! Los muertos también —corroboró uno—. Ellos también tienen que alcanzar algún tipo de salvación.

Sí, eso es, se dijo Kien mientras escuchaba aquellos desvaríos. Después de ellos, ahora somos nosotros los que nos sentimos confusos y avergonzados. Somos nosotros los que estamos completamente alienados. Claro que no siempre será así. Ha de haber alguna salida para nosotros. Pero ¿cuándo llegará?

A medida que la novela se desenvolvía sobre la abarrotada mesa de su habitación de Hanoi, más historias acudían a su mente. Fogonazos, como rollos de película de acontecimientos en los que no se había parado a pensar ni una sola vez desde que sucedieran.

Saigón, 30 de abril, día de la victoria. Llovía a cántaros. Sí, ese día memorable de victoria absoluta, tras un mediodía abrasador, la lluvia se había cebado en Saigón. Después del aguacero, el sol salió por detrás de las nubes y del humo de las salvas.

El último contraataque de los comandos del ARVN en el aeropuerto de Tan Son Nhat fue rechazado, y las tropas de Kien avanzaron desde el borde de la pista central. Kien se arrastró hasta la sala principal del aeropuerto en busca de su regimiento.

Era el único sobreviviente de la patrulla de reconocimiento que habían enviado.

A cinco kilómetros de allí, en la ciudad, se oía el estruendo de la artillería antiaérea, que disparaba para celebrarlo. Pero ese lugar seguía extrañamente silencioso. Aún se alzaban algunas columnas de humo procedentes del combustible incendiado, pero la lluvia había refrescado el ambiente creando una atmósfera de cierto letargo. Por todo el aeropuerto, las tropas vencedoras disfrutaban del mayor de los premios: dormir.

Kien pasó con aire cansino por delante de una hilera de cadáveres de miembros del ARVN, con el uniforme aún húmedo por la lluvia, y llegó a la escalera de granito pulido de la terminal. Había toldados profundamente dormidos por todas partes. Estaban tumbados en mesas, mostradores,

bancos, alféizares y sillones. El coro de ronquidos hizo que también a Kien le entrara sueño. Se sentó junto a la puerta de la oficina de aduanas y encendió un cigarrillo. A los pocos minutos el cigarrillo se le cayó de los dedos, y él quedó tendido en el suelo sumido en un sueño profundo.

No tardaron en despertarlo unos ruidos, el calor de un fuego y el olor a comida. A su lado, la dotación de un carro blindado quemaba colchones y barandillas de madera pulida procedentes del bar.

Cocinaban algo en una gran olla, y olía estupendamente.

—Huele bien, ¿eh? —le comentó uno de ellos a Kien—. Toma un poco. Aquí abajo los llaman fideos instantáneos.

—Maldita sea —lo interrumpió otro soldado—, date prisa para que podamos echar un vistazo. Joder, de lo contrario la puta infantería se quedará con todo lo bueno que haya. Oh, perdona, compañero —añadió dirigiéndose a Kien—, tú eres de infantería. Bueno, entonces quizá sepas dónde está el almacén de correos.

—Lo sé —contestó Kien.

—Estupendo. Cuando acabemos los fideos, nos llevas. Tengo un carro blindado vado ahí fuera y hace años que no me hago con un solo recuerdo. —Miró a Kien con desdén—. Mierda, ¿sabes que has estado durmiendo junto a un cadáver? ¿Es que no la olías?

Kien volvió la cabeza despacio para ver dónde había estado durmiendo. A su lado, bloqueando la entrada de la oficina de aduanas, había una mujer desnuda, de pechos firmes y turgentes, con las piernas extendidas y abiertas como unas tijeras, y el largo cabello cubriéndole el rostro. Parecía joven. Tenía los ojos entornados. No se veían rastros de sangre.

—Estaba tan cansado que no la vi. Me la llevaré —se ofreció Kien.

—Déjala. No la toques. Ahora que la guerra ha terminado, poner las manos sobre un cadáver nos traerá mala suerte.

—Me pregunto por qué estará desnuda —reflexionó Kien.

—Ni idea. Nosotros nos limitamos a disparar a esos cabrones de ahí, y cuando entramos ya estaba así en el suelo.

—Qué raro. Los soldados ya empiezan a apestar, pero ella aún está bien. Quizá las mujeres sean más limpias y sus cuerpos no se pudran tan deprisa —razonó Kien.

—¡Cierra el pico! Mira que hablar de cadáveres apestosos mientras intentamos comer...

De pronto, a sus espaldas, oyeron abrirse de golpe la puerta de la oficina de aduanas, y a continuación un estrépito. Volvieron la cabeza y vieron a un enorme soldado con casco que, tras tropezar con el cuerpo de la muchacha, había dejado caer una caja de cervezas Saigon 33. Las botellas se rompieron al estrellarse contra el suelo, derramando el líquido ambarino. Los del carro blindado se echaron a reír.

El grandullón le dio un furioso puntapié al cadáver de la chica muerta y gritó:

—¡Maldita prostituta, ahí tumbada enseñándoselo todo a todo el mundo! ¿Cómo te atreves a hacerme tropezar? ¡Malditos sean tus antepasados! ¡Vete a la mierda!

Acto seguido, hecho una furia, cogió el cadáver por una pierna y se lo llevó a rastras escaleras abajo. La cabeza iba golpeando los escalones como si de un pesado balón se tratara. Cuando llegó al suelo de cemento que había al pie de la escalera, tomó aliento, levantó el cuerpo de la chica y la

arrojó fuera, al sol, junto a una pila de cadáveres de soldados del sur. El cuerpo rebotó y quedó con los brazos extendidos y la boca abierta, como si estuviera a punto de gritar. La cabeza golpeó de nuevo el cemento al caer hacia atrás. Aquel patán se alejó tranquilamente, balanceando los brazos como si fuese un héroe.

La dotación del carro de combate había dejado de comer y había observado la escena en silencio. Cuando el patán se hubo marchado, se pusieron todos en pie y salieron al patio. El jefe alzó su AK y apuntó en dirección al hombretón.

—¡Maldito seas! —gritó.

Pero Kien se acercó corriendo y levantó el cañón del arma justo en el momento en que el otro disparaba. Las balas subieron al cielo y cayeron a su alrededor sin hacer daño a nadie.

—¿ibas a matarlo sólo por eso? —le preguntó Kien al comandante del carro blindado.

Ambos miraron alrededor. El aeropuerto entero estaba lleno de oficiales y soldados que iban de un lado a otro como si aquello fuese un mercado. Se habían entregado al saqueo, destrozándolo todo y disparando sus fusiles al aire caprichosamente. Nadie había reparado en la escena del cadáver. Ni siquiera el patán se dio cuenta de que había estado en un tris de morir.

El comandante miró a Kien con expresión de odio.

—Esa muchacha tal vez fuera un oficial importante —explicó Kien, como si ello justificara que alguien tratara así su cadáver.

—Cállate —le espetó el otro.

—¿Qué?

—Que te calles. No dices más que estupideces —agregó con ceño, buscando pelea.

Los otros miembros de la dotación los rodearon.

—Dejadlo, los dos. Hoy es el día de la victoria, ¿acaso lo habéis olvidado?

Los hombres retiraron las cortinas de las salas del aeropuerto y empezaron a tapar los cadáveres. Encontraron unas ropas bonitas en una maleta y vistieron a la muchacha muerta, le hicieron un moño y le lavaron la cara. Sacaron todos los cadáveres y los pusieron en fila para que se los llevara el camión encargado de recogerlos.

—Ya está. Adiós a un régimen —dijo Kien.

La dotación del carro de combate se quitó la gorra y se puso firme. El comandante, ya calmado, pidió disculpas a Kien:

—Perdona, perdí los estribos. Es que estamos hartos de cadáveres. Nos hemos visto obligados a pasar por ríos para que se desprendieran los pedazos de carne humana incrustados en las orugas del carro y eliminar el hedor. No soportaba ver a ese gilipollas tratar así a un cadáver, y encima de una mujer. Si no llegas a impedirlo, le habría pegado un tiro y me habrían arrestado por asesino, y eso no tendría ningún sentido. Tampoco es que nosotros fuésemos mucho mejores, durmiendo y comiendo al lado del cadáver.

—Ya basta —pidió Kien.

—No, si lo digo en serio. Ese burro ha sido una especie de advertencia: no critiques a los demás. Primero has de estar seguro de ti mismo.

Kien frunció el entrecejo y se fue.

«Primero has de estar seguro de ti mismo»: ¡menudo chiste!, se dijo. Recordó la muerte de Oanh

un mes antes, la mañana en que su regimiento atacó la jefatura de policía de Buon Me Thuot.

Ese día el cuerpo de policía del Gobierno del sur se defendió con tanta firmeza como lo habrían hecho unos soldados de las fuerzas armadas del ARVN. Los hombres del NVA tardaron más de una hora en abrirse paso hasta el edificio principal de la comisaría. Tenían orden de matar a todo el que llevara camisa blanca y de liberar a quienes la llevasen amarilla. Nadie sabía quién había dado la orden, pero fue pasando de boca en boca. Los atacantes no paraban de disparar, y sin embargo las camisas blancas seguían saliendo una detrás de otra como moscas.

En la vanguardia, Kien y Oanh acababan de destruir las ametralladoras ubicadas en el segundo piso. Recorrieron el pasillo a la carrera, lanzando granadas en todas las habitaciones por las que pasaban. Los defensores utilizaban cuanto tenían a mano para repeler el ataque, y se negaban a rendirse.

Al final del pasillo del segundo piso, Kien y Oanh encontraron una habitación con una lujosa puerta marrón revestida de piel. Ésta se abrió de golpe antes de que ellos la tocaran y tres borrosas siluetas blancas pasaron a toda prisa por delante de ellos y subieron corriendo las escaleras que conducían a la tercera planta.

—¡Son mujeres! ¡No dispares! —gritó Oanh, pero Kien ya había empezado a disparar.

Al instante, dejó de hacerlo y gritó:

—Si os rendís, viviréis. Si os resistís, daos por muertas.

Era inútil, ya que sus balas habían alcanzado a las tres mujeres de uniforme, que cayeron por las escaleras y quedaron tendidas sobre la moqueta verde del verde pasillo. Un chorro de sangre rojo oscuro brotó de dos de ellas y fue a parar a la moqueta; la tercera, que apenas si era una niña, se desplomó al pie de la escalera, contra la pared.

Kien y Oanh fueron corriendo a ayudarla. El aire estaba saturado de humo de los disparos y olía a sangre, pero el perfume de la chiquilla parecía más intenso. Tenía el rostro enterrado en las manos, y éstas casi tapadas por el cabello. Entre las manos vieron una mancha de carmín, y los labios de la niña crispados por el dolor. En el edificio reinaba el caos, y a su alrededor se oían explosiones de granadas, disparos, gritos y carreras.

Kien pasó ante ella camino del piso de arriba; Oanh le aconsejó a la chica:

—Baja al patio con las manos en alto. Nadie te disparará. —A continuación cogió su mochila, que estaba llena de granadas, se la echó al hombro como si fuesen aguacates y fue tras Kien.

Éste no oyó los disparos que mataron a Oanh.

Con el fragor que reinaba ni siquiera oyó el grito de su compañero cuando la chica lo abatió. Tampoco se dio cuenta de que él mismo se había salvado porque la Walther PK 38 de aquélla se había quedado sin balas.

Alcanzó a Oanh varias veces en la espalda, y éste cayó justo cuando Kien, totalmente ajeno a los disparos, se volvía para apoyarse en la pared dispuesto a esperarlo. De hecho, estaba a punto de decirle que no se precipitara hacia el tercer piso, sino que utilizara primero una granada para amenazarlos.

Cuando Oanh cayó, la niña levantó la pistola con ambas manos, se inclinó un tanto hacia delante y apuntó a Kien, quien se hallaba a menos de diez metros de ella y sabía que era un blanco fácil. La niña apretó el gatillo, pero no pasó nada.

Entonces Kien abrió fuego: bajó las escaleras y pasó por delante de Oanh sin dejar de disparar, hasta que se vio cara a cara con ella y apretó de nuevo el gatillo, en venganza. Sin embargo, a pesar de haber recibido cinco balazos, la niña seguía con el brazo apoyado en el suelo, levantando la cabeza como si hubiese decidido ponerse derecha. Kien vació el resto del cargador, y la sangre tiñó de rojo las

baldosas bajo el blanco uniforme. Kien se agachó cerca de los cuatro cadáveres, entre temblores y arcadas. En diez largos años de lucha, jamás se había sentido tan mal.

Ese día, en el aeropuerto, Kien recordó la suerte de Oanh mientras vagaba por allí maldiciendo el consejo del comandante del carro blindado de tratar con compasión a los muertos. Oanh fue compasivo y mira lo que le ocurrió.

Kien empezó a beber. En el aeropuerto había alcohol de balde en abundancia. Deambulaba viendo a los soldados saquearlo todo, y se sumó a la orgía de bebida y destrucción. El espectáculo parecía divertidísimo, pero no tenía ninguna gracia. Volcaban muebles, hacían pedazos cuanto encontraban a su paso y luego lo esparcían por doquier. Vasos, copas, tazas, botellas de vino, todo roto o acribillado a balazos. Usaban las ametralladoras para apagar a tiros las arañas y las luces del techo. Todos parecían borrachos, tan pronto reían como lloraban. Algunos aullaban como locos.

La paz había irrumpido brutalmente, dejándolos aturdidos y tambaleantes a su paso. Estaban más asombrados que satisfechos con ella.

Kien se sentó en la cafetería de la terminal de Air France, puso los pies sobre la mesa y se puso a beber tranquilamente. Engulló una copa de brandy tras otra, del modo en que lo haría un bárbaro, como insultando a la vida. Muchos de los que lo rodeaban habían perdido el conocimiento, pero él seguía bebiendo.

Una noche extraña y horrible.

A veces el ruido de las ametralladoras y la visión de las bengalas rojas, azules y violetas disparadas azarosamente al aire creaban una atmósfera surrealista. Era como un apocalipsis, y luego como un terremoto. Kien se estremeció al presentir el final de una era.

Algunos decían que llevaban combatiendo treinta años, si incluían a los japoneses y los franceses. Él llevaba once luchando. La guerra había sido todo su mundo. Tantas vidas, tantos destinos. El final de la lucha representaba el desmoronamiento de un paisaje, la desaparición de campos, montañas y ríos.

A medida que se acercaba el amanecer la barahúnda iba en aumento, pero luego se fue apagando.

Kien percibió el brusco contraste entre la ruidosa y caótica noche y la apacible mañana. De repente se sintió terriblemente solo; intuyó que siempre lo estaría.

En años posteriores, al escuchar relatos sobre el día de la victoria o ver escenas de la caída de Saigón en el cine, con sus vítores, banderas, flores, soldados triunfantes y gente dichosa, el corazón se le encogía de tristeza y envidia. Él y sus compañeros no habían sentido la felicidad inmensa y rotunda de las películas. Cierto, en los días que siguieron al 30 de abril experimentó inolvidables alegrías tras la victoria. Pero esa noche en el aeropuerto la sensación era asfixiante. Y ¿por qué no? Acababan de salir de las trincheras.

Sí, se pasó la noche bebiendo, sentado en la sala de espera de Air France. Su cerebro no empezó a recuperarse hasta por la mañana. Comenzó a tener pesadillas con la chica desnuda a la que habían

vestido. Le pareció que el suelo se movía bajo sus pies, y que un tabique de cristal que había delante se tornaba humo. Ante sus ojos surgió la aparición de la muchacha desnuda, los pechos blancos, el cabello despeinado, los oscuros ojos llenos de hormigas, y en los labios una terrible sonrisa torcida. Kien la miró fijamente, compasivo. Se trataba de un ser humano al que habían matado y humillado, alguien a quien hasta él había despreciado. Los que habían muerto y los que seguían con vida compartían un destino común en la guerra.

Extendió el brazo, inseguro, y trató de abrazar la fantasmal silueta de la chica. En su embriaguez, lloriqueaba y farfullaba palabras de consuelo por la desdichada alma de la muchacha, que le inspiraba una profunda compasión.

Más adelante en su vida, cuando hablaba de aquello, a los demás les parecía inconcebible que malgastara su tiempo poniéndose nostálgico con una muchacha del aeropuerto de Tan Son Nhat que no sólo era un cadáver, sino el cadáver de alguien a quien Kien jamás había conocido. Sin embargo, ella dejó una huella trágica e indeleble en su mente. Pasó a ser la última de sus imperecederas obsesiones.

Las páginas manuscritas se amontonaban sin orden ni concierto en la buhardilla de la muchacha muda. Esas frágiles páginas representaban el pasado de Kien; sus renglones contaban historias que a veces eran claras, si bien en su mayor parte resultaban confusas y tan vagas y pálidas como el crepúsculo. Contaban historias sobre esa precaria y delgada barrera que separa la vida de la muerte, desdibujando la propia línea hasta acabar borrándola. Épocas y momentos se mezclaban en aquel desorden, como se mezclaban la paz y la guerra.

Los conflictos salían de los renglones de aquellas páginas para entrar en la vida real del autor: la lucha se negaba a perecer.

Los personajes, tanto vivos como muertos, respiraban y le hablaban al autor en su mundo particular, en el que todos aquellos a los que había conocido seguían con vida y caminaban y sonreían y comían y bromeaban y soñaban y amaban.

La muchacha muda podría haber dicho que las páginas más disparatadas del autor surgían cuando más infeliz se sentía éste; entonces escribía en parte fúnebremente, en parte como un loco, debido a su insistente pasión por la vida. Eso es lo que podría haber dicho.

Pero le resultaba imposible hablar. Ése fue el último enigma que el autor nos legó. La muchacha muda no tenía forma de expresarse, ya que ni leía ni escribía correctamente, y, por supuesto, no hablaba.

Había reservado un lugar permanente en su corazón para el autor. Cuando éste desapareció, el manuscrito ocupó su sitio en el corazón de la chica. Mientras tuviera su historia, albergaría la esperanza de que él volviera.

La muchacha se había mudado al edificio varios años atrás, durante la guerra, cuando el tejado estaba en mal estado.

El padre de Kien había muerto hacía mucho tiempo, dejando el desván vacío. A causa de sus espantosos cuadros, los supersticiosos afirmaban que en la actualidad lo habitaba un fantasma. Tal vez se tratara de una excusa para no arreglar el tejado. En cualquier caso, la muchacha se metió un día sin hacer ruido, y como no podía hablar y nadie más quería entrar allí, permaneció en el bloque de apartamentos apañada del resto de los moradores.

Antes de intimar con Kien se habían cruzado varias veces en la angosta escalera. Él esbozaba una sonrisa forzada que a ella le revelaba que trataba de ser educado, que estaba borracho y que nunca la recordaría.

Por su parte, Kien escribía acerca de ella. Así fue como su historia acabó entre esas páginas que se hallaron más tarde. Escribía sobre ella en primera persona, luego en tercera. Apasionadamente; desapasionadamente. Esto es lo que hemos conseguido reconstruir:

Ella lo veía alto y de espaldas anchas, pero delgado y pálido. Su rostro, arrugado y poseedor de una gran personalidad, a menudo parecía triste y cansado.

Cuando comenzó a observarlo, descubrió que la hermosa muchacha que vivía en el apartamento contiguo había sido su amante, pero ahora lo rehuía.

También sabía que era escritor. Lo leía en los labios de la gente cuando él recorría las calles. Lo llamaban el Triste, y le dirigían otros apelativos similares, pero había orgullo en esos insultos.

Gracias a ese don especial que desarrollan quienes carecen de los sentidos habituales, la chica también adivinó que él empezaba a interesarse por ella. No sabía por qué; tal vez no fuera más que curiosidad. La mayoría de la gente experimenta una oculta curiosidad por los discapacitados. Pero él no, decidió. Lo suyo era diferente.

Entonces, una tranquila y cálida noche de verano, ya tarde, él llamó a su puerta. Y volvió a llamar, como insistiría un amigo que espera que le abran. Desde dentro, ella olía el alcohol. Vaciló. Era cautelosa, pero no tenía miedo. A decir verdad, se mostraba valiente en multitud de callados aspectos. De modo que abrió la puerta.

—Arumm... —dijo él.

No era un saludo, ni tampoco una disculpa por llamar casi a medianoche. Ella retrocedió y abrió más la puerta, y él entró como si la muchacha estuviera esperándolo.

Estaba esperándolo. De pronto la chica cayó en la cuenta de que hacía muchas semanas que lo esperaba. Sonrió y lo invitó a sentarse.

Kien se tambaleó un tanto y, al pasar, se llevó por delante la silla de mimbre que ella le había ofrecido, derribándola. Le restó importancia al accidente con un gesto y se dejó caer en la cama. La muchacha levantó la silla, la colocó junto a la mesa y le indicó que se sentara en ella.

—No temas —leyó en sus labios, que arrastraban las palabras.

Tenía el rostro deformado por el alcohol, pero era un hombre bueno y amable. La muchacha le ofreció una tisana, que él aceptó y engulló.

La infusión lo despejó ligeramente. Se levantó y se puso a caminar lentamente por el cuarto. Mientras hablaba, la muchacha se percató por vez primera de que él había estado en su habitación cientos de veces: aquél había sido el estudio de su padre.

Para ganarse su confianza y ver con mayor claridad el movimiento de sus labios, se sentó a su lado.

—La gente dice que aquí hay fantasmas. No es verdad. Son ellos, los de los cuadros de mi padre. Antes de morir los liberó de sus lienzos... en una ceremonia demencial y primitiva. Ya no queda ningún cuadro...

Ella no acababa de entenderlo, pero al mirar por encima de su hombro, vio la sombra de él en la pared e imaginó que pertenecía a su padre, sentado ante un caballete, pintando de forma obsesiva.

—Y entonces llegaste tú —dijo él con claridad—. Tú no tienes miedo. ¿Quién eres? —Se puso a divagar de nuevo. Le cogió la mano con fuerza—. Estás en mi novela. ¿Me entiendes? Me has ayudado a recordar. Ahora necesito recordar. Recordarlo todo. Recordar este desván, todo.

Ella lo dejó hablar. Los borrachos necesitan ser Ubres. Permitió que le agarrara la mano con fuerza, que se la retorciera, hasta que empezó a dolerle y a hinchársele un poco. Finalmente él guardó silencio y apoyó la cabeza en la mesa. Pero sin soltarle la mano. Ella no intentó retirarla, a pesar de que estaba muy cansada.

Pasaron semanas sin que la muchacha volviera a verlo, aunque todas las noches distinguía una luz en su ventana.

Ahora buscaba esa luz; pero ¿estaba él allí?

Más tarde, un día, coincidió con él en la verja que daba acceso a los apartamentos. Tenía el aspecto de quien vuelve de un largo viaje. Estaba más delgado y envejecido, y un tanto ausente. A ella le dolió profundamente que la rozara al pasar y sus ojos no diesen muestras de reconocerla. Era imposible que la hubiese olvidado. ¿Acaso la ignoraba por ser muda?

No. Volvió a aparecer al cabo de unas cuantas noches. Se mostró tan amable y distante como la primera vez. Y hubo muchas visitas más. Iba cuando estaba ebrio; ella comprendió que se emborrachaba para alcanzar cierto estado mientras escribía, y que luego decidía que necesitaba ver el desván y verla a ella. Necesitaba que ella estuviese en el desván. Se necesitaban el uno al otro.

Historia tras historia, se iba desahogando; eran historias vividas y horribles. Ella lo leía en sus labios y percibía el cortante final de determinadas palabras, reservadas para la muerte y el dolor.

Luego se desplomaba, la cabeza sobre la mesa. Dormido.

La muchacha tardó un tiempo en darse cuenta de que en cada una de sus visitas él repetía historias que acababa de escribir hacía sólo unas horas. Ella se había convertido en su caja de resonancia. Él le exigía con egoísmo que escuchase lo que había escrito, aunque sabía que no podía oírlo ni entender plenamente el sentido de lo que relataba.

Fue entonces cuando deseó gritarle, llena de odio, por utilizarla. O gritar de dolor por su desasosiego. O castigarlo por el uso dictatorial que hacía de su persona. Él había pasado por alto sus ojos, sus labios, su sonrisa, sus mejillas, su frente, su cuello, sus pechos, sus suaves manos, sus largas piernas, su cimbreo al caminar, su respiración y su muda pero feliz sonrisa. Y peor aún, el natural perfume del amor.

Así y todo él era su pasión, y ella al fin lo admitía ante sí misma. Necesitaba esas noches tan poco frecuentes y maravillosas. La muchacha era como una parra, adherida a las crisis de él. No le importaba su embriaguez. Necesitaba que su mano retorciera la suya. Necesitaba que le hablara sin parar. Cuanto más confusas resultaban las historias, tanto más se demoraba, tanto más la embelesaba y la amaba a través del ritmo de su charla.

Empezaron a circular rumores. Otros propietarios lo habían visto entrar en el apartamento de la muchacha. «Qué extraña aventura —decían—. Él, escritor; ella, muda. Pero hay que admitir que es una jovencita muy guapa. ¿Cómo lo hacen? Es decir, ¿cómo se las arreglan? ¡La una muda y el otro loco!»

Y así siguieron hasta llegar a: «¿Se casarán?»

Las mujeres cuchicheaban. Los hombres se reían. Todos con envidia.

A ella le habría encantado enterarse de lo que decían, pero, obviamente, no tenía ni idea. Los habría perdonado. Desgraciadamente, nada era cierto.

La muchacha sabía que no significaba nada para Kien. Primero la había confundido con una chica de la jungla llamada Sue, a continuación con Phuong, la chica de al lado. Después con Hien, la lisiada del tren. Luego, horriblemente, con una muchacha desnuda del aeropuerto de Saigón, el 30 de abril de 1975.

También la confundió con algunos fantasmas. A veces ni siquiera era consciente de que se trataba de una mujer, pues a menudo la llamaba empleando un nombre masculino.

Aun así, resultaba irresistible. Una noche ella lo esperó deliberadamente, pues por algún motivo sabía que estaría más o menos sobrio. Él llegó sonriente y se acomodó en el asiento, un tanto achispado. Era algo tímido, pero se comportaba como si se sintiese en su casa. Parecía decirle que ésa era la noche en que ella debía hablar. Incluso le pidió que le hablara. La muchacha sacudió la cabeza: no.

Él siguió hablando como si hubiese sido una pregunta educada que no precisara respuesta.

—Estoy llegando al final de la novela —anunció, vocalizando—. Y ahora —añadió con idéntica claridad— no sé qué hacer con semejante montón de papeles. —Se refería a la novela. La había escrito, y no le encontraba ninguna utilidad. Fueran cuales fueren los demonios de los que necesitaba librarse, se habían desvanecido. La novela constituía la ceniza del exorcismo de sus demonios.

Kien había escrito por escribir, no para publicar.

Le echó un vistazo a la habitación. Luego miró por la ventana.

Ella observó sus manos, sus ojos, sus labios mientras creaban poesía en armonía con sus mágicas miradas a medida que narraba su última historia.

La muchacha se inclinó y lenta, delicadamente, lo besó.

Su primer beso.

El no dio señal de advertirlo. Cambió de tema y se puso a contar algo sobre el estudio de su padre. Es donde estaban. En ese momento.

—No sé qué hacer con todos esos papeles —repitió.

Eso la despertó. Se inclinó y volvió a besarlo. Eso lo despertó. La hizo retroceder con suavidad y la tumbó en la cama. Pero su mirada era un tanto demente, y por un instante ella se temió una paliza o alguna clase de castigo.

Kien se levantó y se fue. La muchacha oyó sus pasos en la escalera, de regreso a su apartamento.

Pasaron unos días sin que volviera a visitarla. Ella lo esperaba con dolorosa ansiedad, pero él no acudía.

Una noche decidió ir a verlo. Se produjo otro apagón, y aprovechó el amparo de la oscuridad para bajar. Descendió las escaleras de puntillas y miró por la puerta entreabierta: nunca la cerraba. Lo vio a la luz de una lámpara de queroseno. Los olores a alcohol y queroseno se mezclaban en el aire.

Creyó oírlo gemir mientras escribía, como si algo lo obsesionase, y sin duda no era consciente de su presencia. Ella permaneció en el hueco de la puerta largo tiempo. A partir de ese momento, siempre que se producía un apagón bajaba a observarlo. Tenía el cabello cada vez más largo, el rostro cada vez más demacrado. Parecía mayor. Estaba claro que la novela debía acabar, pero ella

no quería que terminara, temerosa de que el final trajese otras consecuencias para ella.

Al cabo de unas semanas, durante otro apagón nocturno, la muchacha regresó más tarde que de costumbre y, al subir, se paró a mirar. Kien estaba arrodillado junto al hornillo, echando en éste trozos de papel que encendía uno a uno.

Ella entró, cerró la puerta sin hacer ruido, se acercó a él con suavidad y se puso de rodillas a su lado. Recordó la historia de la frenética destrucción de los cuadros del padre; posó su mano sobre la de él para impedir que echara al fuego otra página.

Al principio él se sobresaltó al verla allí, pero interrumpió lo que estaba haciendo y dejó que el fuego languideciera. Se volvió, la tomó entre sus brazos y la apartó del hornillo. En aquel silencio absoluto la poseyó como si nada más importara en el mundo. Ella jadeaba desesperadamente, y pasaron muchas horas entrelazados. La soledad de Kien la laceraba como un cuchillo, produciéndole un dolor punzante.

Él se marchó mientras ella aún dormía. De algún modo la muchacha supo que no volvería a verlo. Aquélla fue su partida definitiva.

Ella comprendió que había abandonado el apartamento por su causa. Dejó la puerta abierta de par en par, permitiendo que se colara un viento gélido que desordenó los papeles y arrastró numerosas hojas hasta el pasillo y la escalera. Ella las reunió, ordenó la habitación y se llevó el manuscrito al desván.

Las páginas no estaban numeradas. Carecían de un orden evidente, y fue muy poco lo que la muchacha logró entender. Pero supo que tenía que conservarlas.

Pasaron los meses. Luego un año. El manuscrito acumulaba polvo; parecía un viejo y elegante pergamino.

Hanoi. Ahora Kien sólo escribe de noche, porque es el único momento en que alberga la esperanza de escribir lo que realmente le pertenece. Bebe para mantenerse despierto, sin embargo el recuerdo es nítido, y él está más alerta que nunca. De noche es más creativo, aprovecha su imaginación, su vena poética, y ordena el argumento de la historia con mayor facilidad.

Sus vecinos ya están más acostumbrados a sus excentricidades, como encender lamparillas a pesar del aspecto fantasmal que adquieren en la penumbra.

Los ladrones profesionales y las prostitutas de la zona del lago no tardan en oír hablar de él. El lago Ha Le era su medio, así que han bautizado la habitación de Kien como el Faro de Ha Le. Suelen saludarlo diciendo: «¿Cómo le va al farero de Ha Le? ¿Escribió mucho anoche?»

Él les devuelve una sonrisa cuando abre la ventana por la mañana para dar la bienvenida a la brisa matinal. Algo más abajo, una famosa chica de la calle lanza un silbido de admiración para saludarlo y burlarse de él.

Tras el ocaso, cuando todo en tomo a él se vuelve borroso, Kien se siente más cerca de la vida. Es como si la oscuridad reflejase las tinieblas de su alma. Las noches en vela han pasado a ser algo normal para él. A menos que esté muy ebrio, nunca se duerme antes del alba. Ahora las vigilias le resultan más preciosas y urgentes. De día se sume en un sueño forzado, árido e incómodo. Y si, por casualidad, echa una cabezada por la noche, lo hace brevemente, ya que el Tiempo lo arranca del sueño, avisa impetuoso a su alma.

En ocasiones tiene la sensación de que sólo la muerte le proporcionará un verdadero descanso.

En su infancia oía el dicho según el cual la vida no es más que un suspiro, y el que duerme demasiado la reduce a la mitad. Kien se da cuenta de que su tiempo se acaba. No teme la muerte, no hay en ella nada que lo asuste. Pero sufre y se lamenta por los proyectos inacabados.

Una vez, mientras dormitaba poco antes del amanecer, tuvo la vivida impresión de que abandonaba la vida. Las imágenes que vio y la sensación de exaltación que experimentó fueron tan claras e intensas que acabó por preguntarse si volvería a sentir lo mismo cuando realmente le llegara la hora de dejar este mundo. Kien sintió entonces que había muerto; tal vez brevemente, pero había muerto. En aquella milésima de segundo, algo en su interior que por lo común estaba borroso, poco claro, se congeló y se volvió nítido y frío. Parecía tener dentro de sí un profundo tajo por el que se le escapaba la energía vital, por el que manaba lenta, silenciosa e irrevocablemente. Por fin lo abandonó como si de una vasija rota se tratase, y Kien se desmayó.

Fue una pequeña muerte. Lo supo cuando su cabeza golpeó

contra la mesa y la pluma se le cayó de la mano y rodó por el suelo. No fue como las veces que lo hirieron, ni como cuando sucumbió a la fiebre y estuvo inconsciente. Tampoco se trató de algo místico. Fue una experiencia nueva que invadió todo su ser, la verdad de todas las verdades, la regla de todas las reglas, el momento último de la vida. Fue la muerte. La reconoció.

Vio su vida como si ésta fuese un río, y a sí mismo en la cima de una alta colina, inseguro, contemplando en silencio cómo lo abandonaba la vida, se despedía de él. La corriente de su existencia daba vueltas y más vueltas, y cada instante era rememorado, cada acontecimiento, cada recuerdo representaba una gota de agua en un río anónimo, eterno.

Kien vio el colegio de Buoi tal como era entonces, en abril de 1965, justo antes de que estallase la guerra. Era una tarde a finales de la primavera. Para entonces ya habían talado la hilera de árboles que tanta sombra proporcionaba, y el patio estaba surcado por profundas trincheras, en previsión de la contienda. El director, que llevaba puesto un casco de bombero, se jactaba a voz en grito de que liquidaríamos a los americanos y saldríamos victoriosos.

—¡El imperialista es un tigre de papel! —chillaba—. ¡Vosotros seréis los jóvenes ángeles de nuestra revolución, vosotros salvaréis a la humanidad!

Señaló a un alumno entre unos chicos de décimo curso que sostenían fusiles, lanzas, palas y azadas de madera por pura bravuconada infantil.

—La vida está aquí, la muerte también está aquí —dijo el muchacho mientras los otros cantaban ruidosamente.

Alguien gritó:

—¡Matemos al invasor!

Y todos lo vitorearon.

Pero Phuong y Kien no participaban de aquella reunión escolar, que se celebraba para proclamar las tres reglas de oro del estado de alerta. Se habían escapado y estaban escondidos tras el edificio del Octógono, junto al lago Oeste. Desde donde se encontraban sentados, bajo un árbol que crecía a la orilla del lago, veían la carretera de Co Ngu, teñida de rojo por el sol poniente, y los radiantes árboles del fuego en flor. Lis cigarras cantaban con fuerza, sin cesar.

—No te preocupes —dijo Phuong con una sonrisa, encantada de saltarse las clases con Kien, y también de eludir la tarea de excavar trincheras. Llevaba bajo el uniforme del colegio el diminuto

bañador, como un desafío—. Olvida la guerra y a todos los héroes, jóvenes y ancianos. Vayamos nadando hasta el Palacio de Agua, lo bastante lejos como para que sea peligroso...

Qué día de abril más bello, cálido y dulce. Los alegres abrazos en el agua verde claro. El roce de los peces, las hojas de los nenúfares. El bello rostro de Phuong bañado por las aguas del lago, las burbujas del aire que soltaba cuando se sumergía, su cabello ondulado, chorreando, sus hombros, sus bonitas y largas piernas. Todo tan íntimo, tan perfecto que resultaba doloroso.

Les llegó el sonido lejano de un coro en el patio del colegio.

—No te preocupes —insistió Phuong mientras escuchaban. Se arrodilló tras un arbusto y se quitó la blusa. Al salir llevaba puesto un precioso bañador negro muy escotado. La claridad de su blanca piel creaba un delicioso contraste con el negro de la tela.

Kien, que ya estaba nervioso, se quedó sin aliento. Apenas se atrevía a mirar aquel cuerpo tan hermoso.

Mientras nadaban, percibieron de nuevo las voces del coro, el crepúsculo ganó intensidad, y se alejaron más y más de la orilla. Kien recordó que ése había sido el último tramo apacible del río de su vida; ante él, desde ese instante, surgía un nuevo y largo tramo, rebosante de fuego.

Su mente pasó del lago a la estación de Thanh Hoa, envuelta en llamas tras los ataques aéreos. Todo lo que podía arder ardía. Desde el volcado tren, hombres, mujeres y niños corrían hacia el andén para escapar. Las ropas prendían y abrasaban sus cuerpos. Sombras sin cabeza iban de un lado a otro. El rugido de los aviones continuaba, las bombas caían sesgadas a la luz del sol. Por primera vez en su vida veía morir gente, veía brutalidad, veía sangre correr por doquier.

A partir de ese momento toda su generación se lanzó a la guerra con entusiasmo y fiereza, haciendo manar a borbotones su propia sangre y la de otros. Avanzando sin tregua, entrando en encarnizados combates cuerpo a cuerpo al pie del monte Ngoc Bo Ray, a bayonetazos, a culatazos. Formas humanas corriendo en desbandada, zigzagueando para esquivar los disparos de las ametralladoras, sólo para acabar saltando por los aires.

Kien se vio empuñando un fusil, disparándole a alguien a la cabeza: la bala, potente como una bomba, le dio justo en la boca, el rostro estalló y le saltó el ojo izquierdo, el pómulo, la mandíbula inferior. «¡Ahhhhhh!», gritó. El sonido fue como una risotada, más probablemente como un gemido. Cuán frenética y agresiva se había vuelto aquella generación suya.

Aquellos meses y años violentos y terribles... La ofensiva del Tet, el segundo Tet, la estación seca de 1972, las batallas posteriores a los acuerdos de París. Las tierras resecas, relumbrando bajo el sol, retorciéndose doloridas. Las vastas y crueles tierras altas centrales, con aquel torbellino de polvo rojo nublando el cielo. Yamo, Dac Dam, Sa Thay, Ngoc Rinh Rúa, Ngoc Bo Bieng, Chu Co Tong, todos ellos lugares que evocaban los más terribles e intensos recuerdos, repletos de sufrimiento. Y estaban las risas, los gritos, las imprecaciones, la bebida, la charla y los momentos felices. Y también las abundantes lágrimas.

Kien se hallaba de nuevo en la jungla, en Cong Ho Rinh, una aldea antigua y desolada que la lucha había arrasado y convertido en un cementerio donde los huesos humanos, las armas inservibles y toda la parafernalia bélica yacían esparcidos como si fuesen basura.

Seguro que en su día había sido tan hermosa como la pequeña aldea de Dien Binh, que había conocido antes de que quedara atrapada en el fuego cruzado. La primera vez que el batallón de Kien

estuvo allí, formaba parte de un bucólico paraje que bordeaba el río Dac Po Xi. Ahora se reducía a un montón de cenizas y cadáveres, y uno se imaginaba a los espíritus de los muertos emprendiendo el vuelo en tropel, hasta formar un banco de niebla a lo largo del río.

Al sacudir el velo de rocío y humo de otro recuerdo, se vio claramente a sí mismo y a Tac *el Elefante* arrodillados ante una enorme ametralladora M60 arrebatada al ejército rival, disparando a discreción contra un torrente de enemigos rezagados del 45.° Regimiento del ARVN. Huían de Phuoc An, cerca de Buon Me Thuot, tratando de salvar la vida, empujados por los tanques.

La ametralladora se tragaba los cartuchos con avidez y escupía los casquillos de cobre a un lado, mientras vomitaba un fuego mortífero sobre el alud de enajenados que se precipitaban hacia sus ráfagas, tomándose blancos de carne y hueso. El arma temblaba con violencia, girando sobre su base, despidiendo vapor del sistema de refrigeración.

Kien, enloquecido por el fuego, no quería dejar de disparar, pero continuar habría sido una masacre, no un combate, pues el montón de cadáveres ya era el mayor que había visto en su vida.

Entonces aparecieron los tanques T54 que empujaban al enemigo hacia la muerte.

—¡Para! —gritó Tac, dejando la cinta de munición y arrimándose a Kien—. ¡Basta, alto el fuego! —chilló mientras lo sacudía por los hombros.

Kien dejó de disparar, y ambos vieron a los T54 abrirse paso a través de las bajas enemigas. Algunos estaban de rodillas, con las manos en alto en señal de rendición. La matanza había sido obsesiva, devastadora, pero ahora que el arma guardaba silencio, la escena resultaba absurda. Kien miró a Tac.

Tac, el Elefante bondadoso, se agachó lentamente junto a su amigo, llevándose las manos al pecho como para agarrarse el corazón. Miró a Kien con enorme sorpresa y, acto seguido, sus ojos se apagaron y cayó hacia delante, dejando al descubierto la mortal flor roja que desplegaba sus pétalos bajo su hombro izquierdo.

Kien lo recordaba todo. Todo. No faltaba ni un solo detalle. Revivía su vida de soldado en escenas retrospectivas que se iban sucediendo poco a poco, conmovedoras como una marcha fúnebre.

Y ahora, en su habitación, parecía ver el final del río de su vida. El final del viaje. Creyó oír a alguien que le decía con suavidad: «Es la hora.» Cerró los ojos, deseoso de dejarse ir.

Pero la vida no lo soltaría tan fácilmente.

Hizo desfilar ante sus ojos diversas imágenes tentadoras, que lo llamaban con seductoras voces desde la orilla opuesta del río de la vida. Su hora llegaría en otro momento. Aún había demasiadas cosas por hacer. Soportaba la carga de su generación, una deuda que debía saldar antes de morir. Sería trágico y sumamente injusto que muriera, que lo enterrasen bien hondo en la húmeda tierra y se llevara consigo la historia de su generación. Si conseguía librarse de las demás necesidades de la vida cotidiana y concentrar todas sus energías en la escritura, su cometido terminaría pronto. Entonces se desharía de la carga de la vida y se dejaría arrastrar libremente por el río hacia el final del viaje, donde lo aguardaban infinidad de almas conocidas.

De vuelta al deber. A partir de ese momento, su vida parecía limitarse a las horas de oscuridad. La lámpara se encendía al caer la noche y permanecía así hasta el alba. Su propia silueta no resultaba más real que la sombra que proyectaba sobre la pared. Mientras escribía, daba la impresión de un

ser taciturno, casi inmóvil, pero el fuego que ardía en su interior, alimentado por su poderosa memoria, lo hacía violentamente.

Kien le daba vueltas a la capacidad que tenía para pasarse noches enteras trabajando. No todo el mundo soportaba semejante forma de autoencarcelamiento o autorreclusión. Probablemente la hubiese heredado de su padre.

Su padre había sido sonámbulo toda su vida. Se levantaba de la cama sin hacer ruido, como si fuese ingrávido, y avanzaba despacio hacia la puerta del dormitorio, con los ojos bien cerrados y los brazos pegados al cuerpo. Recorría la habitación, los pasillos, de arriba y de abajo, salía por la puerta principal y, si la verja estaba abierta, llegaba hasta la calle. Por entonces las gentes de Hanoi eran amables y buenas, y enseguida se apartaban para dejar pasar a aquel anciano extraviado. Nadie interrumpía sus fantasías, ni siquiera los niños. Únicamente intervenían si se acercaba al lago.

Su madre no soportaba aquel hábito tan inofensivo, lo consideraba una humillación y, de algún modo, la prueba de su fracaso en la vida. «Un clan de atolondrados», solía decir, quejándose a menudo de los fracasos de su marido. A pesar de su joven y poco desarrollada memoria, Kien adivinó entonces que su madre había abandonado a su padre debido a las excentricidades de éste.

Todo lo que quedaba de ella eran unas fotografías. La mayor parte del tiempo, su marcha no le afectaba demasiado. Su partida le había resultado indiferente, no había sido más que otro día triste, adverso, en su infancia.

Al contemplar ahora las fotografías, amarillas y desvaídas, veía a una joven que le devolvía la mirada, pero ésta no significaba nada para él. Quizá representase otra prueba de su incapacidad para desarrollar plenamente su personalidad. Tal vez dentro de sí albergara la innata semilla de 1a maldad, la crueldad, la dureza y la frialdad, ya que nunca era capaz de recordar gran cosa de ella, ninguna palabra de consuelo de su parte, ni de la separación de sus padres. Su madre no paraba de repetir:

—Soy una nueva intelectual, cariño. Soy miembro del Partido. No soy una idiota, ni tampoco aburrida. Recuérdalo, por favor.

Pronunciaba a menudo estas frases, sobre todo cuando hablaba con el padre del muchacho.

Una vez, Kien oyó de boca de su madre una cosa bastante embarazosa y extraña:

—Ahora eres pionero. Un día serás miembro de las Juventudes Comunistas, y luego te convertirás en un hombre de verdad. Así que endurece el corazón y sé valiente, hijo mío.

Él nunca olvidó esas palabras. Si hubo otros consejos o tiernas caricias o gestos de amor materno, hacía tiempo que se habían borrado de su memoria.

A los diecisiete años, a punto de alistarse en el ejército, se planteó encontrar a su madre, saber más cosas de ella, pero descubrió que ya llevaba cinco años muerta.

Su padre apenas la mencionaba. Evitaba hablar de ella por su propio bien, para no sufrir. Se resignó con su suerte: mantener modestamente a su familia de dos miembros. Más tarde empezó a beber y se refugió en sueños profundos y en su sonambulismo.

Sólo ahora, en la madurez, era Kien capaz de entender realmente esos años. De repente, su padre había dejado de trabajar en el museo. Ya no llevaba el caballete en la bicicleta ni se iba a pintar, como había hecho durante tantos años. Empezó a utilizar el desván del edificio como estudio. Se recluía en él día y noche, en medio de una atmósfera húmeda y polvorienta en la que revoloteaban los

murciélagos. Se sentaba allí a pintar en silencio, y de vez en cuando se contaba historias a sí mismo.

Se rumoreaba que había recibido críticas por parte de los miembros del Partido y que lo habían despedido, que lo consideraban un insatisfecho sospechoso, un desviacionista de derechas.

Su salud se deterioró repentinamente, empezó a chochear y se volvió un tanto raro.

Siempre que subía al estudio de su padre, a Kien se le encogía el corazón, lo atenazaba la compasión. Los cuadros del anciano, que entreveía a través del humo azul de los cigarrillos, eran diabólicos; el olor a alcohol, permanente.

Dos veces al día, Kien le llevaba una comida frugal y lo encontraba sentado en una silla baja, delante del caballete.

—¿Quién eres? —preguntaba su padre con aspereza.

—Aquí tienes la comida, papá —respondía Kien.

—De acuerdo —contestaba el padre, si bien rara vez se ponía a comer.

Transportaba la comida en una bandeja que colocaba sobre una pequeña cama de bambú, uno de los pocos muebles que aún conservaban. Su padre los había ido vendiendo uno a uno. Las joyas de su madre fueron lo primero en desaparecer, en aquellos días tempestuosos del matrimonio, y ahora embellecían a otra mujer en otra casa. Ya casi no quedaba nada que vender.

Nadie quería comprar los cuadros. Hacía mucho que su padre había dejado de asistir a exposiciones, y su antiguo círculo de artistas lo había olvidado por completo.

—Un día de éstos haré una obra maestra. ¡Espera y verás! —Pero cuando lo decía solía estar completamente borracho. Se trataba de una fanfarronada sin sentido, teniendo en cuenta que ni siquiera exponía su obra.

Su padre jamás habría conseguido triunfar en esa época, por muchas exposiciones que organizara o a las que asistiese. Iba totalmente al revés de los tiempos, que demandaban artistas que suscribieran una determinada ética socialista, que exhibieran un material comprensible para la clase obrera.

En una ocasión Kien lo oyó despotricar.

—A la mierda la estética. ¡Añadamos un toque filisteo! Definir claramente la clase social de las montañas, los ríos y los paisajes en general. ¡Eso es lo que piden ahora! —chillaba.

Era cierto. Sus cuadros habían sido criticados porque su obra se consideraba ajena al concepto de arte de la clase obrera. Cuando empezó a encerrarse en el desván, sus cuadros adoptaron una naturaleza feroz, diabólica.

Kien comenzó a ver la vida a través de los lienzos de su padre. Los seres humanos tenían una expresión sombría; sus rostros eran alargados y demacrados, y sus cuerpos, estirados. Los colores también resultaban extraños. Los cuadros resultaban deprimentes; los personajes, estúpidos.

Cuando se aproximaba al final de su vida, ya pintara al óleo o en seda, un hombre, un caballo o una vaca, ya lloviera o luciese el sol, fuera por la mañana o por la tarde, ciudad o campo, bosques o montañas, ríos o manantiales, cielos o mar, todo ello sin excepción lo realizaba utilizando diversos tonos de amarillo. Ningún otro color, sólo el amarillo.

En los cuadros los personajes deambulaban sin rumbo por paisajes irreales, semejantes a marionetas deformes unidas entre sí igual que recortables. El que cerraba los desfiles era siempre el anciano artista, que asumía el papel de figura trágica.

Fue una época malsana para el pequeño Kien, pues, si bien se vivió un bonito Año Nuevo, su padre lo consideraba el último y no paraba de repetir que era la propia primavera la que lo instaba a abandonar este mundo. «A tu edad —decía—, cuando llegaba la primavera me ilusionaba cada aspecto de la vida. Sol, tiempos felices, multitud de actividades maravillosas. Eran días estimulantes.»

Pero todo había cambiado. La primavera lo llamaba.

Y así ocurrió. Un día fue a buscarlo una ambulancia mientras Kien se hallaba en el colegio. Alguien del hospital acudió a avisar al muchacho, que abandonó la clase al instante. Su padre apenas conservaba la conciencia, pero quería decirle unas últimas palabras a su hijo.

Kien cogió la mano del anciano, que estaba fría como un pedazo de bronce. Casi no tenía pulso. El anciano habló en voz baja y clara, y su discurso no fue confuso. Sin embargo, sus últimas palabras resultaron vacías, repeticiones de sus vanos, lastimosos sueños.

—Nuestra era ha terminado. A partir de ahora tendrás que ser adulto, librar la batalla solo. Se avecinan nuevos tiempos, tiempos espléndidos, magníficos y tranquilos. Se acabó la tristeza. —Divagó y acto seguido cayó en un balbuceo morboso—: El dolor es inconsolable. Aún llegarán tiempos de gran dolor, un dolor del que no te librarás. No te dejo más que ese dolor...

Cierto. Más tarde Kien descubrió que ni siquiera había dejado sus cuadros. La noche en que creyó que la muerte lo llamaba destruyó uno a uno sus preciosos, extraños lienzos.

A la cabecera de la cama del hospital, Kien, con los ojos arrasados en lágrimas, se sentía confuso. Era incapaz de entender los sentimientos de su padre, aquello que tan despiadadamente lo había atormentado. A su edad resultaba difícil aceptar el comportamiento místico, casi demencial de su progenitor. Tardó muchos años valiosos en ir comprendiendo y sintiendo parte del amargo dolor vital de su padre, del sentido de aquellas frases agónicas.

Pasado el tiempo Kien lamentaría la severidad con que lo había juzgado y el desprecio con que había recibido sus últimas palabras. Su excéntrico padre lo avergonzaba, y lo cierto era que a menudo había manifestado su desagrado por su obra y sus palabras cuando aún vivía.

Y a era demasiado tarde para el amor, la consideración, el respeto filial, el deseo de estar cerca de él y entenderlo mejor. No quedaba más que una tumba cubierta de tierra, coronas, varillas de incienso y velas. Fue en la primavera de 1965.

Años más tarde escuchó la melodía, como una brisa en su cabeza:

Su padre murió en su infancia, su madre lo dejó solo en el mundo.
Como una planta, crece con constancia, en tiempos de guerra él va errabundo.
Así que el muchacho un hombre se inventa, la suerte del huérfano solitario nunca lamenta.

El día en que su padre murió se oyeron por primera vez en Hanoi las alarmas antiaéreas. Las bocinas de los trenes y las sirenas colocadas en lo alto del teatro municipal aullaban, aterradoras, al unísono.

Aunque la gente estaba advertida de que sólo se trataba de un simulacro, la ciudad tembló de miedo: los corazones casi dejaron de latir, transidos de pánico y malos augurios. Las sirenas constituían un presagio de los oscuros días que se avecinaban.

Las puertas se cerraron de golpe y la gente bajó ruidosamente las escaleras mientras los altavoces lanzaban exhortaciones: «Compatriotas, prestad atención, prestad atención, compatriotas. Se acercan aviones enemigos...» La ciudad se oscureció. Los coches patrulla recorrieron las calles con las luces apagadas.

Kien corrió en dirección opuesta al torrente humano y subió a tientas al desván, el estudio en semipenumbra de su padre. La atmósfera era asfixiante a causa del polvo. El olor a vino y pintura lo invadía todo, y unos pequeños murciélagos revoloteaban vacilantes a su alrededor. «Ay, papá», susurró.

En el desván reinaba un silencio profundo, como así también en el edificio y en toda la ciudad. A pesar de la orden de apagar las luces, Kien encendió una pequeña vela. Al echar un vistazo alrededor quedó atónito. ¿Adónde habían ido a parar los cuadros? ¿Y el que estaba sin terminar en el caballete? ¿Y los enmarcados de los rincones? Todos habían desaparecido como por arte de magia.

¡Era el fin! En aquel momento, Kien no tuvo ninguna duda. Aquello semejaba un cementerio. Cada imagen, cada rastro de su padre había sido eliminado, sustituido por la nada. El anciano había abandonado el mundo, se había ido en un sueño sonámbulo, llevándose consigo para siempre los malsanos cuadros amarillos.

Lo único que había dejado en este mundo era un hijo.

Kien, sumido en sus pensamientos, salió lentamente del edificio. Hacia el este distinguió, bajo unas nubes, un tenue resplandor. Se oyó la sirena que indicaba que el peligro había pasado, y cayó en la cuenta de que el resplandor era la luna. Fue una visión ominosa. No todos los futuros resplandores nocturnos serían naturales, y las sirenas no anunciarían simulacros. Aquella gélida primavera de 1965 marcó el inicio de su decimoséptimo año de vida.

Phuong sabía lo de la quema de los cuadros. «Fue una ceremonia demencial, bárbara, una rebelión», recordó al contárselo más tarde a Kien. Ella había presenciado la escena, pero nadie más lo sabía en todo el edificio.

Esa noche el padre de Kien sintió el roce de la muerte. Tranquilamente y de forma sistemática se entregó a una orgía de autodestrucción: hizo trizas los lienzos y luego les prendió fuego.

Su padre y Phuong simpatizaban desde que ella tenía trece o catorce años. No era una relación como la de un padre y su hija, ni siquiera como la de un tío y su sobrina, sino que entre ellos se había

establecido un vínculo confuso e impreciso basado en ciertas obsesiones y excentricidades que ambos compartían. Él le cogió un gran cariño a la chica, y su afecto se reflejaba en la triste y callada estima que le profesaba.

Las mismas características del espíritu del padre, sus rarezas, sus libérrimas manifestaciones artísticas y ese desprecio por las reglas establecidas que tanto fastidiaba a otros eran lo que atraía a Phuong: se dirían almas gemelas.

El anciano y la niña se pasaban horas sentados juntos, con frecuencia sin pronunciar palabra. Phuong se sentía tranquila a su lado, cuando por lo común se mostraba inquieta, nerviosa y, sobre todo, muy alegre. Cuando se sentaba con él a verlo pintar, parecía cautivada por esa atmósfera.

Cuando se hizo mayor, sus visitas se espaciaron, si bien era la única persona, aparte de Kien, que acudía al aislado estudio del desván. El padre de Kien esperaba su llegada con impaciencia. A menudo Phuong le llevaba licor y cigarrillos, al contrario que Kien. Y de vez en cuando lo oía hablar solo.

Phuong tenía dieciséis años y ya era muy bonita cuando él le dijo:

—Eres realmente guapa. —Y acto seguido, a modo de velada advertencia, añadió—: Serás infeliz. Muy infeliz. Corren tiempos peligrosos para los espíritus libres. Algún día tu belleza te costará cara.

Le había prometido hacerle un retrato al óleo por su decimoséptimo cumpleaños, pero a Phuong le horrorizaba la idea, pues pensaba que la pintaría con la cara alargada y demacrada con que solía plasmar a sus personajes. Incluso sus hadas tenían el rostro alargado, algas en lugar de cabello y la piel de color amarillo limón. Murió tres meses antes de que la muchacha cumpliera los diecisiete, con lo que sus temores resultaron irrelevantes.

La fatídica noche en que creyó que la muerte lo llamaba, Phuong se hallaba presente. Él le ordenó que encendiera una hoguera en el patio trasero y lo ayudase a bajar todos los cuadros del desván. Fue entonces cuando ella supo que el anciano estaba a punto de morir.

La muchacha pareció entender y aceptar que la quema tenía que ocurrir. Era necesaria. Por eso no llamó a Kien, a propósito. Así y todo estaba asustada, y para ahuyentar sus miedos participó de lleno en la destrucción ritual. La ceremonia dio lugar a un clima fantástico, titilante e irreal que la aturdió cuando las llamas se elevaron por los aires. Esa noche sobrecogedora perseguiría a Phuong durante toda su vida, así como el eterno pesar, extraño pero placentero, que sintió en tan apasionados instantes.

Sólo el propio artista sabía exactamente por qué se entregaba a semejante orgía de autodestrucción y por qué quiso que Phuong, y sólo ella, fuera su testigo y colaboradora. La chica no cayó en la cuenta entonces, pero más adelante vio en ello el mensaje profético de destrucción que representaba esa noche. El amor de Kien y Phuong estaba tan condenado como aquellos cuadros.

Ella pensó en hablarle a Kien de esa frenética noche de destrucción en el funeral del anciano, pero no se sintió capaz de atormentarlo más.

Se lo contó la última noche que él pasó en Hanoi. Partía hacia el frente al siguiente día. Ésa sería la última noche de su vida anterior a la guerra, los instantes postreros de su juventud.

Ésas fueron las últimas horas de una juventud segura, pura y dichosa, años que se contaban por días placenteros, antes de que llegara la aciaga hora de partir. Llegó demasiado pronto. El día

siguiente se reducía a subirse a un convoy que se dirigía al frente.

Eran novios desde que tenían uso de razón. Phuong vivía en la habitación contigua a la suya. Se sentaban en el mismo pupitre de la misma clase de la misma escuela. Ella iba y venía de ésta sentada tras él en la bicicleta. Y ahora su novia era la belleza más resplandeciente de todo el colegio de Chu Van An.

Sin embargo, ninguno de los dos tenía otros amigos íntimos. Los demás parecían incapaces de traspasar la coraza de su amistad. Era un amor puro y desesperado, que les resultaba doloroso y les acarreaba frustraciones y cierto resentimiento hacia aquellos tiempos que los mantenían presos de tan antinatural estado.

Los miembros de las Juventudes Comunistas tenían celos de ellos, los profesores estaban profundamente preocupados, y había muchos otros involucrados en las campañas patrióticas que denunciaban cualquier forma de liberalismo o romance.

Se propugnaban frenéticamente las «tres alertas», las «tres responsabilidades» y, los más severos, los «tres noes», que prohibían el sexo, el amor o el matrimonio entre los jóvenes. Las aventuras amo-

rosas entre alumnos de noveno o décimo curso se consideraban vergonzosas y antipatrióticas.

La belleza ardiente, sensual y llamativa de Phuong enfurecía a las autoridades y a sus compañeros. Ella se conducía con seguridad, con temeridad incluso, y no hacía ningún caso de las exigencias de los mojigatos. De igual manera, Kien hacía frente a las objeciones de éstos con inusitada obstinación.

—No hemos hecho nada malo. Somos inocentes. No tratamos de influir en nadie. Nuestras cosas son asunto nuestro —le dijo a un profesor que se mostró crítico.

Kien y Phuong eran inseparables, como un cuerpo y su sombra. Se aferraban el uno al otro como si no existiese el mañana, como si no hubiera tiempo que perder y necesitaran pasar cada instante juntos. Por la noche, en la cama, se mandaban mensajes por morse dando golpecitos en la pared que los separaba, y soñaban con la natural evolución de su amor, con la intimidad final.

Luego llegó aquella maravillosa tarde de abril, que parecía hecha para tan temerario abandono, en medio del canto de las cigarras y los árboles del fuego en flor. Aunque ese día todos los alumnos tenían que cavar trincheras en el patio, Phuong fue al colegio a propósito con el traje de baño debajo del uniforme. Cuando estaba a punto de dar comienzo la ceremonia de inauguración de las trincheras, Phuong le susurró a Kien:

—Vámonos. Dejemos a los héroes de paja con sus eslóganes. Llevo puesto un bañador precioso, vamos a estrenarlo.

Ambos se alejaron nadando de la orilla y no volvieron hasta que anocheció. Cansada, exhausta, Phuong se agarró a Kien. La brillante noche cayó deprisa, y dispersas estrellas iluminaron el cielo. Kien llevó en brazos a Phuong, que chorreaba agua, y la depositó con suavidad sobre la lozana y fría hierba. A continuación se tumbó a su lado, estimulado por el ejercicio, pletórico de salud.

—Estoy agotada —dijo ella en tono sugerente—. Me gustaría quedarme aquí para siempre.

Estaban tendidos juntos en la mullida hierba, cogidos de la mano. En el horizonte se vio un destello rojo que dejó tras de sí un rastro similar a un hilo. Intercambiaron susurros mientras lo contemplaban.

—¿Un amanecer por el oeste? ¿Una bengala? Si es una bengala, podría tratarse de una alerta. No he oído la sirena.

Luego, la oscuridad absoluta y el silencio.

Han pasado más de veinte años desde aquella tarde en el lago. Casi todo lo que rodea éste ha cambiado, y sin embargo su espíritu pervive, sigue igual. Inmenso, imponente, pausadamente romántico.

Kien jamás regresó al colegio. Ni tampoco al quiosco que había a orillas del lago. Ni volvió a pisar el pequeño sendero que discurría por detrás del patio del primero. Estuvo mirando desde lejos, negándose a recorrer viejos caminos.

El lago pasó a ser un símbolo de la rozagante belleza de las maravillas y la tristeza de la juventud, el amor y las oportunidades perdidas. En muchas ocasiones se sentaba en la orilla y se quedaba allí hasta que el último rastro de rojo abandonaba el mismo cielo bajo el que él y Phuong habían estado juntos veinte años antes.

Permanecieron tumbados juntos bajo el cielo estrellado, resistiéndose a moverse a pesar del frío que empezaba a hacer. Él no parecía dispuesto a dejar ese lugar especial, y ella, presintiéndolo, dijo con delicadeza:

—La puerta del colegio está cerrada. Quedémonos aquí.

—¿No tienes frío? —le preguntó él con voz ronca.

—Sí...

Phuong se volvió para abrazar a Kien, y lo atrajo hacia sí. Él tembló entre sus brazos, nervioso al principio; luego, a medida que se relajaba, experimentó un poderoso e incontrolable deseo, un deseo abrasador, y la estrechó con fuerza. Cerró los ojos y se enterró en sus suaves, fragantes brazos, y ella le correspondió con pasión.

Al besarla sintió una repentina y aguda punzada en su interior, tomó aliento bruscamente y se apartó. Una súbita sensación de culpa, misteriosamente intensa, lo golpeó, y reaccionó con gazmoñería, zafándose de su abrazo. Atónita, Phuong respondió con miedo, vergüenza y confusión; se hizo a un lado y se abotonó la blusa sobre el bañador.

Los dos permanecieron inmóviles, callados. Las aguas del lago lamían la orilla, y a lo lejos vieron un cañón antiaéreo en el agua, sobre un pontón. Les llegó el aún más distante sonido de un gong.

—Tienes miedo, ¿no? —Je preguntó Phuong, rompiendo de pronto el silencio—. Yo también. Pero el mero hecho de saberlo hace que sienta más ganas.

—Es sólo que creo que no deberíamos —contestó él tontamente—. Me voy a la guerra. Me voy —insistió, poco convincente—. Es mejor que no lo hagamos.

—De acuerdo —accedió ella, lanzando un suspiro—. Pero no volverá a haber una ocasión como ésta.

—Regresaré —se apresuró a prometer él.

—¿Cuándo? ¿Dentro de mil años? Habrás cambiado, y yo también. Hanoi será distinta. Y también este lago.

—Nuestros sentimientos no cambiarán, eso es lo más importante —aseguró Kien.

Al cabo de una pausa, ella dijo:

—Sé lo que va a pasar. Guerra, ruina, destrucción.

—Tal vez. Pero lo reconstruiremos.

—Eres un simplón; tu padre era distinto, lo veía venir.

—Yo soy de otro modo —replicó Kien a la defensiva.

—No lo querías, ¿no es cierto? —le preguntó ella—. No te enfades por la pregunta, sólo respóndeme.

Kien se limitó a mirarla fijamente.

—¿Alguna vez hablaste en serio con él? —quiso saber Phuong. —Pues claro —aseguró Kien—. Hablábamos de un montón de cosas. ¡Vaya una pregunta!

—Entonces, ¿te dijo por qué destruyó los cuadros, por qué perdió las ganas de vivir? —inquirió ella.

—No, me hablaba de otras cosas. ¿Por qué los destruyó? No lo entiendo.

—Tú no sabías nada, pero yo sí. Se confió a mí. Estábamos más unidos entre nosotros que contigo. Cuando quemó los cuadros, vi el futuro a través de las llamas. Tu padre quemó mi vida tanto como la suya.

—¿Qué dices? —gritó él—. ¿Estás loca?

Kien no entendía los sentimientos de Phuong. Fue como si de pronto no la conociese. Toda aquella extraña tarde parecía guardar relación con algo de un futuro lejano, nada que ver con su inminente partida al frente o su forzosa separación.

Cuando Phuong habló de nuevo, lo hizo tan quedamente que era como si hablara para sí.

—Desde que murió tu padre, a menudo me he preguntado por qué te amaba tan apasionadamente. Soy un espíritu libre, una rebelde que no encaja en estos tiempos de guerra. A ti te van a la perfección. Sin embargo, pese a tan grandes diferencias, nos queríamos, al margen de todo lo demás. Me entiendes, ¿no?

—Vámonos a casa —propuso él, con miedo en la voz—. Estamos diciendo tonterías. ¿Qué significa eso de que eres una rebelde? —inquirió, aunque sabía que Phuong tenía razón.

Ella continuó imperturbable:

—Si tu padre hubiese estado en tu lugar, lo habría amado incluso más que a ti. Ahora lo sé —añadió, posando un dedo en los labios de Kien para impedir que respondiera—. No teníais mucho en común, y a medida que crecías cada vez os parecíais menos. Tú no querías a tu padre ni a tu madre. Te encantaba la idea de ir a la guerra, eras testarudo, pretendías seguir siendo puro y fiel a tus ideales. No quiero parecer despectiva, pero no hay nada original en eso —espetó.

Kien se sentía cada vez más triste e incómodo. Era incapaz de entender todo lo que ella decía, pero mientras la escuchaba hablar supo, igual que un médium que echase una increíble buenaventura, que, aunque sonaba como si hubiera tomado hongos alucinógenos, siempre recordaría sus palabras.

—¿Por qué estamos hablando de mi padre ahora? —preguntó—. Sé que solías charlar con él. Coincidirás conmigo en que tenía muchas ideas desatinadas. No comprendía los valores e ideales modernos; se aferraba a principios anticuados.

—Si te hablo ahora es porque tal vez no haya otra noche como ésta, ni un momento como el presente. Porque cuando sigas tu camino, yo seguiré el mío —contestó ella.

La ingenuidad de Kien impidió que la entendiera del todo.

—Pero ¿adónde vas a ir? Dentro de tres semanas tienes los exámenes de la universidad. Luego irás a la universidad. Y en cuanto a mí, bueno, volveré pronto.

—Qué raro eres —le dijo ella, casi dejándolo por imposible—. La guerra, la paz, la universidad, alistarse en el ejército..., ¿cuál es la diferencia? ¿Qué es bueno, qué es malo? Alistarse voluntario a los diecisiete años es más noble que ir a la universidad, ¿no? Si es así, no me molestaré en hacer los exámenes de ingreso.

—¿Adónde irías? —le preguntó Kien.

—A la guerra. A ver cómo es —repuso Phuong.

—Puede que sea horrible.

—Y puede que sea la muerte. Un sueño largo, permanente. Pero sólo morimos una vez, ¿no es cierto? Exactamente ¿qué te hace anhelar canto esa muerte? Te resulta tan atractiva que creo que yo también voy a ir.

—¿Qué? —Kien estaba atónito.

Phuong se echó a reír y volvió a atraerlo hacia sí, le acarició el cabello y sepultó su rostro entre sus pechos. Luego le dijo con suavidad:

—No habrá otra noche como ésta. Vas a ofrecer tu vida por una causa, así que yo también he decidido echar a perder la mía. Ahora los dos tenemos diecisiete años. Hagamos planes para vernos en alguna parte en algún momento del futuro, para comprobar si aún nos queremos tanto como ahora. —Le levantó con ternura el rostro y besó delicadamente sus párpados, sus labios; después enterró de nuevo su rostro entre sus pechos—. Te quiero. Te quiero desde que éramos pequeños. He querido a tu madre y a tu padre como si hubiese sido tu hermana o tu hermano. A partir de ahora seré tu esposa. Iré contigo. Te acompañaré hasta las puertas del frente, sólo para ver cómo es. Me quedaré a tu lado hasta que nos obliguen a separarnos. Ese momento llegará muy pronto. Pero esta noche quédate conmigo. Estamos aquí juntos, solos. Aquí es donde empieza tu heroico viaje al frente. No te asustes, ni de mí ni de nada. A partir de ahora seré para ti amante y esposa. Nunca me enfadaré contigo, y recuerda que no he perdido el juicio. Aún no.

Kien temblaba. El aire frío le heló el sudor de la frente y la espalda. Estaba muerto de miedo y al mismo tiempo rebosante de amor hacia ella. La cogió por la cintura, pero se sentía débil y aturdido.

Le resultaba imposible. No se atrevía.

Phuong se tumbó ante Kien con suavidad y tiró de él hacia sí. Kien acomodó la cabeza en su brazo, como haría un niño pequeño. Ella dejó escapar un suspiro, no de enfado, sino de resignación. Lo consoló con tiernas palabras sobre su padre, sobre los cuadros de éste, sobre ella misma y sobre ambos, palabras sobre todo y nada, y él se quedó absorto contemplando la oscura luna a través de una larga y hermosa cortina de cabello que casi le cubría el rostro.

Mientras Phuong seguía hablando quedamente, Kien se sumió en un apacible, cálido estado de ensoñación y empezó a desabotonarle la blusa, dejando al descubierto sus bellos, blancos pechos, que se interpusieron entre sus ojos y el oscuro cielo. Se movió con cuidado y comenzó a lamerla, con suavidad al principio, luego con intensa pasión, sosteniendo los senos entre las manos y saboreándola, joven y dulce.

Sin embargo, no se atrevió a aceptar el desafío de hacerle el amor.

Al día siguiente estaban de vuelta en clase. Su último día de escuela. Luego a los de décimo curso, incluida Phuong, les permitieron irse a casa antes para preparar los exámenes de ingreso en la universidad.

A todos salvo a Kien, que recibió orden de presentarse de inmediato en la caja de reclutamiento. Le había llegado la hora.

Kien recuerda esa remota noche junto al lago como si fuera ayer, a pesar de los muchos años que han pasado. Una luna oscura y una leve brisa procedente del lago bastan para avivar su imaginación. En el frente, entre muertos, rodeado de sufrimiento, a menudo soñaba con la cálida piel de Phuong, llegaba a sentirla, y saboreaba su leche virginal. En sus sueños, eso era lo que le proporcionaba la mágica vitalidad para ser el más fuerte, el más afortunado, el mayor superviviente de la guerra.

Los sueños que le devolvían a Phuong siempre eran nocturnos. De día, por extraño que parezca, no pensaba mucho en ella y apenas la echaba de menos. Sin duda no tanto como en años posteriores, después de que Phuong lo dejara por segunda vez. Sus mecanismos de autodefensa del soldado le funcionaban bien en esos días, sobre todo cuando estaba en las tierras altas centrales.

Quizá fuera ésa la razón por la que adoptó una actitud tan firme y disciplinada ante el sueño. Una vez dormido, nada podía perturbarlo. Dormido, se dormía. En la batalla, se combatía. Cuando se hacían planes, se consideraba tanto lo que había detrás como delante, esperando en la siguiente curva o al otro lado del desfiladero.

En el caso de algunos compañeros, los viejos recuerdos sí que volvían y persistían durante el día, pero sólo si se encontraban enfermos, estaban agotados, en un estado lamentable permanente o muertos de hambre, y por lo general significaba que uno se enfrentaba a un deterioro aún mayor. En condiciones normales era posible mantenerlos a raya.

Kien sólo se acordaba de tres ocasiones, en diez años, en las que echó sumamente de menos a Phuong de día, y esos recuerdos lo perseguían.

La primera vez fue cuando lo derribó la malaria en una marcha por Laos. La fiebre lo tuvo semanas en jaque, y en su estado febril, él pensaba en Phuong, imaginaba incluso que estaba allí.

La segunda vez fue cuando ingresó herido en el Dispensario 8, el nombre en clave que su regimiento daba a un hospital de campaña situado al otro lado de la frontera, en la segura Camboya. Sus heridas hedían, y él saltaba del sueño a la realidad, aguardando la muerte y, sin embargo, aferrándose a su incierta vida. La enfermera se parecía a Phuong, y en ocasiones, cuando ella pasaba, Kien se ponía a pensar en su amada: la intensidad de sus emociones subía y bajaba como la fiebre.

La tercera vez fue cuando se hallaba con su patrulla de reconocimiento en lo que oficialmente se denominaba Granja Estatal Número 3, el cuartel general del regimiento. Se encontraban en el perímetro de la jungla de las Almas que Aúllan, jugando a las cartas y colocándose con una infusión de *Rosa canina*, cuando se enteró de lo de las tres chicas de la selva por boca de sus muchachos, que habían sido amantes de ellas.

Las tres chicas de la granja habían desaparecido al otro lado de la montaña. Mientras duró aquel trágico episodio estuvo soñando con Phuong noche tras noche. Kien había pasado oportunamente por alto las alocadas, románticas aventuras de las tres jóvenes con sus correspondientes amantes porque

le recordaban su romance con Phuong. Los muchachos salían todas las noches a hurtadillas de las cabañas y se adentraban en la jungla, cruzando arroyos a escondidas y recorriendo cautelosamente senderos para ver a sus novias en la casita que éstas tenían junto al arroyo que corría al pie de la montaña. Kien vivía esos amores como si fuera uno de ellos, convirtiendo a Phuong en su chica de la jungla, evocando unos sueños intensos y apasionadamente románticos. Por desgracia, a menudo los sueños se llenaban de dolorosos presagios, como ya ocurriera con su romance con Phuong.

Cuando capturaron a los tres soldados que habían asesinado a las muchachas, decidió tratarlos con dureza, darles una muerte terrible. Justo antes de que fueran ejecutados, los obligó a cavar su propia tumba y a mirar el hoyo en el que sus cuerpos se despedirían de la vida en la Tierra. Pero en el último momento, cuando estaba a punto de apretar el gatillo, los indultó.

No lo hizo por sus súplicas ni porque se lo pidieran sus compañeros. No, fue porque las palabras de Phuong resonaron en su cabeza como una voz interior: «Así que mataras a un montón de hombres, ¿te convertiría eso en un héroe?»

Bao Ninh

Era increíble. Les había perdonado la vida. Por extraño e inusitado que resultara en él, así fue como terminó todo. Absurdo.

Cuando se encontraba en el Dispensario 8, la segunda vez que pensó en ella, estaba herido de gravedad. Deliraba y creía que Phuong había ido a verlo, no en sueños, sino de verdad.

Ocurrió al comienzo de la estación de las lluvias de 1965, después de que su batallón, el 27.°, fuera rodeado y aniquilado casi por completo por los americanos. Kien se pasó un día y una noche pegado al suelo, arrastrándose por el fango del bosque, medio desnudo y gravemente herido. Los compañeros que habían logrado escapar de la matanza toparon con él en la linde del bosque y lo llevaron al oeste. Recobró el conocimiento en el Dispensario 8, al otro lado de la frontera camboyana, donde estaba a salvo.

El Dispensario 8 se componía de un equipo médico desaliñado, andrajoso y casi en las últimas tras meses de cuidar de los heridos, tras el incesante goteo de hombres a los que la artillería había rodeado, bombardeado y acribillado. Médicos, enfermeras y soldados heridos, que se llevaban los unos a los otros en camillas o a la espalda, se retiraban del conflicto al amparo de los bosques de bambú rumbo a la seguridad de aquel campamento tras la frontera camboyana.

Kien jamás llegó a saber la ubicación exacta del Dispensario 8 ni cuál era la situación general de su personal, ni siquiera qué aspecto tenía éste. Los dos meses que pasó allí, antes de que lo trasladaran al Hospital 214, estuvo enterrado en una trinchera con un techo plano del que chorreaba agua por ambos lados. Tenía una horrible herida entre las piernas y otra en el hombro. Su carne podrida hedía de tal modo que hasta los mosquitos lo evitaban. Parecía hallarse siempre en estado comatoso, y las escasas ocasiones en que volvía en sí no hacían sino confirmar una vez más la certidumbre de que moriría la siguiente vez que perdiera el conocimiento.

Siempre que despertaba y abría los ojos, veía a Phuong a su lado en la trinchera. Pronunciaba su nombre en voz baja, pero ella nunca le respondía. Se limitaba a sonreír e inclinarse sobre él, posando los labios en su húmeda frente.

La Phuong del hospital de la jungla lo acariciaba con manos toscas, a veces torpes. Sus caricias y su dulce sonrisa parecían estar en armonía con la lluvia que repiqueteaba en el techo de la trinchera y

el lamento de la jungla.

A pesar del hedor que desprendían sus pútridas heridas, veía brillar los ojos pardos de Phuong, incluso en la oscuridad. «Phuong», mascullaba Kien débilmente, pero la muchacha seguía cambiándole los vendajes con aire risueño, sirviéndose de unas pinzas para arrancarle las sanguijuelas de la carne y limpiarle las heridas. Luego lo envolvía en una manta rota y echaba la mosquitera. Kien trataba de sonreír en señal de agradecimiento, y al instante se dormía o volvía a caer en coma.

Durante las siguientes semanas, Kien empezó a mostrar cierta mejoría y cada vez pasaba más tiempo despierto. En el Hospital 211, que era poco más que un cobertizo pero se hallaba en un entorno más luminoso y seco, ya no recibía las visitas de Phuong. Cuando se recuperó por completo y le comunicaron que sería trasladado a un punto de reagrupamiento, pidió que le dijeran cómo le iba a Phuong, del Dispensario 8. Ninguno de los soldados que habían estado allí conocía a ninguna enfermera llamada de ese modo.

—Te equivocas —le dijo un soldado al que le habían amputado las piernas—. Yo me encontraba allí cuando tú estabas grogui, así que lo sé. No parabas de llamarla Phuong, pero ella no podía corregirte porque era muda. Era de Da Nang, perdió el habla en un terrible combate que se libró allí. Sí, una chica de ojos pardos encantadora, delicada, buena. ¡Joder, cómo estabas, compañero! Casi no me creo que seas capaz de acordarte de algo. Pero es probable que la chica haya muerto. No lo sabemos seguro. A ti y a mí nos trasladaron aquí junto a otros heridos graves. A las dos horas los B52 bombardearon el lugar, lo borraron del mapa. Y después del bombardeo el enemigo se lanzó al asalto.

—¿Sabes cómo se llamaba la enfermera? —quiso saber Kien.

—Lien. Lien o Lieu... algo. Nunca la llamé por su nombre. Sólo le decía «querida hermana». ¡Qué chica más guapa! Mira que quedarse muda... Casi seguro que ahora está muerta.

Kien nunca le contó esa historia a Phuong. Evitaban hablar en serio sobre los diez años que había durado la guerra. Sin embargo, cuando la miraba sin que ella se diese cuenta, ante sus ojos desfilaba de pronto una retahíla de personajes procedentes de la contienda.

Era esa relación con aquella enfermera desaparecida hacía tiempo y su parecido con Phuong lo que le traía a la memoria acontecimientos e imágenes que deseaba olvidar. Aun cuando sabía que no se trataba de la enfermera sino de Phuong, sus meras palabras, su perfil, bastaban para desencadenar aquellos intensos recuerdos.

Phuong decidió romper con todo. Lo abandonó esa tarde de principios de invierno, pasando ante él como una exhalación sin tan siquiera molestarse en apagar las luces de su cuarto, contiguo al de Kien.

Sin motivo aparente resolvió poner fin a la alegría que habían compartido durante el otoño. Los primeros vientos fríos del invierno se llevaron consigo el ambiente bullicioso, festivo.

El apartamento de Phuong, hasta hacía bien poco un lugar rebosante de dicha y carcajadas, permanecía vacío y en silencio. Los invitados que tan a menudo se pasaban por allí dejaron de ir, como por arte de magia. Kien concluyó que a Phuong le ocurría lo mismo cada año: se permitía todo tipo de diversiones y placeres y de pronto, un día, lo dejaba todo, como si se preparara para entrar en un convento.

Cuando la invadía ese estado de ánimo, Kien también se deprimía. Prefería mantenerse al margen, escuchar noche tras noche los ruidosos chistes de sus amantes, a no tenerla. A medida que Phuong fue reduciendo poco a poco su actividad, Kien advirtió que descendía el número de hombres más bien tristones que llamaban a su puerta y esperaban pacientemente a que ella abriera. Luego, cuando se recluyó en su apartamento, dejaron de presentarse.

Un día, Kien, que también se sentía abatido, recordó que era el cumpleaños de Phuong. Le compró un ramo de rosas, con la intención de invitarla a un restaurante para festejarlo. Se había producido un nuevo apagón, de modo que era una excusa ideal para no quedarse en casa.

Aunque se habían separado hacía un tiempo, deseaba volver a verla. Llamó con suavidad a su puerta, empleando un código secreto reservado únicamente para él. Pero no fue Phuong quien le abrió. Oyó girar la llave y vio abrirse un tanto la puerta. Por el resquicio le llegó el olor a humo de cigarrillos y coñac.

—Buenas tardes, señor —saludó Kien al hombre delgado que apareció al otro lado de la puerta.

Estrechó una mano suave, tersa, cuidada, la mano de un hombre con el rostro arrugado, marchito, cuyos ojos diminutos parpadearon fugazmente al mirar a Kien, y farfulló un saludo. Tenía una barba desarreglada, desigual, y el cabello entrecano. Kien pasó por su lado y le entregó las rosas a Phuong.

—¡Gracias, Kien! —exclamó ella alegremente—. Se me había olvidado que era mi cumpleaños, pero tú te has acordado. Ah, permíteme que te presente. Kien, éste es el señor Phu, un artista.

Ambos hombres se miraron en silencio. Phuong se dejó caer en una silla, cerca de una vela temblorosa. Ante ella, en una mesita, estaba su guitarra.

—Bueno —dijo—, lamento que no podamos hacer lo de siempre. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—Si tienes una cita, adelante... —dijo el visitante, solícito.

—No. No hay ninguna cita. No te preocupes, Phu.

Kien la miró, pero ella no le prestó atención. De modo que los saludó a ambos con la cabeza y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

De regreso en su habitación, fue hasta la mesa, encendió una lámpara y se puso a mirar el manuscrito. Tenía un nudo en la garganta, y una sensación de absoluta ineptitud que le provocó un violento arrebato de autocompasión. Se puso en pie y contempló las gotas de lluvia invernal que golpeaban la ventana y se deslizaban formando sombríos dibujos en el cristal.

Se sirvió hasta el borde una copa de vino y la engulló a toda prisa. Luego se sentó en su silla y hundió la cabeza entre las manos.

De pronto la puerta se abrió. Phuong entró y se acercó a él sin hacer ruido.

—Kien —musitó a su lado, acariciándole la cabeza—. Kien, estás hecho una pena —añadió mientras se inclinaba y le besaba la frente.

Kien levantó la cabeza y masculló una tontería.

—Tenía que venir a verte —prosiguió ella—. No voy a contártelo todo» pero algunas de las cosas que me vi obligada a hacer en el pasado para mantenerme a flote...» bueno» a veces me sentía como un animal. Hice cosas espantosas. Ahora estoy terriblemente sucia, completamente podrida.

Kien abrió la boca para decir algo, pero ella lo interrumpió.

—Ya no tiene solución —dijo. Kien recordó haber oído a tipos que llamaban bien entrada la

noche y se peleaban entre sí por conseguir sus favores, y había oído a los perdedores alejarse mascullando—. No tiene solución, pero también he de vivir. Probablemente me espere una muerte pecaminosa, placentera. Pero no me hagas caso, estoy acabada. Así es como viviré hasta que me muera —concluyó.

Kien le suplicó que volviera, pronunció frases ingenuas y tontas que ella pasó por alto. Le dijo que quería que vivieran juntos de nuevo, pero Phuong lo interrumpió:

—Ni lo pienses. Aquello terminó. Nos merecíamos compartir una vida dichosa, pero los acontecimientos conspiraron contra nosotros. Lo sabes. Sabes cuáles fueron las circunstancias tan bien como yo. A partir de ahora cada uno irá por su lado. Para siempre. Es la única manera.

Kien la miró a los ojos con expresión inquisitiva.

—Lo conocí la semana pasada por casualidad —explicó Phuong—. Pero no me voy por su causa. Aún no he decidido qué hacer con él.

—Entonces ¿por qué?

—Porque ya no aguanto esta tensión, por eso.

—No veo por qué tienes que salir corriendo detrás de ese viejo payaso. No puede ser tan terrible —dijo él.

—¿Viejo? Yo tampoco soy ninguna niña. Tú sigues pensando que tengo diecisiete años, ése es tu problema. No has sido capaz de adaptarte.

—¿Cuándo te vas?

—Esta noche. Ahora mismo. No volveremos a vemos.

—¿Así sin más? ¿Cómo cerrar un mal libro? —objetó él.

Ambos se levantaron, se abrazaron y se besaron unos instantes.

—Ya basta —pidió Phuong mientras lo apartaba.

Kien la siguió hasta la puerta. Cuando estaba a punto de salir, Phuong se volvió y se apoyó en el quicio.

—Perdóname y olvídame —le pidió—. Puede que no sepa qué me deparará el futuro, pero sí sé que no podemos volver a vemos.

—¿Amas a alguien? —quiso saber Kien.

—Te he querido a ti y sólo a ti, Kien. Nunca he querido a nadie más. ¿Y tú? —inquirió ella a su vez.

—Yo aún te quiero —confesó él.

Phuong se marchó, para siempre. Kien sólo tuvo dos amores en toda su vida: Phuong a los diecisiete años, en los días anteriores a la guerra, y Phuong después de la guerra.

Los oyó bajar juntos, con maletas, y cerrar la puerta con llave. Antes de marcharse, Phuong deslizó un sobre por debajo de la puerta de Kien.

Lo último que oyó fueron sus tacones en el pasillo. Se acercó a la puerta arrastrando ligeramente los pies y cogió la nota: «Querido Kien: Me marcho. Adiós. Es mejor así. Mejor para los dos. Por favor, te lo mego, olvídame, te lo suplico. Te deseo todo el éxito del mundo.»

Kien se convenció a sí mismo: «He de escribir.»

Con el cuello del abrigo subido, bien arrebujado en él, empezó a recorrer noche tras noche las tranquilas calles de Hanoi, haciéndose promesas, ideando lemas para ordenar sus ideas.

«He de escribir. Será como romper granito a puñetazos, como volverme del revés y exponer al mundo todos mis secretos.

»He de escribir. Para deshacerme de estos demonios, para permitir que mi atormentada alma descanse de una vez, en lugar de dejarla a la deriva en un mar de vergüenza y tristeza.

»He de seguir adelante. Aunque algunas de las horas que pase ante el escritorio parezcan malgastadas o tenga que desechar algunos de los argumentos que empiece, he de continuar. De lo contrario el dolor será insoportable.»

Escribía despacio. Deambular por las calles parecía ser de ayuda, parecía liberarlo de parte del malhumor que acumulaba en ocasiones. Además, a veces le provocaba visiones retrospectivas por asociación.

Un día, paseando por el barrio de los senderos, se quedó mirando a unas muchachas que se probaban modernas prendas de seda. Le recordaron a unas chicas jemeres a las que habían designado guías de la jungla en la zona oeste de Dac Ret. Llevaban el sujetador por encima de la ropa, como si se tratara de un adorno o una joya preciosa. Los avispados soldados escondían sostenes en la mochila y se valían de ellos para conquistar a aquellas chicas que se habían ofrecido voluntarias para ayudar a sus tropas. A cambio de un sostén aquellas campesinas hacían realidad sus fantasías más delirantes.

En 1973, llegó por error al regimiento de Kien un lote de uniformes y artículos diversos destinado a una patrulla de mujeres. Pantalones que se abotonaban a un lado, guerreras por la cintura y sujetadores reglamentarios. Estos últimos eran prendas duras como piedras, toscas y feas, que semejaban un par de escarabajos verdes. Se respiraba tal tensión que bastaba una equivocación como aquélla para que los muchachos rompieran a reír.

Las escenas callejeras lo indujeron a crear historias para su libro de forma artificial. Escena: un mendigo a la puerta de un restaurante caro se acerca a un caballero adinerado y bien vestido y a una dama que luce varios anillos de oro y diamantes.

—Ten compasión de los camaradas en estos tiempos difíciles —le dice el mendigo al rico.

La chica suelta una carcajada. El rico responde:

—Si no tuvieras esos malditos principios, te daría dinero. Los vietnamitas somos tan buenos combatiendo que hemos olvidado nuestros modales. Deja esa agresividad, amigo, y te daré algo. Un momento, ¿acaso no te conozco? —pregunta, mirando detenidamente al mendigo.

«Utilizaré esta escena —se dijo Kien—. Haré que el rico y el mendigo sean antiguos compañeros de clase.»

Más tarde decidió que era una idea estúpida. Un sustituto ficticio de sus historias reales. Pero lo cierto es que tuvo el balsámico efecto de mantener su interés por escribir. Después de esos encuentros regresaba a casa y se ponía manos a la obra de nuevo.

Era de noche cuando empezaban a afluir las viejas historias, las reales, contagiándole su urgencia. Kien necesitaba atraparlas a medida que iban surgiendo, para poner por escrito los detalles. Retazos de vivencias que creía olvidadas se agolpaban en su cabeza como ecuaciones matemáticas sin ilación, y él los cogía y los fijaba para siempre en el papel. Descubrió que si se echaba a las calles por la noche acudían a su mente con mayor libertad. Era un fenómeno curioso, pero funcionaba.

En ocasiones empezaba a seguir sin darse cuenta a un transeúnte, a caminar sin rumbo detrás de él hasta que el hombre llegaba a su destino.

Trataba de imaginar cómo reaccionaría éste o aquél si vivieran sus vidas como la vivía él. Los «muchachos de Tierra Santa», así era como llamaban a los de Hanoi cuando las tropas yacían codo con codo, balanceándose en las hamacas, en algún lugar de la selva. Los chicos de Tierra Santa se ponían a prueba unos a otros con preguntas como dónde se encontraba determinada calle, qué calle de Hanoi tenía una única casa, cuál era la que más casas tenía, cuál era la calle más antigua y cuál la más corta, por qué el famoso Mercado de los Perseguidos era de los Perseguidos, etcétera. El resto escuchaba fascinado tan nostálgicas rememoraciones.

Uno de los de Tierra Santa era Thang *el Cabezota*, un conductor de *trishaw* de tercera generación que trabajaba en la estación de Hang Co, pero hasta Thang admitía que Kien conocía la ciudad mejor que él.

No se llamaban a sí mismos habitantes de Hanoi, sino soldados de Thang Long, que era el nombre originario de aquélla. Ningún soldado de Thang Long conocía Hanoi mejor que él. Podía nombrar todas las calles de una zona que empezaban por Hang, conocía Ninh montones de lagos, grandes y pequeños, la calle donde estaban las chicas más guapas, qué noche el cine Pacífico proyectaba películas prohibidas y cómo entrar para verlas.

Lo que los demás no sabían era que antes de partir de Hanoi Kien prácticamente desconocía esa información tan confidencial. Había ido recopilando esas menudencias durante la guerra, de unidades procedentes de la capital con las que había luchado. Cuando era un adolescente, no sabía mucho de su ciudad, ya que no le dejaban andar por las calles solo.

La vida militar en la jungla durante esos largos años vio nacer en él un profundo y tierno amor hacia el lugar donde había nacido. Cuando regresó, parte de esa pasión se fue desvaneciendo conforme se afianzaba la realidad. No era que Hanoi en sí hubiese cambiado —aunque sí, se habían producido cambios—, sino que era él el que había experimentado una transformación. Quería dar marcha atrás al reloj para volver a los días de su adolescencia y revivir aquellos recuerdos.

Sin embargo, la imagen de cordialidad y singularidad de su ciudad natal que había recreado durante aquellos juegos de preguntas y respuestas en la jungla se basaba en esperanzas concebidas en momentos de desesperanza.

Lo cierto era que la Hanoi de la posguerra no se parecía a la de sus sueños selváticos. Las calles revelaban una tristeza y un sufrimiento continuos y monótonos. Había momentos de alegría, pero aparecían y desaparecían como destellos de luces baratas en un escaparate. Existía una soledad compartida en la pobreza, y eso era algo que percibía en sus paseos cotidianos en el torrente de gente del que formaba parte. Otra idea que le vino a la cabeza durante sus largas caminatas se la sugirió de repente un letrero: «Marchaos.»

«Marchaos de este lugar. Marchaos.»

Comenzó a soñar de nuevo con volver a la colina de Mo, donde alguien había prometido esperarlo. El huerto que había en la parte trasera de la casa de Mamá Lanh, la vista del bosque al otro lado del arroyo y la paz de las estampas rurales avivaban sus deseos de huir.

Entonces, a su mente acudieron escenas de los movimientos de tropas del B3 de Phan Rang, en la costa, al paso de Ngoan Muc, atravesando la central hidroeléctrica de Da Nhim y dejando atrás Don

Duong y Duc Trong hasta llegar a Di Linh para tomar la carretera 14. Los numerosos rodeos de aquella larga y agotadora marcha volvían a él como si hubiese ocurrido el día anterior. Carretera 14 abajo hasta Loe Ninh, luego media vuelta para reagruparse, lanzar un ataque sobre el oeste de Saigón y poner fin a la guerra. Una mezcla de marcha y transporte de tropas, cruzando arrozales y prados.

Se encontraban en un campo cuando la mayoría de los soldados despertó, el rostro curtido por los días de exposición al sol y el rocío. Hablaban nerviosos, a sabiendas de que se acercaban a la ciudad, pero inseguros respecto a su paradero exacto. El propio viaje había sido una aventura; eso era lo que él necesitaba ahora, salir de viaje. Alejarse de Hanoi.

Sus visiones de aquel viaje durante la guerra se desvanecieron mientras paseaba a orillas del lago Hoan Kien, en el centro de Hanoi. Dio media vuelta y se encaminó hacia el café del Balcón, un local nocturno oculto al final de un angosto callejón, que frecuentaba muy tarde por la noche. Ni música alta ni vanos desvaríos poéticos por parte de escritores en ciernes, como ocurría en otros cafés alrededor del lago Thuyen Quang.

—Hola, fusilero —lo saludó, risueño, su orondo anfitrión, alegrándose de verlo. Tenía la nariz roja y brillante.

Sin que él se lo pidiera, llevó café a la mesa de Kien, y añadió un platito de pipas de girasol y media botella de brandy.

Quieres compañía femenina? —le preguntó.

—Vaya, vaya. ¿Hasta tú tienes ya ese servicio?

El patrón sonrió.

—Sí. Es la nueva moda.

A su alrededor la gente jugaba a las cartas, bebía café, fumaba marihuana y otras hierbas, y hablaba de negocios.

En los primeros días de la paz, el dueño era tan pobre como los demás soldados desmovilizados, y estaba como un palillo, lo cual realzaba su rostro moreno, consecuencia de haber cogido la malaria en Laos. Al poco tiempo de abrir el local, éste ya era conocido como el Club de los Veteranos.

Los primeros clientes eran soldados desmovilizados, la mayoría sin empleo, aún en fase de recuperación. Poco a poco, el dinero que lograran sacar al franquear las «puertas de la jungla» y ser licenciados fue abandonando sus bolsillos para engrosar los del propietario, que así empezó a prosperar.

Aquellos primeros días fueron placenteros y alegres. Los soldados se contaban historias sobre sus intentos de adaptación a la vida civil, haciendo gala de un humor especial.

Por aquellos tiempos bastaban un par de copas para que el ambiente se animara, y se pasaban horas riendo casi sin parar. Compartían sus nuevos descubrimientos sobre cómo solicitar un trabajo, sobornar a los funcionarios para entrar en la lista de candidatos a una vivienda, conseguir una pensión de veterano o ingresar en la universidad, todos ellos consejos útiles. O acudían en busca de conversación nostálgica.

Esa noche Kien se encontraba en un asiento que solía estar reservado a Vuong *el Patoso*, un antiguo conductor de carros blindados que ahora vivía detrás de la estación de ferrocarril. Cuando Vuong volvió, les pidió abiertamente a sus compañeros que lo ayudaran a encontrar trabajo de conductor.

—Me conformo con lo que sea —gritó—. Camiones, coches, autobuses, hasta apisonadoras. Cualquier cosa que tenga un volante y ande por carreteras asfaltadas.

Vuong bebía muy poco. Era un hombre alto, corpulento y ligeramente patoso, pero tímido y amable.

Tras el infructuoso llamamiento que dirigió a sus compañeros para que lo ayudaran a conseguir trabajo, no se dejó ver en muchos meses. Cuando finalmente apareció, se había dejado bigote y tenía los ojos enrojecidos y una resaca colosal.

—He renunciado a conducir, amigos míos. Ahora es el alcohol el que me lleva a mí.

Durante los meses siguientes, Vuong pasó a formar parte del mobiliario del café del Balcón, sentado en su rinconcito, siempre con un plato de comida y una copa delante.

Cuando se ponía alegre, cantaba ruidosas marchas militares o cancioncillas obscenas.

—¡Bebed, camaradas! —gritaba—. ¿Tenéis miedo de que esté sin blanca? Caray, no os preocupéis. Sin conductores como yo no se os consideraría la mejor infantería del mundo. De eso es de lo que solían alardear los mandamases: «La mejor infantería del mundo.» Pues bien, tened cuidado, aquí vienen los vehículos de la infantería —añadía, y se lanzaba a una pantomima sobre sus días de conductor en plena batalla.

Vuong cayó en picado como consecuencia de su trauma. Era triste, y casi increíble, que un soldado tan duro y valiente sucumbiese tan deprisa en la posguerra. Sus amigos decían que era por culpa de los baches. Pero no lo decían en broma sino con tristeza. Al cabo de un tiempo se convirtió en un borracho andrajoso y miserable.

En momentos de embriaguez aireaba sus pesadillas, como si fuesen relatos.

—Los baches son soportables —decía—, pero pasar sobre algo blando y mullido, suave y carnoso, eso sí que me hacía vomitar. Algunas noches no podía dormir. Solía pasar por encima de los cadáveres. Eso fue lo que ocurrió hace poco. Conseguí un empleo normal de conductor, y no tenía problemas con los baches y los charcos. Eran las superficies blandas las que me hacían recordar. Luego, a mi alrededor, la gente (ciclistas, transeúntes) empezó a mirarme con cara de odio, así que empecé a beber.

»¿Alguna vez habéis visto un tanque pasar por encima de un cadáver? Se podría pensar que los aplastábamos hasta tal punto que no nos dábamos cuenta. Pues dejadme que os diga una cosa, amigos: por muy blandos que fuesen, siempre levantaban un poco el tanque. ¡Es la pura verdad! Yo notaba cómo se levantaba. Al cabo de un tiempo era capaz de distinguir entre barro y cuerpos, troncos y cuerpos... Eran como sacos llenos de agua. Reventaban cuando les pasaba por encima. *Paf. Paf.*

»Ahora son ellos los que han empezado a pasar por encima de mí. Veo acercarse los tanques y sé exactamente lo que va a suceder— me. ¿Os acordáis de cuando perseguimos a aquellos soldados de la 18.ª División por todo Xuan? Loe. Las orugas de mi tanque estaban llenas de piel, pelo y sangre. Y aquellos malditos gusanos... Y las putas moscas... Tuve que meterme en un río para que todo aquello se desprendiera.

Vuong bebía hasta caer redondo. Todas las noches. Había muchos otros que estaban igual, o camino de estarlo.

El pequeño club cobró fama de ser un sitio interesante, y pronto muchos más veteranos, incluidos los de la guerra contra los franceses, se sumaron a las sesiones diarias. Unos pocos resultaban

fácilmente reconocibles como veteranos para los de fuera; entre ellos, por lo pronto, el dueño, que había engordado bastante* y Kien.

Una noche en que éste era uno de los pocos que quedaban en el club, una prostituta toscamente maquillada que vestía una guerrera militar se dejó caer a su lado en un asiento. Apestaba a perfume chino barato.

—Vete —masculló Kien.

—¿No te gusto? —le preguntó ella.

—Exacto.

—Pues lárgate —espetó la mujer.

—Conoces un montón de sitios. Lárgate tú —replicó él.

La puta se echó a reír, revelando unos dientes feos y rotos y unas encías ennegrecidas. Menos de veinte, pensó él. Tenía mejor pinta antes de sonreír, si es que «mejor» era la palabra.

—Hace tanto frío aquí... —se quejó, sin hacer ademán de marcharse—. ¡Gordo! —le gritó al dueño—. Tráeme un Maxim doble.

—No es bueno que las niñas beban —dijo el aludido, si bien se dispuso a servirle la bebida.

—Tú también eres tirando a pequeño —bromeó ella. Acto seguido, se volvió y deslizó la mano entre las piernas de Kien—. ¡Ah! —chilló, y retiró la mano—. Dios, qué aburrido eres. Emborrachémonos —propuso, levantando la copa en dirección a Kien.

Borracho.

En toda su vida sólo había estado realmente borracho un par de veces, pero hasta tal punto que, como le ocurría a Vuong, todo a su alrededor dejó de tener sentido y le costó distinguir la realidad de las alucinaciones.

Una de esas veces fue en el bar de Air France del aeropuerto de Tan Son Nhat, en Saigón, el 30 de abril de 1975, día de la victoria.

La otra vez fue allí, en el café del Balcón, en 1975, cuando aquella ramera que tenía delante se dedicaba a comer helados y el dueño aún era un soldado flacucho que acababa de regresar del frente.

Había sido un día negro en todos los sentidos. Él había ido a tomar una copa y reírse un rato con unos antiguos compañeros de la guerra. Lo habían desmovilizado y era uno de los pocos afortunados que tenían una casa a la que volver. Además, lo habían admitido en la universidad; pronto se casaría con una mujer hermosa que había estado esperando a que él volviera del frente. Hasta ahí, todo parecía perfecto.

No llevaba mucho en Hanoi y acababa de descubrir el café del Balcón. Más tarde la policía afirmó que el lío lo habían causado unos soldados que tenían ganas de pelea. No era verdad. Él sólo había ido allí a tomar una copa tranquilamente.

Llegaron cuatro bravucones en sendas Hondas que aparcaron a la puerta del local. Iban vestidos a la moda, como si fueran cantantes de un grupo, pero lo cierto es que se trataba de matones peligrosos que iban y venían a sus anchas, seguros de que nadie se interpondría en su camino ni se atrevería a molestarlos.

Vuong, sentado al fondo del café, se puso a entonar una vieja canción del ejército.

—Escuchad esa basura —dijo el cabecilla, que vestía una cazadora de cuero—. Victoria. ¡Y una mierda! Una victoria para imbéciles. ¿Llamas a eso civilización y progreso? ¡Basura!

—Tú sí que eres basura —espetó Kien en voz baja pero clara.

El de la cazadora giró en redondo, dispuesto a abalanzarse sobre él, pero al reconocer a Kien se puso a silbar con tranquilidad y sonrió.

—Bueno, bueno, bueno —dijo, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia su mesa con aire amenazador.

El dueño salió a toda prisa con la intención de parar lo que creía que acabaña en pelea, y los amigos del de la cazadora de cuero lo cogieron y lo obligaron *a* sentarse. Pero él no les hizo caso: se levantó y encaró a Kien.

—¿Quién es basura? Yo, ¿no? Y tú eres el honorable, ¿eh? Creo que recuerdo haberte visto el domingo pasado en el cine Agosto; entraste como si tal cosa con esa novia tuya tan guapa. ¡Menudo chiste! Tu novia. ¿Sabes por qué se sintió incómoda? Me vio mirándoos a los dos. Joder, es una puta, una golfa —añadió con una sonrisa lasciva.

Kien dejó su cigarrillo lentamente y tomó otro sorbo de café, pero en su fuero interno se había quedado en blanco, era incapaz de responder, y el corazón le latía violenta, ansiosamente.

—¿Crees que soy un mentiroso? —continuó el otro—. Ven aquí mañana y te traeré al último que se la folló antes de que volviera contigo. Él te dará todo tipo de detalles.

Kien clavó la vista en él, pero no se movió ni dijo nada.

—¡Que te jodan! —espetó el de cazadora—. ¿Es que crees que no sé quién eres? También conozco al viejo Vuong. No sólo fui soldado, sino un mando, por eso lo conozco. No tienes nada de especial. Y en cuanto a ella, en fin, dicen que las que son un poco bizcas, como esa Phuong tuya, son las mejores. Hacen cualquier cosa. Son bonitas, sin duda, y las que más gritan. Pregúntale al tipo que traeré mañana.

No llegó a decir más: Kien le arrojó a la cara el resto del café y permaneció callado, a la espera de su reacción. Un silencio incómodo invadió la estancia, interrumpido únicamente por un resoplido y un ronquido de Vuong, que se había quedado dormido en la mesa.

—¿Por qué mañana, mierda apestosa? Ahora me vale —dijo Kien.

El de la cazadora empezó a flaquear.

—De acuerdo. Pero pregúntale a Phuong. Yo soy Hung. Me conoce. Le enseñé algo sobre música moderna de la buena, y a disfrutar de verdad follando —añadió.

Kien se aproximó a él, primero le asestó un puñetazo y, a *continuación*, le dio en la cabeza con una silla. Cuando el otro cayó, Kien lo agarró y le rompió la ropa violentamente, a continuación le golpeó la cabeza repetidas veces contra el suelo. Cuando ya había tenido bastante, lo sacó a la acera a rastras. Le estaba metiendo la ensangrentada cabeza en una alcantarilla cuando llegó la policía e intentó detenerlo. Kien se volvió hacia ellos ciego de ira, dispuesto a hacerles frente, pues pensaba que eran amigos de su contrincante.

Lo soltaron a la mañana siguiente. Dijeron que no querían presentar cargos. Estaban hartos de los veteranos.

Kien acababa de entrar en su habitación tras regresar de la comisaría cuando se presentó Phuong. Él le preguntó cómo se había enterado tan deprisa.

—Sus amigos me lo contaron —respondió ella.

Borracho. Menuda nochecita. Ahora, muchos años después, el dueño le daba la bienvenida.

Aquella pelea nefasta y sangrienta había quedado olvidada. El patrón, con aire próspero, lo abrazó y gritó para que todo el mundo lo oyera:

—¡Kien, Kien, el famoso escritor!

Sus compañeros en la contienda también se sentían orgullosos de él.

Miró a la joven prostituta que había empezado a beber un Maxim y fingía tener mucho mundo. Estaba sola, con la cabeza sobre la mesa. Kien puso algo de dinero a su lado y se marchó.

Se le había parado el reloj, pero intuyó que pasaría un tranvía y pronto oiría su traqueteo. Y así fue: a lo lejos apareció un tranvía, haciendo sonar la campana y con las ruedas soltando chispas. Lo conducía el viejo Huynh, que no tardaría en jubilarse. El anciano vivía en su edificio y, por pura casualidad, uno de sus tres hijos, todos los cuales habían perecido en la guerra, se hallaba con Kien al morir. Kien había apartado de sí ese recuerdo cuanto había podido, ya que el anciano le daba muchísima pena. Sin embargo, al utilizar el mismo tranvía, era inevitable que de vez en cuando volvieran las remembranzas.

A veces Huynh se marchaba al rayar el día; otras, después de almorzar. Sus turnos eran irregulares; él, en cambio, era regular como un reloj. Cuando andaba, iba mirando al suelo, como si temiese pisar su sombra. Sus únicos hijos, tres muchachos, habían sido llamados a filas, y todos ellos habían muerto en combate. El mediano, Toan, había sido abatido ante los ojos de Kien, quien sin embargo nunca le contó a Huynh tan terrible historia. Cuando llegó la noticia del fallecimiento del tercer hijo, la esposa de Huynh cayó enferma y quedó paralítica; desde entonces, la pareja vivía miserablemente, en silencio.

En ocasiones, él se paraba a charlar con Kien, y hablaba como si Toan aún viviera. Phuong habría sido su nuera, le explicó el anciano. «Cuando vosotros dos erais pequeños», le confió, la madre de Toan había escogido a Phuong para que fuese la esposa de su hijo, pues era preciosa. Kien dejó pasar el comentario sin ponerlo en duda. Al parecer ellos no sabían lo unidos que habían estado Kien y Phuong en sus días de colegiales. Toan nunca había tenido ninguna posibilidad con ella.

Huynh dejaba que todos los niños subieran gratis a su tranvía. Por entonces los tranvías eran limpios y se hallaban en buen estado, no destrozados y herrumbrosos como ahora. Los niños se apiñaban delante, y a veces el viejo les dejaba tocar la campana o pisar un pedal.

Kien iba en el traqueteante tranvía que lo conducía lentamente a casa tras pasar la tarde en el café y rememoraba aquellos días. Kien, Phuong, Toan y Sinh estaban en la misma clase y eran buenos amigos; a menudo se subían al tranvía para divertirse. De vez en cuando iban hasta la vieja terminal de las afueras, en una zona aún sin urbanizar.

En un prado cercano a la terminal había un viejo tranvía en el que solían jugar. Durante uno de aquellos juegos, Phuong y Kien se escondieron en un compartimento y ella lo abrazó y lo besó en las mejillas y los ojos con una pasión infantil, propia de sus trece años.

Los interrumpieron unos sollozos: Toan los había visto y les cerraba el paso.

—¿Qué hacéis? —preguntó desafiante.

—Ve a esconderte —replicó Phuong, pensando con rapidez—. Estamos jugando al escondite —agregó.

—¡Mentirosa! —replicó el muchacho—. Te he visto.

—No armes tanto jaleo, Toan. Jugaremos a marido y mujer, pero no se lo digas a nadie si quieres

jugar —contestó Phuong.

—Entre tres, no puedo.

—Idiota. Claro que puedes. Te lo advierto, no te chives —lo amenazó.

En el tranvía de vuelta Phuong y Kien se sentaron juntos, pero Toan se quedó cerca de su padre, lloriqueando. Huynh le preguntó:

—¿Os habéis peleado?

—No, papá.

—Entonces, ¿por qué lloras?

Toan no respondió.

Phuong soltó un suspiro.

—No te preocupes —aseguró—, no se lo contará.

Media vida después Toan y Kien estuvieron juntos, casi por casualidad, el último día de la contienda, justo antes del ataque al aeropuerto de Saigón el 30 de abril de 1975.

Se encontraban en la puerta de embarque n.° 5, Tan Son Nhat. Toan estaba a los mandos de la ametralladora de un carro blindado. Kien, fusilero de una patrulla de reconocimiento, se mantenía a cubierto tras un tanque T54. A los quince minutos de combate se vieron y se saludaron a voz en grito.

Cuando terminaron de saludarse, un misil antitanque disparado por los defensores contra el vehículo tras el cual se protegía Kien pasó silbando por su lado y dio de lleno en el carro blindado de Toan, haciéndolo saltar en pedazos y quemando a su amigo y a toda la dotación.

El tranvía entró en la calle de Kien, poniendo punto final tanto a su viaje físico como a su viaje al pasado con Toan y con Phuong. Cuando se bajó, Kien miró automáticamente hacia la ventana de ésta con la esperanza de ver allí a la Phuong adolescente repitiendo los urgentes grititos de amor que solía proferir. Pero, por supuesto, no estaba allí. Se había ido hacía tiempo, de aquel mundo adolescente y del mundo adulto. Había desaparecido de los dos mundos de Kien.

Nada la haría regresar. A Kien se le habían agotado las lágrimas de tanto llorar por ella. Había padecido las noches que ella lo atormentaba abiertamente o llevaba a otros amantes. Irrumpir en su habitación no habría servido de nada. Beber hasta estar completamente borracho con el fin de eliminar sus huellas resultaba igualmente inútil. Había terminado.

En 1965, al cabo de tres meses de instrucción, le ordenaron ir al sur con el 36.° Batallón. Había diez reclutas de Hanoi, de modo que cuando pararon en la estación de esa ciudad, camino de Vietnam del Sur, el comandante les dio a los diez muchachos tres horas para que fueran a casa a ver a sus familias. Por entonces no se daban permisos especiales y el avance hacia el sur solía efectuarse entre ataques aéreos. Cuando, en ocasiones, el presidente Johnson interrumpía los bombardeos, el ejército aprovechaba la oportunidad y enviaba soldados al sur.

El comandante, que llevaba el nuevo contingente desde Yen The, ordenó a los diez de Hanoi que estuvieran de regreso a las 18.30 para coger el tren. Eso les concedía un margen de dos horas y media para visitar a la familia. Si alguien llegaba a la estación con un solo minuto de retraso, sería considerado un desertor, les advirtió. Los muchachos le dieron las gracias a gritos y se fueron.

Kien salió a la calle con su grupo a toda prisa. Tras hacer dedo, los recogió un camión de plataforma cuyo conductor apenas frenaba cuando alguno de los chicos tenía que bajarse. Al entrar en

la calle de Kien, se mostró más despreocupado si cabe con su carga, obligando al muchacho a saltar a la carretera con el vehículo en movimiento. La caída fue mala, y Kien rodó por el suelo, y se torció el tobillo. Cuando llegó a la puerta principal, cojeaba y tenía dolores.

Respiró hondo, se agarró a la verja y echó un vistazo alrededor.

La calle estaba desierta. Todas las casas parecían deshabitadas, y no había ni rastro de vida en su edificio. Era como si hubiesen evacuado a la población.

Casi todas las ventanas de su edificio estaban condenadas. El patio delantero, donde acostumbraban jugar los niños, se hallaba desierto, y no había ni un alma junto al grifo comunitario, lo cual era realmente insólito. Unos trapos viejos colgados del tendedero daban al lugar un aire de mayor abandono aún.

Muy pocas familias se habían quedado en Hanoi. La mayor parte de los edificios se encontraban cerrados a cal y canto. Había notas clavadas en las puertas, o bien escritas con tiza en las fachadas. Esos mensajes públicos de esposas a maridos, de madres a hijos hadan las veces de tablones de anuncios. Pero no había ni una línea ni una nota de Phuong. Tampoco había recibido ninguna carta suya en el centro de instrucción. La puerta principal estaba abierta, así que entró sin hacer ruido y empezó a subir la escalera que llevaba a su apartamento. Se quedó parado ante la puerta azul, mirando el enorme candado de latón. ¡Claro! Phuong tenía su llave, colgada de un cordón que llevaba al cuello a modo de collar. Kien miró alrededor en busca de lápiz y papel, o de tiza, para escribirle algo, pero no encontró nada, de modo que dio media vuelta e inició el penoso descenso.

—Hola, soldado —lo saludó una voz de hombre que lo asustó. Era Huan, el hermano de Sinh, que trabajaba en la central eléctrica de Yen Phu.

Kien, nervioso a causa de la falta de tiempo, se disculpó ante Huan por no haber ido a su apartamento y le preguntó dónde se había metido todo el mundo. A Sinh, su compañero del colegio, lo habían admitido en la universidad, le contó Huan. A los demás los habían evacuado, añadió, pero todos estaban a salvo.

—Me pregunto si bombardearán Hanoi —añadió Huan. Pero Kien no respondió; se dio cuenta de que sólo había ido a ver a Phuong y de que nadie más le importaba. Se volvió y se despidió de Huan con la mano, sin siquiera comunicarle que partía hacia el frente. Huan salió corriendo tras él—. Kien, se me olvidaba ¿Quieres ver a Phuong? Sé lo unidos que estáis.

—Sí. ¿Dónde está?

—Su madre murió. Recibió la noticia en la universidad y tuvo que dejarlo todo y marcharse. Creo que la encontrarás en la estación. La vi salir hacia allí con la mochila. Parecía muy afectada.

—¿Estás seguro de que se fue a la estación? —le preguntó Kien, agarrándolo.

—Lo único que dijo fue: «Vigila el apartamento. Tengo que irme.» Eso es todo lo que sé.

Kien se dirigió a la estación a pie, haciendo caso omiso del dolor que sentía en el tobillo. Los andenes se encontraban abarrotados de soldados y civiles por igual. La gente corría atropelladamente, golpeando a los demás con el equipaje, subiéndose a trenes que salían uno tras otro. En cada vagón había cientos de personas, y también había gente en el techo y en los estribos, bloqueando las entradas, obligando a los que llegaban a entrar por las ventanillas. Aquello era un desastre.

Empezó a desatarse el pánico. Furioso, Kien se abrió paso a empujones entre la multitud mientras

se preguntaba: ¿Qué vía? ¿El tren que va a la carretera 5? ¿Al norte, a Lao Cai? ¿Qué maldito compartimento, en qué vagón, en qué tren?

Se pasó otros diez minutos de andén en andén antes de detenerse agotado, dejándose zarandear mientras descansaba.

Descubrió que se encontraba en el andén 1, cerca del tren que iba a Thai Nguyen y que se disponía a partir. La universidad estaba evacuando a los estudiantes, y las clases continuarían en una zona rural. El largo convoy semejaba una pitón troceada cubierta de agresivas hormigas selváticas.

Del último compartimento del vagón de cola surgió el rostro de un apuesto joven que parecía observarlo a él. No, miraba a alguien que se hallaba a sus espaldas y gritaba:

¡Vamos! ¿A qué esperas? Es imposible conseguir asiento.

El joven siguió mirando en dirección a Kien y agregó enfadado:

—¿Qué demonios miras, Phuong? ¡Muévete!

Kien sintió una punzada dolorosa. Miró despacio a la derecha y allí estaba.

—¡Phuong!

De pronto fue como si en el andén sólo estuviese ella. Permanecía inmóvil, mirándolo fijamente con sus preciosos ojos muy abiertos a causa de la sorpresa. El largo cabello le caía por la frente y una de las mejillas y se le enroscaba en la correa de la mochila. De repente el joven alargó la mano, la cogió del brazo y tiró de ella.

—¿Estás loca? ¡Sube!

Ella se zafó y retrocedió hasta quedar fuera de su alcance. El tren se puso en marcha, llevándose consigo al joven, que gritaba furioso mientras se alejaba.

Cuando el tren se hubo ido, Phuong pareció reaccionar y esbozó una sonrisa.

—¡Vaya una casualidad! —exclamó, tomando a Kien de la mano y apartándose de las vías—. Vamos. Es una suerte que nos hayamos encontrado.

La ligera inquietud que se apoderara de Kien al ver al joven mirándolo furibundo mientras el tren partía lo hizo detenerse unos segundos. Pero la ocasión era demasiado importante, de manera que reprimió esa sensación y no tardó en verse inmerso en la maravillosa compañía de su hermosa Phuong. Ella le hablaba mientras se abrían camino entre el gentío, pero él apenas la oía. Le cogió la mochila y la condujo fuera de la estación.

—Volvamos a casa —propuso ella—. Cenaremos juntos y luego iremos a dar un paseo. Estás guapísimo con ese uniforme. —Y siguió parloteando alegremente—. No creo que corten la luz esta noche. La mayoría de la gente se ha ido. ¿Qué te pasa? —le preguntó de pronto, reparando en su desasosiego.

—Salgo para el frente a las seis y media —se apresuró a responder él, deseoso de soltar la mala noticia. Al decirlo, tomó conciencia por vez primera de lo que significaba estar separado de Phuong. Sintió que enronquecía. Aquello significaba estar a cientos de millas al sur: no podría hacer absolutamente nada por volver junto a Phuong.

Ella se quedó quieta, asimilando poco a poco sus palabras.

—Es inevitable —dijo al fin, en voz baja—. Escucha, podemos ir a casa y estar de vuelta aquí a las seis y media. Encenderemos un pebete y rezaremos por tu padre y mi madre. Cojamos un *rickshaw*, nos dará tiempo. —Llamó un *rickshaw* y empezó a negociar deprisa—. Veinte minutos —

le dijo al conductor—. Si tarda menos, le pagaré más.

Pero cuando llegaron a su calle y estaban a punto de entrar en el edificio, sonó la alarma antiaérea. El conductor, que tenía la intención de esperarlos, se asustó y salió corriendo en busca de un refugio, sin siquiera aguardar a que le pagaran. Oscurecía con rapidez, y sentían pasar los segundos. Con todo, había que saborear cada momento.

—Quédate a pasar la noche —le susurró Phuong—. El tren se habrá ido mucho antes de que las sirenas anuncien el final del bombardeo. ¡Quédate!

Kien, temeroso de que lo acusaran de deserción, sacudió la cabeza con tristeza.

—¿No? —dijo ella—. Bueno, no podemos esperar aquí por más tiempo. Tendremos que coger el *rickshaw*. Ya lo encontrará después ese cobarde.

Kien se mostró reacio.

—¡Pedalea! —ordenó Phuong—. Vamos a darle una lección a ese gallina. Los carteles nos dicen que dirijamos todos nuestros esfuerzos hacia primera línea, así que ¡hagámoslo!

Kien se echó a reír. Naturalmente, Phuong tenía razón. Ella se subió de un salto y él se sentó y empezó a pedalear. Resultaba peligroso, ya que eran los únicos que andaban por aquellas calles desiertas y corrían el riesgo de que los guardias los arrestasen. Sin embargo, cuando se aproximaban a la estación, sonó la sirena que indicaba el cese de los bombardeos, lo que los hizo estallar en eufóricas carcajadas. Bajar a toda velocidad las últimas, desiertas calles camino de la estación, pasar por delante de los comercios vacíos, que devolvían el eco de sus risas, y coger un tren que iba a la guerra..., ¡era sensacional!

—Imagina la cara que pondrá cuando salga del refugio —chillaron, y rompieron a reír de nuevo.

Pero el tren ya había partido. El 36.° Batallón iba rumbo al frente. Toda la unidad, salvo un desertor.

La deserción se castigaba con el fusilamiento.

Aturdido y avergonzado, Kien permaneció en silencio, mirando a lo lejos las desoladas vías.

Un impertérrito jefe de estación les dijo que el convoy se detendría en Dong Van o Phu Ly.

—Aunque no podría asegurártelo. Es un tren militar —añadió mirando a Kien.

Phuong intentó animarlo.

—Resultado final: uno a uno —le dijo. Ambos habían perdido el tren—. Escucha, no todo está perdido. Hagamos dedo hasta la siguiente estación. Estamos en guerra, habrá un montón de formas de solucionar este problema. Pero primero vamos a comer algo. —Hablaba deprisa para disipar sus temores—. Dios, pareces agotado —agregó.

Mientras ellos estaban allí, la guerra de Kien había comenzado.

El 36.° Batallón viajó hasta Van Trai, al suroeste. Mientras Kien se ponía en camino para dar alcance a los demás reclutas, que para entonces ya se hallaban en el sur, nada menos que en Cu Nam, los B52 atacaron, brindándoles un desagradable recibimiento.

El comandante del batallón, que había amenazado a los muchachos de Hanoi con acusarlos de deserción si perdían el tren, fue uno de los primeros en morir. Los bombarderos comenzaron por atacar la estación de Van Trai, y el batallón sufrió numerosas bajas. Luego se dispersaron: algunos siguieron hacia el sur por carretera, y a otros les ordenaron dirigirse al mar para proseguir su avance. Pero los B52 atacaron de nuevo, hundiendo todos los transportes marítimos. Para cuando el 36.°

Batallón se reagrupó en tierra, apenas quedaban hombres, y los escasos supervivientes continuaron por la carretera 9 rumbo al frente, convertidos en unidad de complemento.

Al frente sólo llegó una docena de reclutas. Enviar a doce hombres inexpertos a esa batalla era tan efectivo como echar un cubito de hielo en un horno al rojo.

Kien, ajeno a los ataques debido al bloqueo informativo propio de las guerras, en particular en lo que respecta a las malas noticias, llevaba horas de retraso cuando se produjo el bombardeo. No se enteró de los detalles hasta diez años después: por extraño que parezca, la historia salió a relucir en el tren de la paz que partió de Saigón en mayo de 1975.

Uno de los supervivientes del ataque fue su subcomandante, Huy. Por pura casualidad, Huy se encontraba en el mismo compartimento que él en el tren de la paz. Estaba ciego, pero Kien lo reconoció en el acto y lo llamó. Huy, sin embargo, había olvidado a Kien.

—La fortuna de los desafortunados —le dijo al saber que había perdido el tren—. Si no hubiese ocurrido eso, probablemente habrías muerto en Van Trai en el primer ataque aéreo. Yo escapé porque me fui a otro compartimento. Pura suerte.

»Tras el primer bombardeo, seguimos con lo que quedaba del batallón, pensando que los B52 tardarían un rato en volver. Naturalmente, nos equivocamos.

»Escucha, si hubieras desertado entonces, nadie se habría dado cuenta. De todas formas, ¿qué pasó? —quiso saber.

Kien y Phuong salieron a toda prisa de la estación con la intención de hacer dedo y llegar por carretera a la siguiente parada antes que el transporte militar. No sabían dónde estaba el tren, pero sí que, como todos los trenes de la época, sería tremendamente lento. A Kien lo alentaba el miedo a que lo tachasen de desertor, cosa que nadie merecía menos que él.

Con las prisas, pasó por alto los peligros que entrañaba la presencia de Phuong: una estudiante adolescente, atractiva y bien vestida, viajando con él de noche por carreteras consideradas rutas estratégicas; y en plena guerra, con tantos controles militares y patrullas.

Los primeros indicios del aprieto en que se hallaban se hicieron patentes cuando comprobaron que los conductores de los vehículos que pasaban apartaban la vista de la joven pareja a propósito. ¿Desertores? El castigo por ayudar a los desertores era severo.

—Yo los obligaré a parar —se ofreció Phuong, dando un paso adelante—. En tiempos de guerra es prioritario ayudar a las mujeres. Pero haremos un trato: probaré con todos los coches que pasen, en ambos sentidos. Si nos coge uno que va al norte, a Hanoi, nos vamos a casa y pasamos la noche juntos. Si para uno que va al sur, cogemos tu tren.

Aquello pilló desprevenido a Kien.

—Pero...

—¡Tú y tus peros! ¿Es que te inquieta volver conmigo a Hanoi? No tienes por qué preocuparte. Puedes echarles la culpa a los americanos, y a mí. Entonces ¿trato hecho? —En lugar de esperar su respuesta, salió a la carretera.

A lo lejos vieron dos faros medio tapados cuya luz se limitaba a un pequeño haz cónico. Era un camión que avanzaba pesada, ruidosamente hacia el sur.

El conductor apenas podía dar crédito a sus ojos: justo allí delante acababa de aparecer, en el borde de la carretera, una hermosa chica. Agitaba un sombrero cónico que acababa de quitarse,

dejando al descubierto una hermosa y larga cabellera.

Dio un frenazo y el camión se detuvo con un chirrido, mientras los neumáticos echaban humo.

Abrió la puerta del acompañante y gritó:

—¿Adónde vas? No me digas que has salido a dar un paseo para respirar aire fresco.

—No. Voy al frente. Y allí el aire no es nada fresco —bromeó ella.

—¿Al frente? ¿A la guerra? ¿Estás de broma? —dijo el conductor.

—Por favor —pidió Phuong—, necesitamos llegar a Phu Ly. Es importante.

Entonces el conductor vio aparecer al lado de la muchacha a un joven soldado de uniforme. Era la primera vez que reparaba en él.

—No voy a Phu Ly, sino a Dong Van, niña.

Phuong se volvió hacia Kien y tiró de él. Luego giró hacia el conductor y le tendió la mano. Éste se inclinó y la ayudó a subir, halagado por el mero hecho de disfrutar de su proximidad.

—Ten cuidado. El estribo está roto —advirtió cordialmente.

Kien la siguió a regañadientes. Cerró la puerta de un portazo y permaneció en silencio.

—Eres muy amable —repuso Phuong, mirando al conductor por primera vez. Parecía un tipo duro.

—Qué modales tan finos.

—Efectivamente.

—¿De verdad vas al frente? —preguntó receloso.

—Eso espero.

—Qué lástima.

—¿Por qué?

—En fin, una señorita con clase como tú... Si sólo vas a Dong Van, o incluso a Phu Ly, aún tienes por delante un largo camino —aclaró el conductor, que sólo se dirigía a ella y no prestaba atención a Kien.

—Perseguimos un tren militar—explicó—. Cuando lo cojamos, entonces sí que avanzaremos. ¿Crees que conseguirías llegar antes que el tren? Salió de Van Dien a las siete.

—Joder, puedo llegar antes que esos maquinistas siempre que quiera —alardeó—. Estaré en la estación antes que ellos.

Fueron en silencio algunos kilómetros. El tipo no paraba de lanzarle miradas a Phuong. A su lento cerebro le costaba mantener una conversación animada.

—Si te pones delante agitando el sombrero, parará cualquier tren —comentó, flirteando torpemente.

—Eres muy gracioso —replicó ella—. Vas a la guerra y sin embargo parece alegrarte.

El conductor lo consideró un cumplido.

—Cloro. Somos conductores, trabajamos para el Estado. Lo hacemos todo mejor que esos niñatos burgueses, como tú amiguito. Pronto sabrás quiénes son los hombres de verdad. El frente es muy divertido, sí, muy divertido. Divertidísimo.

El conductor apagó las luces de la cabina y ésta quedó completamente a oscuras. Iba a gran velocidad por la carretera desierta, usando de vez en cuando los faros medio velados, que hacía funcionar mediante un pedal. A Kien le alegraba estar acercándose a su unidad, pero ello no impedía

que experimentase un miedo indefinido. No había hecho caso del rudo conductor alcanzar el tren era más importante que el modo en que lo hiciese. Con Phuong a su lado resultaba incluso mejor, aunque no tenía ni idea de lo que ella haría cuando él se reincorporara a su unidad.

Se engañaba. Sabía que Phuong se precipitaba hacia el frente, que representaba un peligro seguro.

En la oscuridad, el conductor, más relajado y sin necesidad de impresionar a la chica, soltaba groseros juramentos mientras manejaba con brusquedad la palanca de cambio y acometía el desafío de llegar a Dong Van a tiempo.

Phuong se sentía tranquila, como en un sueño, meciéndose entre ambos hombres. Cuando el camión pasaba por una zona de baches, descansaba ora en el hombro de Kien, ora en el del conductor. Finalmente el cielo se iluminó. La luna llena se abrió paso entre las nubes y su luz inundó la cabina.

—¡Ahí está! —exclamó el conductor, señalando una locomotora que se movía con lentitud y varios vagones que se vislumbraban a la luz de la luna atravesando los campos—. Tu tren. Llegaremos a Dong Van cinco minutos antes que él —anunció con seguridad. Pareció olvidarse de flirtear con Phuong y volvió a su amada conducción. Llegar a Dong Van antes que el tren era un objetivo de la mayor importancia—. ¡Joder! Esa locomotora llama más la atención que un incendio en un lago; cualquier puto bombardero podría eliminarla sin usar ni una bengala —se quejó.

Era cierto. Con cada golpe de los potentes pistones, el motor arrojaba unas chispas rojas. Kien pensó que era como si miles de grandes luciérnagas salieran despedidas hacia las alturas, dejando una estela de fuego.

El conductor murmuró como para sí:

—Yo no me enfrentaría a los americanos enviando tropas en un tren condenadamente lento. Es el modo más seguro de ir de cabeza al infierno.

Phuong respondió soltando una risita tonta y cogiendo la mano de Kien con nerviosismo.

Antes de llegar a la estación, el conductor se salió de la carretera para mantener oculto el vehículo.

—Sigue las vías, así no te verán llegar al andén —aconsejó—. Si te parece que no va a parar, no tienes más que agitar el sombrero, eso bastará.

Kien se apeó. Phuong hizo ademán de ir tras él, pero el conductor rodeó su cintura con su fuerte brazo y le dio un achuchón.

—Escucha —musitó—, estaré de vuelta dentro de dos horas para regresar a Hanoi. Espérame aquí. —Volvió a sujetarla cuando intentó irse y añadió—: Eres tan sexy, tan bonita... No puedo creer que vayas a lanzarte al frente. ¡Qué desperdicio! —La soltó, y mientras ella se bajaba, añadió esperanzado—: En dos horas, a partir de este momento, volveré. ¡Espérame aquí!

Phuong y Kien, cogidos de la mano, echaron a correr sin hacer ruido a lo largo de las vías. A sus espaldas, se oyó el pitido de un tren en la noche, y bajo sus pies, el suelo tembló a medida que éste se acercaba.

Cuando se aproximaban al andén, se detuvieron y se volvieron el uno hacia el otro. Una nueva despedida. Se abrazaron y besaron desesperadamente, se dijeron adiós a gritos conforme el estruendo aumentaba, hasta que, con un rugido ensordecedor, la locomotora pasó por su lado

despacio, resoplando ruidosamente y despidiendo vapor mientras se detenía entre chirridos.

Absortos en su abrazo, no se dieron cuenta del silencio que reinaba. No llegaban voces de los vagones ni se advertían signos de actividad humana. Se separaron y echaron a andar por el andén: dejaron atrás un furgón de equipajes, luego otro, después un vagón muy cargado, cubierto con una lona. Era un tren de mercancías.

El jefe de estación se aproximó a ellos con un farol en la mano. Kien le preguntó:

—El tren militar de Hanoi, compañero, ¿dónde está? —preguntó Kien.

El jefe de estación levantó el farol para escudriñarlos detenidamente.

—¿Te has vuelto loco? —espetó—. ¿Es que quieres ir a la cárcel

o acabar acribillado a balazos? Es información militar, alto secreto. Largo o llamo a la policía. —Y se fue, dejándolos allí plantados.

—Deja que le pregunte yo —propuso Phuong, y salió corriendo tras él. Volvió a los pocos minutos, con expresión seria—. Tu tren pasó hace veinte minutos. Éste es de mercancías, pero también se dirige a Vinh, detrás del convoy militar. Tu unidad va delante por esta misma vía. ¡Arriba! Cuando llegue a Vinh, sólo llevaremos veinte minutos de retraso.

Era un riesgo. Vinh, una gran ciudad portuaria a medio camino entre Hanoi y la zona desmilitarizada que dividía Vietnam del Norte de Vietnam del Sur, era un destino evidente tanto para hombres como para mercancías que se dirigían al sur. Allí se mezclaría con los demás.

Abrieron la puerta y subieron al tren. El suelo estaba blando, como si fuese de tierra.

—Cierra la puta puerta —ordenó con aspereza una voz desde la oscuridad—. Con la puerta abierta nos descubrirán. Deprisa, dame la mano.

—Mejor hazte a un lado —pidió Phuong, aupándose con facilidad.

—¡Una maldita chica! —exclamó una voz ebria.

—Quitaos de en medio —exigió Phuong—. Dejadnos pasar.

Cuando ambos estuvieron dentro, ella le susurró a Kien, que estaba de rodillas:

—Túmbate. El tren se mueve.

—No deberías quedarte —dijo él.

—De modo que quieres volver a dejarme, ¿no? —replicó ella, cogiendo su mano—. Voy a acompañarte un poco, eso es todo.

Kien empezó a protestar de nuevo, pero era demasiado tarde. El tren salía de la estación dando bruscas, repentinas sacudidas que hacían que los vagones chocaran unos con otros. No tardó en adquirir una velocidad moderada.

—Venid aquí —invitó la voz—, hay mucho sitio, se está más cómodo. Podréis dormir abrazaditos. El presidente Johnson está de vacaciones; esta noche no atacará.

Avanzaron cogidos de la mano entre pilas de fardos de mercancías que llegaban hasta el techo.

—Vamos, vamos —urgió la voz. Y se oyeron las quejas de otros hombres que intentaban dormir —. Dejad paso a una guapa jovencita —añadió el desconocido.

Nada más acomodarse, Phuong abrazó a Kien y le besó las mejillas, procurando tranquilizarlo. Para él, todo aquello era en parte una pesadilla y en parte un sueño: ni el más fuerte de los abrazos conseguía que se librara de esa sensación de irrealidad.

El rudimentario y anticuado vagón tenía un techo alto que no dejaba de crujir, al igual que las

juntas de las paredes. El viento aullaba entre los tablones rotos.

A Kien lo invadió una sensación de desesperanza. Phuong sintió su desdicha.

—¿Por qué no..., por qué no me quieres?

Él fue incapaz de responder. Se limitó a quedarse allí tumbado escuchando los resoplidos de la locomotora, oliendo la humedad de la paja y la tierra del suelo, y la mezcla de carbonilla y gases que impregnaba el aire. Cada pocos minutos pasaban a toda velocidad ante sus ojos pequeñas estaciones y apeaderos, algunos débilmente iluminados por un poste de luz, única prueba de su existencia. Luego se oyó un estruendo al cruzar un puente de caballetes de acero. Se dirigían hacia el delta del río Rojo, donde empezaría la acción, y él saboreaba los últimos instantes de libertad y romance con Phuong; sólo Dios sabía qué sería de ellos cuando llegaran allí.

Más de una década después Kien revivía esos últimos minutos en el tren. Phuong lo había dejado hacía tiempo, por segunda vez, aunque por algún motivo aún permanecía una lámpara encendida en su habitación. Muchas veces, tras toda una noche bebiendo, olvidaba que había dejado encendida la luz e imaginaba que Phuong había vuelto. Se plantaba ante la puerta de su apartamento y llamaba y pronunciaba su nombre hasta que se acordaba de que aquella luz estaba encendida desde la marcha de ella.

A partir de ese momento fueron la nostalgia y los recuerdos de la guerra los que lo hicieron seguir adelante. Sin Phuong, era su única esperanza de seguir el ritmo de la vida normal. Los pesares de la guerra y la nostalgia lo arrastraban a las profundidades de su imaginación, donde su escritura encontraba un fundamento.

Kien y Phuong acababan de cumplir dieciséis años cuando terminaron noveno. Kien recordaba bien aquel acontecimiento. Fue a principios de agosto. Las Juventudes Comunistas del colegio de Chu Van An habían organizado un campamento de verano en Do Son, en el golfo de Tonkín, al que incluso podían ir aquellos que no pertenecían a las Juventudes, como Phuong y Kien.

Los primeros días fueron lluviosos y sombríos. El mar parecía una espuma perpetua, y llovía sin cesar. Luego, una tarde, las nubes se disiparon y lució un sol radiante, y todo cambió.

Los estudiantes sacaron sus bártulos y se pusieron a levantar las tiendas en la playa. Una vez montadas, a Kien le recordaron champiñones multicolores que brotaran de pronto entre las hileras de casuarinas. Esa noche encendieron una enorme hoguera y celebraron una fiesta a su alrededor. Era un momento tremendamente dichoso para todos ellos, y a medida que las llamas ganaban altura y fluían la cerveza, el vino y la música, algunos estudiantes se pusieron a tocar la guitarra y el acordeón, mientras otros arrancaban a cantar.

Fue una noche memorable, feliz, todos en tomo a la hoguera, entre los árboles, y al fondo el más oscuro de los mares. La velada terminó lenta, placenteramente: los estudiantes se fueron poco a poco a dormir. Kien, cerca de Phuong, se percató de que la chica estaba algo inquieta y le preguntó el motivo.

—Hay algo raro en el mar —repuso ella con evasivas—. Alarmante.

Soplaba una brisa marina de lo más normal, y unas olas suaves rizaban la superficie del agua. La luz de la luna se reflejaba en ésta, y en lo alto la estrellada noche parecía apacible.

Kien no notó nada fuera de lo común.

Echó algo más de leña al fuego. Phuong rasgueaba una guitarra con delicadeza, pero no cantaba. Entonces oyeron voces de adultos, apagadas, y pasos pesados.

Apareció un grupo de hombres, uno de los cuales se adelantó y dijo con tono de enfado:

—¿Por qué no habéis apagado la hoguera?

—¿Apagarla? ¿Por qué? —quiso saber Kien, levantando la cabeza.

Un marinero con un fusil al hombro los miraba.

—Apagadla —ordenó al tiempo que arrojaba arena al fuego con el pie.

—¿Por qué?

—No preguntes el motivo. Esta noche hemos recibido órdenes. Nada de hogueras en la playa. Ni luces. Ellos dan las órdenes, nosotros nos ocupamos de que se cumplan. No se nos permite preguntar las razones, es una orden militar.

—¿También está prohibido cantar? —inquirió Phuong, fingiendo inocencia.

El marinero dejó el arma en el suelo, suavizó su actitud y se sentó con ellos.

—No. No pares de cantar. Eso ha de seguir cueste lo que cueste. Cántanos una canción —pidió.

Otros dos marineros de la guardia costera se acercaron, se sentaron y miraron a Phuong, que dijo dirigiéndose al primero:

—Oh, no tenía intención de cantar. Sólo quería saber si estaba prohibido hacerlo.

—Canta de todas formas, compañera —dijo con expresión de tristeza—. Cántanos una canción de despedida. Os contaré un secreto, de todos modos mañana lo sabréis. Es la guerra. América ha entrado en la guerra. Luchamos contra los americanos.

Phuong comenzó a tocar con nerviosismo, rozando las cuerdas con sus finos dedos. Tras respirar hondo, como para tranquilizarse, alzó la cabeza y, mientras el chal se le resbalaba de los hombros, se puso a cantar dulcemente. Kien y los de la patrulla, que escuchaban en silencio, se entristecieron al oír sus dulces palabras:

Soplan vientos nuevos,

desde esta noche en el mundo soplarán vientos fuertes, ya no habrá paz, esa paz tan ansiada,

nuestros seres queridos lloran por los que perderemos, nuestros hijos no conocerán tiempos de paz.

Desde este momento soplan vientos nuevos.

El primer marinero, ya mayor, empezó a sorberse la nariz. Miró con tristeza a la bella Phuong y al apuesto Kien, como si fueran miembros de una generación condenada, víctimas inminentes de una nueva y larga guerra.

¡Guerra! ¡Guerra! Los bramidos del mar pregonaron el mensaje en la madrugada del 5 de agosto de 1965. A lo lejos, al otro lado del golfo de Tonkín, se desató una pequeña tormenta, y el grupo vio un rayo lejano y zigzagueante que parecía señalar el inicio de la contienda. Muy cerca, los demás estudiantes, alojados en sus tiendas alrededor de la hoguera, empezaron a despertarse y, poco a poco, presintiendo que algo había pasado, se reunieron junto al fuego a comentar la noticia.

Kien y Phuong dejaron el círculo de la hoguera y se retiraron a un lugar tranquilo donde no los oyeran ni viesen. Se abrazaron con urgencia. La certeza de que pronto se separarían y su mundo no tardaría en cambiar hacía que aumentase la desesperación. Se susurraron promesas inocentes, apasionadas, y se juraron no flaquear en su amor.

Y hablaron de la muerte.

Cuando volvieron al campamento, se encontraron con un panorama desolador: se había levantado viento y la lejana tormenta no había tardado en dar con ellos. Las mantas rodaban por la playa, las ráfagas de arena azotaban sin piedad y las tiendas se soltaban de las estacas. Justo cuando aquel viento huracanado amainó, los cielos se abrieron y pusieron punto final a las efímeras vacaciones en la playa.

Así fue como empezó la guerra, con una tormenta. Para Kien, ésta continuó durante casi once años, y después de que hubiera acabado sus cielos mentales permanecieron nublados otros diez.

Ahora, veinte años más tarde, proyectaba esas imágenes en la pantalla de su imaginación. Se veía a sí mismo y a Phuong en el tren de mercancías, camino de Vinh. Había sido una aventura alocada. Ahora Kien era un hombre distinto; tal vez Phuong no hubiese cambiado tanto.

En aquellos años acumuló un sinfín de pecados y una reputación terrible. Sin embargo, para él seguía representando un enigma, una persona adelantada a su tiempo en numerosos aspectos y, por extraño que parezca, eternamente pura.

Kien se alistó en el ejército en el verano de 1965, fue llamado a filas en otoño y no tardaron en destinarlo a lo que se conocía comúnmente como la Larga B, el nombre que los militares daban a los campos de batalla del sur. El tren de mercancías no se detuvo en Phu Ly, como esperaban. Giró un tanto hacia el este y continuó a toda prisa en dirección a Vinh, en la costa, lanzando largos y tristes pitidos a medida que ganaba velocidad en mitad de la noche. Phu Ly, Nam Dinh y Ninh Binh pasaron veloces y quedaron atrás, al norte. Todo parecía ir a pedir de boca.

—Mejor para nosotros —afirmó Phuong, encantada de que la escapada se estuviera prolongando. Su sensación de estar viviendo una aventura aumentaba con cada kilómetro que pasaba; se acurrucó junto a Kien y le susurró—: Cuanto más lejos vayamos, cuanto más perdida esté, mejor. Veremos cómo es la guerra.

Con el paso de los años, todo aquello sonaba a ficción, a historia inventada al margen de los recuerdos de la guerra. Pero había sido real.

El tren siguió aullando la noche entera, sin detenerse en las estaciones. En una ocasión, en un tramo recto que discurría por entre unos trigales, paró unos minutos. Varios hombres subieron furtivamente, y el convoy se puso en marcha de nuevo.

Cuando se acercaron los recién llegados, les hicieron sitio, y el espacio empezó a escasear. ¿Quiénes eran? ¿Soldados? ¿Comerciantes cerrando tratos a toda prisa? ¿Salteadores de caminos? Mis humo, más hedor.

Uno de ellos imitó a un jefe de estación chillando mientras el tren dejaba atrás velozmente un pequeño apeadero:

—¡Doonnnngg Giiaooooooowhosh!

Phuong soltó una risita.

—¿Cuánto falta para los campos de la muerte? —quiso saber.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —contestó Kien.

—Tengo sueño, pero no consigo pegar ojo.

—Mañana.

—¿Y si no hay un mañana?

Sus íntimos disparates se prolongaron una hora mis, un periodo de absoluta, romántica dicha en circunstancias extraordinarias.

En el tren de la paz, de regreso a casa, Kien conoció a Hien, la muchacha inválida. Se hicieron amigos, y el último día compartieron hamaca. Hien, la muchacha dulce y de ojos tristes de Nam Dinh. Ella tampoco lograba dormir, y no paró ni un momento de susurrarle ternezas mientras el tren traqueteaba rumbo al norte, hacia Hanoi.

El primer día de la guerra: con Phuong, de paso por Nam Dinh. El último día de la guerra: con Hien, oriunda de Nam.

El tren de la paz, como lo llamaban los soldados —oficialmente era el Thanh Nhat, el Tren de la Unificación—, pasó por Than Hoa con los primeros resplandores del alba. Tras liberarse de los brazos de Hien, se puso a mirar por la ventanilla. Campos, caminos, montes, aldeas, hierba mojada, riberas de ríos, bosquecillos de bambú, plantaciones de cocoteros, charcas, colinas, cementerios, rocas, riachuelos, todo pasando veloz ante el oscuro cielo de aquella mañana otoñal. «A casa, a casa», el murmullo de las vías se fue convirtiendo poco a poco en: «Al sur, al sur.» Durante un inquietante minuto, fue como si estuviera con Phuong, diez años antes, en su decimoséptimo verano, viajando al sur, al sur, al sur.

Se fundieron en un febril abrazo en el tosco suelo de aquel tren de mercancías, rodeados de sombras, invisibles pero cercanas, que roncaban, fumaban y hablaban en voz baja.

Sin embargo, ellos se encontraban en un mundo aparte, e incitante, Phuong se arrimaba a él una y otra vez como si estuvieran en la mullida cama de un vagón de primera. La pasión de Kien aumentó, y se pegó a Phuong para terminar retirándose en el último momento, como un guerrero que sacara a medias la espada y al punto la devolviera a su vaina.

—Ven, cariño. ¿Acaso tienes miedo? —lo instó ella.

Kien recordaba ahora que había estado a punto de responder. ¿Qué habría ocurrido? ¿Se habrían fundido finalmente aquellas dos almas puras en un amor verdadero a pesar de tan extrañas circunstancias?

En el cielo se oyó un curioso silbido, y a continuación un ruido fuerte, semejante al rugido de un motor en las alturas.

—¡Aviones! ¡Bombarderos! —exclamó alguien, y todos empezaron a revolverse en la oscuridad.

Los cazas habían descubierto el tren. Subieron muy alto, hacia el cielo de la mañana, y luego bajaron en picado.

Kien tardó en reaccionar. Aún estaba aturdido por el ajetreo cuando oyó ordenar a voz en grito:

—¡Parad el tren! ¡Alerta, alerta!

Mientras el convoy aminoraba la marcha, cundió el pánico. La puerta del compartimento se abrió brusca, estrepitosamente, y los asustados pasajeros comenzaron a saltar del tren en marcha, golpeándose contra las vías y las traviesas con un ruido sordo, espantoso. Kien estaba en pie junto a la puerta, tratando de orientarse, cuando se produjo el primer ataque directo.

—¡Kien! ¡Kien! —oyó decir a una chica. Debía de ser Phuong, pero la voz le llegaba desde otro rincón del vagón, y no veía a nadie en la oscuridad. Los aviones descendieron de nuevo, disparando cada vez con mayor precisión a medida que las bengalas iluminaban la escena.

Cegado por la claridad, Kien volvió a meterse dentro, y vio, a la deslumbrante luz, la increíble imagen de Phuong, tumbada en el suelo, forcejeando con un hombre que se le había echado encima. Se defendía a la desesperada, con el cabello suelto, la ropa rasgada, la boca tapada por una manaza brutal, mientras el tipo se movía encima de ella rítmicamente.

Kien resultó alcanzado por una explosión: salió despedido del vagón, rodó con violencia por el terraplén y chocó contra algo metálico con tanta fuerza que se desmayó. Cuando volvió en sí, le ardía el pecho, sentía en la boca el sabor salado de la sangre y estaba mareado. Miró el tren, algunos de cuyos vagones habían resultado dañados, y oyó un pitido. Con cierta premura, la locomotora empezó a alejarse resoplando, y los vagones comenzaron a cencerrear uno tras otro a medida que el convoy reanudaba lentamente la marcha.

Kien se subió de un salto y abrió la puerta de un compartimento, pero Phuong no estaba allí. Ni tampoco en el otro, ni en el otro. Presa del pánico, saltó al estribo de la locomotora de refuerzo, temeroso de quedarse atrás. Dos mecánicos con el mono manchado de grasa lo miraron con expresión compasiva. Tenían el rostro tiznado de carbonilla; sus ojos resplandecían, blancos como la nieve, bajo tan extraña máscara. Uno de ellos cogió una pala y se puso a echarle carbón a la caldera. El de más edad, el maquinista, tiró de un cordón y se oyó un pitido estridente. Kien se sentó, intentando, a duras penas, asimilar lo ocurrido. Empezó a ladearse, a punto de perder el conocimiento. El joven fogonero lo sostuvo y le limpió la sangre del mentón con el forro de su guante. Kien miró aquella sangre con incredulidad.

—Ánimo, hijo —le dijo el viejo maquinista—. Esto es un juego de niños. El primer asalto de la guerra. ¡No tiene ningún secreto!

Cuando la niebla se despejó, también Kien pareció recuperarse. De pronto recordó lo que creía haber visto en el compartimento y lo que quizás aún estuviese pasando allí. Conservaría aquel hecho en la memoria como su primera herida de guerra, en lugar de la sangre que manaba de sus heridas y manchaba el guante.

A partir del instante en que Phuong le fue violentamente arrebatada, dio comienzo en toda regla aquel baño de sangre, y su vida se convirtió en un sufrimiento y una frustración constantes. Al fin entendería el significado del verdadero sacrificio: amigos que morirían para salvar a otros.

La mañana del 30 de abril, en los momentos finales de la contienda, cuando su unidad de reconocimiento atacaba el edificio de Lang Cha Ca, en Saigón, Kien vaciló un instante en su avance, y ese segundo de vacilación le costó la vida al único otro superviviente de su patrulla. Querían entrar juntos en Saigón. Kien titubeó al oír disparos de ametralladora procedentes de la ventana abovedada de la planta baja del edificio. Habían bombardeado de tal modo el lugar que no parecía probable que quedara alguien con vida. Pero allí estaba, abriendo fuego .Kien se detuvo, se agachó y permaneció a la expectativa, moviéndose con cautela. Sin embargo Tu, que iba tras él, no aflojó la marcha, sino que pasó por su lado a toda velocidad y fue directo hacia los proyectiles de la ametralladora. Su espalda reventó, bañando en sangre el rostro de Kien. Eso reavivó el recuerdo de Oanh, muerto en la comisaría de Buon Me Thuot, cuando aquella policía —a decir verdad una niña— fingió estar muerta

y luego le disparó, sacrificando su propia vida al hacerlo. Y cuando Cu les proporcionó fuego de cobertura y contuvo a un regimiento enemigo mientras la patrulla de reconocimiento de Kien escapaba tras un ataque fallido a las unidades aerotransportadas del ARVN cerca del desfiladero de Phuong Hoang, perdieron a Thinh el Grande, a Tam y, naturalmente, a Cu, que dio su vida para que ellos salvaran la suya. Kien y los otros dos únicos hombres que quedaban de su patrulla de reconocimiento huían de las tropas del sur, que los perseguían implacables en la zona de Khanh Duong. Intentaban llegar al pie del desfiladero para alcanzar a su unidad.

Era totalmente de día, por lo que cualquier movimiento resultaba más peligroso. Agotados, pararon a descansar en la linde meridional de un bosquecillo de bambú. Tam rasgó una manga de su camisa para vendar la herida que Thinh tenía en la cabeza. Kien, recostado contra la pared de la zanja en la que se encontraban, apoyó la cabeza en las rodillas. Se había quitado el AK y lo había dejado a su lado. A sus espaldas, hacia el este, entró en acción la artillería sur— vietnamita, apuntando a las tropas del norte, situadas al oeste, y efectuando disparos de reglaje para corregir la desviación. A su vez, las tropas norvietnamitas les devolvían el fuego, empleando asimismo balas trazadoras para calibrar sus miras. Los dos ejércitos se hallaban cada uno en un extremo del valle de Khanh Duong; los tres supervivientes, entre unos y otros, en tierra de nadie. A medida que ambos bandos horquillaban sus blancos, toda la zona temblaba bajo el fuego de las armas ligeras y el creciente estruendo de los proyectiles de artillería.

Tam se ocupaba de la cabeza herida de Thinh. Kien estaba sentado muy cerca de éste enormemente afectado por haber tenido que dejar atrás a Cu, que había dado la vida para que ellos lograsen escapar.

—De toda la patrulla sólo quedamos nosotros tres —se lamentó Kien.

—Ya te preocuparás por eso más tarde —dijo Tam mientras vendaba la herida—. Agradece el que aún estemos vivos. Nos hemos salvado por los pelos.

Una sombra negra les pasó por encima sin previo aviso, rozó las cañas de bambú y, ¡paf!, aterrizó justo delante de ellos.

Un paracaidista había ido a dar justo sobre su escondrijo, en lo alto de un pequeño terraplén, y miraba al sorprendido trío mientras les apuntaba con su AR15. Los tres AK seguían en el suelo, al lado del grupo, pero ya no servían de nada.

El paracaidista era un joven alto con el cabello largo y suelto. Llevaba la boina roja sujeta bajo la hombrera, y tenía el uniforme salpicado de tierra roja oscura, señal de su intensa actividad en el combate. Cuando apoyó el dedo en el gatillo, Kien se puso rígido, esperando que las balas le reventaran el pecho, le destrozaran el rostro y salpicaran el suelo de la jungla con su sangre, como tantas veces había visto en otros.

—No dispare, señor —se apresuró a implorar Tam—. Me rindo. Nos rendimos.

El del sur rompió a reír y, gesticulando con la mano libre, les ordenó:

—Vosotros tres, hijos de puta, ¡arriba, deprisa!

Se levantaron, temiendo una muerte inminente. Tam, que iba delante de Kien, empezó a subir el pequeño terraplén, tal y como le habían ordenado. De pronto arremetió contra el paracaidista, lo cogió de una pierna y tiró de ella con fuerza. El otro abrió fuego, pero los disparos hendieron inofensivamente el aire. Tam y el paracaidista cayeron rodando a la zanja, y Thinh le gritó a Kien:

—¡Corre, deprisa, corre!

Kien se debatía entre acudir en ayuda de Tam y seguir a Thinh. Estaban aterrizando más paracaidistas, algunos de los cuales caían en el bosquecillo cercano a ellos. Escogieron la única ruta posible y echaron a correr por la zanja, alejándose de Tam y del primer paracaidista. Los otros empezaron a dispararles: las balas zumbaban a su alrededor y a sus espaldas mientras corrían en zigzag.

—¡Ah! —gritó Thinh.

Eso fue todo lo que Kien oyó. Sólo un leve grito mientras su compañero salía despedido por los aires, se encogía y moría.

Kien continuó protegido por el bambú. Los paracaidistas disparaban toda clase de armas, incluidas bazucas, pero no conseguían darle.

Kien siguió corriendo hasta caer agotado. Mientras continuaba a rastras en dirección a sus líneas, sus emociones se revelaron: sentía un dolor insoportable por haber dejado y perdido a sus compañeros, y una inmensa euforia por haber burlado a la muerte una vez más.

Curiosamente, ésa no fue su huida más memorable. La más trágica, desgarradora y peligrosa fue aquella en que se vio envuelta Hoa. Sucedió durante la retirada que siguió a la ofensiva del Tet de 1968, una época desafortunada en lo que a ellos se refería. Para su patrulla de reconocimiento, hasta el cielo resultaba peligroso durante aquellas dos semanas de retirada, en que tenían que trasladar a los heridos y arrastrarse por la jungla hacia el oeste, rumbo a la frontera camboyana. En menos de quince días los habían rodeado dos veces, y otras tantas habían escapado a la desesperada de las trampas, combatiendo sin miedo.

La unidad de Kien era un auténtico caos y estaba en las últimas. Libraron un duro combate tratando de cubrirse la retirada mientras se dirigían al oeste y, junto con tres hombres de otra compañía, cruzaron el río Poco y avanzaron furtivamente hasta la colina Negra, que los B52 habían reducido a cenizas. Desde esa relativa seguridad, salieron corriendo hacia poniente en un intento de salvar la vida.

Cuando atravesaban una depresión cubierta por la jungla al pie del monte Ngoc Bo Ray, el grupo topó con un equipo de camilleros que se encaminaban hacia territorio camboyano. Muy a su pesar, Kien y sus hombres se unieron a los camilleros, que procedían de la zona del río Sa Thay, y continuaron la marcha con ellos. Todos andaban escasos de comida, y sus unidades habían quedado hechas trizas. Se hallaban exhaustos y débiles y parecían perdidos, aunque contaban con una guía. No obstante, ésta no formaba parte de las minorías Thuong, que conocían el territorio fronterizo, sino que era del norte.

Las tropas americanas estaban por todas partes, y la harapienta unidad vio rastros de su paso por allí en diversos puntos, así como otras huellas de su presencia. Esperaban tropezarse con ellas en cualquier momento, sobre todo cerca de las pozas: se encontraban en la estación seca, y no quedaban muchas fuentes de agua potable, de modo que era lógico sufrir emboscadas en sus cercanías.

Además, tenían que vérselas con los aviones de reconocimiento y los bombarderos que surcaban los cielos. Tras algunos encuentros inesperados con el enemigo, se contabilizaron nuevos heridos, entre ellos los camilleros. Se distribuyeron en grupos de tres, cada uno de los cuales llevaba dos camillas. Avanzaban a duras penas, furtivamente, rumbo al oeste, hacia el río Sa Thay. Al parecer

habían estado dando vueltas alrededor del monte Ngoc Bo Ray, pues aguzaron el oído en vano esperando percibir el grato murmullo del río, que había de ofrecerles una relativa seguridad.

Hoa, la guía del norte, contestó con aplomo al comentario de Kien de que estaban perdidos. Al no disponer de brújula ni de mapa alguno, se veía obligado a confiar en ella, pero intuía que se habían perdido, y a la tercera mañana la situación se tornó desesperada. En lugar de aparecer en la margen oriental del Sa Thay, cerca de Camboya, llegaron a la orilla de un inmenso lago innavegable.

—¡Santo cielo! ¡El lago Cocodrilo! —se lamentó Hoa, decepcionada.

Kien estaba indignado: se quedó mirando con aire taciturno aquel lago poblado de juncos, viendo ascender los hediondos vapores, contemplando a los cocodrilos, que se deslizaban al acecho por entre el fangoso verdín de la orilla.

—¿Qué es esto? ¿Una excursión? Nos has traído al apestoso lago Cocodrilo. ¡Estupendo!

—Lo siento, ha sido un error —se disculpó la guía humildemente. —No es un error, es un puto delito —farfulló Kien con crueldad—. Debería pegarte un tiro, pero las balas no serían suficiente.

A Hoa se le llenaron los ojos de lágrimas, y comenzaron a temblará los labios.

—Pagaré por mis errores, por favor, deja que repare mi falta. Encontraré el camino —aseguró lloriqueando.

—Bueno, si te parece, nos lavaremos en el fango mientras te esperamos —masculló Kien.

—No. No hace falto. El lago Cocodrilo está cerca del Sa Thay. Retrocederé y buscaré el sendero. No está lejos. Por lo pronto, pongámonos a cubierto cerca de esas estribaciones que hemos dejado atrás. Encontraré el camino y al anochecer estaremos en marcha de nuevo. —Habló deprisa, ansiosa por subsanar su error.

Los aviones de reconocimiento describían círculos en lo alto. Los morteros enemigos caían con intensidad creciente sobre algún objetivo al otro lado del lago. Las ondas expansivas empezaban a llegar a la orilla en que ellos se encontraban.

—Es culpa mía, camaradas, encontraré el camino —insistió Hoa con impaciencia—. Pero primero pongamos a cubierto a los heridos.

A esas alturas Kien ya no confiaba en Hoa; sin embargo, era su única esperanza, ya que ninguno de ellos conocía la región. La vida de un montón de heridos y sus camilleros dependía de que la muchacha fuera capaz de dar con el camino hacia la seguridad de la frontera. Los heridos, consumidos por el hambre y el agotamiento, estaban pálidos.

Se alejaron de la orilla del lago en dirección a una zona rocosa llena de grietas y peñascos que los protegían del sol implacable y los aviones de reconocimiento. Una calma inesperada y ominosa se instaló en el lugar. Los morteros cesaron, y dejó de oírse el rugido de los cazas. Les llegaba el eco de algún disparo esporádico, pero aparte de eso sólo los lamentos de los heridos rompían el silencio.

El calor y la humedad resultaban agobiantes. Kien, con el ceño fruncido, se dirigió a Hoa en tono amenazador

—Si no nos llevas hasta el río... ya sabes cuáles serán las consecuencias...

—Sí. Ahora deja que me vaya —repuso la chica.

Kien se despojó del AK y se lo dio a un camillero.

—Si vienen los americanos, usa esto —dijo—. No quedan muchas balas. Coge también esta

pistola. Aún tienes cuatro disparos. Yo usaré las granadas. —Le entregó otra pistola a Hoa—. Evita enfrentamientos. Hemos de dar con la salida, no meternos en tiroteos, ¿entiendes?

—Deja que vaya sola, tú quédate descansando —le propuso ella.

—No. Iré contigo.

—No te fías de mí. La encontraré, no te preocupes.

—No, no me fío de ti. Lo creeré cuando lo vea. Nuestro único deber es cuidar de esos heridos: tenemos que encontrar una salida a toda costa —insistió él.

—Entendido —contestó Hoa, mirándose las botas.

Empezaron a desandar el camino. Cuando surgió ante ellos una roca con forma de cabeza, Hoa musitó en tono apremiante:

—Ésa es. Giramos aquí. Aquí es donde nos equivocamos: no vi la roca desde el lado por el que llegamos.

—¿Seguro? —inquirió Kien.

Ella asintió.

—Recuerdo esta roca. Ahora estamos cerca del sendero —afirmó en voz baja.

Se desviaron del camino y descubrieron una senda poco transitada que discurría por el cauce seco de un riachuelo; al poco percibieron el olor y el murmullo de las dulces aguas del Sa Thay. El panorama era distinto: la zona se notaba más fresca, y la jungla, más verde. Ambos volvieron a sentirse seguros. Hoa echó a andar entre charcas e hileras de arbustos de radiantes flores rojas.

El sendero que se proponían seguir estaba prácticamente cubierto por la maleza, pero el sonido del río bastaba para guiarlos. Toparon con un campo de mandioca abandonado cubierto de enea y se vieron de pronto frente al río.

—No hace falta que bajemos del todo —decidió Kien—. El camino está despejado. Vamos a buscar a los demás para traerlos antes de que oscurezca.

—Primero tengo que descansar un poco —pidió ella.

—De acuerdo. Yo también estoy agotado —admitió Kien.

Se sentaron a cubierto, contemplando los campos y los bancos de arena del río. Kien, ya de mejor humor, miró a Hoa, que le preguntó:

—¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, pero ¿de dónde los has sacado? —inquirió él con una sonrisa.

—Me encontré un paquete de Salem. Quedaba uno. —Extrajo la aplastada cajetilla del bolsillo superior y encendió el pitillo; le dio unas caladas y, acto seguido, se lo ofreció a Kien.

—Eso significa que los americanos andan cerca —dedujo él, mirando el paquete.

—No necesariamente —repuso ella—. Nosotros también conseguimos Salem. Pero deberíamos haber traído el AK —añadió.

—Sí, pero pensé que ellos lo necesitarían si los americanos los encontraban. Los heridos no pueden andar, de modo que han de luchar. De todas formas, casi no tenemos munición. Debemos evitarlos, así de simple. Es la única manera de sacar de aquí a los heridos sanos y salvos.

La muchacha asintió y le indicó con un gesto que le diera una calada. Kien le colocó el cigarrillo entre los labios.

—No suelo fumar, pero quiero compartir un pitillo contigo. No sé por qué estoy tan nerviosa —

reconoció Hoa.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Vine al sur en 1966, hace dos años, pero pasé la mayor parte del tiempo en las tierras altas centrales, así que no conozco nada esta zona. Ha sido el peor momento de mi vida. La cosa está muy mal, ¿no? Quiero decir que la lucha va a durar, ¿no crees?

—A veces pienso que la verdadera lucha no ha hecho más que empezar. Ahora todo es así en todas partes —contestó Kien.

Oyeron un helicóptero. Luego disparos de fusil.

—No olvides el camino —le susurró Hoa en tono apremiante.

—Pero ahora los dos lo conocemos —dijo él.

—Sí, pero me pegarás un tiro si cometo otro error.

—Olvídalo, Hoa —aseguró Kien—. Antes estaba enfadado.

—No, hablo en serio. La jungla me resulta extraña. Soy de la costa, de Hai Hau. Hasta que vimos la roca con forma de cabeza, estaba completamente perdida.

Kien la miró con mayor atención.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi veinte. Me alisté a los dieciocho —contestó ella—. Pero sigo sin acostumbrarme.

—Nadie se acostumbra —aseguró Kien mientras apagaba el cigarrillo contra el suelo—. Espérame aquí. Volveré por los otros. Necesitas descansar. Aún nos queda un largo camino por delante.

—No. Soy la guía, es mi deber —insistió Hoa, que parecía nerviosa. Kien se paró a escudriñarla, hasta que ella levantó la cabeza de nuevo—. Me da miedo quedarme sola —confesó—. Quiero estar contigo, Kien.

Kien se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros para reconfortarla. Agradecida, la muchacha se apoyó en él, y ambos permanecieron así unos minutos; sólo se movieron cuando sobrevoló la zona un avión de reconocimiento que seguía el curso del río. Kien se puso en pie despacio y ayudó a Hoa a hacer lo propio. Parecía tan joven... Y él había estado a punto de pegarle un tiro sólo por perderse en una jungla que le resultaba desconocida.

Cuando llegaron al pie del monte Ngoc Bo Ray, el sol se estaba poniendo tras los picos: la tarde tocaba a su fin. A pesar del silencio sobrecogedor, ambos iban a toda prisa. En el aire Botaba una tensión incómoda, interrumpida por el susurro de la hierba seca y el crujido de las ramas al quebrarse. Una cobra cruzó el sendero ante ellos, huyendo de algo.

Se pararon en seco, expectantes. Acababan de dejar atrás la roca con forma de cabeza donde habían de girar y ya olían los pantanales del lago Cocodrilo.

Algo se movía en la jungla, muy cerca de ellos. Una bandada de pájaros, asustados por algún movimiento, levantó el vuelo un poco más allá, lanzándose al calor del día antes de regresar al frescor de unas ramas más altas. Tras iniciar un lento avance, Kien se detuvo de pronto, cogió a Hoa del brazo y la obligó a agacharse. A unos cuantos metros de donde se encontraban apareció una patrulla americana que iba abriendo un angosto sendero a su paso. De un momento a otro estarían delante de ellos.

Lo primero que vio Kien no fue un hombre, sino un perro rastreador grande como un ternero, un

pastor alemán.

El perro tiraba de una resistente correa de cuero que sostenía un soldado negro con chaleco antibalas y casco de acero. Lo seguía otro negro, éste con el torso descubierto, salvo por una enorme cinta de munición para ametralladora que le cruzaba el pecho en diagonal. Tras él iba un blanco, también musculoso y desnudo de cintura para arriba. Luego un cuarto..., y había más, desplegados en abanico por detrás de este último. Era difícil saber exactamente cuántos sumaban, pero se movían deprisa y con soltura por la jungla, sin descanso, como lobos taimados que siguieran un rastro, en absoluto silencio.

El perro se detuvo junto al arbusto que ocultaba a Kien y empezó a olisquear. El adiestrador había cogido algo con el cañón del fusil. Kien, temblando de miedo a unos pocos pasos, lo vio: era un trozo de venda blanca. Llevó la mano a la granada, temiéndose lo peor. Cayó en la cuenta de que los americanos seguían la senda que ellos habían tomado anteriormente con los heridos y que conducía al lago Cocodrilo. De lo que no se percató fue de que Hoa se había escabullido sin hacer ruido de donde él se encontraba agazapado.

La patrulla americana continuó avanzando tras el impaciente perro, siguiendo las huellas que ellos habían dejado hacía unas horas. Al dar con el rastro, se hicieron señas y musitaron algo. «Qué fácil es descubrirnos», pensó Kien. Camillas transportadas por hombres que probablemente también estuviesen heridos y agotados y que difícilmente se preocuparían de borrar sus huellas.

«Nuestros heridos están a su merced», se dijo, y soltó una maldición. Un sentimiento de vergüenza e impotencia empezaba a apoderarse de él cuando, de súbito, se oyó un disparo de pistola.

Fue un ruido sordo, breve, pero estremeció la silenciosa jungla y resonó en el manso aire vespertino. El perro lanzó un gañido de dolor. Kien vio que los americanos reaccionaban en el acto, arrojándose al suelo y rodando al caer. El adiestrador, que encabezaba la marcha, soltó la correa del animal herido y rodó para ponerse a cubierto.

Sonó un segundo disparo, que volvió a acertarle al perro, el cual aulló de nuevo, se enfureció y se dispuso a arremeter contra el responsable de su sufrimiento. Kien, ahora detrás de la patrulla, quedó atónito al ver aparecer a la pequeña Hoa tras un hormiguero de barro. Era el vivo retrato del valor: en pie ante el sol poniente, el bello, esbelto cuerpo erguido, el brazo extendido mientras le disparaba al perro, y sólo a éste. Los últimos rayos de sol recortaban su silueta contra el paisaje lacustre del Cocodrilo, tiñendo su piel de un tono cobrizo, lo que le confería el aspecto de una estatua de bronce. El largo cabello se le arremolinaba sobre los hombros, y bajo los pantalones cortos Kien observó que tenía arañazos recientes que aún sangraban. El perro cayó finalmente muerto tras los dos últimos disparos de la muchacha.

Hoa bajó el brazo y, a continuación, lo levantó para lanzarles la pistola a los americanos.

Los soldados no abrieron fuego, pero los más adelantados echaron a correr hacia ella. Detrás fueron otros, incluido uno que casi le pisa la mano a Kien. Éste miró una vez más a Hoa y la vio salir corriendo, alejarse de la senda que seguía la patrulla. Aunque era rápida, aquellos soldados eran atletas, de modo que la atraparon a unos treinta metros, sujetándola entre gritos entusiastas.

Ya lejos, y relativamente a salvo, Kien se arrastró hasta una posición más segura e intentó averiguar qué le sucedía a Hoa. Podría haber arrojado la granada y dispersarlos, que fue precisamente lo que deseó hacer cuando vio lo que le estaban haciendo a la chica.

Sin perder el control ni levantar la voz, los americanos desnudaron a Hoa y empezaron a follársela con violencia, el adiestrador en primer lugar. Algunos se quedaron en un segundo plano, pero, a juzgar por la actitud que adoptaron, mientras otros esperaban su tumo, parecía que la patrulla finalizaría con la violación.

Kien, que sólo disponía de una granada de mano, no podía hacer prácticamente nada. Hoa había salvado a quince soldados heridos y enfermos de una muerte segura disparando primero al perro y desviando después a los americanos de la senda que les habría llevado directamente hasta ellos, que no habrían podido hacer gran cosa para defenderse de una patrulla tan bien armada y en forma.

«También se entregó para salvarme.» Con esa idea en la cabeza, Kien volvió a ponerle el seguro a la granada. Mientras en el pequeño claro del bosque, durante los últimos minutos de aquel día angustioso, proseguía la casi silenciosa pero brutal violación múltiple de Hoa, Kien se escabulló sigilosamente, alejándose de los americanos para llegar junto a sus hombres.

Esa noche siguió los pasos de la joven hasta el río y logró vadearlo con los heridos.

Sabía que era poco probable que topasen con otra patrulla, sobre todo de noche, pero se pasó horas con la mano en la granada, tanto que la anilla estaba caliente. Ni uno solo preguntó por Hoa. Al principio, a Kien le pareció extraño y desagradable; luego, al aceptarlo, también él empezó a olvidarse de la chica. ¿Acaso tales sacrificios eran ya cosa de todos los días? ¿O es que se daban por supuestos, incluso de gente un ¡oven? O, peor aún, ¿estaban tan preocupados por su propia seguridad que no les importaba la de los demás?

Muchos años más tarde, Kien volvió al lago Cocodrilo con el equipo del MIA. La imagen de Hoa lo asaltó nada más llegar, y se puso a buscar el viejo sendero que conducía a la ribera del río, donde hablan fumado juntos el Salem y él se había disculpado por querido pegarle un tiro. Todo aquello parecía muy lejano, y como ni siquiera fue capaz de encontrar la roca con forma de cabeza —habían volado o se había erosionado—, se le antojó improbable que semejante cosa hubiese ocurrido. Por supuesto que había ocurrido, pero el no dar tampoco con el claro en el que la había visto por última vez le permitió aventurar esa posibilidad.

Lo que quedaba era dolor, un dolor inmenso, el dolor da haber sobrevivido. El dolor de la guerra.

Sin embargo, para Hoa y para otros muchos apreciados camaradas, anónimos soldados de a pie que se sacrificaron por otros y por su país, encumbrando y enalteciendo el nombre de Vietnam, dotando de una belleza espiritual los horrores del conflicto, la guerra no había sido sino un nuevo, brutal, ejercicio de sadismo.

El propio Kien habría muerto hacía tiempo de no ser por el sacrificio de otros; tal vez incluso se hubiese quitado la vida para librarse de la carga psicológica de haber matado a gente. No lo biso; en su lugar escogió vivir la vida de un soldado hormiga, llevar la carga de los subordinados.

Después de 1975, todo aquello se calmó. Los vientos de guerra cesaron. Las ramas del conflicto dejaron de susurrar. «Como habíamos ganado —pensó Kien—, ello significaba que había ganado la justicia: era un consuelo. ¿O no? Piénsalo detenidamente; adra tu propia existencia. Mira atentamente la paz que tenemos: dolorosa, amarga y triste. Y mira a quienes ganaron la guerra.

»Para ganar, unos mártires sacrificaron su vida a fin de que otros sobrevivieran. No es nada nuevo, cierto. Pero para los que siguen

vivos y saben que los más bondadosos y dignos han caído, o incluso han sido torturados y humillados antes de morir, o enterrados y borrados por la maquinaria de la guerra, este hermoso panorama de calma y paz constituye una atroz paradoja. Es posible que haya ganado la justicia, pero también han ganado la crueldad, la muerte y la violencia inhumana.

»Párate a mirar y piensa: ésa es la verdad.

»Las pérdidas se pueden subsanar, el daño se puede reparar y las heridas cicatrizarán con el tiempo; pero las cicatrices psicológicas de la guerra nunca desaparecerán.»

La luz que quedó encendida en el apartamento de Phuong por fin se ha apagado. Ahora Kien tiene la impresión de haberla perdido para siempre. Sus días en la Tierra parecen estar contados y no encuentra sentido a su existencia. Sin embargo, bien mirado, también eso resulta melodramático. Ha de acabar su novela, y no puede poner fin a la vida hasta que la haya terminado.

Las revistas compran sus artículos, y llega a fin de mes gracias a pequeños trabajos de corrección. Le llevan muy poco tiempo y no requieren que se concentre demasiado, mientras que su nombre en las revistas le garantiza al menos lo suficiente para cubrir gastos.

Entretanto, el manuscrito crece más y más. Él sigue bebiendo, pero también trabajando. Por la noche va a un bar del lago que no cierra, pide café, enciende un cigarrillo y compra el periódico de la mañana. Si sale por la tarde, cuando las calurosas calles están abarrotadas y polvorientas, a menudo la gente lo aborda y le pregunta:

—¿Cómo va el libro?

—Bastante aburrido —responde.

—Es el famoso escritor que vive en nuestra manzana —les oye decir.

Una tarde pasa ante un hombre que vende cobras en la acera. Las serpientes parecen muertas, agotadas por las exigencias de una vida agitada y deseosas de volver a esa otra jungla, más segura.

En la acera opuesta, los niños se apiñan en torno a un ciego que vende globos de colores.

Alrededor del lago, los indigentes duermen en bancos de piedra. Las hojas otoñales caen y forman un mullido manto sobre la hierba. La ciudad está atestada, pero triste. Un día se propuso ir a trabajar a una oficina, pero cuando llegó a la calle dio media vuelta y regresó, subió las escaleras y cerró la puerta a sus espaldas.

Retazos de su vida de escritor.

Ahora sus amigos viven muy lejos. No le escriben. ¿Por qué? Él no les escribe. Últimamente no habla mucho con nadie, sólo con la muchacha muda que vive en el desván, el viejo estudio de su padre. «Y eso cuando estoy borracho», admite para sí.

Kien se encuentra de vuelta en su apartamento de Hanoi, como de costumbre: cuando la historia que aborda se revela aburrida, lenta y sin sentido, su mente empieza a zozobrar. Tenía pensado escribir algo determinado, pero la pluma toma otra dirección, como si tuviese vida propia. Se plantea si dejar la página o borrarla cuando recuerda otra historia. Una historia ridícula sobre una herida ridícula que padeció en Dac To. «El sur ataca de nuevo —pensó—. Ahora utiliza bellas agentes.» Se echó a reír.

¿Herida? Así la llamaban. Era una enfermedad venérea. Se hallaba en un dispensario militar cuando llegó otro soldado. Kien no le daba la menor importancia. Encontraba divertidísimo que el comandante de la guarnición que más tarde ocuparía Saigón lo eligiera a él para que lo ayudase a

controlar a sus hombres por la noche. Tantos eran los que se escabullían para ir en busca de chicas cerca del aeropuerto. Sin embargo, el otro soldado se mostraba indignado y temeroso. Gritaba, se desesperaba y se lamentaba de su suerte.

Kien lo reprendió.

—Seguro que no es nada comparado con otras heridas que habrás tenido —le dijo.

El otro arremetió contra él y lo llamó imbécil.

—Esto es peor que estar ciego —replicó con dramatismo.

¡Se lo tomaba tan en serio! Kien se lo imaginó fundando un pequeño club de soldados que habían pillado la gonorrea en la guerra, sólo para descubrir más tarde lo insignificante que era su «herida».

Se encontraba tumbado en la cama, con las manos tras la cabeza, pensando en su estado, en la afección de su corazón. Deseaba que llegara un día en que recuperara la salud y el entusiasmo, y con ello el deseo sexual de costumbre; se contentaba tratando de revivir su juventud. Eso lo ayudaba a desembarazarse de su oneroso pasado y a aliviar su melancolía. Por otro lado, en su vida actual había algunas diferencias importantes.

Había descubierto que era más feliz cuando volvía la vista atrás; su camino en la vida, que en su día había supuesto que lo conduciría a un bello futuro, había dado un giro, devolviéndolo a la tenebrosa oscuridad de la dura época que había vivido su patria.

La felicidad parecía residir en el pasado; cuanto mayor era, más optimista se le antojaba éste. La vida anterior a que aquel soldado adolescente se fuera al sur se asemejaba ahora a un día largo y hermoso.

En uno de los momentos de mayor paz, se puso a analizar la nueva existencia por la que habían optado sus colegas después de la guerra. Algunos se habían quedado en el sur, bien porque buscaban un clima más benigno, bien por las oportunidades económicas que presentaba, o tal vez porque habían llegado al final de su camino. Otros permanecieron en las tierras altas centrales. Quizá desearan evitar volver al aburrido norte.

Muchos de los que regresaron a las tierras altas después de la contienda disfrutaban ahora de una vida saludable al aire libre, sin ataduras. Cultivaban los campos o trabajaban en la jungla o en nuevas aldeas que habían surgido a orillas de los ríos Poco, Sa Thay, Serepoc y Ya-Mo. Los infiernos de antaño se habían convertido en estampas de apacible tranquilidad rural. En el borroso pasado, un comisario político le había soltado un sermón sobre la vida después de la guerra. Kien había olvidado al comisario, pero su consejo rezaba así: «Llevas varios años combatiendo en el sur. Has sufrido privaciones y tienes las manos manchadas de sangre. A partir de ahora será mejor que vivas cerca de la naturaleza y trates de acercarte a la gente trabajadora normal y corriente. Eso aliviará tu sufrimiento y te traerá la felicidad.»

Kien imaginó a sus antiguos compañeros trabajando la tierra, talando y quemando en la estación seca, escardando en la lluviosa. Yendo a la jungla en la estación de las lluvias a coger setas y cortar brotes de bambú. Pescando y cazando, cosechando. Curtiendo unas manos encallecidas, ensanchando una espalda musculosa.

Los sacos de sal y arroz, la mandioca, el sudor del trabajo duro ¿le habrían deparado esa alegría que parecía haberlo abandonado para siempre?

Una escena rural en particular volvía con frecuencia a su memoria. Constituía un símbolo del

paraíso perdido.

En el sector meridional de las tierras altas centrales, las unidades de la 10.ª División efectuaban una rápida marcha desde el desfiladero de Ngoan Muc hasta Di Linh, atravesando Don Duong y Duc Trong y bajando por la carretera 20.

Por primera vez en la vida se sentía realmente en casa en el campo. Su corazón ansiaba abandonar la violencia, la muerte y la destrucción y asentarse en los apacibles alrededores de aquel rincón de las tierras altas bajo un cielo tranquilo, en calma. A partir de ese instante, utilizó tan bucólica escena como rasero para otras zonas rurales y símbolo de lo que podría haber sido.

Una tarde, Kien y su patrulla de reconocimiento iban en jeep por la carretera 20 cuando decidieron desviarse y echar un vistazo a un cafetal. Había un camino de grava muy cuidado que discurría entre densas plantaciones y llevaba a una bonita casa construida sobre pilotes, bastante apartada del camino. Se acercaron lentamente a la bella construcción y detuvieron el jeep, que llevaba una ametralladora montada justo detrás del conductor y tenía un aspecto amenazador. Bajaron educadamente y subieron los peldaños con la intención de pedir algo de agua y un lugar donde descansar.

La casa era de madera y tenía ese tejado alto y puntiagudo tan popular entre las tribus de las montañas. El dueño de la plantación los saludó con amabilidad, les enseñó la casa y les mostró el arado, el sistema de riego y el generador, que casi no hacía ruido, en armonía con el apacible entorno.

Los jardines que rodeaban la preciosa vivienda estaban cuajados de flores, y en la parte trasera había un huertecito con hierbas y verduras para la cocina.

El propietario y su esposa habían bajado del norte y tenían un hijo de siete años. Cuando el equipo de Kien entró en la casa, armado hasta los dientes, el uniforme sucio y sudoroso, la familia se sintió a todas luces violenta y nerviosa, si bien procuró que no se le notara.

Invitaron a los soldados a comer algo; éstos rehusaron y la pareja no insistió. El dueño les habló de la vida en el cafetal mientras su esposa se dirigía a la cocina a preparar café. Era sorprendentemente culto, franco y educado.

—No hemos visto guerrilleros, y menos aún soldados profesionales del ejército norvietnamita como vosotros. Llevamos una vida sencilla cultivando café, caña de azúcar y flores —empezó—. Gracias a Dios, gracias a la tierra, a los árboles y a la naturaleza, y gracias a nuestras manos y energía y al dinero resultante de nuestro trabajo, somos autosuficientes. No necesitamos ayuda de ningún gobierno. Si el presidente pierde la guerra, dejemos que siga en el otro bando, aunque seáis comunistas. Vosotros también sois humanos. Queréis paz y una vida tranquila, fundar una familia, ¿no es así, amigos?

Nadie puso en duda sus palabras, aunque en los tiempos que corrían semejante franqueza resultaba peligrosa. Por suerte, ninguno de ellos tenía ganas de impartir doctrina, de modo que se pasaron el día hablando de la agricultura, el trabajo y la dicha familiar. Apenas se volvió a mencionar la guerra.

Tomaron un café estupendo, lo cual aumentó la intimidad y la calidez del ambiente. La mujer los miraba con ojos tiernos y cordiales: rara vez intervenía, pero formaba parte del grupo. El esposo, por su parte, hablaba con sinceridad y trataba a los soldados como si fueran sus invitados. No

tardaron en sentirse como en casa; ni siquiera el esporádico, desagradable golpeteo de una granada o un arma en el respaldo de la silla al cambiar de postura rompía el apacible encanto. El aroma a café y a madera de pino de la leña recién cortada pareció hechizarlos, y experimentaron una sensación de malestar, que luego se convirtió en dulce aflicción.

Dentro de aquella casa era como si formasen parte de un pequeño círculo familiar. Fuera los aguardaba el amplio círculo de la guerra.

Cuando a última hora de la tarde se alejaron de la plantación, estuvieron unos minutos sin hablar. Finalmente, Van, licenciado en Economías y Urbanismo, dijo:

—Ahí tenéis. ¡Así es como hay que vivir! Qué oasis de paz y felicidad. Si ganamos, mis profesores vendrán con sus teorías marxistas y se lo cargarán todo. Me horroriza pensar lo que será de esa pareja, pronto sabrán lo que significa el nuevo orden político.

—Serán desdichados, ya lo creo que sí —admitió otro—. Si finalmente ganamos y volvemos después de la guerra, me pregunto si seguirán tratándonos con amabilidad.

—¡No a menos que regreses convertido en presidente de la nueva cooperativa! —exclamó Van entre risas.

La idea, sin embargo, los dejó consternados, y cuando Van habló de nuevo, su voz sonaba melancólica.

—Sí que será triste —dijo—. Me pregunto si en mi distrito habrá alguna vez granjas tan bonitas. Aunque el paisaje en Moc Chau se parece a éste, siempre hemos sido muy pobres.

Kien no intervino en la conversación, pero cada una de sus palabras se le quedó grabada en la memoria, y años más tarde, en el sur, recordaría aquel día en varias ocasiones. Había planeado tímidamente visitar de nuevo la plantación, pero nunca parecía tener tiempo.

En cuanto a Van, Thanh, Tu y cuantos estuvieron en el cafetal con él aquella tarde tan especial, habían muerto hacía tiempo.

De todos los que fueron, sólo él vivía para recordar la visita. No había sido mucho más que una parada circunstancial en el largo camino del conflicto, y sin embargo seguía constituyendo un recuerdo especial que adquiría cada vez más calidez e importancia a medida que pasaban los años.

No puede dormir. Piensa en Phuong, luego en su apartamento. En realidad no era más que una habitación idéntica a la suya. Veinte metros cuadrados con baldosas cuadradas rojas y blancas, como un tablero de ajedrez, una estufa en un rincón decorada con azulejos azules, y una ventana que daba a la calle, a través de las ramas y las hojas de un sheoak.

El mobiliario también era prácticamente el mismo. La otra característica que compartían era el aire de soledad, pobreza y abandono. Cuando volvió a ver la habitación de Phuong tras diez años de ausencia, se percató de que faltaba el piano. Se trataba del bien más preciado de su madre y había estado muchos años contra la ventana.

—Lo vendí —se limitó a decir Phuong cuando Kien le preguntó por él—. Ocupaba demasiado espacio. De todas formas, carezco de clase para tener algo tan bonito como un piano.

Lo había heredado de su padre, un pianista que había fallecido antes de que Hanoi fuese liberada del yugo francés tras la caída de Dien Bien Phu en 1954.

La madre de Phuong era profesora de música. Se retiró cuando Phuong tenía dieciséis años con la intención de dedicarse a enseñarle a su hija música clásica y piano. Madre e hija eran completamente

distintas: la primera hablaba en voz baja y era delgada y menuda.

—Me temo que tocar la guitarra y cantar en todas esas fiestas y festivales no le está haciendo ningún bien, Kien. Te lo ruego, ayúdame a quitarle esas costumbres —decía.

Phuong tocaba muy bien el piano. Poseía un don innato. Pero conforme fue haciéndose mayor, se volvió cada vez más perezosa.

—El piano es demasiado grande, demasiado solemne, demasiado pretencioso para estos tiempos caóticos. Hoy en día hemos de viajar ligeros de equipaje —aseguraba.

Kien estaba de acuerdo. Él prefería oírla cantar, pues tenía una voz muy dulce.

Sin embargo la madre insistía, se quejaba a Kien:

—Es igual que su padre, una perfeccionista. Es como una santa o un hada, posee esa clase de perfección. Pero se trata de un rasgo elevado, y mi hija necesita protección. Su delicada alma se verá deformada por el tosco estilo de vida que nos ha tocado; a menos que reciba un trato preferente por su arte, la destruirán. Pero ella no me hace caso. Prefiere escuchar a tu padre. Me horroriza que le atraigan sus espantosos cuadros y esas irreverentes opiniones suyas. Me entiendes, ¿no?

¿Cómo iba a entenderla con dieciséis años? Apenas si comprendía sus palabras, por no hablar del sentido de sus quejas. Sin embargo, muchos años después recordaría que la madre de Phuong predijo con absoluta precisión algunos de los cambios de carácter que se obrarían en su hija. El alma de la muchacha se deformaría y torcería cuando sucumbiera a las convenciones de la vida, había dicho. Pero la guerra no tardó en llegar, y no era mucho lo que se podía decir o hacer.

Recordó a Phuong tocando, cuando sólo tenía quince años.

—Precioso, Phuong —alabó su madre un día—. Ahora toca algo de Mozart o la sonata Claro de luna.

Phuong empezó sin entusiasmo, y la música parecía carecer de vida. Sin embargo, cuando se concentró en la tarea, sus manos comenzaron a moverse con fluidez y a interpretar una música apasionada, genial. Tenía el rostro colorado, y el largo cabello le caía por un lado de la cara, pero estaba completamente absorta. La sonata desplegó sus tenues alas y abrazó a Kien mientras éste se sumía en una grata ensoñación.

«Fue entonces cuando supe que Phuong sería un alma atribulada», pensaría para él años después. Hacia el final del tercer movimiento, la cadencia de su interpretación sufrió un cambio, y un aire sombrío, deprimente se instaló en la estancia. Kien lloró por Phuong, de admiración y de amor. Era una pasión ominosa. Entonces supo que sus almas siempre estarían unidas, en los últimos años de paz, en la guerra y una vez más en la paz. Se vio irremediablemente arrastrado hacia aquel torbellino. «Permanecerá la pasión, y también los pesares», intuyó.

Casi a partir de ese instante, irnos vientos duros y crueles azotaron su mundo. En otro arranque depresivo, Kien se pasó la mañana, la tarde y la noche rememorando esas escasas horas ya tan lejanas.

Ante él, en la mesa, intacto, descansaba de nuevo el manuscrito con las historias de tantos héroes muertos. Su mente abandonó la belleza de la sonata para repasar los maravillosos meses finales en el colegio y, tendiéndole una trampa a la memoria, terminar posándose exactamente en lo que ocurriera en el tren de mercancías durante aquel ataque aéreo veinte años antes.

Kien había intentado olvidarlo. Phuong acabó en el vagón por pura casualidad. Fue una

desafortunada concatenación de acontecimientos la responsable de que se hallaran juntos en un vagón de mercancías en la estación de Hang Co cuando atacaron los bombarderos. Ella quería acompañarlo al frente hasta donde pudiera, sin preocuparse por las consecuencias.

Se produjeron dos incursiones. La primera, más corta, fue cuando el tren se vio obligado a detenerse. Kien se dio un golpe, perdió el sentido y cayó por un terraplén. Aturdido, fue incapaz de reconocer el vagón en que viajaba. Cuando trató de volver al tren, resbaló varias veces y se hizo numerosas heridas.

Ahora recordaba vagamente algunas escenas desagradables: imágenes en blanco y negro se agolpaban en su cabeza como negativos de un carrete. Aun sangrando y mareado, se subió a duras penas a la locomotora cuando el tren reanudaba la marcha y se abandonó a un sueño profundo.

Luego las autoridades decidieron que los ataques habían finalizado por esa noche y enviaron de nuevo el tren rumbo al sur, hacia Vinh. Contra todo pronóstico, el convoy consiguió cruzar el puente de las Fauces del Dragón con las primeras luces, pero se detuvo en la estación de Thanh Hoa para evitar un tren que salía. A Kien lo despertó un furioso pitido que desgarró el aire y el alboroto de un mecánico que se puso a soltar imprecaciones hecho una furia. Se bajó del vagón de un salto sin decir nada a nadie y miró estupefacto lo que tenía ante sí.

La estación de Thanh Hoa estaba arrasada por completo. Multitud de cráteres abiertos por las bombas abrían su horrible boca al sol matutino. Su tren, con los vagones seriamente dañados, se alzaba en medio de aquellas ruinas. Mientras Kien asimilaba todo aquello, unos patanes con aspecto de tipos duros se apearon. Estaban sucios, apestaban a alcohol y no paraban de maldecir. Se adentraron en la estación en ruinas y desaparecieron tras los escombros.

Kien apartó la vista de ellos y se fijó en el vagón en el que viajaban, presintiendo que era el mismo al que habían subido Phuong y él. Abrió algo más la puerta para que entrara la luz: había sacos de arroz apilados a ambos lados y grano desperdigado procedente de los sacos que habían reventado. Escudriñó un rincón oscuro y descubrió a Phuong, en una suerte de crepúsculo. Iba recostada contra unos sacos de arroz, con las piernas encogidas y los brazos tapándole el rostro, como si estuviese dormida. El largo y enmarañado cabello le caía por los hombros, cubiertos de arañazos.

Kien pronunció su nombre con la esperanza de que no fuese ella. Se acercó más, y las rodillas le flaquearon al verla mejor. Casi se desploma cuando la vio levantar la cabeza y dirigirle una mirada extrañamente desconocida y vacía. Tenía la blusa abierta y el cuello muy rasguñado.

^Phuong, Phuong, soy yo, Kien —dijo él en voz queda. Pero ella seguía con la mirada perdida, sin dar muestras de advertir su presencia—. Soy yo —repitió—. No me reconoces porque tengo carbonilla en la cara. Caí del tren durante el bombardeo y trepé a la locomotora. Soy yo, Kien —insistió, sin ningún resultado.

Las imágenes en blanco y negro de la noche anterior lo confundían. La cogió por los hombros. Ella se mordió los magullados labios, pero no pronunció palabra. Continuaba mirando a la nada, con los ojos apagados y sombríos, como si quisiera eludir el interrogatorio de Kien.

También él estaba aterrorizado.

—¿Qué te ocurre? No tengas miedo, saldremos de aquí. No hay nada que temer. Dime, ¿qué te ha pasado?

Phuong no podía responder. En lugar de ello, sacudió la cabeza y luego la bajó.

Kien intentó cerrarle la blusa, pero no quedaba ni un solo botón. Le habían roto el sujetador, uno de cuyos tirantes colgaba de su hombro. Tenía los desnudos pechos cubiertos de una fría capa de sudor. Kien se sentía incapaz de afrontar lo ocurrido o entenderlo siquiera. Derramó unas lágrimas dolorosas, saladas, que le abrasaron las mejillas, y casi se ahogó al intentar dirigirle nuevas frases de consuelo.

—Salgamos de aquí. ¿Puedes levantarte?

—Sí —contestó ella al fin, con suavidad.

Se agarró del brazo de Kien y se puso en pie muy despacio; al punto se tambaleó. Él se inclinó para impedir que cayera. Observó que le habían rasgado los pantalones y que la sangre le corría por la cara interna de los muslos hasta las rodillas. Phuong intentó tapar aquella sangre con los brazos, pero seguía manando hasta los tobillos.

—¿Por qué no me has dicho que estabas herida? Siéntate, siéntate. Lo vendaremos. ¿Te duele?

Phuong sacudió la cabeza. No.

—Siéntate. Haré unas vendas con la camisa.

—¡No! —exclamó ella, apartándolo de un empujón—. ¿Es que no lo ves? ¡No es una herida! ¡No se puede vendar!

¿Qué estaba pasando? ¡Era tanto lo que Kien desconocía! Phuong se levantó sola y fue hasta la puerta tambaleándose. Aunque sangraba, no parecía que le doliera. Tenía la ropa hecha jirones y estaba sucia.

Se disponía a saltar, y Kien corrió a ayudarla. En ese momento, un grandullón musculoso con una camiseta de uniforme de marinero se plantó de un salto en la puerta, tapando la brillante luz del sol. Entonces sonó el pitido del tren, que anunciaba la salida.

—¿Adónde vas? —le preguntó el tipo a Phuong, plantado delante de ella mientras le cerraba el paso a Kien, del que hacía caso omiso—. El tren está a punto de salir, no puedes bajarte aquí —añadió con aspereza. Era una orden—. Toma, aquí tienes unos pantalones. He conseguido algo de agua y comida. ¿Quién es éste? —No paraba de hablar, esperando que Phuong le obedeciera y mirando con avidez la blusa abierta.

—Sí—repuso ella, sumisa.

Ni Phuong ni Kien parecían saber a lo que había asentido. La muchacha estaba al límite y accedería a cuanto el tipo dijera. Kien nunca la había visto tan pálida y desesperada.

—¿Qué cono quieres? —gritó el otro dirigiéndose a Kien—. Sabes que éste es un transporte militar.

En cuanto lo hubo dicho, el tren que esperaban comenzó a pasar ante ellos. Partirían al cabo de unos segundos. El vagón entero tembló a su paso.

Aquí no se te ha perdido nada —agregó—. Ella y yo somos amigos.

Kien le chilló a Phuong furioso, impotente:

—¡Venga, vámonos'. ¡El tren ha llegado, Phuong, vámonos'.

El hombre lo separó de la muchacha de un empellón y puso las manos sobre los hombros de ésta con toda tranquilidad, agarrándola firmemente con sus fuertes dedos.

—No me digas que vas a bajarte. ¿Este guarro es amigo tuyo?

—le preguntó.

Phuong asintió sin mirar a Kien.

—Entiendo.

El hombretón tenía tinos treinta años, el rostro alargado y cuadrado, una frente de imbécil, la nariz gorda y chata, y el mentón muy ancho, y esbozaba una sonrisa cruel. Los miraba con agresividad. Unos músculos poderosos se le marcaban bajo la camiseta a rayas.

—Esperaba que te quedaras conmigo hasta Vinh. Si no me aburriré —dijo, tratando de darle lástima—. ¿Qué pasa? ¿Es que no quieres probarme? No es justo. Yo detuve a esos cerdos que hacían cola para estar contigo otra vez. Ahora es mi tumo. Aún no me ha tocado. Quiero una recompensa.

Kien se acercó a él y le suplicó:

—Déjanos marchar. Perderemos el tren.

Justo entonces el vagón dio una sacudida, y a su alrededor el suelo se estremeció. Una serie de explosiones ensordecedoras desgarró él aire. En la estación se oyeron gritos.

—¡Un bombardeo! —chilló el marinero—. ¡Y cañones antiaéreos! ¡Moriremos todos!

Kien cogió a Phuong por la muñeca e hizo ademán de saltar.

Se oían los cazas en lo alto, y la artillería antiaérea contraatacar. Cundió el pánico: la gente iba de un lado a otro del tren y de la estación.

—No te asustes —dijo con autoridad el marinero, ya más tranquilo—. Atacan el puente de las Fauces del Dragón. Quédate conmigo, cariño. Aquí dormiremos y comeremos bien. Y tú lárgate s tienes miedo. ¡Vamos, vete! —le gritó a Kien.

Éste intentó una vez más que Phuong lo acompañara, pero la manaza del otro se lo impedía.

—Si tienes miedo, bájate. Esto es una puta guerra, ¿sabes? Si hemos de morir, muramos, ¿no, cariño? Quédate conmigo. Apiádate de mí, cariño. Sin ti, el resto del viaje será una mierda —le chilló a Phuong, haciéndose oír por encima del fragor de la batalla.

Otro escuadrón de cazas americanos inició el descenso sobre ellos.

—¡Suéltala, déjala en paz, maldito seas! —exclamó Kien.

Frustrado, arremetió contra el grandullón, pero a éste no le costó rechazarlo. Phuong los observaba a los dos, al parecer incapaz de asimilar nada de todo aquello, ni siquiera el ruido de las bombas y los disparos de los cañones antiaéreos. Era como si el marinero la hubiese hechizado. No se movió ni hacia Kien ni hacia la puerta.

Mientras Kien se incorporaba, el marinero asomó la cabeza por la puerta.

—¡Mierda! Ahora van por el tren. Venga, cariñito, nos vamos.

Kien había caído sobre algo pesado, frío y plano. Furioso, y asustado, trató de levantarse, pero cayó de nuevo sobre aquel objeto. El marinero arrastraba a Phuong hacia la puerta para escapar. Los cañones antiaéreos redoblaban como si fuesen inmensos tambores, las ametralladoras tableteaban y los cazas rugían en lo alto.

De pronto el hombre, alejándose de la puerta, se dirigió a Kien y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

—Date prisa. ¿Qué demonios haces? Tenemos que llegar al refugio. Mira, sólo iba a follármela hasta Vinh. Después podías quedártela. Joder, qué delicado eres. Un burguesito blandengue, ¿eh?

Kien se puso en pie, sosteniendo el objeto a la espalda: era una barra de hierro. Cuando se hubo levantado, el marinero dio un tras— pié y pegó un grito al caer.

El rugido de un caza que bajaba en picado ahogó el quejido. Kien alzó la barra y golpeó al marinero en el brazo con ella. Mientras intentaba apartarse, el marinero lanzó un aullido de dolor. Fue por él una vez más, pero el hombre lo apartó de un empujón y el movimiento llamó la atención de la muchacha. Kien volvió a golpearlo —¡crac!—, y el marinero soltó otro gemido.

Phuong cogió a Kien de la muñeca y se puso a gritarle, pero los cazas acallaron su voz. Luego se volvió en redondo, enfadado al ver que ella trataba de detener su ataque; estaba furioso, lleno de odio, y su rostro se contrajo al agarrarla y chillarle:

—¡Apártate, puta!

El movimiento de Phuong le dio al marinero un respiro, que aprovechó para propinarle a Kien una patada en la entrepierna que lo hizo doblarse y lanzar un grito. Sin embargo, se recuperó deprisa y atacó de nuevo, estrellando ferozmente la barra contra la cabeza del otro: una sangre resbaladiza como el jabón lo salpicó. El marinero no volvió a moverse. Kien, con las manos ensangrentadas, levantó la cabeza cuando uno de los cazas ametralló el vagón, arrancándole el techo y dejando al descubierto su pequeño infierno.

Phuong estaba arrodillada cerca de la puerta.

—¡No me toques! —gritó con expresión de enajenada cuando él se aproximó.

Kien se limpió en los pantalones las manos manchadas con la sangre del marinero.

—Levanta. Nos vamos —dijo con tranquilidad, en voz baja. Abrió la puerta de par en par, alzó la vista al cielo y, al comprobar que no se acercaba ningún avión, se agachó, la cogió y la obligó a bajar.

—Suéltame —mascculló ella, pero ya estaba abajo, al lado de él.

La estación había resultado arrasada, como si la hubiesen demolido. Kien cogió a Phuong de la muñeca y la condujo con firmeza hacia un sendero entre vías retorcidas y escombros.

No habían llegado muy lejos cuando Kien se arrojó a tierra y arrastró a Phuong consigo. «¡Al suelo!», exclamó al oír el silbido de un caza que acometía un largo picado y ametrallaba el tren. Y entre las balas trazadoras distinguió algo más, una lata plateada de napalm que resplandecía a la luz del sol; sus alargados y relucientes laterales lanzaban destellos conforme se acercaba al suelo a una velocidad de vértigo. Y luego otra, y otra más. Alcanzaron la locomotora y la estación casi sin hacer ruido. Kien vio una nube negra, y acto seguido el aire se resquebrajó como vidrio roto y el suelo pareció elevarse bajo sus pies para caer de nuevo al instante. A continuación otro

ataque, y otra bomba. Las explosiones les golpeaban en plena cara, y en varias ocasiones Kien tuvo la certeza de que le había llegado la hora. Las ondas expansivas los sacudieron mientras permanecían allí tendidos e indefensos. Kien cogió a Phuong de la mano, y sus dedos fríos, temblorosos, se entrelazaron.

A toda prisa, como si volviera en sí, Phuong rodó por el suelo para soltarse, se puso en pie y echó a correr hacia la estación. Una pausa en el bombardeo le permitió salvar las vías sana y salva, seguida de cerca por Kien. La brisa hacía que el humo de la locomotora les diera en la cara. Cuando aquella nube se disipó, vieron que el tren que se dirigía a Hanoi seguía intacto y trataba de huir de la estación con sendas locomotoras en los extremos, la una tirando, la otra empujando. Su propio tren,

en cambio, no era más que un montón de cenizas humeantes.

—¡Phuong! —exclamó Kien mientras la agarraba.

Ella se volvió, con los ojos encendidos de dolor y amargura. Un grito contenido pareció querer aflorar, pero no se oyó sonido alguno.

El convoy aceleró, rumbo al norte, pero entonces cuatro baterías antiaéreas abrieron fuego, y Kien supo instintivamente que aquello anunciaba el regreso de los cazas. Phuong aprovechó la ocasión para zafarse de él y salir corriendo una vez más. Y de nuevo él la alcanzó y se echó encima de ella para obligarla a permanecer inmóvil.

Una tras otra, fueron explotando más bombas, oscureciendo el soleado día. Una tanda a sus espaldas, otra delante de ellos, y otra mis, un impacto directo, justo en el blanco, en la locomotora de atrás. Ésta saltó por los aires con una violencia increíble, y sobre sus cabezas dio comienzo una lluvia de carbón al rojo y agua caliente que se les antojó interminable. Otro caza surgió del despejado cielo y vació sus cargadores sobre los vagones, prendiendo fuego a la mayoría. El siguiente vendría por ellos, pensó Kien, asombrado de que hubiesen aguantado tanto, de que hubieran sobrevivido a dos bombardeos.

Abrazó fuertemente a Phuong, a pesar de la resistencia de ella, que se defendía como una loca, como si estuviera poseída. Cuando se reanudó el ataque, él perdió los estribos, la agarró por la nuca y la inmovilizó con una llave. A continuación le hundió los diez dedos

en el hombro para mantenerla quieta. Ambos estaban aterrorizados, paralizados, jadeaban como animales en plena lucha.

Su frenética pelea sólo duró unos segundos más. Al punto cayó una última bomba: fue la explosión que puso fin a todas las explosiones de ese día. Con la locomotora trasera hecha pedazos, los cazas atacaron el centro del convoy. El último proyectil dio de lleno en su objetivo: hizo saltar por los aires los vagones y partió el tren en dos. Una de las mitades, tirada por la locomotora que quedaba, siguió avanzando hacia el norte. La otra mitad del tren, que ya había perdido su locomotora, perdió también las entrañas.

Durante las explosiones, Kien se preguntaba en cuál de los vagones estaría el cadáver del marinero. ¿Lo habría quemado el napalm, o acaso lo habrían hecho trizas las ametralladoras?

¿A quién le importaba? Nadie tenía tiempo para los demás en situaciones así, en medio de aquel estruendo y aquel humo blanco y denso, y el fuego. En momentos así la caridad y la compasión casi no existían.

Con ademán vacilante, Kien ayudó a Phuong a levantarse, sorprendido ante la fuerza que aún tenía. Se la cargó a la espalda y empezó a alejarse con dificultad del calor de aquellas ruinas en llamas. Al poco la dejó en el suelo, y se apoyaron el uno en el otro para seguir avanzando a tientas entre el denso humo que rodeaba lo poco que aún seguía en pie del edificio de la estación. Oyeron gritos pidiendo ayuda procedentes de varias direcciones, pero al principio sólo vieron cadáveres.

Los cuerpos yacían desparramados por doquier. Entonces comenzó a aparecer gente, que corría a ciegas, tropezando y cayendo sobre los escombros. Kien se abrió paso entre los muertos como si aquello fuera algo habitual para él. Acababa de descubrir su punto fuerte: mantener la calma en medio del ataque. Nadie lo sabía a ciencia cierta: uno podía sospecharlo, pero jamás estaba seguro hasta que se enfrentaba a una prueba real. Aquí y allá se veían montones de cadáveres en todas las

posturas imaginables; no había nada por lo que gritar o asustarse. A él, que empezaba a endurecerse, le parecía totalmente normal.

Estaba a punto de pararse a descansar cuando descubrió una bicicleta en el suelo, junto al camino. Al levantarla, se percató de que era

una Phoenix, vieja pero de excelente calidad, y que se hallaba en un estado increíblemente bueno. Resultaba asombroso, pero las ruedas, la cadena, los pedales, incluso los frenos y el timbre, todo estaba bien. Del manillar colgaba un saco negro, casi lleno. Kien supuso que el propietario sería uno de los cadáveres que yacían no muy lejos boca arriba o boca abajo, quemados y desnudos a causa del napalm.

Se montó y probó el timbre. Se oyó un leve y delicado tintineo, el único sonido agradable en una atmósfera que crepitaba con los chasquidos de la carne al freírse y otros ruidos horribles. Dio una vuelta despacio para probarla. Phuong, casi catatónica durante todo aquel tiempo, no pronunció palabra. Cuando él se detuvo a su lado, se subió sin oponer resistencia al asiento trasero, con la habilidad con que lo hacía en su época de colegiala, cuando iban juntos en bici al colegio.

Kien avanzó zigzagueando entre casas en llamas y edificios en ruinas, árboles caídos y cables de alta tensión. Los cráteres abiertos por las bombas salpicaban la carretera, de manera que a veces tenía que parar y bajarse para esquivarlos. Phuong se pasó todo aquel extraño viaje sentada detrás en silencio.

A medida que se alejaban de la estación, el pedaleo rítmico y constante le recordó que sólo doce horas antes había llevado a Phuong en un *rickshaw* robado. Sin duda, había sido una de las más dramáticas entradas en el teatro de la guerra imaginables.

Se produjo otro ataque, de nuevo el rugido de los cazas americanos, pero esta vez a lo lejos, valle abajo.

Kien oyó el eco de sirenas en la distancia, pero ahora él y Phuong se encontraban a salvo, muy alejados de la estación, y la carretera estaba más despejada. Paró junto a un refugio antiaéreo con forma de A que había al borde del camino. La tierra comenzó a retumbar de nuevo, y al instante se oyeron los disparos de los cañones antiaéreos de Ham Rong.

Kien dejó la bicicleta tirada en el suelo y ayudó a la muchacha a llegar al refugio. Alrededor de ellos la gente seguía estoicamente con sus quehaceres cotidianos. Eran pocos los que se molestaban en ponerse a resguardo, ya fuese en lugares públicos o privados. Las bombas caían demasiado lejos. Nadie prestaba atención a las posibles amenazas procedentes del radiante, soleado cielo, ni tampoco a Kien y Phuong. Así eran los nuevos tiempos. Dos jóvenes magullados y ensangrentados, sucios a causa del humo y el carbón, con la ropa rota y desaliñada, no resultaban especialmente llamativos.

Se les acercó un anciano que se valía de un bastón para caminar. Llevaba una bolsita hecha de hojas de espadaña trenzadas y mendigaba arroz con la mano extendida. Kien sacudió la cabeza, incapaz de creer que alguien fuera capaz de aproximársele con la pinta que tenía. El anciano no desistió. Siguió parloteando acerca de que antes vivía en una casa cerca de una estación, pero que la habían convertido en ruinas. Sus familiares y amigos murieron. Todo estaba calcinado. No tema casa ni comida ni parientes. Jamás comprendería por qué Dios había permitido que siguiese viviendo. Se preguntó en voz alta si podría ir caminando hasta donde vivía un pariente lejano. Aseguró que todo d mundo moriría. Kien se limitó a escucharlo en silencio, al igual que Phuong. Una vez hubo dicho

cuanto tenía que decir, d anciano se fue, iniciando un discurso idéntico, esta vez destinado a un interlocutor invisible.

Kien y Phuong permanecieron sentados en el refugio, inmóviles. No tenían palabras, pues tampoco tenían pensamientos. No prestaron atención al lejano caza ni a la gente que evacuaba la aldea en torno a ellos, cargada con niños y pertenencias, y también con los heridos, componiendo escenas deprimentes, dignas de lástima.

Parecían resueltos a no hablarse, ni a mirarse siquiera. Conservaban su ira silenciosa; ni la terrible sed ni el hambre lograron imponerse.

Años después, Kien viviría varios momentos similares: largos periodos de retraimiento. Al igual que los muertos, uno no sentía ni miedo ni entusiasmo ni alegría ni tristeza, carecía por completo de sentimientos. Ninguna preocupación, ninguna esperanza. Estaba completamente desprovisto de sentimientos y no sentía ningún respeto por los listos o los tontos, los valientes o los cobardes, los comandantes o los soldados rasos, los amigos o los enemigos, la vida o la muerte, la alegría o la tristeza. Todo era lo mismo: no significaba nada.

Un poco más tarde ocurrió algo extraordinario. Un hombre menudo, de mediana edad y rostro muy delgado, que llevaba a cuestas a una mujer gorda, se detuvo ante ellos. La mujer, que tenía las piernas vendadas, dormía.

La bicicleta de Kien llamó la atención del hombre, que empezó a mostrarse cada vez más entusiasmado y no paraba de preguntar si querían vendérsela. Phuong y Kien, aún conmocionados, fueron incapaces de contestar. Los tres miraban fijamente la bici, mientras la mujer seguía durmiendo plácidamente.

El hombre adelantó un pie y, sirviéndose de los dedos con gran habilidad, levantó la bici y acomodó con sumo cuidado a la durmiente en el asiento de atrás. Cuando cogió la temblorosa bicicleta para apoyarla en la pared del refugio, la mujer gimoteó y se aferró a él.

Él se zafó, cogió el saco, lo dejó junto a Phuong y, a continuación, se metió las manos en los bolsillos y empezó a hurgar en busca de dinero. Tras dar con unos billetes, los sacó, contó una cantidad y la colocó sobre la bolsa.

Musitó unas palabras en el dialecto local, se montó en la bici y se alejó con la mujer aún dormida. Aquel asombroso y sencillo intercambio se llevó a cabo en menos de un minuto, pero la macabra atmósfera que rodeaba la situación perduró muchos años entre los recuerdos de la guerra de Kien.

De manera que el hombre había comprado aquella bicicleta cuyo verdadero propietario era un cadáver abrasado con napalm cerca de la estación. Seguían cayendo bombas, la aviación aún rugía a lo lejos y el estruendo de los cañones antiaéreos retumbaba en el caluroso, casi sofocante día. Y en medio de todo aquello se había efectuado una de las transacciones más extrañas que jamás hubieran presenciado. Semejante suceso los liberó del silencio.

Kien se guardó distraídamente los billetes en el bolsillo y, a continuación, cogió el saco y lo abrió. Había raciones de comida deshidratada B A70, una linterna, una lata de agua, una hamaca y una pistola K59. Phuong le echó un rápido vistazo con aquellos ojos suyos de tupidas pestañas.

—Vamos a comer algo —le propuso Kien—. También tenemos agua.

—Comer..., bueno —repuso ella con desgana.

Kien abrió la lata, bebió un sorbo y se la pasó a Phuong. En la bolsa de comida también había té verde y azúcar, y un pastel amarillo que sabía delicioso.

Phuong permanecía en silencio, comiendo con aire despreocupado, como si nada hubiese ocurrido. A Kien le habría gustado verla más entusiasmada. Al fin y al cabo, aquellos víveres habían sido arrebatados a las garras de la muerte y la destrucción.

Tal vez no hiciera falta poseer una imaginación tan despierta, preocuparse por el origen de aquellos alimentos y las circunstancias en que se hallaban. Kien supuso que no había nada de malo en comer y beber con normalidad para así recuperarse tras semejante catástrofe; pero, por otra parte, al ver la facilidad con que Phuong comía y bebía, no tuvo más remedio que admitir que, al margen del hambre y la sed, ella poseía una inusual reserva de fortaleza y resistencia.

Él apenas probó bocado, se dedicó a ver comer a Phuong. Entonces reparó en lo malherida que estaba. Él tenía la ropa rota y sucia, pero la de Phuong se encontraba prácticamente hecha trizas. Entre los jirones, su piel, por lo común blanca, se veía magullada, arañada y manchada de sangre. Tenía el rostro tiznado por el humo, los labios hinchados y los ojos apagados y tristes. Por la cara interna de una de las piernas aún le corría un hilillo de sangre, si bien la hemorragia se había reducido considerablemente. Cuando descruzó las piernas para cambiar de postura y estirarlas sobre la hierba, Kien se percató de que había más sangre en la rodilla. Aquello le recordó que esa sangre no procedía de ninguna herida, sino que era producto de las tumultuosas horas pasadas en los vagones del tren.

Phuong sólo comió la mitad del pastel.

—Acábatelo, Phuong —la instó Kien—, para volver a Hanoi nos hará falta toda la energía de que dispongamos.

Ella no dijo nada, sacudió la cabeza y miró al vacío. Kien estaba a punto de sugerirle que se limpiara la sangre, pero decidió no hacerlo. En su lugar, le propuso:

—Vamos hasta esa aldea. Necesitas un sitio donde tumbarte. Cuando nos hayamos recuperado, nos iremos a casa.

Phuong ni siquiera alzó la vista.

Kien divisó, al otro lado de la carretera, un pequeño campo en el que crecían algunos arbustos. Posiblemente fuera un huerto, ya que detrás se veían unas casitas con techado de paja.

—Vamos, no está lejos. ¿Puedes andar?

La muchacha asintió con expresión hosca.

Kien empezó a desabrocharse la camisa.

—Al menos ponte esto.

Ella lo miró y espetó con aspereza:

—¡Al menos! Al menos ¿qué? ¿Tan horrible estoy? Quédate con tu camisa. Deja de preocuparte por mí. Tu deber es alcanzar a tu unidad. No te preocupes por cuál será mi camino a partir de ahora.

Kien dejó de desabotonarse la camisa. Avergonzado, trató de explicarse.

—No me malinterpretes —dijo—. Si no nos preocupamos el uno por el otro, ¿quién lo va a hacer? En cuanto a lo sucedido, olvídalo, por favor. Por lo que a mí respecta...

—Si quieres enterrar un recuerdo, no lo menciones —lo interrumpió ella—. Y, en segundo lugar, será mejor que te asegures de que nadie más habla de ciertos recuerdos.

Nunca la había visto tan fría y calculadora.

—Claro —contestó él, ofreciéndole la mano—. Ahora, vamos.

—Sí. —Phuong suspiró y le dio la suya para que la ayudara a levantarse.

Siguieron cogidos de la mano; el sol, que brillaba en lo alto, escorzaba sus sombras. El calor de media tarde se dejaba sentir en la espalda. Parecían dos almas en pena secándose al sol. Los escasos transeúntes no podían evitar mirarlos, sobre todo a Phuong. Una muchacha tan guapa, pero tan sucia y andrajosa, y tan despreocupada.

—Bonita pareja, mira —dijo alguien con la esperanza de levantarles el ánimo.

Cruzaron la carretera y enfilaron un estrecho sendero de tierra que conducía al huerto que habían visto. Pero el huerto estaba seco y la tierra llena de cráteres producidos por las bombas. Soplaba un viento lánguido y caliente que no hacía sino aumentar la desolación. Quizá ya no viviera nadie allí. Las casas con techado de paja que Kien había visto desde lejos le habían hecho pensar que se trataba de un pueblecito o una aldea, pero en realidad las construcciones pertenecían a una escuela primaria abandonada, alejada de cualquier pueblo.

En el patio habían cavado trincheras, entre las cuales crecía la hierba. Las aulas, cubiertas por gruesas capas de tierra, eran como puestos de artillería. Phuong y Kien entraron en una donde quedaban unos cuantos pupitres y bancos rotos. Sobre la mesa del maestro no había nada, la pizarra había caído al suelo, y en medio de la estancia se veía un montón de cenizas, restos de una hoguera alimentada con madera procedente de pupitres y sillas. El techado estaba derruido. Dentro de aquel lugar la claridad era casi tan intensa como en el patio.

Kien sintió que aquella escena de devastación le oprimía el corazón.

—Mira esto —le dijo a Phuong—. ¿Cómo puede alguien destrozar una escuela? ¿Es que ya no respetan la vida?

—Tal vez fueran nuestros soldados —replicó ella—. Los soldados hacen estas cosas. La guerra lo hace, la guerra destroza y destruye.

Más adelante, ese tono metería a Phuong en algún que otro lío, pero Kien estaba tan abatido que apenas notó su cinismo.

Pensó que la muchacha sufría una conmoción, algún tipo de trastorno nervioso. Le preparó un sitio para que se tumbara. Al menos allí las autoridades no los molestarían con interrogatorios para verificar su historia. Además, había bastantes trastos para improvisar un lecho y un refugio.

—Procura dormir un poco, cariño —sugirió Kien.

Phuong se sentó a su lado.

—¿Tú también vas a dormir? —le preguntó.

—Sí.

—¿Por qué no cuelgas la hamaca?

—No es una buena idea. Perteneció a un muerto.

—¿Y? ¿Por qué iba a preocuparte?

—Basta. No hables así.

Pero si no cuelgas la hamaca, ¿dónde vas a dormir? Te sentirás fatal si te acuestas a mi lado —añadió en tono sarcástico.

Kien sacudió la cabeza maquinalmente.

Ella se tendió» con las manos cruzadas bajo la nuca, mirando al techo, y le dejó sitio a su lado, pero Kien no se movió.

—Ojalá hubiera agua cerca para darme un baño —musitó ella.

—Voy a ver. Tú duerme —le dijo él.

—No te vayas. Quédate conmigo. Sólo hablo por hablar. Me gustaría tener mejor aspecto antes de que nos despidamos y durmamos juntos por última vez. De todas formas, aunque me bañe, aunque me arranque la piel a tiras, seguiré estando sucia. Es el destino. Qué lástima.

Kien la miró.

—Dices unas cosas bastante raras. ¿Qué es eso de «última vez» y «despidamos»?

—Déjalo. Me refería a que es posible que no volvamos a vernos, pero ésa es una predicción que puede cumplirse o no cumplirse. Hablaba por hablar —agregó.

—Debemos asegurarnos de que se cumplan algunas cosas, como mi supervivencia y mi regreso. No estamos en casa, sino en un campo de batalla, en medio de la guerra. Tenemos que confiar en nosotros mismos —arguyó él.

Phuong siguió hablando como en sueños, en tono sombrío y pesimista.

—Nacimos puros e inocentes, y mira lo inocentes que somos ahora —susurró. A Kien no se le escapó aquella alusión a su nueva situación: ella había sido víctima de una violación múltiple y él era un brutal asesino—. No te preocupes por el mañana —continuó monótonamente—. No te tortures, ¿de qué serviría? Tú seguirás tu camino, y yo el mío. Teníamos una vida tan bella... Tú y yo, mi amor por d, tu amor por mí. Mi madre y tu padre; y me habría convertido en tu esposa, sin duda. Eso fue en el pasado. Ahora nos aguarda un nuevo futuro, un nuevo destino. No tuvimos elección en las nuevas circunstancias, fue una desafortunada coincidencia. Ahora que soy así, sigue tu camino, que yo seguiré el mío.

Se quedó dormida antes de terminar sus divagaciones. Kien permaneció un buen rato mirándola.

Phuong había sufrido una metamorfosis ante sus propios ojos. Pura y hermosa un día, había hablado como una pesimista insensible e indiferente, dispuesta a enterrar toda la ternura del pasado. Kien la acarició, le levantó la cabeza, le quitó la maltrecha blusa y le puso su camisa. A continuación, le limpió el cuello, el rostro y el magullado cuerpo. Luego le retiró con suma delicadeza los pantalones de seda y le limpió los regueros de sangre de los muslos, temblando mientras miraba los cardenales.

Le tapó las piernas con sus pantalones y, acto seguido, colgó la hamaca a su lado, se subió a ella y se sumió en un profundo sueño.

Cuando se despertó, a última hora de la tarde, ella se había ido.

Bajo su cabeza, a modo de almohada, encontró los pantalones y la camisa. Un olor a humo de cigarrillo impregnaba el aire, y había colillas recientes en el suelo, cerca de la ropa hecha jirones de Phuong.

Kien se vistió, se metió la pistola en el cinturón y se puso a buscarla, sin pronunciar su nombre. En algunas de las aulas volvió a ver soldados, también tumbados en hamacas. Otros jugaban a las cartas.

Siguió una senda de tierra que llevaba al huerto que habían visto antes, pero no dio con ninguna señal de ella. Entró en el abandonado terreno, y después de apartar unos arbustos y pasar algunos

árboles supo que tampoco la encontraría allí. Muy cerca, bajo una arboleda, había dos camiones bien camuflados. Se acercó a ellos con aprensión, llamándola, pero no obtuvo respuesta. Continuó andando un poco más y llegó a un pantano de aguas claras. Al otro lado se veía una carretera asfaltada. Parecía la autopista 1, la que conducía a Hanoi. Se quedó mirándola un rato y volvió despacio al aula. Olvidó incluso la necesidad que tenía Phuong de bañarse en agua fresca y limpia.

A medida que se iba acercando, tuvo la esperanza de que la muchacha hubiese regresado mientras él la buscaba, pero una vez en la clase no vio ni rastro de ella. Sólo nubes de mosquitos.

Se tendió en la hamaca, desalentado, pero casi al instante se levantó de un salto y fue a la habitación donde estaban los soldados.

Hamacas. Mochilas. Pistolas. Se trataba de oficiales. Unos estaban tumbados, otros jugaban a las cartas. Vaciló un instante antes de preguntarles por Phuong. Uno de los jugadores, que tenía el rostro picado de viruelas y estaba sentado sobre tina lona, alzó la cabeza y miró a Kien con aire pensativo.

—¿Tu novia? Sí. Una cosita muy linda. Bienhablada, muy guapa. Cuello delgado, piel blanca, rostro hermoso y bonitos andares. Un regalo para la vista. ¿Es ella?

—Sí, comandante, es ella.

—Se estaba bañando en el pantano cuando la vi. Muy guapa —repitió.

Kien se mostró escandalizado.

—¿Por qué te escandalizas? —dijo el oficial—. Pues claro, en el pantano. ¿En qué otro lugar hay agua por aquí? Pero terminó hace tiempo. ¿Es que no has vuelto a verla?

Se les unió un vozarrón procedente del lado opuesto de la estancia. —¿Cómo iba a encontrarla? Está por ahí follándose al conductor de la 8.ª Compañía, ¿no? —La voz pertenecía a un oficial corpulento, fornido como un luchador, que yacía con el torso desnudo.

—Sí, pero... —balbució Kien.

—Pero ¿qué? Ya veo que eres un burguesito mimado, pero recuerda que también eres un soldado. No te pongas sentimental, olvida esas tonterías afectivas —recomendó con aspereza.

Kien se sentía violento, y empezó a tartamudear.

—Pero ¿qué? —repitió el luchador, poniéndose en pie y mostrando su gran estatura—. ¿Qué clase de soldado eres? ¿Estás perdidamente enamorado? ¿Formas parte de la unidad antiaérea del puente de las Fauces del Dragón? ¿O eres un desertor? —preguntó en tono de acusación.

—No lo intimides, Phuc —lo interrumpió el comandante—. En cuanto a ti, soldado, no tienes por qué preocuparte. Si se ha ido con los conductores, en realidad da igual. Están escondidos en los camiones que hay junto al pantano. Esos dos GAZ 57 de la 8.ª Compañía, junto al viejo árbol.

—Qué raro, acabo de pasar por ahí y no la he visto —dijo Kien, algo más sereno.

El luchador se echó a reír.

—Si se la estaban trabajando en la trasera del camión, no podías verla. Es muy lanzada. ¿Es una chica de ciudad?

Kien apenas lo oyó.

—Pero si la llamé..., y nada.

—¿No respondió? Vaya, ¡fíjate! —replicó en tono irónico—. Yo en tu lugar le daría un tirón de orejas por no contestar. Sí, era muy guapa, amigo. Pero las putas así siempre acaban escapando. No me la follaría ni aunque fuera gratis.

Kien, al límite de su paciencia, se acercó a Phuc y le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula. Acto seguido retrocedió rápidamente y sacó la pistola, la amartilló y puso el dedo en el gatillo, apuntando directamente al amplio pecho de Phuc.

Los jugadores levantaron la cabeza de las cartas, en silencio.

—Eres tan gilipollas como estúpido —masculló Kien. Pero no disparó. Se limitó a dar media vuelta y marcharse, dejándolos sin habla. Nadie fue tras él. Nadie lo llamó. Los jugadores reanudaron la partida como si nada hubiera ocurrido.

Kien abandonó el patio un tanto aturdido, con la cabeza gacha, sin importarle adonde se dirigía. De pronto, ante él surgieron aquellos dos camiones GA negros. No quería verla allí dentro, pero sus pies lo obligaron a avanzar. Se subió al primero de ellos a hurtadillas, miró en la cabina y después en la parte de atrás; en el primer camión no había nadie.

Trepó con cautela a la cabina del segundo, pero también estaba vacía. Sacó la pistola y echó un vistazo a la caja cubierta. Apartó la lona y lo golpeó el hedor a alcohol, comida y sudor. Oyó ronquidos: cuatro hombres en pantalones cortos y camiseta dormían allí tirados, roncando y farfullando, con las piernas entremezcladas. Habían dejado el transistor encendido con el volumen muy bajo. Ni rastro de Phuong.

Kien se bajó de un salto; tenía ganas de vomitar, de poner por medio toda la tierra posible entre él y aquellos camiones. ¿Acaso creía a aquel luchador imbécil? ¿De verdad Phuong se había metido allí con los cuatro? La cabeza le daba vueltas y le zumbaban los oídos, se estaba volviendo loco. El zumbido cobró intensidad, y se dio cuenta de que algo iba mal. Otro escuadrón de cazas cruzó el cielo y su presencia atrajo el fuego antiaéreo. Algunas aves alzaron ruidosamente el vuelo cuando los grandes pájaros de hierro empezaron a lanzarse en picado para iniciar un nuevo bombardeo, sobrevolando en formación las baterías antiaéreas y dejando caer sus proyectiles. Aunque se hallaba lejos de la zona, era perfectamente capaz de imaginar la terrible destrucción, y se arrojó al suelo para protegerse. Al hacerlo, ocurrieron dos cosas: un anillo de fuego se alzó en el horizonte, frente a él, y la onda expansiva iluminó el crepúsculo, convirtiendo la noche en día durante

irnos segundos y mostrándole a Phuong, que se estaba bañando.

Se encontraba a su izquierda, a sólo diez pasos de él, arrodillada sobre una roca lisa que había en la orilla. Estaba completamente desnuda, y su pálido cuerpo resultaba claramente visible. Tras ella había una zona herbosa y algunos arbustos.

Phuong contemplaba absorta las límpidas aguas del pantano. Lentamente, alzó la cabeza para ver la lluvia de bombas, el fuego de las explosiones y las densas nubes de humo. Luego se adentró un poco más en el agua, con suma delicadeza, y reanudó su baño.

No mostraba interés alguno, ni miedo. Nuevamente de rodillas, recogió un poco de agua en un casco y la dejó caer por los hombros. Echó la cabeza hacia atrás, levantó los brazos y se roció de nuevo.

Por último, se puso de pie para aclararse y recomponerse la larga cabellera mientras contemplaba con tranquilidad la retirada de la aviación americana.

Se volvió con elegancia y regresó a la orilla, sin molestarse en comprobar si alguien la observaba. Cogió una toalla verde oscuro que había tendida en la hierba y empezó a secarse. Sus pechos temblaron un tanto mientras se frotaba los brazos y los hombros. Su cintura de avispa y su

vientre, blanco y liso, hacían que el oscuro vello entre los muslos semejase un pedazo de terciopelo. Tenía unas piernas largas y preciosas, y una piel lechosa, perfecta.

Kien observaba cada uno de sus movimientos, escudriñaba cada centímetro de su piel como un voyeur hipnotizado por tan bella escena.

Entonces procedió a vestirse: primero el sostén y las bragas, luego la ropa. Era como si se estuviese luciendo ante un público invisible, exhibiéndose y exhibiendo su nueva actitud con una osadía que Kien se descubrió incapaz de asimilar. Parecía darle la bienvenida a su nuevo estilo de vida, aceptarlo con calma y despreocupación. La muchacha pura, dulce y sencilla había pasado a ser una mujer endurecida y experimentada, indiferente a las emociones vulnerables. Kien tuvo la impresión de que Phuong salía de su vida, de sí misma, de su pasado y de su país sin el menor remordimiento.

Quizás él fuese el culpable de todo aquello. Quizás un día Phuong lo perdonara por haberla arrastrado a un desastre en el que había sido violada por una pandilla de brutos durante un ataque aéreo y, a continuación, retenida por la fuerza. Por no mencionar que había tenido que ver cómo él le machacaba la cabeza a un hombre. Quizá lo perdonase. Era propio de su naturaleza.

Pero ¿y después de lo del tren? ¿Era verdad que lo había hecho con el conductor? ¿Conseguiría perdonarla? Ésa era la cuestión— probablemente no.

Kien yacía inmóvil. A lo lejos veía ascender el humo provocado por el bombardeo. El aire era pesado y calmo, y el humo se elevaba con suavidad, marcando el final del peor día de su vida. Levantó la pistola despacio, primero mirando el alma del cañón, luego llevándoselo lentamente a la cabeza, con el dedo en el gatillo. ¿Por qué afirmaba la gente que vivir era siempre mejor que morir? No era así. Se paró a pensar por qué temblaba, a punto de quitarse la vida, cuando no había vacilado en arrebatársela a otro. Apoyó la pistola en la punta de la nariz, con el dedo aún en el gatillo. Cerró los ojos, pero dudó. Creyó oír una voz distante pronunciando su nombre, una voz que venía de lejos, muy lejos, una voz triste, como si lo llamara desde el agua. «Kiiieeennn», decía.

Luego la oyó de nuevo. Abrió los ojos sobresaltado, bajó la pistola y la dejó sobre la hierba.

Phuong se acercaba corriendo a él, llamándolo. Él tiró la pistola al agua de un puntapié. Al caer, el arma hizo un ruido similar al de un pez que atrapara un insecto en el aire.

Sin embargo, Phuong no lo vio. Seguía buscándolo, abriendo su propio camino entre los arbustos, alrededor del lago. Pasó de largo en la oscuridad, a pocos pasos de él, llamándolo.

Kien esperó a que ella estuviera lejos y se fue: se alejó de la escuela en dirección a la carretera 1. Cuando llegó al otro lado del pantano, ya era de noche; para entonces, una espesa neblina se había instalado sobre el agua, reduciendo la visibilidad. Recorrió a tientas el último, breve trecho que lo separaba de la carretera y se dirigió a la aldea, hacia el norte.

Aun cerca del pueblo, seguía oyendo la débil voz de Phuong pronunciando su nombre. Imaginó que era la misma llamada que había oído momentos antes, resonando de algún modo en la oscuridad.

Esa misma noche, Kien se presentó en el cuartel general de la provincia y les contó que había sobrevivido a los bombardeos de la estación. Al día siguiente se unió a una patrulla recién formada y partió rumbo a Nong Cong, a un punto de enlace. Desde ese momento, no volvió a saber nada de Phuong hasta que acabó la guerra, casi once años después.

Bueno, en realidad eso no era del todo cierto. Recibió una carta cuando se hallaba destacado

junto al río Dac Bo La. Estaba con su patrulla de reconocimiento, disfrutando de la relativa calma que siguió al Acuerdo de París. La carta no venía del norte, sino de la 2.ª División, que se encontraba en el campo de batalla de la Interzona 5. Rezaba así:

> Mi nombres es Ky, pero todos me llaman *el Colmena*, y soy el de la cara picada de viruelas. En la actualidad soy ayudante del inspector Chon. Cuando la 2.ª División atacó Kontum, los hombres de tu regimiento acudieron en nuestra ayuda. Quizá lo recuerdes bien, pero en caso contrario tampoco tiene importancia. Sin embargo, yo te reconocí de inmediato, y si te lo hubiese recordado entonces, te habrías dado cuenta de quién era yo. Pero en las escasas ocasiones en que me vi cara a cara contigo durante esa campaña guardé silencio, ya que la lucha era tan encarnizada que requería toda nuestra atención. También vacilé porque te habría recordado algo que ocurrió hace mucho tiempo. Fue en el pasado, y te habría entristecido y afectado a tu espíritu de combate. Pero cuanto más te observaba, más advertía que eras un soldado con experiencia y que lo habrías sobrellevado con facilidad.
>
> Ahora que reina la calma, podemos tomarnos un instante para recordar. Así que en cuanto estuve de regreso en el delta, decidí escribirte inmediatamente. Kien, ¿recuerdas la escuela abandonada cerca de Thanh Hoa?

Kien dejó la carta asombrado. No era del oficial con el torso desnudo que había llamado puta a Phuong, sino del que tenía la cara cubierta de marcas, que también estaba en la escuela.

Después de la pelea contigo, nos quedamos bastante inquietos. Aunque ya éramos oficiales, seguíamos siendo jóvenes e inocentes y no sabíamos comportarnos como es debido. Nos sentíamos tremendamente mal por lo que te habíamos dicho y quisimos ir en tu busca para consolarte, pero tenías una pistola en la mano y nos lo pensamos dos veces.

Algo más tarde, pero no mucho después de que te fueras, la muchacha llegó hasta nosotros buscándote y gritando tu nombre, preguntando si te habíamos visto. Lo que le dijimos la puso aún más nerviosa.

Siguió buscando hasta el agotamiento. Me costó convencerla de que volviera al aula, pues tú ya te habías marchado. Cometimos un grave error al tomarte el pelo con lo que ella había hecho o dejado de hacer, nos dimos cuenta de que aquello te hizo daño. A diferencia de lo que te dijimos, tu novia era encantadora, buena y atractiva, y estaba muy enamorada de ti.

Permanecimos un día más en la escuela. Cuando nos fuimos, ella se quedó allí, esperando que volvieras. Nos ofrecimos a acercarla hasta el Pinar, donde unos conductores de confianza podían llevarla de vuelta a Hanoi, pero ella rehusó. Dijo que continuaría hacia el sur, que tal vez se uniera a las Brigadas Juveniles de voluntarios. Era tan joven, tan valerosa, tan guapa, hasta estando triste...

> No teníamos tiempo que perder. Nuestra unidad partió la noche siguiente, mientras que ella se quedó en aquella escuela desierta. Así que después de siete años de feroz lucha aún

> recuerdo el incidente, y te reconocí con facilidad. Por eso es por lo que te escribo ahora. Si ya la has visto antes de recibir esta carta, excelente. De lo contrario, espero que estas líneas te hagan bien. Cuando la guerra termine y se cumpla la esperanza del reencuentro con los viejos amigos, búscala, Kien, si sigues con vida.

La carta le alegró el corazón, lo reconfortó y le levantó el ánimo. Empezó a esperar algo parecido a un milagro, que un hilo del pasado diera continuidad a su nueva vida después de la guerra. Después de todo, tal vez tuviera algo maravilloso a lo que volver.

Se produciría un milagro, escribió. Un milagro que permitiría que la gente saliera intacta de la guerra. Así pues, a pesar de los horrores de ésta, a pesar de la crueldad, las humillaciones, los ridículos prejuicios y dogmas que dominaban la vida de todos, su Phuong seguiría siendo joven. La guerra no la habría corrompido. Se conservaría hermosa por siempre jamás. Su belleza no tendría parangón. Sería como un prado verde tras las lluvias primaverales, fragante como las flores meciéndose contra el telón de fondo del horizonte, como olas de hierba lozana susurrando al viento. Sería apasionada, indómita, magnética, con esa belleza maravillosa e insondable, una belleza que encogía el corazón, inocente, siempre al borde del abismo de la destrucción. Ése sería el milagro de Kien: Phuong permanecería indemne, intacta.

Varios años después, una noche en que se hallaba sumido en la desesperación, Kien soñó que su vida se convertía en un río que discurría ante él. Se vio flotando hacia su muerte. Luego, en el ultimísimo momento, cuando estaba a punto de sobrepasar el borde, oyó la llamada de Phuong resonando en aquella amarga penumbra del pantano, cerca de la escuela. Era la última llamada de su primer amor. Aunque no tuvieron una dichosa vida en común ni se encaminaron hacia un futuro radiante, aquel primer amor no fue en vano. Estaban juntos en el pasado, y nada podría cambiar o arrebatarles eso.

El destino aguardaba para devolverlos del terrible presente a los días felices del ayer.

Ante él se extienden los últimos cuarenta años. Recuerdos, numerosos recuerdos lo saludan y lo instan a recorrer por siempre la senda del pasado. Un pasado sin fin, una historia interminable de lealtad, amistad, fraternidad, camaradería y humanidad.

Siempre ansiará, con nostalgia, seguir esa luz brillante que irradia el horizonte del pasado, regresar a los albores de la guerra, los destellos de sus primeras aventuras y la luz del amor que resplandece desde las profundidades de su infancia.

Cuando el escritor dejó el apartamento, no se lo dijo a nadie. Sinceramente, nadie prestó atención, ya que solía ausentarse durante una semana, en ocasiones un mes. Esta vez quizá desapareciera un año, o para siempre. No sería extraño y tampoco supondría ningún problema.

Quienes saben ser completamente Ubres y crear sus propias oportunidades lo comprenderán. Ellos son capaces de cambiar de rumbo a voluntad, como una ráfaga de aire.

El día que se fue, dejó la puerta abierta de par en par. Al amanecer, el viento se coló en la habitación por la encortinada ventana, llevando consigo la llovizna y mojando los muebles. De la estufa escaparon cenizas; de la mesa, de la estantería y de un montón de páginas que había en un rincón, papeles.

La muchacha muda se quedó a pasar la noche y se descubrió sola en la cama de Kien. Ordenó la descuidada habitación, reunió todas las hojas y las puso encima del manuscrito; luego se llevó el montón al desván.

No sabía por qué ni cómo se había ido, ni tampoco adonde, pero como era muda no tenía modo de preguntárselo a nadie. Sólo pudo pararse a pensar en su marcha, y la soledad que sintió al no saber nada se le antojó peor aún que su impedimento.

Había olvidado que una vez Kien decidió arrojar todo aquello al fuego. Ella no quemó las páginas, sino que las guardó. Al conservar los desordenados papeles, la gente decía que era como una protectora de objetos perdidos.

En cuanto a mí, pensé que su callada espera, su confianza en la reaparición del escritor del barrio eran similares a la lealtad de un lector hacia una obra maestra querida. De ser así, al menos la obra inédita del autor contaba con la admiración incondicional de su único lector.

Más tarde, por casualidad, recibí el manuscrito entero de manos de la muchacha. No sé por qué acepté su silenciosa exigencia de que lo leyera todo con paciencia y detenimiento, párrafo tras párrafo. Naturalmente, empecé. Por pura curiosidad, entiéndaseme.

¿Quién era aquel personaje al que todos en la calle consideraban tan raro y difícil de entender? Un alma atormentada, decían. Un legado del pasado. Un alcohólico que bebía para arrepentirse, para enterrar sus secretos y sus pecados. Un hombre que había gozado del amor y el favor de las mujeres pero era, en realidad, un hermafrodita espiritual. El último burgués verdadero del barrio, rebelde, extremista, pero también tímido y vacilante. O eso afirmaba la gente. Aunque no estaba segura.

Fue por entonces cuando me sentí atraído hacia aquel excéntrico personaje. Por eso traté de leer sus largas historias, si bien resultaba complicado.

Al principio procuré dotar a las páginas manuscritas de un orden cronológico, conseguir que el producto final se leyera como los libros con los que estaba familiarizado. Pero fue inútil. Carecía de todo orden cronológico. Cualquier página parecía la primera, cualquiera podría haber sido la última. Aunque el manuscrito hubiese estado numerado, aunque no hubieran ardido algunas páginas o no estuviesen apolilladas o censuradas por el autor, aunque el azar hubiese querido que lo recibiera entero, la novela seguiría siendo obra de una imaginación alborotada, maníaca incluso.

Uno se veía atrapado en cada secuencia, en cada página. A veces las descripciones eran absorbentes. El nombre, olvidado hacía tiempo, de un campo de batalla que en su día me fue familiar logró conmoverme. El combate cuerpo a cuerpo, los pequeños detalles de la vida de los soldados. Las imágenes de antiguos compañeros que surgían sólo por un instante y sin embargo con absoluta claridad. El curso de la historia cambiaba continuamente. De principio a fin, la novela estaba compuesta por bloques de imágenes. Una serie de

acontecimientos, luego interrupciones, un suceso borrado de la página como si hubiese caído en un agujero del tiempo. Muchos dirían que se trataba de una subversión del argumento, una incoherencia, una falta de perspectiva. Afirmarían que el estilo revelaba el punto débil del autor: su espíritu estaba dispuesto, pero su carne no.

La misma patrulla de reconocimiento que en una página mataba con aterradora eficacia y era tan experta en la batalla, en la siguiente estaba compuesta por los haraganes más obtusos y patosos que quepa imaginar. El autor incluso convirtió a algunos en fantasmas, y los hacía aparecer

misteriosamente aquí y allá, en la jungla, en oscuros rincones, en sueños y pesadillas. Todos sus muchachos habían muerto de un modo u otro, y sin embargo, luego los describía arrastrándose por las calles, llevando una precaria vida de urbanita en los años de la posguerra.

Y al terminar el día, igual que el autor, esos hombres andrajosos se tomaban seguros y felices, rememoraban los lejanos años del paraíso, recordaban las novias elegantes y bonitas que habían tenido, evocaban la confianza ingenua e inocente de antes de la contienda. Era triste: aunque fueran excelentes amantes, estaban destinados a permanecer siempre solos. Habían perdido no sólo la capacidad de vivir felizmente con los demás, sino también la de enamorarse. Los fantasmas de la guerra los perseguían y se hallaban presentes en una vida que cada vez se revelaba más insoportable.

En cuanto al autor, aunque escribía en primera persona: ¿quién era en esa patrulla de reconocimiento, uno de esos fantasmas o un resto desenterrado en la jungla?

¿Acaso era uno de esos chavales de familia bien que al luchar en la guerra perdían el contacto con las fuentes de la cultura, esos espíritus libres que en la actualidad estaban llenos de prejuicios?

Todo lo que sabía era que el autor se había puesto a escribir porque debía hacerlo, no porque tuviese que publicar. Tenía que pensar sobre el papel. ¡Y mira que dárselo todo a una mujer muda y solitaria que podría haber destruido fácilmente sus turbulentas revelaciones!

Poco a poco fui permitiéndome leer la historia desde una perspectiva más despreocupada. Releí el montón de páginas, una tras otra, ya parecieran estar en orden, ya fuesen únicamente una carta extraída de su diario o el borrador de un artículo. Entremezcladas con las páginas encontré partituras, currículos, certificados de galardones, una baraja rota, sobada y sucia, y documentos que confirmaban que lo habían herido en varias ocasiones.

Esa lectura más relajada me ayudó a entenderlo mejor. Ante mis ojos la novela abandonada por nuestro escritor adquiría otra forma, en armonía con la realidad que describía.

Lo he copiado casi todo, todas las páginas que conseguí por casualidad gracias a la mujer muda. Sólo he quitado unas cuantas que eran completamente ilegibles y unas notas y cartas picantes que resultaban incomprensibles para un tercero. Me limité a desempeñar el papel de quien juega con el cubo de Rubik, recomponiendo el orden.

Sin embargo, mientras copiaba las páginas y las releía, me asombró advertir que su historia encerraba ideas, sentimientos y hasta situaciones mías. Era como si, por una coincidencia de palabras y argumentos, mi propia vida y la del autor se vieran inesperadamente entrelazadas, enredadas. Poco a poco me fui dando cuenta de que mis sospechas previas no eran infundadas: lo había conocido en la guerra.

Sí, estaba muy cambiado, pero lo reconocí de todas formas. Era alto y delgado, pero para nada guapo. Adusto, de ojos agrestes. Tenía la piel grisácea, cubierta de pequeñas cicatrices, tostada por el sol y las quemaduras de pólvora, un gesto de crispación en los labios y una profunda arruga en la mejilla izquierda. Nos conocimos un día camino de la guerra. Nos arrastramos por la tierra roja, por el fango, con una ametralladora al hombro o una mochila a cuestas. A veces descalzos. Y tanto él como yo, como los demás soldados de a pie de la guerra, compartimos un destino. Compartimos las vicisitudes, las derrotas y las victorias, la dicha y el sufrimiento, las pérdidas y las ganancias. Pero la contienda sacudió a cada uno de una manera distinta.

Todos llevábamos en el corazón una guerra propia que en muchos aspectos era completamente

diferente, pese a nuestra causa común. Los recuerdos de la gente a la que habíamos conocido y de la guerra en sí no coincidían, y en los años posteriores a ésta nuestros destinos no fueron los mismos.

La única semejanza después del conflicto se reducía a que todos habíamos conocido una suerte difícil, dolorosa y distinta.

También compartimos un mismo dolor, el inmenso dolor de la guerra. Se trataba de un dolor sublime, más sublime que la dicha, que superaba cualquier sufrimiento. Gracias a ese dolor fuimos capaces de escapar de la matanza y la lucha continuas, de las terribles condiciones del combate y la infelicidad de los hombres que habían de vérselas en el encarnizado y violento teatro de la guerra.

También gracias a ese dolor compartido hemos sido capaces de seguir de nuevo nuestro camino. Es probable que nuestra vida no sea muy feliz, incluso que sea pecaminosa, pero ahora llevamos la existencia más hermosa que jamás hayamos esperado, ya que es una existencia en paz. Sin duda esto es lo que el verdadero autor de la novela quiso decir.

Con todo, los pesares de la guerra fueron mucho más gravosos para él que para mí. Sus penas le impidieron relajarse al arrastrarlo una y otra vez al pasado.

Tal vez eso no fuese del todo cierto. Quizá no fuera más que un arrebato de pesimismo. Aunque también es posible que su vida careciera de esperanza espiritual alguna. Así y todo, creo que volver la vista hacia la senda del pasado le proporcionaba cierta dicha.

Ningún recuerdo confuso menoscabó su espíritu. Puede estar contento de que su alma hallara consuelo en el manantial de sentimientos de su juventud. Volvía una y otra vez a su amor, su amistad, su camaradería, esos lazos humanos que nos ayudaron a todos a superar los mil sufrimientos de la guerra.

Envidié su inspiración, su optimismo al regresar a aquellos días dolorosos, pero también gloriosos. Fueron días de generosidad, en los que sabíamos para qué vivíamos y luchábamos y por qué teníamos que sufrir y sacrificarnos.

Los días en que todos éramos jóvenes, puros y sinceros.

---

notes

Notas a pie de página

[1] Acrónimo de Missing In Action: Desaparecidos en combate. (N. de los T.)

[2] North Vietnamese Army: Ejército norvietnamita. (N. de los T.)

[3] Army of the Republic of Vietnam: Ejército de la República de Vietnam. (N. dé los T.)